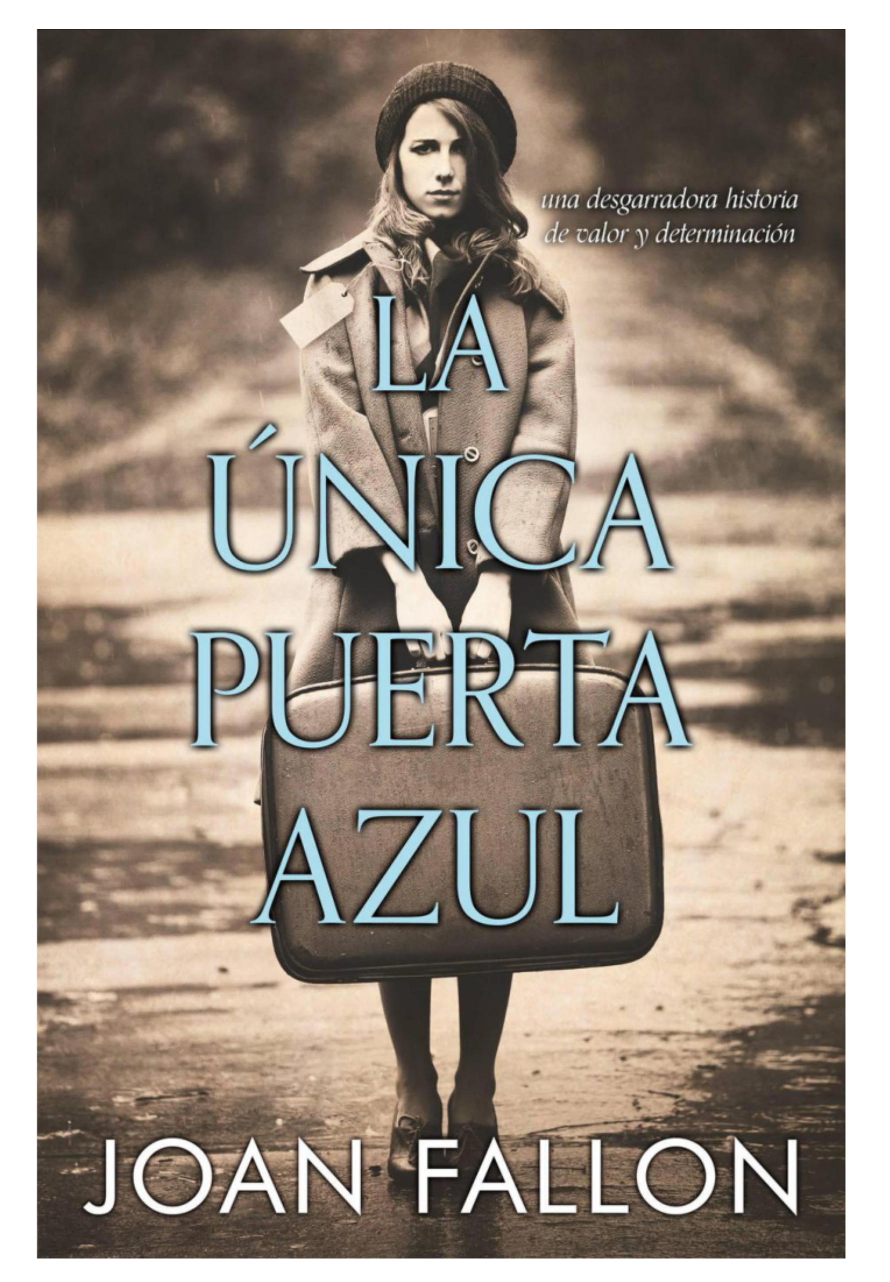

una desgarradora historia
de valor y determinación
LA
ÚNICA
PUERTA
AZUL
JOAN FALLON

La única puerta azul

Joan Fallon

Traducido por Eva Romero Lozano

“La única puerta azul”
Escrito por Joan Fallon

Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcube.com
Traducido por Eva Romero Lozano

Tabla de Contenido

La novelista escocesa Joan Fallon vive y trabaja actualmente en el sur de España. Escribe ficción contemporánea e histórica y casi todos sus libros tienen una fuerte protagonista femenina. Es autora de:

FICCIÓN:

Entre la sierra y el mar

La casa en la playa

Loving Harry

Cuentos de Santiago

The Thread That Binds Us

Love Is All

La serie al-Andalus:

La ciudad resplandeciente (Libro 1)

El ojo del halcón (Libro 2)

El anillo de fuego (libro 3)

La serie ciudad de sueños:

El Boticario

NO FICCIÓN:

Daughters of Spain

(todos disponibles en versión electrónica y papel)

www.joanfallon.co.uk.

El billete de avión descansa encima de su bolso, donde no puede olvidarlo, todo está guardado y listo para partir, pero todavía duda. ¿Qué pensará él después de todos estos años? ¿Le echa la culpa? Nunca lo ha dicho en sus cartas, pero nunca dice mucho en sus cartas y, ahora que está casado es su mujer, Adaline, quien escribe y le da las últimas noticias. Normalmente le habla de los niños y ahora también de los nietos. Maggie se sienta y coge la última foto que su cuñada le mandó de Billy, ahora un anciano sentado a horcajadas en un caballo marrón con el sombrero ladeado. Por un instante piensa que puede vislumbrar al niño que conocía detrás de esa barba canosa y el rostro ajado por el tiempo; el antiguo dolor provocado por la separación regresa brevemente, pero ella lo desecha. Mejor tarde que nunca, eso era lo que su abuela, una mujer con un dicho para cada ocasión, solía decir. Tantos años, casi una vida entera separados, ¿para qué? El hombre en la fotografía la mira; sus ojos, que sabe que son azules, aunque la fotografía no ofrece pistas acerca de su color, son amables, la piel a su alrededor está arrugada por mirar al sol y, espera, que por reír. Es un hombre en paz consigo mismo, no la acusa de nada.

Su sombrero, no tiene que olvidar su sombrero, camina lentamente por la habitación comprobando una y otra vez su bolso. Pone la alarma del reloj a las seis y lo coloca en la cama, bien a mano para oírlo. No debe perder el vuelo; se ha convencido a sí misma de que si no va esta vez, nunca irá y nunca verá a Billy de nuevo.

MAGGIE

—*Rat-tat-tat, ¿quién es?*

—*Solo el Sr. Don Gato*

La cuerda de saltar relampaguea en el aire, golpeando el suelo al ritmo de los cantos de las chicas.

—*¿Qué quieres?*

—*Un vaso de leche*

Las palabras reverberan en la calle, rebotando en las paredes de las casas adosadas en las que viven.

—*¿Dónde está tú dinero?*

—*En mi bolsillo.*

Y una niña regordeta, con las coletas volando al ritmo de la canción, salta.

—*¿Dónde está tu bolsillo?*

—*Lo olvidé.*

Ahora las voces de las chicas cambian de tono al cambiar el último verso.

—*Por favor, salte.*

Ahora le toca a Maggie. Mientras Greta sale, ella comienza a saltar.

—*Rat-tat-tat* —comienzan otra vez, fluidamente, incansablemente, sus jóvenes voces se pierden por la calle.

Grace está llorando ahora. Maggie puede ver los mocos cayendo sobre su labio superior.

—Límpiate la nariz, Gracie. No cuesta nada —le grita, sin perder el ritmo.

—Ven aquí, Gracie, te ayudaré —dice Ann cogiendo el mugriento pañuelo que está metido en el ojal superior del abrigo de la niña.

—Moquea a raudales —dice limpiándole la cara cuidadosamente.

—Lleva así toda la semana. Vamos, eres la siguiente.

Maggie sale de la cuerda y Ann entra.

—¿No podemos irnos a casa ahora, Maggie? —gimotea Gracie.

—Cinco minutos más.

—Pero ¿por qué no puedo jugar yo?

—Eres demasiado pequeña.

—No lo soy. Pronto tendré «tes».

—Tu turno Maggie.

Le coge a Mary uno de los extremos de la cuerda y sin pausa

sigue dándole.

—Juguemos ahora a «*Madre, madre*»

—De acuerdo.

—*Madre, madre, me siento mal, manda a buscar al doctor, rápido, rápido, rápido* —cantan las chicas.

—Maggie. Es la hora de merendar. Maggie.

—Esa es tu madre —dice Mary.

—Dame la cuerda.

Judy le coge la cuerda y continúa dando.

—Vamos, Gracie, hora de merendar.

Maggie coge la mano de su hermana y se van saltando por la carretera juntas.

—*Manda a buscar al doctor, rápido, rápido, rápido* —canta Grace.

—Eso es lo que tendremos que hacer por ti, niña, si ese resfriado no mejora.

Su madre está de pie en el quicio de la puerta observándolas, una amplia sonrisa se dibuja en su rostro.

—Hola mamá. Pareces contenta.

—Hay carta de vuestro padre.

—Oh, qué bien. ¿Qué dice?

—Pensé en esperar a que estuviéramos sentadas todas juntas para leérosla. Vamos, vuestra abuela está esperando.

—¿Está la abuela aquí?

—Sí, se ha acercado a ver cómo estábamos.

—¿Ha traído pasteles de roca?

—¿Eso es en todo en lo que piensas, niña, en comida?

—Mamá —dice Grace.

—¿Qué corazón?

—Me duele la cabeza.

—Oh, mi pobrecita Gracie, parece que hayas estado en la guerra. Ven aquí y mamá te dará un abrazo.

Se acacha y torpemente coge a la pequeña; la balancea en su abultado estómago y la transporta hasta dentro de la casa. Maggie las sigue. El olor a tostadas y té sale de la cocina y llega hasta el corredor. Cierra la puerta delantera cuidadosamente tras ella. Papá pintó la puerta delantera justo antes de marcharse a la guerra. Le preguntó cuál era su color preferido y ella dijo que el azul, así que la pintó de azul. Es la única puerta azul de toda la calle. Eso le gusta. Cuando viene a casa del colegio y dobla la esquina que da a su calle, puede ver su casa de inmediato. Todas las demás puertas

son marrones. Cubren la calle como filas de soldados vestidos de uniforme marrón, enfrentadas en silencio las unas a las otras, y allí está la suya. Azul. Azul como el cielo.

Mamá está de pie en la estufa, sirviendo el té. Grace está sentada al lado de la abuela a la mesa de la cocina.

—Lávate las manos antes de sentarte, querida —dice mamá sin volverse.

—Hola abuela.

—Hola, Maggie. ¿Qué has estado haciendo?

—Jugando.

—¿Cómo va el colegio?

—Va muy bien —responde mamá por ella yendo hasta la recocina y cogiendo una botella de leche de la despensa.

—Su maestra dice que es la mejor de su clase —añade poniendo la leche sobre la mesa.

—Bueno, eso está bien. Entonces podrías enseñarle un par de cosas a ese hermano tuyo.

La abuela levanta la vista para mirar a mamá y pregunta:

—¿Ya se ha tranquilizado?

—Billy está solo demasiado lleno de vida —responde mamá.

—Necesita la mano de un padre, eso es lo que necesita.

—Mamá, alguno más de nuestros profesores se ha ido.

—¿Qué dices, Maggie?

Mamá corta el pan en gruesas rebanadas, una para cada una de ellas.

—Toma Maggie, tuesta esto, por favor.

Le tiende un tenedor largo para tostar el pan al fuego, ennegrecido por el uso.

Maggie abe la puerta de la estufa. Cuidadosamente ensarta en el tenedor la primera rebanada de pan y la sostiene delante de los carbones encendidos.

—¿Todavía tenéis la estufa encendida? —dice la abuela.

—Bueno, el tiempo ha sido bastante frío para ser mayo —responde mamá.

—No he conocido antes un invierno como este. Hielo y nieve. Incluso el río se ha helado.

—Este es el último carbón. A menos que pueda conseguir algo de madera del viejo Alf cuando venga la próxima vez, tendremos que pasar sin él.

—Pronto será verano, mamá —dice Maggie.

—Esperemos eso. Estoy harta de este tiempo frío —se queja la abuela—. No le va nada bien a mi reuma.

—Mr. Hoskins y Mr. Pitt se han unido al ejército —continúa Maggie.

—Bueno, todos suponíamos que eso iba a pasar. Incluso a los profesores se los recluta.

—Sí, pero Mrs. Holmes y Miss Skinner también se han ido. Se han ido con los evacuados.

El calor de la estufa hace que le arda la cara.

—Toma, estas están hechas.

Maggie echa las tostadas en una bandeja con su dedo. Queman.

—¿Dices que esas profesoras se han ido?

Maggie asiente con la cabeza.

—Dios mío. No pueden quedar muchos profesores en tu colegio —dice la abuela.

—No, por eso Miss Bentley dice que solo podemos ir al colegio por la mañana la próxima semana. Y la siguiente tenemos que ir por la tarde.

—Bueno, en ese caso tendrás que estudiar en casa. No pienses que vas a pasar medio día jugando en la calle —dice mamá pasándole a Maggie algo más de pan.

—Te puedo ayudar con la casa, mamá, o a cocinar —sugiere Maggie.

A Maggie le gusta cocinar. La semana anterior aprendió a hacer repostería y ha hecho palitos dulces de queso y tartas de mermelada.

—Esa es una buena idea Irene. Ya sabes que en tu estado deberías tomártelo con calma —dice la abuela.

—Eso digo yo. ¿Cómo puedo tomármelo con calma con tres niños y sin hombre en casa?

—Bueno, con más calma. Maggie es una niña muy capaz; podría ser de mucha ayuda si la dejaras.

—Sí, lo sé. Maggie es una buena chica.

Mamá sonríe a Maggie y se inclina para darle una palmadita en la cabeza.

—O podría hacer la compra, mamá —insiste.

—Sí, bien pensado. La espalda me fastidia horriblemente de pie haciendo cola.

Se vuelve hacia la mujer más mayor.

—Sabes que tuve que esperar tres horas ayer por cuatro huevos.

Yo misma podía haberlos puesto en ese tiempo.

Se ríe. A Maggie le gusta cuando su madre ríe; es como el tintineo de diminutas campanas.

—Veo que te las arreglaste para conseguir algo de mermelada —dice la abuela.

—No, eso es lo que sobró del año pasado. La última, una pena. ¿No me digas que también van a racionar la mermelada?

La abuela asiente con la cabeza.

—Bueno, no sé de dónde sacaré tiempo para hacer este año, con el nuevo bebé y todo, aunque encuentre la fruta con que hacerla.

—Haré algo para ti, Irene. Tu padre ha plantado grosellas en el jardín trasero. Dan buena mermelada esas grosellas.

—¿Qué ha pasado con su querido césped?

—Oh, ya no está. Ha sido «cavado para la victoria» y es todo patatas, coles y grosellas. Plantó también unas cuantas lechugas para el verano, y cebollas.

—Abuela, ¿has traído pasteles de roca? —pregunta Maggie superando su impaciencia a sus modales.

—Sí. Mira aquí.

La abuela saca una maltrecha lata de dulces de su bandolera y la coloca en la mesa.

—Van a tener que esperar hasta que Billy llegue a casa —dice.

Como si hubiera sido consciente de que su nombre ha sido mencionado, la puerta delantera se abre con un crujido y el hermano de Maggie aparece en su quicio, exactamente igual que un querubín de Botticelli que se hubiera extraviado y hubiera terminado en los vericuetos del East End londinense. Su pelo rubio y rizado está enmarañado y cubierto de lodo y hojas, su camisa está rasgada y la sangre cae por su pierna de un corte en su rodilla. Abraza un balón de futbol igual de enfangado contra su pecho mientras está allí erguido, mirando a su familia a través de sus enormes y redondos ojos azules.

—Hablando del Papa de Roma... ¿Dónde has estado? —pregunta la abuela.

—¿Qué hay de merienda? —es su única respuesta.

—Billy, ¿qué has estado haciendo? —pregunta mamá.

—Solo jugando a fútbol. Hola, abuela.

Deja caer el balón de fútbol y se sienta al lado de la abuela.

—No, no, chico. Ya puedes llevarte esas cosas cochambrosas y lavarte las manos antes de merendar.

—Mamá, me muero de hambre.

—Ya.

—Pero mamá.

Mamá lo fulmina con la mirada.

—Ve al patio y lávate. Luego vuelve y me ocuparé de tu rodilla. Maggie, ve y tráeme el yodo, por favor. Sé buena chica.

Algunas veces mamá intenta enfadarse con Billy, pero nunca lo consigue. Nadie está enfadado con Billy por mucho tiempo. Maggie coloca el pan perfectamente tostado sobre la mesa y va al piso de arriba. Le gusta poner el pan al fuego y tostarlo girándolo suavemente hasta que se torna de un uniforme marrón dorado, no negro y quemado en los bordes como cuando Billy lo hace.

Encuentra el yodo en la caja que hay debajo de la cama de mamá; la llama «botiquín de primeros auxilios». Se endereza y mira alrededor de la habitación. Es una habitación bonita; las paredes son de color crema y hay cortinas marrones con flores color crema en ellas. Recuerda a papá pintando la habitación el año pasado, antes de unirse al ejército. Mamá hizo cortinas a juego, pero cuando la guerra empezó el vigilante vino y dijo que tenía que hacer unas negras también, para el «apagón». Maggie ayudó a mamá a hacer cortinas negras para todas las ventanas.

En la mesa al lado de la cama está la fotografía de bodas de sus padres. La coge y se traslada a la ventana para verla con más claridad. Piensa que mamá está guapa en la fotografía. Es una mujer pequeña, «menudita» es como le dice la abuela. Lleva un abrigo azul pastel y un sombrero a juego con un velo. Parece una princesa. Su pelo y sus ojos son castaños, pero eso no lo puede ver en la fotografía. Está de pie al lado de papá, su brazo unido al de él, sonriendo a la cámara. Papá lleva un traje azul. Sabe que es azul porque todavía cuelga en el armario y huele a Brylcreem y cigarrillos. Es un hombre fuerte su papá; aún en su traje parece un luchador de primera. Tiene el pelo de color marrón claro y brillantes ojos azules. Le contó que algunos de sus amigos del ejército lo llamaban Ginger, Ginger Smith, pero no cree que sea realmente pelirrojo, no como el chico de su clase que tiene el pelo de un rojo brillante y un montón de pecas.

Desde que papá se fue a luchar a la Guerra, mamá deja que Grace duerma en la cama con ella. A Maggie no le importa. De hecho, es mejor porque ahora tiene la cama para ella sola y no tiene que preocuparse de despertar a Grace cada vez que se mueve. Billy

duerme en su habitación, pero tiene su propia cama. Nadie quiere dormir con Billy porque no se puede quedar quieto. Toda la noche da vueltas y algunas veces sueña que está jugando a fútbol y sacude las piernas. No, es imposible dormir con él.

Cierra la puerta de la habitación de mamá cuidadosamente tras ella y va abajo. Puede oír una voz diferente en la cocina; suena como Mrs. Kelly. Cuando vuelve a la cocina, Billy está sentado al lado de la abuela, su cara está recientemente lavada y la lata de pasteles de roca está todavía sin abrir en la mesa.

—Te estábamos esperando —dice Billy acusadoramente.

—Aquí está el yodo, mamá —dice Maggie tendiéndole la diminuta botella marrón con sus costados estriados—. Hola, Mrs. Kelly.

—Hola, Maggie. ¿Cómo estás hoy?

—Estoy bien, gracias.

—¿Una taza de té, Kate? —pregunta mamá.

—Por favor. Tengo una sed que me muero.

Mrs. Kelly está sentada en el taburete de la cocina y saca un paquete de Player's Weights de su bolsillo.

—¿Quieres uno?

—No, gracias. Me hacen sentir mareada en estos momentos.

—¿Y tú, Lil?

Le tiende el paquete a la abuela.

—No te importa si lo hago.

—Lo siento por el té. Es un poco flojo; es la segunda vez que usamos estas hojas.

—Es magnífico. Líquido y caliente.

—¿Abuela?

—Está bien, está bien. Pasteles de roca.

Tira de la caja hacia ella y la abre.

—Y bien, ¿quién quiere uno?

Tres manos se levantan en el aire.

—¿Le ofrecemos uno a Mrs. Kelly primero?

Tres cabezas asiente y esperan pacientemente a que su visita coja uno.

—Está bien. Los mayores primero.

—Eso no es justo —dice Billy—. Ella siempre tiene que ser la primera.

—No, no es así —protesta Maggie.

—Venga, venga, no discutáis.

La abuela ofrece la caja a Maggie, luego a Billy y finalmente a Grace.

Maggie saborea el grumoso pastel, localiza las pasas con su lengua y las coloca en las cavidades de su boca para disfrutar de ellas por último.

—Delicioso, abuela —murmura Billy, su boca todavía está llena.

—Parece apetitoso —dice Mrs. Kelly apagando su cigarrillo contra el borde de la bandeja.

Cuidadosamente coloca el cigarrillo a medio fumar en el paquete y centra su atención en el pastel.

—Sí, muy bueno, Lil. Veo que sigues teniendo buena mano.

A Maggie le gusta Mrs. Kelly. Ha sido su vecina desde tanto tiempo como Maggie puede recordar y a menudo se sienta en su cocina para hablar con mamá y fumar. Es una mujer rechoncha, con una amplia sonrisa y siempre lleva un gran delantal amarillo con tréboles y un pañuelo verde en la cabeza. Dice que el verde es el color de la suerte para los irlandeses. Mamá dice que vino a Inglaterra porque la gente en Irlanda no tenía nada que comer. Todo el mundo la llama Mrs. Kelly, aunque Maggie no puede recordar que haya habido alguna vez un Mr. Kelly, y cuando le pregunta a Mrs. Kelly al respecto, esta solo ríe y le toca la nariz con el dedo misteriosamente.

—Mamá, ¿qué hay de la carta de papá? —pregunta Maggie cuando termina el último trozo de su pastel.

—Está bien, ahora que todos estamos aquí y no nos preocupa ningún bollo de nueces o algo parecido, os la leeré.

Mamá saca un sobre arrugado del bolsillo de su delantal y abre la carta.

«Mi querida Irene, —empieza».

Maggie la ve vacilar.

»Maggie, Billy y Grace:

Espero que todos estéis bien y consiguiendo suficiente para comer. Aquí nos mantienen muy ocupados. Justo acabamos de construir un gran…»

Se interrumpe y les sonríe.

—Tendremos que imaginar que era porque los censores le han vuelto a meter mano.

Dos líneas en negro ocultan cualquier indiscreción que papá intentara contarles.

—Continúa mamá.

«Estoy harto de la comida del ejército, lo juro. No me vendría mal un plato de tu comida casera, Irene. Por cierto, dale las gracias a tu madre por los calcetines.»

Se queda en silencio y Maggie ve una lágrima solitaria caer por su mejilla.

—Bueno, no hay mucho más, solo que os quiere a todos mucho y espera estar en casa pronto.

—¿Besos, mami? —pregunta Grace con los ojos bien abiertos ante la perspectiva de que así sea.

—Oh, sí, claro. «Y dales a Grace, Maggie y Billy un gran beso de mi parte.»

Grace contrae sus labios y cierra los ojos predispuesta. Mamá se inclina y le besa la frente, luego se gira y abraza a sus otros dos hijos.

—Mamá, me estás aplastando —se queja Billy.

—Bien, vamos, ahora retiremos las cosas del té.

—Pero ¿dónde está papá? ¿No lo dice? —pregunta Billy llevando su plato al fregadero e introduciéndolo en el agua jabonosa.

—No, claro que no, tonto. Es un secreto —le espeta Maggie.

—Nos lo diría si pudiera, Billy, pero el ejército tiene que mantener sus movimientos ocultos a los alemanes —explica mamá.

—¿Para poder sorprenderlos?

—Así es.

—No se lo diría a nadie.

—No, sé que no lo harías.

—Desearía que volviera a casa. Prometió dejarme poner su casco.

—Bueno, no supongo que se demore mucho, corazón.

—El abuelo de Johnnie Ferris se unió al ejército —continúa Billy.

—No seas tonto, es demasiado viejo para unirse al ejército —dice Maggie.

—Lo ha hecho.

—Supongo que Billy quiere decir a los Voluntarios de Defensa Local. Han estado pidiendo que la gente se uniese a ellos —explica la abuela.

—Sí, oí al Secretario de Guerra por la radio diciendo que la gente vaya a la comisaría de policía de su barrio si querían ser voluntarios —añade Mrs. Kelly.

—Han acudido miles, miles.

—¿Qué son estos Voluntarios para la Defensa, mamá? —pregunta Maggie.

—Son hombres que no pueden luchar en el ejército por alguna razón u otra, pero que pueden ayudar a defender a su país desde casa.

—Vejestorios —añade Billy—. Ni siquiera tienen uniformes, solo unas estúpidas bandas en los brazos.

—Pero ¿por qué?

—En caso de que nos invadan —explica Billy.

—Entonces, ¿vendrán los alemanes aquí? —pregunta Maggie.

Hay cierto temblor en su voz.

—No, claro que no. Es solo por si acaso —dice él alargando la mano y cogiendo otro pastel—. ¿Por qué son tan estúpidas las chicas?

—Pero ¿qué haremos si vienen a Londres? —insiste Maggie.

—No vendrán a Londres. Para ya, Billy, estás asustando a Grace.

Grace ni siquiera está escuchando; está ocupado cogiendo las pasas de su pastel y poniéndolas en hilera sobre la mesa.

—¿No te las vas a comer? —pregunta Billy a punto de coger una.

—Mami. Está cogiendo mis pasas —llora Grace.

—Billy, déjala en paz.

—Dijiste que no debemos desperdiciar la comida —protesta él.

—Voy a compartirlas con Teddy —explica Grace mientras se coloca a su osito de peluche tuerto en el regazo.

—¿Queda té en la tetera, niña? —pregunta la abuela.

—Solo unas gotas.

Su madre llena la taza de la abuela con el té aguado.

—Parece meado de gato —se queja—. ¿Tú no quieres, Kate?

—No, estoy llena. Supongo que ya sabéis lo de Sally Kemp.

—No, ¿qué pasa con ella? —pregunta mamá.

—Ella y sus hijos se han ido al campo —dice Mrs. Kelly volviendo a encender su cigarrillo y alejándose de la mesa.

—¿Quieres decir que los han evacuado?

—Sí, a todos. Los han enviado a Gales o algún otro sitio.

—Creo que es una buena idea. Lo mejor es sacar a las mujeres y a los niños de Londres —añade la abuela—No sé por qué no te vas tú también, Irene. A los niños les encantaría el campo, mucho espacio para corretear, leche y huevos frescos. Sería fabuloso para ellos.

Maggie mira a su madre. Está colocando las hojas de té en una hoja de periódico.

—Los he visto en el centro —le dice a su madre.

—¿A quién?

—A los niños. Estaban en fila con etiquetas y máscaras de gas alrededor de sus cuellos. Las maestras estaban con ellos.

Mamá no responde.

—¿No vas a poder secar esas hojas de nuevo? —pregunta Mrs. Kelly.

—¿Por qué no? Las mezclaré con algunas frescas y no se notará la diferencia.

—Lil tiene razón, sabes. Estaríais mucho más seguros todos en el campo.

—Y tienes que tener en cuenta al nuevo bebé —añade la abuela.

—No, nos quedamos aquí. ¿Y si Ronnie regresa y no estamos aquí para recibirlo? No, quiero estar aquí cuando vuelva a casa. Esto de la evacuación es todo una pérdida de tiempo de todos modos. La guerra terminará pronto. No, pretendo resistir en mi casa. Por eso es por lo que Ronnie está luchando después de todo, por su hogar y su familia.

—Pero ¿y el bebé?

—Va a nacer en Londres, como el resto de ellos.

—Bueno, podrías enviar a los niños. Muchos niños van sin sus madres. Estarían a salvo.

—¿A salvo? Están a salvo aquí conmigo. Soy su madre. No, nadie va a ir a ningún sitio. Este en nuestro hogar y aquí es donde nos quedaremos.

Coloca los platos mojados sobre la encimera con tanta fuerza que Maggie piensa que se van a romper.

—Creo que es hora de ir a la cama. Maggie sube a Grace a la cama contigo y tú, hombrecito, ya puedes asearte e irte a la cama también.

—Pero ya me he lavado.

—Ya.

—¿Vas a leerme una historia, Maggie? —pregunta Grace levantando los brazos para que la ayude a bajar de su silla.

—¿Cuál quieres esta noche?

—El carnero gruñón.

Emite un chillido ante la perspectiva.

—¿No es un poco espeluznante para ir a dormir? —pregunta la

abuela.

—No, le encanta. Vamos ya.

Maggie coge a su hermana de la mano y la conduce escaleras arriba.

—«Subimos por la colina de madera» —canta Grace.

—Es una pequeña muy alegre —dice Mrs. Kelly.

—Sí, no da mucho trabajo. Afortunadamente es demasiado pequeña para darse cuenta de lo que está ocurriendo.

—¿Así que no tienes idea de cuándo volverá Ronnie? —pregunta Mrs. Kelly.

—No, no decía mucho en su carta.

—Se habla de que algunos hombres regresan de Francia —dice la abuela—. Quizás sea uno de ellos.

—Quién sabe.

Maggie cierra la puerta del dormitorio tras de sí. Siente una sensación de entusiasmo en su estómago. ¿Y si tienen razón? ¿Y si papá regresa a casa? Qué maravilloso sería. No lo han visto desde el día de Año Nuevo. Vino a casa de permiso para Navidad. Diez días enteros estuvo con ellos y luego se marchó de nuevo. Todos fueron a la estación de tren para verlo partir, incluso la abuela. La estación estaba abarrotada, llena de soldados y sus familias. Papá dijo que muchos de ellos estaban en su regimiento. Reconoció a algunos de ellos y les gritó. Uno de los soldados se acercó y papá le presentó a cada uno de ellos. Dijo:

—Este es mi compañero George.

Luego dijo:

—George, estos son mis hijos.

Luego George les estrechó la mano a todos, muy educadamente. Se pregunta si George volverá a casa también. Una lágrima se desliza por su mejilla. Ha sido fantástico tener carta de papá, pero no le gusta que los censores supriman todas esas palabras. Le asusta pensar que no sepan dónde está papá o cuándo lo verán de nuevo. Mamá dice que nos se preocupen, que no les permiten que los soldados les cuenten todos sus movimientos, pero Maggie no puede evitarlo. A pesar de que la abuela ha dicho que algunos hombres regresan a casa, no puede librarse de la sensación de que algo malo va a suceder.

IRENE

—Vamos, todos, daos prisa. A estas alturas, llegamos tarde.

—Estoy lista mamá.

—¿Dónde está Billy?

—Se está poniendo los zapatos.

—Ve a ayudarlo, sé buena chica.

—¿Por qué vamos a la iglesia ahora, mamá? Es demasiado pronto para la escuela dominical.

—El rey quiere que todos recemos por el retorno seguro de nuestros soldados, corazón.

—¿Eso incluye a papá también?

—Claro que sí. Todos queremos que papá regrese sano y salvo, ¿verdad?

Grace también está escuchando; asiente con su cabeza solemnemente.

Irene se inclina y le abotona el abrigo. Su hija menor parece una auténtica modelo. El abrigo es uno que la madre de Irene confeccionó a partir de una vieja falda; es azul claro y hace juego con sus ojos. Sabe que no se mantendrá limpio por más de cinco minutos, un color como ese no, pero no le importa. Por una vez quiere que Grace tenga algo que es bonito en lugar de práctico.

—¿Vendrá papá pronto? —pregunta Billy.

Lleva sus mejores pantalones de los domingos y una camisa blanca limpia. Tendrá que hacérselo quitar tan pronto como regresen o lo tendrá sucio en un minuto.

—Eso espero.

—Johnnie Ferris dice que su papá está en Francia. ¿Es ahí donde nuestro papá está?

—No lo sé, Billy. Es posible.

—¿Estará todo el mundo rezando por los soldados? —pregunta Maggie.

—Mr. Levy no. Es judío —dice Billy.

—Mr. Levy también. Todo el mundo estará rezando hoy.

—Pero Mr. Levy no va a nuestra iglesia.

—Supongo que irá a su propia iglesia.

—Se llama sinagoga —les informa Maggie.

—Tienes razón Maggie. Ahora, vamos, son suficientes preguntas. No queremos llegar tarde y que todo el mundo nos mire.

—No mamá.

Irene empuja los niños a la calle y cierra la puerta detrás de

ellos.

—Allí está Mrs. Kelly.

—Va en la dirección equivocada —dice Billy—. Quizás no sepa que tenemos que rezar por los soldados.

—Mrs. Kelly es católica. Va a otra iglesia.

—¿No va a St. Matthew entonces? —pregunta él.

—No, tonto, va a la «Señora de la Sunción» —explica Maggie.

—No, casi —dice Irene sonriendo a pesar de su nerviosismo—. Su iglesia se llama «Nuestra Señora de la Asunción».

St. Matthew está casi lleno para cuando llegan. Irene y los niños se meten en la fila trasera y se sientan. Por una vez los niños están subyugados. No los trae a menudo a la iglesia; no es muy creyente. Pero los manda a la escuela dominical cada semana sin falta. Si tiene que ser honesta consigo misma, es una forma de que ella y Ronnie puedan estar solos sin preocuparse de que los niños los oigan. En la actualidad es más por tener una hora para sí misma. Maggie siempre los lleva; no está lejos para ir caminando y no hay carreteras grandes que cruzar. Mira a su hija mayor. Está creciendo muy deprisa, casi doce años ya y está alta para su edad. Pronto será más alta que ella, aunque eso no es mucho. Sonríe. Ronnie siempre se refiere a ella como su «mujercita», con énfasis en el diminutivo.

Se preocupó por Maggie cuando Billy nació. La habían mimado, por ser la primera y todo eso, y para empezar estaba celosa de su nuevo hermano. Afortunadamente eso no duró mucho y pronto se acostumbró a él. Eso principalmente se debió a Ronnie. Fue maravilloso con ella, explicándole que era la mayor y lo mucho que confiaban en ella para ayudarles con el nuevo bebé. Suspira cuando piensa en su marido. Las cosas deben estar duras si el rey le pide a la gente que rece por los soldados. Desearía saber qué está pasando. Hay tan pocas noticias en la radio. Se ha acostumbrado a dejarla en marcha todo el día, solo la apaga si salen o se van a la cama. Le aterroriza perderse algo importante.

Los oficios empiezan. Todo el mundo se arrodilla. Es difícil escuchar al vicario desde donde están, pero distingue las palabras.

«... por nuestros soldados en grave peligro en Francia».

Luego la congregación empieza a decir el Padrenuestro.

«Padre nuestro, que estás en los cielos...».

Pronuncia las familiares palabras y mientras lo hace tiene la sensación de que nunca verá a su marido de nuevo. Esa maldita guerra, ¿qué les está haciendo? Las lágrimas empiezan a caer por

sus mejillas y no puede hacer nada para detenerlas. Mira preocupada a sus hijos, pero tienen los ojos cerrados y están concentrados en las palabras de la oración. Saca un pañuelo y se seca los ojos.

Durante los siguiente diez días apenas sale de la cocina. Ha traído la radio de la sala de estar y la ha colocado en el alféizar de la ventana para poder oírla mejor.

—Hola, ¿hay alguien en casa?

—Hola Kate. Pasa.

Su vecina abre la puerta y entra. La sigue un hombre mayor. Entra cojeando apoyándose en un bastón de madera. Kate deja caer un paquete envuelto en papel de periódico sobre la mesa de la cocina.

—Hola, Mr. Ford. ¿Cómo le va? —pregunta Irene.

—No muy mal, Señora Smith. El reumatismo me mata últimamente, pero no me puedo quejar.

—Sentaos. Os prepararé una buena taza de té.

Llena la tetera y la pone en los fogones.

—¿Qué es esto? —pregunta cogiendo el paquete.

—Es para vosotros. Pensé que podrías hacer un poco de estofado irlandés con él —responde Kate.

—¿Para nosotros? Kate no puedes permitirte gastar tus cupones en nosotros. ¿Qué es, cabeza y cuello?

—Es carne de ballena.

Irene deja caer el paquete en la mesa.

—Carne de ballena. Caramba. Suena asqueroso. ¿Quieres decir grasa y eso?

—No, míralo. Tiene buena pinta y dicen que es muy sano. Y delicioso —añade.

Cautelosamente, Irene retira el periódico.

—Mmmm. Pero ¿qué hago con esto?

—Como dije, haz un estofado. Es como ternera dicen, solo que más duro y dulce.

—Bueno, supongo que tendré que intentarlo. Mejor que carne de caballo de todas formas. A Maggie casi le da un ataque cuando llegué a casa con carne de caballo la semana pasada. Dice que se va a hacer vegetariana si lo hago de nuevo.

—Sí, bueno, puedes probar. Mira a ver cómo es. A mí me parece fabulosa.

—Por qué no. La meteré en la fresquera por ahora.

—Buena idea, está haciendo un poco de niebla hoy.

Irene pone la carne de ballena en la despensa. Ha sido amable por parte de Kate pensar en ellos; es tan buena amiga.

—No les digas nada a los niños ahora, lo harás —añade cuando regresa.

—No, claro. ¿Dónde están, por cierto?

—Están en escuela. Por la tarde esta semana. Y Gracie está durmiendo.

Un silbido agudo interrumpe la conversación.

—Bien, hagamos ese té, entonces.

—El Primer Ministro va a hablar a la nación esta tarde —dice Mr. Ford.

Está jadeando.

—... pensamos que podíamos venir y escucharlo contigo.

—Está bien.

Coge tres tazas de porcelana y platos a juego del aparador y los coloca sobre la mesa.

—Estamos un poco pijos hoy, ¿no?

Irene se ríe y sirve el té. Le gustan las cosas bonitas. No tienen muchas, pero lo que tiene lo cuida y de cuando en cuando le gusta usarlo. No es como sus vecinas, que guardan las mejores cosas en el salón y nunca lo usan a menos que haya un funeral o cualquier ocasión similar.

—¿No ha sabido nada de su Tom? —le pregunta al anciano.

—No, nada.

—Está en Francia, ¿verdad?

—Sí, la División 42. ¿Y tú marido? ¿Es zapador?

—Sí, Royal Engineers. No hemos sabido nada de él hace siglos.

—Parece que las cosas están bastante mal por allí. Nos estamos preparando para una invasión, sabes.

—¿En serio? ¿Tan mal?

Sorbe su té para enmascarar su miedo.

—No te preocupes ahora, tu Ronnie estará bien, ya lo verás —dice Kate dándole unas palmaditas en la mano a su vecina.

Irene traga; hay un gran nudo en su garganta.

—Dios, odio esta guerra.

—Mi hijo mayor se ha unido a esa nueva unidad de VDL. Suena como una banda de imbéciles, si me preguntáis.

—¿A qué a la brigada «Ve y mira-Dóblate-Lárgate»? —pregunta Kate riéndose ante su propio chiste.

—¿Quiere decir Fred?

El hijo mayor de Mr. Ford está en los cuarenta. Regenta el quiosco del barrio.

—Dice que pronto recibirán algún arma.

—¿Todavía no tienen armas? ¿Cómo pueden defender la nación si no tienen armas? —pregunta Irene sorprendida.

—Dice que tienen que ser ingeniosos. Algunos de ellos tienen escopetas y pistolas que algunos tipos trajeron de las trincheras. Le di mi bayoneta turca. Vino de Gallipoli, eso hice. Le hará un agujero a cualquier alemán.

Agita violentamente el aire con su bastón. El anciano parece estar excitándose un poco.

—¿Le queda sitio para un poco más de té, Mr. Ford? —pregunta Irene.

—Si no le molesta.

—Sarah Ferris dice que su marido está siendo entrenado. Algunos exsoldados han montado un centro de entrenamiento cerca de los muelles; les están enseñando a disparar y a fabricar armas. Practican como auténticos soldados e incluso aprenden técnicas de sabotaje. Creo que es fabuloso —añade Kate.

Mr. Ford asiente con la cabeza mostrando su acuerdo. Su mano tiembla cuando se lleva la taza a los labios.

—Callad. Creo que eso son las noticias.

Irene está en un santiamén junto a la radio y le sube el volumen al máximo.

«Estas son las noticias nacionales de la BBC. El Primer Ministro, Mr. Wiston Churchill se dirigirá a la nación».

—Ven y siéntate aquí, Kate.

—No, estoy bien, gracias.

Se agolpan alrededor de la radio; sus caras tensas a causa de la concentración por el esfuerzo de escuchar cada palabra que tenga que decir el Primer Ministro. Lo escuchan hablar del éxito de la Operación Dinamo y que solo esperar salvar no más de 30.000 vidas de la maltrecha Fuerza Expedicionaria Británica y que gracias a los esfuerzos de la RAF, la Royal Navy e innumerables embarcaciones pequeñas, más de 300.000 hombres han sido rescatados de Dunquerque. Continúa:

«Las guerras no se ganan a base de evacuaciones. No dudo de que las últimas semanas han sido un desastre militar colosal».

—¿Vendrá papá a casa ahora? —pregunta Maggie desde el

quicio de la puerta.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar en escuela? —pregunta Irene.

—No, enviaron a nuestra clase a casa porque…

—Chito, niña, es Mr. Churchill —dice Mr. Ford.

—Ven aquí y siéntate. Puedes contármelo más tarde —susurra Irene.

El Primer Ministro continúa, advirtiendo a la gente de que deben prepararse para otro nuevo golpe:

«Nos han informado que Herr Hitler tiene un plan para invadir las Islas Británicas».

—Oh, Dios mío —gime Mrs. Kelly agarrando el brazo del anciano Mr. Ford.

—Escuchad.

«Defenderemos nuestra isla cualquiera que sea el coste. Lucharemos en las playas, lucharemos en los lugares de aterrizaje, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas. Nunca nos rendiremos».

Mr. Ford se pone de pie a duras penas y saluda a la radio.

—God Save the King —dice con voz ronca, las lágrimas caen por su rostro.

Se quedan sentados en silencio, cada cual sumido en sus propios pensamientos. Irene puede sentir sus ojos llenarse de lágrimas. Esa maldita guerra. Bueno, no van a dejar que los alemanes se aprovechen de ellos. Pensar en las tropas alemanas desfilando por las calles de Londres la hace estremecerse.

—Creo que necesitamos otra taza de té —dice.

Lleva la tetera a la despensa para llenarla. ¿Y entre tanto dónde está Ronnie? Ha oído hablar de las Fuerzas Expedicionarias Británicas, de que rescatan a hombres ante las narices de los alemanes, de sus aliados franceses, de su valor y heroísmo, pero nadie puede decirle lo que quiere saber. ¿Dónde está su Ronnie? Mira fuera a través de la ventana de la despensa, como ha hecho millones de veces desde que aquella guerra empezó, esperando verlo venir por la calle en su dirección Todo lo que puede ver es un par de perros vagabundos buscando restos y el caballo del lechero esperando pacientemente a la puerta del número veintiuno.

—¿Estás bien, mamá?

—Sí, cariño, estoy bien. Solo pensaba en tu papá.

—Pero el vendrá a casa ahora, ¿verdad? Mr. Churchill dijo que

traerían a los soldados a casa en barquitos.

La esperanza brillando en los ojos de su hija la hace querer llorar aún más. Bueno, quizás tenga razón, quizás pronto esté en casa. Pero, entonces, ¿qué? ¿Dónde lo mandarán la próxima vez?

—Vamos, Irene, déjame hacer eso.

Kate le coge la tetera y la pone en el fogón.

—No tiene caso preocuparse hasta que no sepamos exactamente qué está sucediendo. Habrá mucho tiempo para eso después, por Dios.

Irene sonríe. Kate es tan predecible. Siempre enfatiza su procedencia irlandesa cuando quiere hacerla reír.

—Lo sé, solo que...

Mira a Maggie que está abriendo su libro de ejercicios y extendiéndolo sobre la mesa.

—Es solo no saber si está vivo o muerto —susurra.

—Lo sé.

—Es un hombre maravilloso —dice Mr. Ford.

—¿Quién?

—Mr. Churchill. Si alguien puede sacarnos de esto, es él.

—Eso espero.

—¿Qué es lo que hacía tu Ronnie, antes de la guerra? —pregunta dando cuenta del resto de su té y mirando las hojas.

—Solía trabajar en los muelles con su padre, pero luego consiguió trabajo en el taller de Perkins. Le gustaba, el dinero era bueno y se llevaba bien con el propietario. El viejo Perkins dijo que le guardaría el puesto.

Las cosas habían sido fáciles en aquellos días hasta que Ronnie decidió alistarse. Ella le había dicho que era demasiado viejo con treinta años, que querían hombres más jóvenes, pero él dijo que era algo que tenía que hacer. Tenía habilidades; se uniría a los Ingenieros Reales. Quería defender a su país, le había dicho, defenderla a ella y a los niños.

—Eso es amable por parte de Mr. Perkins. Mi pobre sobrina lo está pasando muy mal desde que su marido se alistó. Seis niños tienen y nada de dinero.

—¿Qué hay del salario de su marido?

—Cuando lo recibe. Es un verdadero granuja, su Eddie. No le preocupa si ella y los niños se mueren de hambre siempre y cuando el tenga sus cigarrillos y su cerveza. Ahora su casero amenaza con echarlos porque le deben mucho alquiler.

—Eso es terrible. Ronnie nunca nos dejaría en esa situación.

—Sí, pero tu Ronnie es uno entre un millón —dice Kate.

—¿Tomamos otra taza de té? —pregunta Mr. Ford tendiéndole su taza vacía y su plato a Irene.

—Claro. Dejemos que el té hierva un poco más.

Le hace un guiño a Kate. Es la tercera vez que se han usado esas hojas; las tendrá que tirar después de ese nuevo hervor.

Han pasado solo dos días desde que las noticias llegaron. Billy lo ve primero. Grita en dirección al piso superior para decírselo. Ella mira por la ventana y ve al chico que apoya su bicicleta contra el buzón y recorre la calle mirando los números de las puertas. Cuando llega a su propia puerta se detiene, comprueba el sobre de nuevo y toca. Siente una presión en su pecho y es incapaz de moverse. Irene sabe desde el momento en que los nudillos del chico tocan su puerta que esto marca el final de una vida y el principio de otra. Todos recordarán ese sonido por largo tiempo. No corre para ver si son buenas noticias o malas; sus piernas no se mueven. Deja que Billy abra la puerta y coja el sobre amarillo. Escucha la voz de un hombre joven, suena alta y aguda.

—¿Mrs. Smith?

—Sí, esa es mi mamá.

—¿Mrs. Ronald Smith?

—Sí.

—Ok, hijo, dale esto a tu madre.

Escucha la puerta cerrarse y el sonido de los pies de Billy corriendo por el pasillo.

—Mamá, es un telegrama —grita agitándolo en el aire.

—Quizás es para decir que papá viene a casa —sugiere Maggie.

Tiene a Grace en su regazo y le está cepillando el pelo.

—Gracias, cariño —dice Irene.

Coge el sobre y lo mete en el bolsillo de su delantal.

—Vamos, mamá. ¿No vas a abrirlo?

—Sí, ábrelo, mamá.

Mira los rostros frescos y esperanzado de sus hijos y las lágrimas empiezan a formarse en sus ojos. Saca el convencional sobre amarillo y lo sostiene contra su mejilla. El único telegrama que ha recibido nunca fue el día de su boda; la tía de Ronnie, May, lo mandaba. «Para desearos una larga y feliz vida de casados», decía.

—Mamá.

Maggie está saltando de un pie a otro a la expectativa.

Cuidadosamente, Irene saca un cuchillo del cajón de la cocina y lo introduce por debajo del pliegue del telegrama. Puede sentir los ojos de los niños sobre ella. Saca el papel doblado y lo abre.

«LAMENTAMOS INFORMARLE…»

Las palabras se le clavan en el corazón mientras intenta enfocarlas. Las uniformes letras impresas bailan en frente de sus ojos; apenas puede distinguir lo que dicen.

«LAMENTAMOS INFORMARLE DE QUE EL SOLDADO RONALD BRUCE SMITH HA MUERTO EN BATALLA…»

Se esfuerza por respirar. Su corazón late tan fuerte que no puede escuchar lo que dicen sus hijos. Piensa que va a desmayarse.

—¿Qué dice mamá?

—¿Viene a casa? ¿Papá viene a casa?

—Mami. ¿Qué dice?

—¿Qué pasa mamá? ¿Mamá? ¿Es sobre papá?

Irene deja escapar un largo y agónico gemido. Le fallan las piernas y se agarra al borde de la mesa para sujetarse.

—¿Qué sucede mamá?

—Mami, ¿por qué estás llorando?

No, no su Ronnie, no puede ser su Ronnie. Por favor, Dios, que sea un error. Pero dentro de ella sabe que no es un error. Mira los rostros ansiosos de sus hijos; tiene que ser fuerte por ellos. Tiene que darles una respuesta.

—No queridos, papá no va a venir a casa.

Las palabras son apenas un susurro. No puede aguantar las lágrimas.

—No llores mami —dice Grace agarrándose a la pierna de su madre—. No llores.

Los niños se agolpan a su lado, cada uno intentando consolarla a su manera. Maggie trae una silla para que pueda sentarse. Billy le da unas palmaditas ansiosamente en la mano y Grace se sube a su rodilla y pone sus brazos regordetes alrededor del cuello de su madre.

—¿Tiene que ir a otra guerra ahora? —pregunta Billy.

Hay un nudo en su garganta que amenaza con ahogarla; traga fuerte y dice:

—No, cariño, no va a ir a más guerras nunca.

—Así que puede venir a casa entonces —dice Billy dando un pequeño brinco de placer.

Maggie coge el telegrama de la mesa.

—No, tonto, no va a volver a casa nunca. Ha muerto. Muerto en batalla.

Deja el telegrama y sale corriendo de la habitación.

—Maggie...

Irene no tiene fuerzas para ir tras su hija. Abraza a sus otros hijos contra ella, meciéndolos como solía hacer cuando eran bebés. Billy está callado ahora. Grace está llorando. Intenta consolarlos, pero no sabe qué decir. ¿Qué puede decir? No es justo. Ronnie era un buen hombre, un hombre amable; era su marido. Era demasiado joven para morir. Y todos ellos son demasiado jóvenes para vivir sin él. Esta maldita guerra. Es tan injusta.

Los deja quedarse en casa esa tarde; no puede soportar estar a solas con su pena. Siente que si cede ante su pena nunca será capaz de recuperarse; que la devorará. Ronnie era su vida. No quiere vivir sin él, pero esos son sus hijos y tiene que ser fuerte por ellos. La única manera que conoce para hacerlo es mantenerse ocupada. Saca un montón de ropa para remendar que ha estado postergando durante semanas y se pone a ello con fuerte determinación. Puede escuchar a los niños hablando en la despensa. Maggie se ha ofrecido a hacerles bocadillos de pan con azúcar; los otros están sentados en la mesa mirándola.

—¿Cómo crees que es estar muerto, Maggie? —pregunta Billy.

—¿Cómo voy a saberlo, tonto? Tienes que estar muerto para saberlo.

Billy piensa durante un minuto.

—Sí, pero si estuvieras muerto no se lo podrías decir a nadie.

—Eso es cierto.

—¿Entonces cómo se sabe cómo es?

—No se sabe.

—¿Y cómo se sabe que hay un cielo? —continúa Billy.

—Está en la Biblia.

—Pero ¿cómo lo supieron para escribirlo en la Biblia? ¿Quién se lo dijo?

—Los cuatro apósoles —contribuye Grace—. Matthew, Mark, Luke and John, Bless the bed that I lie on.

—Apóstoles —corrige Maggie.

—Pero ¿quién se lo dijo?

—Billy, cállate un rato. Aquí tienes tu bocadillo y no te ensucies.

—Mamá lo sabrá —añade Grace.

—No, no le preguntes a mamá.

—Está triste, ¿verdad?

—Sí, está triste por papá.

—Yo también estoy triste —dice Grace—. Quiero a mi papá.

Empieza a llorar.

—Vamos, Gracie, no llores. Toma, límpiate la nariz.

Maggie saca un viejo pañuelo y ayuda a su hermana a sonarse la nariz.

—Mira, he terminado tu sándwich. Mira, lo he cortado en cuartos para ti.

—Gracias, Maggie —solloza Grace.

Irene coge el siguiente calcetín y mete el huevo de zurcir en la puntera. Se frota los ojos para secarlos y poder enfocar; habilidosamente enhebra la aguja y comienza a dar las puntadas necesarias para rellenar el agujero.

—Mamá, te he hecho un sándwich también.

Maggie está de pie en el quicio de la puerta con un plato en su mano.

—Gracias, Maggie. Déjalo en la despensa y me lo tomaré más tarde, cuando termine.

—Mamá, ¿puedo ir fuera a jugar? —pregunta Billy.

—No, cariño, hoy no. Por qué no vas a tu habitación y juegas un poco.

—Mami, ¿está papá en el cielo? —pregunta Grace vacilante.

—Sí, cariño, papá está en el cielo.

—¿Cómo Bessy?

—Sí, como Bessy.

—Pero Bessy era un perro. Los perros van al cielo de los perros —protesta Billy.

—Billy —dice Maggie tocando el brazo de su hermano—, ¿por qué no sacas tus soldados?

Irene suspira. Pobres pequeños. «Muerto en batalla» no significa mucho para ellos. A Grace y a Billy les costará unos días entender que nunca volverán a ver a su padre. Solo Maggie comprende todo el horror que implica.

—Mamá, ¿quieres que vaya a casa de Mrs. Kelly y le pida que venga a verte?

Irene levanta la vista de su costura. Los ojos de Maggie están rojos e hinchados de llorar. Irene extiende la mano y tira de su hija hacia ella abrazándola contra sí.

—Sí, eso sería muy amable de tu parte. ¿Podrás decirle lo que ha

sucedido?

—Sí, mamá.

Acaricia el pelo de su hija.

—Eres una buena chica, Maggie. No sé lo que haría sin ti.

Le besa la frente y dice.

—Vete entonces, pero vuelve enseguida.

Cuando su hija se va, Irene deja la costura descansar en su abultado estómago. Qué grande se está poniendo ya. Dios, espero que no sean gemelos, piensa mientras el niño en su interior le da una patada. Es todo lo que necesito, otras dos bocas que alimentar. Va a ser difícil alimentarnos a todos. Siente una punzada de resentimiento contra su hijo aún no nacido. Deberían haber intentado ser más cuidadosos, pero había sido difícil. Ronnie estaba en casa solo por un corto periodo de tiempo. Rememora su último permiso. Hacía tanto frío, incluso el Támesis estaba helado. La mayor parte de las noches se iban a la cama temprano solo para mantenerse calientes. Comienza a llorar de nuevo. ¿Quién va a mantenerla caliente ahora? Ya puede sentir el vacío de una vida sin su Ronnie.

Cuando vislumbra el uniforme caqui pasar por la ventana y detenerse en su puerta, su corazón da un brinco y su primer pensamiento es que es Ronnie, que ha habido una confusión y que está allí, de permiso. Sube los escalones de la despensa y entra en el recibidor y abre la puerta antes de que el soldado pueda tocar una segunda vez.

—Buenas tardes. ¿Mrs. Smith? —dice educadamente quitándose la gorra.

Ella no puede responder; la decepción es tan grande que la ha dejado sin habla. Traga saliva y se fuerza a decir:

—¿Puedo ayudarlo?

—Siento molestarla; probablemente no me recuerde. Soy George Wills, el compañero de Ronnie. Nos conocimos una vez en la estación de tren, la última vez que estuvimos de permiso.

—Oh, sí, por supuesto. Qué tonta. Por favor, pase.

Ha venido a expresarle sus condolencias. Hace entrar al soldado en el salón.

—Por favor, siéntese. ¿Puedo hacerle una taza de té o algo?

Intenta recordar si queda una botella de cerveza en la despensa. A Ronnie a menudo le gustaba un vaso de cerveza cuando venía a casa de permiso. El recuerdo hace que sus ojos se llene de nuevo de

lágrimas y se esfuerza por mantener la compostura.

—Un té estaría bien —dice—. Si no es molestia.

—No, en absoluto. Pondré la tetera.

El joven se sienta incómodo en el sillón. Parece demasiado grande para la habitación, todo brazos y piernas. Coloca su petate en el suelo delante de él. Parece fuera de lugar al lado de las cubiertas de las sillas de cretona y las fundas de puntilla que su abuela le regaló.

—No, será un momento —dice girándose antes de que él pueda ver las lágrimas empezar a derramarse de sus ojos.

«Vamos, Irene, esto no puede ser. Recomponte, chica —se dice a sí misma sonándose la nariz tan fuerte que le duele».

Llena la tetera y la coloca sobre la cocina y luego coge los restos de su precioso alijo de té. No puede darle a ese joven hojas de té secas. Coge dos de sus mejores tazas y platos y los coloca en una bandeja de té, luego selecciona un par de galletas caseras y las coloca en un plato. Kate las hizo para los niños. Hombrecillos de jengibre. Un pequeño dulce, dijo, cuando las trajo ayer.

—Siento haberle hecho esperar —dice cinco minutos más tarde mientras abre la puerta con su cadera.

—Traiga, deje que le ayude con eso.

Al instante se ha levantado de la silla cogiéndole la pesada bandeja y colocándola en la mesa.

—Caramba, eso tiene buena pinta. Está tan bien gozar de unas cuantas comodidades al fin —dice.

Se sienta frente a él. Por dentro puede sentirse temblar. Es la vista de su uniforme y su cruda masculinidad lo que la inquieta, el soldado huele ligeramente a sudor y a humo de cigarrillo. Es el olor de un hombre en su casa de nuevo. Solo que es el hombre equivocado; no es su Ronnie.

—¿Lo ha pasado mal? —pregunta.

Él asiente con la cabeza.

—Es amable por su parte haber venido —dice.

—Bueno, Ronnie y yo, teníamos un pacto. Si algo le ocurría a alguno de nosotros, el otro iría y comprobaría que su familia estaba bien.

Saca un paquete de Player’s Weights y le ofrece uno.

—Gracias.

El soldado enciende su cigarrillo, pero Irene aparta a un lado el suyo mientras sirve el té.

—¿Leche? ¿Azúcar?

Asiente a las dos cosas.

—Estuvimos juntos durante todo aquello —dice finalmente.

Un tirabuzón de humo azul flota sobre su cabeza.

—Justo hasta cuando Ronnie murió.

Irene traga su té. Le quema la garganta, pero apenas lo nota.

—Háblame de ello —dice—. Ha habido pocas noticas de lo que sucedió. Ni siquiera sabíamos que Ronnie estuviera en Dunquerque. Pensábamos que estaba en algún lugar de Francia.

—Estábamos todos cerca de la frontera belga con Francia al principio, luego los alemanes invadieron Bélgica, penetraron en Francia y nos hicieron retroceder. Intentamos contraatacar, pero ellos continuaron haciéndonos retroceder. Entonces recibimos órdenes de marchar sobre Arrás para atacar la avanzadilla alemana. Al principio parecía ir bien, huían de nosotros, pero luego contraatacaron y tuvimos que retroceder para evitar ser rodeados. Los alemanes llegaban de todos lados, forzándonos a retroceder hasta la costa. Creo que los alemanes pensaron que nos tenían. Fuimos aislados de los franceses, nos quedamos solos y desamparados en las playas.

Remueve el azúcar de su té.

—Era un caos. No se puede imaginar cómo era. Había fuego de mortero y humo negro por todas partes. Los aviones alemanes ametrallaban la carretera, abatiéndonos. Cada cinco minutos saltábamos a las zanjas para cubrirnos. Pensé que no íbamos a salir de allí. Para colmo, nadie parecía saber que debía hacer. Todos nos dirigíamos a la costa a ciegas, el uno siguiendo al otro. Ronnie y yo, siendo zapadores, tuvimos una idea mejor de cómo sobrevivir. Dejamos la carretera, cruzamos los campos y nos dirigimos hacia el mar. Llegamos a La Panne una noche. Era precioso, todo paz y tranquilidad. Podríamos haber estado en Scarborough con las olas rompiendo en la playa y la luna brillando sobre el mar. Dormimos en las dunas aquella noche. Bueno, no mucho ya que nos enterramos y esperamos al amanecer.

Traga un sorbo de té y luego continúa.

—Pero no podíamos ir a ninguna parte; había mar entre nosotros y nuestro hogar. Recuerdo a Ronnie tumbado allí, mirando el Canal de la Mancha y diciendo: «justo al otro lado está Inglaterra. Casi estamos en casa, casi podemos tocarla». Parecía que estábamos tan cerca, pero tan lejos.

»Bueno, a la mañana el sargento apareció y nos dijo a Ronnie y a mí que empezáramos a construir un embarcadero. Estaban mandando barcos para llevarnos a casa. Ya podíamos ver algunos de ellos esperando en mar abierto, con los alemanes volando sobre ellos, intentando bombardearlos y sacarlos del agua. Nuestro trabajo era ayudar a los pobres bastardos de la playa a subir a los barcos. Oh, por favor disculpe mi lenguaje.

Parece avergonzado por su lapsus y bebe precipitadamente más té.

—Está bien —dice Irene—. Por favor, continúe.

Enciende su cigarrillo y observa el humo vagar por la habitación.

—Bueno, había muchos camiones abandonados en la playa, así que ordenamos llenarlos con sacos de arena para hundirlos y meterlos en el mar, luego los atamos y a tiros desinflamos los neumáticos para mantenerlos firmes. Ya sabe, los zapadores tenemos algo bueno, somos buenos hurgando en la basura. Utilizamos cualquier cosa que cayó en nuestras manos para hacer aquellos malditos muelles. Fue trabajo sucio. La marea estaba baja cuando empezamos, pero comenzó a subir cuando estábamos cubiertos de aceite y suciedad. Dios, era un trabajo duro. Solo quedábamos cuarenta zapadores de los ciento cincuenta que partimos, así que no había tiempo de holgazanear. Además, había miles de hombres esperando en las dunas y cada día llegaban más.

Para, por un instante parece que pensara que está de vuelta en la playa.

—¿Quiere más té? —pregunta Irene.

—Por favor.

—¿Y cómo murió Ronnie? —finalmente consigue preguntar.

Él suspira.

—De manera irónica realmente. Había trabajado tan duro ayudando a los demás a huir, incluso transportando a los hombres desde el muelle.

Debió de haber visto la expresión perpleja en su rostro.

—Teníamos esos pequeños botes plegables hechos de lona para transportar cosas por el río —explica— o para cuando teníamos que volar puentes. Bastante endebles, en absoluto adecuados para el mar. Nada estables, sabe. Muchos de ellos volcaron y los hombres cayeron al agua. Pero teníamos que intentarlo, no había otra cosa.

Saca su paquete de cigarrillos.

—¿Quiere otro?

Ella sacude la cabeza. En lugar de resultarle molesto, encuentra consuelo en escuchar los últimos días de Ronnie. Puede visualizarlo en la playa; entre todo ese caos seguiría mostrándose como siempre como un ser práctico y confiable, está segura.

—¿Por dónde iba? Sí. Llevábamos allí seis días y todavía seguían llegando hombres. No se lo puede imaginar. Había colas y colas de soldados esperando a subir a los barcos, cualquier barco; se extendían a kilómetros más allá de la playa. Algunas veces los malditos Stuka planeaban bajo y los bombardeaban. Si un soldado moría, los otros se movían y rellenaban el hueco. No había forma de que nadie renunciara a su lugar en la cola. Para entonces, la playa estaba cubierta con su equipo, cascos, armas, toda clase de cosas de las que se hubieran desecho y había cuerpos flotando en el mar, siendo arrastrados por la marea. Algunos todavía tenían sus mochilas. Pero no se les prestaba atención. Eran los vivos los que importaban, no los muertos. Teníamos que llevar tantas tropas a los barcos como pudiéramos.

Hace una pausa dando una calada a su cigarrillo.

—Entonces, un día, nuestro sargento se presentó ante nosotros y dijo: «bueno chicos. Ahora es vuestro turno. Salid de aquí». Así que lo hicimos.

Hace una pausa y añade tristemente:

—Realmente pensé que íbamos a conseguirlo.

—¿Fue entonces cuando ocurrió? —pregunta.

—Sí. Para entonces ya había cientos de pequeños botes esperando a cierta distancia de la playa a rescatarnos.

—Sí, escuchamos la llamada a que todo el que tuviera un bote contactara al Almirantazgo, pero no sabíamos de qué se trataba.

—Cientos de voluntarios vinieron a ayudar. Los botes, siendo más pequeños, podían acercarse más y recoger a las tropas en aguas poco profundas y luego llevárselos a los barcos. Algunas de las embarcaciones más grandes ni siquiera se preocupaban en llevarlos a los barcos; los llevaban directamente a Inglaterra. Vimos un barco pesquero con al menos trescientos de nuestras tropas a bordo. Apretados como sardinas estaban.

Se ríe irónicamente.

—De todas formas, Ronnie y yo nos dirigimos al final del muelle y estuvimos esperando nuestro turno para subirnos a un bote, cuando aquel maldito Stuka salió de la nada directo hacia nosotros.

Entonces fue cuando Ronnie murió.

Levanta su cabeza y la mira directamente.

—Me salvó la vida.

Ahora no puede detener las lágrimas. Urga en el bolsillo de su delantal buscando un pañuelo.

—¿Qué sucedió? —consigue preguntar.

—Fue aterrador. El alemán se dirigía directo a nosotros. No había donde esconderse. Éramos como unos malditos patos agazapados. Antes de que supiera lo que estaba sucediendo, Ronnie me dio un codazo y caí al agua. Fui directo al fondo y la ráfaga de balas pasó justo sobre mí. Ronnie y los otros cayeron en donde estaban.

No puede hablar. Por unos segundos está furiosa con su marido. Era tan típico de Ronnie, siempre pensando en los demás. ¿Por qué no había saltado al mar y sobrevivido? ¿Por qué no estaba allí contándole aquella horrenda historia en lugar de un joven al que apenas conocía?

—Lo siento mucho —dice—. De veras lo siento.

¿Por qué lo siente? ¿Porque ella ha perdido un marido y sus hijos un padre? ¿Porque él está vivo y Ronnie muerto? Intenta aplacar su amargura. No es culpa suya.

—¿Murió al instante? —pregunta.

—Oh, sí, sin duda. No sintió nada. Es una maldita lástima.

—Sí, una lástima.

El soldado parece incómodo; ella lo está poniendo incómodo.

—Lo echo de menos. Era un buen compañero —dice.

Escucha un portazo y pasos en el recibidor. El sonido de voces alegres llega hasta ellos.

—Esos deben de ser los chicos que llegan a casa de la escuela.

—Bueno, entonces me marcharé.

—¿Tiene que irse?

—Sí, eso me temo. Tengo que coger un tren. Me ausenté de casa para ver a unos amigos.

—Sí, claro. Ha sido muy amable por su parte venir a verme.

Se siente entumecida.

—Bueno, como dije, Ronnie y yo teníamos un acuerdo.

Coge su gorra y su petate y se levanta.

—Vuelva a venir si está de paso —dice abriendo la puerta delantera.

Él le tiende la mano.

—Lo haré. Adiós y gracias por el té.

—Gracias —dice ella—. Y buena suerte.

Él vacila.

—Oh, casi me olvido. Aquí hay unas cosas de Ronnie: la insignia de su gorra y unas cuantas fotos.

Saca un sobre y se lo entrega. Ella se queda mirándolo, queriendo gritar de dolor. ¿Es eso todo lo que le queda de su marido?

MAGGIE

—Estate quieta, Maggie. Casi he terminado.

Mamá le frota el champú contra el pelo.

—Me haces daño.

—No seas cría. Si no le llega a las raíces nunca mataremos a esas malditas cosas. Ya está, ve y ponte con tu punto. Tiene que dejarse actuar al menos veinte minutos.

—Para matar las malditas cosas —repite Billy.

—Compórtate, jovencito. Eres el siguiente.

—Pero mamá yo no tengo liendres.

—No me importa. Os lo pongo a todos. No quiero esas porquerías en mi casa.

Maggie se pone la toalla alrededor del cuello y coge su labor de punto. Está tejiendo una bufanda para los soldados; toda su clase las están haciendo. Mrs. Archer, su maestra, dice que cuando estén terminadas se las mandarán a los soldados a Francia. Mete la aguja en un punto y cuidadosamente pasa la lana a su alrededor. Es muy lento. La abuela puede tejer realmente rápido, incluso puede hablar al mismo tiempo. Cuanto más rápido teje, más rápido habla. Tejió una chaqueta para Grace en solo un día. Era agradable cuando la abuela estaba allí. Se quedó con ellos unas semanas desde que supieron lo de papá. Ahora se ha ido a casa, a Islington, porque el abuelo está enfermo.

—Mamá, ¿la abuela va a venir a vivir con nosotros como solía hacerlo la abuelita Smith?

—No lo sé, Maggie. Quizás cuando el abuelo esté mejor. Realmente me vendría bien su ayuda cuando llegue el bebé.

—Nuestro nuevo bebé estará aquí pronto, ¿verdad, mamá? —dice Grace.

—Sí, muy pronto.

—Espero que sea un niño —dice Billy—. Entonces podrá ser un hincha del Millwall como el abuelo y yo.

—Estate quieto.

—¿Por qué estaba la abuela enfadada contigo, mamá? —pregunta Maggie.

—No estaba enfadada, no en realidad.

—Bueno, ¿por qué?

—Piensa que deberíamos irnos de Londres y quedarnos con tu tío Harry en Leeds.

—No quiero ir a Leeds —dice Grace poniendo mala cara.

—No cariño, yo tampoco. Ven aquí, te toca.

—Pero mamá, ese chapú huele horible

—Lo sé, pero a las liendres tampoco les gusta.

—¿Las mata?

—Sí, bang, bang, estás muerta —grita Billy apuntando su dedo a la cabeza de Grace y fingiendo que dispara.

—Mrs. Kelly tiene un refugio antiaéreo Anderson en su jardín —dice Maggie—. ¿Por qué no tenemos nosotros uno?

—El amigo de Mrs. Kelly se lo hizo.

—He estado en él. Es como una casa de juguete. Incluso tiene tiras de linóleo y hay algunas camas dentro. Y tienes que bajar unas escaleras para entrar —les cuenta Maggie.

—Voy a preguntarle a la señora Kelly si podemos jugar en él —dice Billy.

—No seas tonto, es por si los alemanes vienen. De todas formas, tiene calabacines creciendo encima.

—Calabacines. Qué estúpido.

Billy le saca la lengua y sale al patio. Puede oírlo disparar a alemanes imaginarios.

—Billy no te vayas lejos. Te aclararé en un minuto —dice mamá.

—Se te caerá todo el pelo —le grita Grace riendo.

Toca ligeramente a la puerta y Mrs. Kelly entra.

—Oh, hola, Kate. No tardaré. Solo le estoy lavando el pelo a los niños.

—Trae, déjame acabar por ti. Pareces rendida. Vamos, siéntate y pon tus pies en alto.

—¿Lo harías? Es muy amable. Mi espalda está a punto de quebrarse. Me alegraré cuando este bebé decida hacer su aparición, estoy harta de ir de acá para allá como un barril.

—Te ayudaré con el bebé, mamá. Me gustan los bebés —dice Maggie.

—Lo sé cariño.

—Ven jovencita, inclínate sobre el fregadero y te libraré de ese maloliente champú —ordena Mrs. Kelly.

Maggie deja su labor y hace lo que se le dice.

La radio está en marcha; es «Sincerely Yours», el programa favorito de mamá. Normalmente a mamá le gusta cantar a la vez que Vera Lynn; se sabe la letra de todas las canciones. Pero desde que papá murió, mamá ya no canta; solo parece triste todo el tiempo.

—Mamá, esta te gusta.

Ponen *«It's a Lovely Day Tomorrow»*.

—¿Por qué ya no nos cantas más? —pregunta Maggie.

—No lo sé, cariño. No me siento con ganas, supongo.

Maggie sabe lo que quiere decir. Maggie se siente igual. Hay un vacío en su interior, no un dolor exactamente, sino un vacío que no se va.

—Venga, cantaré con vosotras, pero tenéis que ayudarme con la letra —dice Mrs. Kelly.

Comienza. Su voz es plana, no dulce y preciosa como la de mamá, pero Grace y Maggie se unen para ayudarla. No es fácil con su cabeza sobre la pica su voz suena diferente, un tanto hueca y como con eco. Mamá solía decirles que la canción trata de la esperanza y de ser positivo. Pobre mamá, está demasiado triste para ser positiva nunca más.

—¿Y cómo te sientes hoy, Irene?

—No de maravilla. El doctor dice que tengo que controlar mi tensión. Dice que tengo que mandar a buscarlo en el minuto en que todo comience.

Maggie solo tenía nueve años cuando Grace nació, pero recuerda lo mal que se había puesto mamá. Grace nació en casa, en el dormitorio del piso superior, igual que Billy. La abuela y Mrs. Kelly estuvieron allí y Sarah Lind, la comadrona, pero luego el doctor también vino. Estaba muy serio y mandó a Maggie abajo. Recuerda a su madre gimiendo mucho y luego se escuchó un grito que la asustó. Luego escuchó al bebé llorando. Cuando el doctor bajó, llevaba un delantal a rayas, como un carnicero y había manchas de sangre en él. Sacó algo de su maletín y se lo dio a papá diciendo que haría que mamá durmiese y que tenía que permanecer en cama hasta que dejara de sangrar. Papá le dio un billete de una libra y le estrechó la mano.

Después de eso la abuela se quedó para cuidarlos hasta que mamá se recuperara lo suficiente para levantarse porque papá trabajaba en el taller y la abuelita Smith había muerto. Eso fue antes de la guerra. Este nuevo bebé será un bebé de guerra, dice Mrs. Kelly.

—Cuidaré de los niños por ti. Pueden venir y quedarse en casa.

—¿Podemos ir al refugio antiaéreo? —pregunta Billy que ha venido para que le retiren el champú.

—Sí, si tenemos que hacerlo. Espero que no sea necesario.

—¿Hay gusanos dentro? ¿Y ratones y arañas?

—No me gustan las arañas —empieza a llorar Grace.

—Billy, compórtate. Claro que no hay gusanos en el refugio o cualquier cosa parecida —le regaña mamá—. Ahora, vamos, estate quieto para que Mrs. Kelly pueda ponerse con esa cabellera tuya.

—Wiggly, wiggly worm —empieza a cantar.

—Para —dice Mrs. Kelly.

Le echa la palangana de agua por la cabeza.

—Aaah. Está fría.

—No importa, pronto te calentarás.

Le restriega la toalla por la cabeza con vigor.

—¿Tienes noticias de tu padre? —pregunta Mrs. Kelly.

—Está bien. Solo tiene que tomárselo con calma. Es el corazón, sabes. Pero insiste en continuar con su trabajo de vigilante. Dice que lo hará mientras sea capaz.

Se pueden oír las campanadas del Big Ben en la radio. Maggie se aproxima para subirle el volumen.

«Aquí las noticias de las seis, Alvar Lidell las lee. La evacuación de los niños británicos transcurre sin contratiempos y de forma eficiente. El Ministro de Salud dice que el gobierno ha hecho un gran progreso con sus preparativos».

Mira a mamá.

—¿Quieres una taza de té, Kate?

—Sí, pero yo lo haré. Tú quédate ahí sentada y escucha las noticias.

—Mis dos amigas, Judy y Ann, han sido evacuadas. Su madre dice que es lo más seguro —dice Maggie, sus ojos no se apartan del rostro de su madre.

—Bueno, eso es cosa suya. Vosotros estaréis bien aquí conmigo.

—Sí, si los alemanes vienen, nos esconderemos en el refugio de Mrs. Kelly —dice Billy.

—Dicen que todas las estaciones de tren están abarrotadas de evacuados. Hay miles de ellos —les cuenta Mrs. Kelly secándose las manos en la toalla.

—Pobres, pequeños, con etiquetas en los cuellos como paquetes enviados a Dios sabe donde —dice mamá.

—Sus maestras van con ellos —añade Maggie.

—¿Quiere eso decir que no tendremos que ir al colegio la semana que viene? —pregunta Billy.

—Nadie ha dicho que vuestra escuela esté cerrada, así que allí

irás el miércoles como está planeado, jovencito. No me gasté mis valiosos cupones para ropa en unos pantalones nuevos para que te vayas a jugar a la calle con ellos.

—La Princesa Isabel estuvo en «Children's Hour» hoy, mamá. La escuchamos en escuela.

—¿Estuvo, cariño?

—Dice que ella y su hermana sienten pena por los niños que tienen que dejar a sus mamás y papás.

—¿Puedo salir ahora? —pregunta Billy—. Mi pelo está seco.

—No, está demasiado oscuro, y de todas formas, la cena estará en media hora.

—¿Qué hay, mamá? —pregunta Maggie.

—Sardineta.

—Qué asco —dice Billy.

—El padre McNally estuvo en King's Cross esta mañana con algunos de sus huérfanos. Se van con familias a Newcastle. Dijo que estaría en la estación a las cinco en punto —les informa Mrs. Kelly llegando con dos tazas de té humeantes—. Toma, coge esta. No hay nada como una buena taza de té.

—Es un buen hombre —mamá muestra su acuerdo sorbiendo el té.

—¿Es el padre Nally tu papá? —pregunta Grace.

Mrs. Kelly se ríe.

—No, niña. Es el párroco de nuestra iglesia.

—Pero ¿por qué lo llamas padre? —pregunta Billy.

—Eso es lo que hacemos. Supongo que es como un padre para nosotros. Ayuda a la gente.

—No va a la misma iglesia que nosotros, ¿verdad, Mrs. Kelly?

—No, Maggie. Voy a la Iglesia católica al final de la carretera. Nuestra Señora de la Asunción.

—¿Por qué va allí?

—¿Porque soy católica?

—¿Son los católicos buena gente? —pregunta Billy.

—Me gusta pensar eso.

—Hice un dibujo de Jesús en la escuela dominical —dice Grace.

Le tiende un trozo de papel arrugado a Mrs. Kelly. Ha dibujado un gran círculo con una boca sonriente, que ha coloreado de rosa y alrededor del círculo ha dibujado líneas amarillas que sobresalen como púas.

—Caramba, qué bonito, Grace. Que chica más lista eres.

—Eso no parece Jesús. Jesús tiene barba —dice Billy—. Ese es solo un tonto dibujo del sol.

—Billy, no seas malo con tu hermana pequeña —dice mamá—. Maggie por qué no te llevas a Grace arriba a jugar un poco antes de que sea hora de ir a la cama.

—Está bien, mamá.

—Y tú también, Billy.

Es una suerte que los hayan mandado antes a casa de la escuela. Tan pronto como Maggie entra en la casa, sabe que algo va mal. Mamá está apoyada en la mesa de la cocina; su falda está empapada y pegada a sus piernas como si se hubiera meado. Tiene un aspecto horrible.

—Maggie, gracias a Dios. Corre a casa de Mrs. Kelly y pídele que telefonee al doctor por mí. Creo que ya viene el bebé. Hay algunos peniques en el aparador para la cabina de teléfono.

Se coge el estómago y deja escapar un gemido, Maggie piensa que va a caerse.

—¿Quieres tumbarte, mamá? ¿Puedo ayudarte?

Sacude la cabeza y susurra.

—Solo ve a buscar a Mrs. Kelly. Y date prisa.

Se apoya y deja escapar otro gemido de dolor. Sus nudillos están blancos de la parte que se agarran a la mesa.

Maggie coge el dinero y corre a fuera directa a casa de Mrs. Kelly. Ruega por que esté en casa. Maggie no sabe qué haría si su vecina no estuviera. Toca a la puerta y llama.

—¿Mrs. Kelly, está ahí? Por favor, venga rápido; mamá va a tener al bebé.

La puerta se abre.

—¿Qué pasa cariño? —pregunta Mrs. Kelly.

—Es el bebé. Ya viene. Tiene que telefonear al doctor.

Le tiende los peniques a Mrs. Kelly. Su mano tiembla.

—Tienes razón, Maggie. Hagámoslo ya.

La cabina de teléfono está en la siguiente calle, en frente de la tienda de fish and chips. Ella se queda fuera, saltando de una pierna a otra mientras espera a que Mrs. Kelly termine. No sabe qué hacer, si correr a casa con su madre o quedarse con Mrs. Kelly. Siente que debería estar con mamá, pero le asusta regresar sola.

—Ya está. El doctor viene en seguida. No hay necesidad de preocuparse, cariño. Corre a casa de Sarah y dile que el bebé está en camino. Iré y veré cómo le va a tu pobre madre.

La decisión ha sido tomada por ella, corre en dirección a casa de la comadrona. Sarah Lind vive al principio de Hanbury Road y a Maggie le parece que pasan siglos antes de llegar allí, aunque está corriendo tan rápido como puede.

—Aminora el paso, preciosa. Cualquiera creería que la casa arde —dice un hombre cuando tropieza con él.

—Mi mamá está teniendo un bebé —le grita.

No hay tiempo para disculpas.

Al fin llega a casa de la comadrona; Mrs. Lind está de pie en la puerta hablando con el lechero.

—Mrs. Lind, mi madre la necesita, el bebé está en camino —le dice—. ¿Puede venir ahora?

—Solo cogeré el bolso, querida. Ahora cálmate; estaremos allí enseguida. Te lo prometo.

La comadrona coge la mano de Maggie y juntas caminan a buen brío de regreso a la casa. Maggie está impaciente por llegar a casa, pero no pude hacer que Mrs. Lind camine más rápido.

—No te preocupes, niña. Los bebés normalmente no tienen tanta prisa por venir al mundo. Y por qué debían de tenerla, con esta horrible guerra y sin comida para nadie —dice.

Al fin llegan a su casa, con la puerta azul. Maggie teme lo que verá dentro, deja que Mrs. Lind vaya primero. Mamá está tumbada en el suelo ahora, con un cojín debajo de su cabeza, observada por Billy y Grace. Sus rostros están casi tan blancos como los de mamá y por una vez Billy no tiene nada que decir.

—Oh, Sarah, gracias por venir. Creo que está saliendo —dice mamá jadeando fuertemente.

Su cara está roja y cubierta de sudor.

—El doctor estará aquí en cualquier momento —añade Kate.

—Mientras tanto pongámosla más cómoda —dice la comadrona levantando la falda de Irene y examinándola.

—Ooooh —gime mamá al repetirse las contracciones.

—Son cada vez más seguidas —jadea—. Oh, espero que no vaya a nacer en el suelo de la cocina.

Maggie piensa que su voz suena rara, como si no pudiera respirar adecuadamente.

—Mami, mami, no te mueras —llora Grace, las lágrimas le caen por sus gordas y pequeñas mejillas.

—Mami no va a morir, cariño —dice mamá jadeando más fuerte aún—. No llores.

—Maggie, lleva a los niños arriba, sé buena chica —le dice Mrs. Kelly—. Vamos, no te preocupes Gracie, tu mamá va a estar bien. Es solo el bebé, tiene prisa por venir al mundo y conocer a su hermano y hermanas.

Maggie empuja a Billy y a Grace fuera de la habitación. Le alegra dejarle todo a la comadrona y a Mrs. Kelly. Siente que debería quedarse con mamá, pero está contenta de que le hayan dado algo que hacer en su lugar.

—¿Podremos jugar con el bebé, Maggie? —pregunta Grace mientras sube las escaleras agarrándose a la barandilla.

—Sí, supongo. Será muy pequeño al principio, sabes, así que tendrás que tener mucho cuidado.

—Los bebés huelen mal —dice Billy—. Se hacen caca en el pañal.

Arruga el rostro y se coge la nariz para enfatizar lo dicho.

—Yo ya no tengo pañal, ¿verdad, Maggie?

—No, Grace. Ya no tienes pañal desde hace tiempo. Eres una chica grande ahora.

Recuerda cuando su madre le pidió una vez que cambiara el pañal de Grace; fue terrible, todo verde y asqueroso. Esa es la peor parte de los bebés, decide.

—¿Qué vamos a hacer?

—Juguemos al veo veo —sugiere Billy—. Yo primero. Veo veo una cosa que empieza con…

Mira alrededor del dormitorio.

—«S».

—Sandalia.

—No.

—Sal —dice Grace.

—No, tonta, no hay sal aquí arriba.

—Silla.

Lo intentan una y otra vez y al final Billy dice:

—Soldado, claro.

—¿Qué soldado?

—Papá. Es un soldado.

Señala la fotografía al lado de la cama de su madre.

—Sí, pero no lleva su uniforme.

—Aún así es un soldado. De todas formas, me toca otra vez.

—No, déjale intentarlo a Gracie.

La puerta de la habitación se abre. Es Mrs. Kelly.

—El doctor envía a vuestra madre al hospital. ¿Queréis bajar y darle un beso de despedida?

Salen juntos de la habitación y bajan las escaleras. El hombre de la ambulancia está ayudando a mamá a levantarse. Parece más calmada ahora y ha dejado de jadear. El doctor está cerrando su maltrecho maletín marrón y preparándose para marcharse. Les sonríe. Le gusta el Dr. Brown; es su doctor desde hace tiempo. Vino a verla una vez, cuando tuvo sarampión.

—¿Por qué se va mamá al hospital? —susurra Maggie.

—Es solo para mayor seguridad, cielo. No hay necesidad de preocuparse —dice la comadrona.

—Adiós, mamá.

—Adiós, mami.

—Adiós, corazones. Sed buenos con Mrs. Kelly, volveré pronto.

—¿Con el bebé, mamá?

—Sí, cariño, con el bebé. Piensa en algún nombre bonito para él mientras estoy fuera.

—¿Tienes la maleta con las cosas del bebé, mamá? —pregunta Maggie.

—Sí, está aquí —dice Mrs. Kelly.

Maggie coge a Grace de una mano y a Billy de la otra. Siguen a su madre hasta la puerta y observan como el hombre de la ambulancia la ayuda a que se suba a ella. El doctor espera hasta que está dentro y luego se sube a su bici y se aleja. Billy le dice adiós con la mano, pero él no se da cuenta. Todos los vecinos han salido a ver qué pasa; están en sus puertas mirando y hablando. Nada sucede en su calle sin que los vecinos lo sepan, dice mamá.

—Adiós, mamá. Adiós —dicen a coro.

Se quedan mirando hasta que la ambulancia dobla la esquina y desaparece, luego entran dentro. La casa parece rara sin mamá, silenciosa y vacía. Maggie quiere llorar, pero en lugar de eso traga saliva.

—Bien, niños coged vuestras cosas y podéis venir conmigo a mi casa. Tengo unos huevos de merienda —dice Mrs. Kelly.

Huevos. Hace siglos que no han tomado huevos. Espera que puedan tomarlos hervidos con tiras de pan tostado.

—Y he hecho unas tartaletas de mermelada.

—Me gustan las tartaletas de mermelada —dice Grace.

—Sí, son mis preferidas —dice Billy.

—Bien, pues ya está. Id y recoged vuestras cosas y nos iremos.

Mientras dejan la casa vacía y cierran la puerta principal tras ellos, Maggie tiene la más extraña sensación; las cosas van a cambiar y no para bien.

MAGGIE

Su nuevo hermano, con sus seis libras y tres onzas, viene al mundo el día antes de que la primera bomba del Blitz caiga sobre Londres, propagándose en ondas de shock por todo el horrorizado país. Desde entonces, Mrs. Kelly ha estado visitando a mamá cada día, trayéndoles las últimas noticias sobre su estado.

—El bebé —dice—es hermoso, como vuestra mamá, pero con una mata de pelo rojo.

—Como papá —dice Maggie enseguida.

—Sí, pero es una poquita cosa —les explica—. Algo no está bien con su corazón, así que el doctor dice que vuestra mamá y el bebé tienen que quedarse en el hospital un poco más de lo habitual.

Maggie quiere llorar cuando escucha esto, pero sabe que tiene que ser fuerte; si empieza a llorar, Grace y Billy también empezarán.

—Sé que vais a ser unos niños muy valientes —continúa Mrs. Kelly—. No tardarán mucho en volver a casa los dos.

—¿Podemos ir a verla? —dice Billy.

Maggie puede ver que está intentando no llorar; su voz tiembla.

—No permiten entrar a niños en el hospital —les explica Mrs. Kelly.

—Pero es nuestra madre —se queja y luego las lágrimas comienza a brotar.

—Las madres y los niños tienen que estar tranquilos —dice Mrs. Kelly—. No admiten muchos visitantes y por supuesto no niños.

—Pero nos mantendremos callados como tumbas —promete.

—Lo siento, Billy, no hay nada que podamos hacer al respecto. Iré a ver a vuestra madre cada día y le diré que la echáis de menos. No tardará mucho en regresar a casa. Ya veréis, el tiempo pasará en un plis.

—Pero… —comienza.

Mrs. Kelly solo sacude la cabeza con firmeza.

—Ahora, vamos, sécate los ojos. Es hora de que todos vosotros estuvierais en la cama. Esperemos que sea una noche tranquila.

Cada noche se ponen los abrigos sobre sus pijamas y, portando una vela, se dirigen al final del jardín y bajan al refugio antiaéreo. La primera noche, Billy estaba muy excitado ante la perspectiva de estar bajo tierra, pero, después de unas cuantas noches durmiendo en los duros bancos que hacen las veces de camas y escuchando el sonido de las bombas cayendo a su alrededor, se ha vuelto

inusualmente callado. Esa noche se desviste despacio y pierde el tiempo lavándose los dientes.

—Date prisa, Billy. Mrs. Kelly está esperándonos —le dice Maggie.

Grace ya se ha puesto su camisón y sus zapatillas de estar por casa y lleva a su osito debajo del brazo. Maggie la ayuda a ponerse su abrigo y se lo abotona.

—Bien, ¿estamos todos listos? —pregunta—. Vayamos a ver si Mrs. Kelly nos ha hecho cacao.

Mrs. Kelly está esperándoles en la cocina. Tiene un par de mantas y un frasco de cacao. Los niños ya se saben la rutina ahora; la siguen por el sendero del jardín hasta que llegan al montículo que es el refugio antiaéreo. Hay luna esa noche y es fácil encontrar el camino aún sin vela. A Maggie le gusta mirar a la luna, pero desde que escuchó a Mr. Ford decirle a Mrs. Kelly que un cielo despejado les hace más fácil a los aviones bombardearlos, le asusta verla llena y brillante como esa noche.

—¿Por qué no tienes tú un bebé? —le pregunta Grace a Mrs. Kelly mientras esta abre la puerta del refugio.

—Oh, soy demasiado mayor para eso ahora —responde Mrs. Kelly.

Se introducen en el refugio y se apelotonan dentro. Mrs. Kelly coloca la vela en una repisa y la luz amarilla se derrama por la habitación, trayendo color a sus rostros cansados. Deliberadamente, Maggie no mira a las esquinas, todavía envueltas en la oscuridad; Billy bromea acerca de gusanos y babosas y estas no parecen tan graciosas ahora que están allí encerrados.

—Acercaos, Gracie, Billy —dice Mrs. Kelly—. Nos acurrucaremos juntos y nos mantendremos calientes.

Se acurrucan y se cubren con las mantas.

—¿Os apetece un poco de cacao? —pregunta y les sirve una pequeña taza de cacao caliente.

Maggie mira el rostro amable de Mrs. Kelly a la luz titilante de la vela. Su pelo gris lleva hecha la permanente y está sujeto con una redecilla y dos horquillas. No hay muchas arrugas en sus regordetas mejillas, solo lo que mamá llama arrugas de la risa. De repente se da cuenta de que Mrs. Kelly no lleva anillo de casada; eso resulta extraño.

—¿Mrs. Kelly se casó en Irlanda? —le pregunta sabiendo que nunca se atrevería a hacer esa pregunta si mamá estuviera allí.

—No, niña. Nunca me he casado. Iba a hacerlo. Estuve prometida y todo.

—¿Qué sucedió?

—Bueno, eran tiempos de guerra, la última guerra. Mi prometido era un inglés; lo enviaron a Francia a luchar y nunca regresó. Esperé y esperé y al fin me di por vencida.

—Mi papá fue a Francia —dice Grace en voz baja.

—Sí, cielo, eso es verdad. Ahora, bebeos vuestro cacao e intentad dormir.

—¿Si no estás casada, por qué te llamamos Mrs. Kelly? —pregunta Billy.

—En realidad no lo sé. Fue idea de vuestra madre. Dijo que Miss Kelly sonaba como una vieja solterona, así que siempre os dijo que me llamarais Mrs. A mí me da igual.

Se ríe.

—Después de todo, soy una vieja solterona.

—¿Por qué no regresó a Irlanda y se casó con alguien allí? —pregunta Maggie.

—Bueno, todas mis amigas estaban aquí, vuestra abuelita Smith y vuestra tía Gladys.

—¿Conocía a la abuelita Smith?

Esta noticia la sorprende; la abuelita Smith había muerto hacía tiempo. Maggie era mucho más pequeña que Grace entonces; apenas la recuerda.

—Sí, era mi mejor amiga. Sabéis, he vivido en esta casa casi toda mi vida. Estaba aquí cuando tu padre nació y cuando vuestra abuelita murió.

Todo lo que Maggie puede recordar sobre la madre de papá es que era muy vieja y que siempre llevaba un largo delantal con grandes bolsillos en la parte delantera. Algunas veces se sacaba un dulce o una galleta de uno de los bolsillos y se lo daba a Maggie.

—¿Es tan vieja como la abuelita Smith? —pregunta.

Mrs. Kelly se ríe.

—No, no tanto —dice—. Aunque hay algunos días que me siento así.

—¿Por qué se fue la tía Gladys? —pregunta.

—Se casó con vuestro tío Harry y cuando el consiguió un trabajo en Leeds, se fue con él.

A Maggie le gustan su tío y su tía; cada Navidad les envían un paquete con juguetes y cosas buenas para comer. Mamá dice que

pueden permitirse hacerlo porque no tienen hijos.

—¿No está sola sin marido? —pregunta—. Mamá se siente sola desde que papá murió.

—Lo sé, cielo. Tu mamá quería a tu papá mucho. Pero yo estoy acostumbrada a estar sola y, de todas formas, tengo mi fe.

Maggie sabe que quiere decir la iglesia. Mrs. Kelly va a la iglesia dos o tres veces a la semana. Les ha dicho que encenderá velas por mamá y el bebé, pidiéndole a Dios que cuide de ellos. Incluso va cada domingo por la mañana a colocar las flores del altar. Cultiva muchas flores en su patio trasero para poder recogerlas y llevarlas a la iglesia. Maggie le ayudó a recoger algunos crisantemos rosas y blancos la semana pasada. Eran preciosos.

—¿Es el padre Nally tu amigo? —pregunta Grace.

—Sí, el padre McNally es amigo de todos.

—Es simpático —dice Grace somnolienta.

Maggie la ve meterse el dedo gordo en la boca. Estará dormida en cualquier instante, piensa. Se pregunta cómo será el nuevo bebé.

—Os llevaré a la iglesia conmigo mañana —promete Mrs. Kelly—. Podéis ayudarme a colocar las flores.

Se produce una explosión en la lejanía y Maggie puede sentir las maderas del suelo del refugio temblar.

—Dios mío —murmura Mrs. Kelly y luego dice:

—Recemos una oración por toda la gente de Londres.

Maggie asiente con la cabeza. Junta las manos y cierra los ojos.

«Padre que estás en los cielos, protege y cuida a tus hijos esta noche y sálvalos de todo mal. Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre...»

Maggie y Billy repiten el Padrenuestro con ella.

«Amén», dicen a coro.

—Ahora, creo que es hora de que intentemos dormir.

—Buenas noches, Mrs. Kelly.

—Buenas noches, Maggie, buenas noches, Billy. Descansad.

Justo como prometió, Mrs. Kelly los lleva a misa con ella a la mañana siguiente. Van temprano para que Mrs. Kelly pueda colocar las flores antes de que empiece el servicio. A Maggie la iglesia le resulta muy diferente a la que va con su madre. Mrs. Kelly no deja de hacer la señal de la cruz y les hace genuflexionarse cuando entran en la iglesia. Conoce a mucha gente en la iglesia y todos vienen a hablar con ella. Les sonríen a los niños y dicen lo amable que es Mrs. Kelly al cuidar de ellos mientras su madre está en el

hospital. Después de los himnos todo el mundo va hacia el altar para recibir el cuerpo de Cristo, solo que no es en realidad su cuerpo, sino solo una galleta seca. Billy quiere ir, pero Mrs. Kelly dice que no, solo los católicos pueden recibir la comunión. El padre McNally está de pie en el altar ofreciendo las obleas. Lleva una larga túnica blanca y una bufanda de color oro. Mrs. Kelly dice que la túnica se llama sotana y la bufanda es su estola. Cuando dejan la iglesia, está de pie en la puerta sonriendo a todo el mundo y estrechándoles la mano. Le sonríe a Mrs. Kelly y le pregunta quiénes son sus amiguitos. Luego les estrecha la mano a todos y les dice que espera verlos de nuevo pronto.

Después de comer, Mrs. Kelly les dice que va a ir a visitar a su madre de nuevo mientras van a la clase de su escuela dominical.

—¿Podrás traerlos a casa bien, Maggie? —pregunta mientras los deja en la puerta de la iglesia—. He dejado la puerta de atrás abierta y hay pan en la despensa si tenéis hambre.

—Estaremos bien, Mrs. Kelly. No se preocupe.

A Maggie no le gusta la escuela dominical; ya sabe todas las historias que les cuenta su maestra en la escuela dominical y se aburre. Ella y Billy están en la misma clase. Él tiene sus historias favoritas, la mayor parte incluyen alguna clase de violencia, como Sansón matando a los filisteos con la quijada de un burro. Un día encontró el esqueleto de un gato muerto cerca del canal y lo trajo a casa. Lo escondió en su habitación durante días hasta que el olor alertó a mamá y fue tirado a la basura. Quería quitarle la mandíbula, decía. Luego, otro día, se negó a dejarse cortar el pelo por mamá por si acaso perdía su fuerza, como Sansón. Grace está en la clase de los bebés, allí pasan la mayor parte del tiempo coloreando dibujos y cantando canciones. La canción favorita de Grace es *Jesus Wants Me for a Sunbeam*, la tararea todo el tiempo.

La maestra está contándoles la historia de Moisés y cómo su madre lo puso en un cesto y lo dejó flotando en el río para que el malvado rey no lo encontrara y lo matara cuando las sirenas antiaéreas comienza a sonar.

—Seguidme, niños —les dice—. Rápido. No os llevéis nada, solo seguidme. Billy, no corras. Angela, no hay necesidad de llorar, solo agarra la mano de Susan y sígueme. Daos prisa.

La siguen fuera de la habitación y dentro de la iglesia. La clase de los bebés ya está por delante de ellos, dirigiéndose a la cripta. Forman una larga fila india, todos de las manos; algunos de ellos

están llorando. Maggie busca a Grace y la ve entre una niña morena con coletas y un niño pequeño regordete que lleva calcetines desparejados. Todos los niños son conducidos al interior de la cripta y la puerta se cierra detrás de ellos.

—Ahora, niños, quiero que todos encontréis un lugar para sentaros. Estaremos a salvo aquí hasta que escuchemos la señal de todo despejado.

Las maestras se arrodillan y empiezan a rezar. Maggie se acerca a Grace; parece asustada.

—Todo está bien, Gracie, todos estamos juntos ahora.

—¿Vamos a morir? No quiero ir al cielo —lloriquea—. Quiero a mi mamá.

La niña pequeña de las coletas la escucha y comienza a llorar.

—Yo también quiero a mi mamá. Quiero a mi mamá.

—Sshh niños. Sé que estáis asustados, pero tenéis que ser chicos y chicas valientes; esto acabará muy pronto y podremos ir a buscar a vuestras madres —dice la más mayor de las dos maestras.

Maggie piensa que parece tan asustada como los niños.

—Pero mi mamá está en el hospital —gime Grace—. Quiero a mi mamá.

—Ven aquí, Grace, te daré un abrazo —dice Maggie.

Tiene a Billy cogido de una mano y con la otra atrae a su hermana hacia sí.

—¿Por qué no cantamos todos una canción sobre Jesús? —sugiere la maestra más joven que tiene el pelo rubio retirado de su rostro y recogido en una coleta—. ¿Cuál queréis?

—*All Things Bright and Beautiful* —dice el chico con los calcetines desparejados.

—Bien, entonces todos juntos, «All things bright and beautiful, all things great and small...»

Las voces infantiles suben y bajan creando su propia y especial música en la oscura cripta. Fuera Maggie puede todavía oír el estallido de las bombas al explotar y el sonido de la sirena de los camiones de bomberos. Está asustada. ¿Qué está sucediendo ahí fuera?

—Ha sido precioso, ahora ¿otra? —les pregunta la alegre joven maestra de la escuela dominical.

—*Jesus Loves Me.*

Esto lo dice uno de los niños mayores.

—De acuerdo. Una, dos tres. «Jesus loves me, this I know...»

—canta la joven maestra.

Tiene una voz clara que se eleva por encima de ellos hasta las vigas. Uno a uno los niños se le unen. Grace no se sabe la letra, así que simplemente canta «la, la, la». De repente se escucha un tremendo crujido y la iglesia se sacude hasta sus mismos cimientos. Maggie piensa que las paredes van a venirse abajo, justo como aquella ciudad en la Biblia y abraza a su hermano y hermana aún más fuerte. Los niños empiezan a gritar y a llorar llamando a sus madres. Todo el mundo está demasiado aterrado para moverse. Puede sentir a Grace temblando y Billy está llorando, lágrimas silenciosas corren por su rostro. Suena como si la bomba hubiera caído muy cerca.

—No os preocupéis —les susurra—. Estaremos bien.

—Tranquilos niños, no hay nada de lo que preocuparse —dice la maestra más vieja con poco convencimiento.

Su voz se quiebra y parece a punto de llorar. Todos se quedan sentados en silencio. Nadie tiene ganas de cantar más. Solo escuchan y esperan a ver que va a suceder a continuación.

—Maggie, tengo frío —susurra Grace.

—¿Tienes frío? Toma, ponte mi chaqueta un rato.

Se quita su chaqueta y la coloca en torno a los hombros de su hermana.

—¿Cómo va a llamar mamá al nuevo bebé? —pregunta Billy.

Maggie puede sentirlo temblar.

—Mrs. Kelly dice que lo va a llamar Leslie.

—Es bonito —dice Grace acurrucándose más contra su hermana.

—Es por el padre de mamá.

—¿El abuelo?

—Yo me llamo como mi otro abuelo —dice Billy—. William Ronald Smith.

—¿Y tú Maggie? —pregunta Grace.

—Yo no me llamo como nadie que conozca; creo que a mamá simplemente le gustaba mi nombre.

—¿Y yo?

—Te pusieron el nombre por Gracie Fields. Es una cantante. A mamá le gusta, canta todas sus canciones.

—Cuando crezca, voy a ser una cantante —les dice Gracie.

De repente se escucha un sonido pronunciado y parecido a un lamento; todos saben lo que es. Maggie siente que una oleada de alivio la recorre. Se levanta, haciendo que los otros se pongan en

pie.

—Ahí lo tenéis niños, la señal de todo despejado —dice la maestra—. Dije que todos estaríamos bien, ¿verdad? Os dije que Jesús nos protegería del peligro. Bien, colocaos en la puerta en doble fila. Creo que es mejor que recojáis todas vuestras cosas y vayáis directos a casa ahora. Vuestros padres estarán preocupados por vosotros.

La maestra más joven corre los cerrojos de la puerta y la abre. Un rayo de luz solar penetra la penumbra; Maggie puede ver motas de polvo danzando en la luz, como pequeñas hadas. Deben haber estado allí todo el tiempo, pero no podía verlas hasta que se abrió la puerta.

KATE

Kate Kelly se detiene en la puerta y mira a su vecina. Irene sonríe y se despide de ella con la mano. Parece cansada, pero por lo demás, parece estar bien. Las noticias sobre el bebé no son buenas, sin embargo. Pobrecito, rezará por él una oración especial esa noche. Mientras se dirige a la parada de autobús, toquetea las cuentas de su rosario.

Si las cosas fueran diferentes, piensa, si Paul no hubiera muerto. ¿Se hubieran casado? ¿Tendrían hijos ahora, quizás incluso nietos? Algunas noches, tumbada en la cama, puede verlo tan claramente como si estuviera a su lado. Su madre decía que debería haber seguido con su vida, haber vuelto a Irlanda y haberse casado con Patrick Heneshy. Quizás tuviera razón, pero no le parecía así entonces. Ahora Patrick Heneshy está muerto, caído en the Troubles, sus padres hacía tiempo que estaban muertos y apenas sabía nada de sus hermanos y hermanas. Sentían que los había traicionado yéndose con un inglés. Se preguntaba cómo estaban ahora. Era la única que se había alejado y había partido de Irlanda; los otros se habían quedado, pero ella había querido ver el mundo. Sonríe irónicamente. Ver el mundo, qué risa. Había llegado a Bethnal Green y allí se había quedado. Y allí es donde permanecería; era demasiado vieja para andar correteando a cualquier otro sitio a su edad.

El autobús llega, ve a su amiga Rose sentada justo dentro, al lado de la puerta, y se sienta a su lado.

—¿Has ido al hospital? —le pregunta Rose.

—Sí. Irene Smith, sabes, la hija de Lil, acaba de tener su cuarto hijo.

—¿Es la que su marido acaba de morir?

Kate asiente con la cabeza. No está de humor para cotilleos; afortunadamente solo tiene un par de paradas. Rose empieza a hablar de la prima de una amiga cuyo marido ha sido enviado al Norte de África; no está escuchando atentamente y pronto pierde el hilo. No importa; no conoce a las personas en cuestión de todos modos.

—Bethnal Green —grita el revisor.

Es como si sus palabras fueran la señal para que las sirenas antiaéreas comenzaran a sonar.

—Oh, Dios mío, otro ataque aéreo no —se lamenta Rose cuando empieza a sonar el agudo sonido—. Gracias a Dios estamos justo al

lado del metro. Vamos, Kate.

—No, ve tú Rose. Yo tengo que volver a por los niños. Estarán en casa en cualquier minuto.

—Pero no llegarás a casa a tiempo.

Pero Kate ya está corriendo por la calle en dirección a su casa. El sonido de la sirena la ensordece y ahora puede oír el zumbido de los bombarderos al aproximarse. Acelera su paso. Ya no es joven; en otro tiempo habría corrido todo el camino de regreso a casa sin pararse a respirar, pero con su problema de cadera y sus juanetes, todo lo que puede hacer es caminar. Escucha una bomba explotar cerca; se están acercando. Los pobres niños, espera que las maestras hayan tenido el sentido común de mantenerlos en la iglesia. No es que vayan a estar seguros en ningún lugar en esos días. Los malditos alemanes parecen decididos a aplastarlos contra la tierra. Se llevaron a su Paul y ahora están intentando llevársela a ella también.

—Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre —musita toqueteando el rosario en su bolsillo.

Ya casi está allí, puede ver su casa en la distancia. Acelera sus pasos. Si los niños no están allí, irá directa al refugio. Malditos alemanes. Está desesperada por una taza de té, pero eso tendrá que esperar hasta la señal de todo despejado ahora.

—Ya casi estoy —murmura—. Casi en casa.

Se escucha una terrorífica explosión, luego el silencio y el mundo parece estar colapsando a su alrededor.

—¿Paul? —murmura.

MAGGIE

Al principio todo parece igual. Caminan por la calle que va de la iglesia a las tiendas, luego giran hacia Hanbury Road. La tienda de fish and chips no está. En su lugar hay un enorme agujero en el suelo. Billy, que había estado caminando delante de ellas, ansioso por regresar a la casa de Mrs. Kelly, se para y se queda mirándola. Nadie habla. Maggie le coge la mano y cautelosamente caminan por Hanbury Road hacia su calle y hacia la casa de Mrs. Kelly. Solo que ya no está allí. Se paran y miran a su alrededor confusos.

—Ya no está la casa de Mrs. Kelly —dice Grace—. ¿Dónde ha ido?

—Y nuestra casa. ¿Dónde está nuestra casa? Todas han sido bombardeadas —dice Billy—. Todas han desaparecido.

Los niños están aturdidos. Maggie no puede hacer otra cosa que mirar horrorizada la escena que aparece ante ellos. Su familiar calle con casas adosadas con sus uniformes puertas marrones ha desaparecido y en su lugar hay un enorme montón de escombros. Maggie puede ver platos y tazas rotos, la mitad de una pared con su papel hecho jirones y flotando al viento, y un fregadero de cerámica, un somier, la pata de una silla, una bañera de hojalata deformada y montones de ladrillos rotos y piedras. Una chimenea ha aterrizado de pie y milagrosamente permanece intacta. Un orinal decorado con flores rosas aparece hecho miles de pedazos. Todas estas imágenes bailan ante sus ojos como un terrorífico collage de sus vidas.

—Esa es nuestra puerta —dice Billy señalando una astillada plancha azul que sobresale de entre los escombros.

Está llorando. Su casa está enterrada bajo los escombros, incluso su bonita puerta ha desaparecido. Sin pensar, avanza entre el montón de ladrillos y barro y tira de la plancha pintada de azul. No se mueve. Se inclina y rompe un pequeño trozo y se lo introduce en el bolsillo.

Grace se siente abandonada y comienza a gimotear.

—Maggie, Maggie.

Maggie vuelve con ella y la coge en brazos, pero la niña se niega a ser consolada. Ver su casa en ruinas parece la gota que colma el vaso para Grace. No para de sollozar.

—Está bien, Gracie. No llores, va a ir bien. Lo prometo.

—¿Dónde está la señora Kelly? —llora Billy—. No está aquí. ¿Dónde está?

—Estará bien. Supongo que todavía está en el hospital con mamá. Vamos, iremos a buscarla.

—Quizás esté en el refugio antiaéreo —sugiere Billy—. Allí es donde iría si hubiese un ataque aéreo.

—Claro. Debe estar allí.

Se dirigen a donde el patio trasero de Mrs. Kelly solía estar, pero no pueden ver otra cosa que escombros. El aire está cargado de humo y polvo. No hay rastro del refugio antiaéreo, ni de calabacines, nada. Su casa parece la casa de muñecas de Grace sin la puerta; puedes ver todas las habitaciones. Los suelos han desaparecido y el tejado también; la casa parece a punto de desmoronarse. Una cruz de madera cuelga desequilibrada en lo que queda de pared.

—No creo que pueda estar aquí —dice Maggie—. Estará con mamá. Vamos, sé como llegar al hospital. No está lejos.

Pone a Grace en el suelo y los tres parten tan rápido como les es posible, tropezando y pasando sobre cristales rotos, ladrillos y trozos de mortero que bloquean su camino. Maggie no puede creer lo que está viendo. Es una pesadilla. En todas partes a las que mira hay edificios en ruinas, ventanas rotas, puertas colgando de sus goznes, cráteres gigantes en el suelo donde una vez se levantaran casas o tiendas. Sus vecinos están rebuscando en los escombros tratando de salvar sus pocas posesiones. La gente llora y gimotea de dolor, algunos maldicen a gritos a los hombres que les hicieron esto, otros callan su ira. El aire está cargado de polvo y hay un fuerte olor a gas allí donde las explosiones han fracturado los conductos de gas. Las sirenas antiaéreas han sido reemplazadas con el sonido de las ambulancias y el de los coches de bomberos. Los niños pasan al lado de unos hombres en uniforme y con sombreros de latón que están tirando del cuerpo de un anciano que está debajo del montículo de ladrillos que una vez fuera su casa.

—¿Está muerto? —pregunta Billy.

—No lo sé. Vamos, tenemos que darnos prisa —dice ella.

No quiere parar.

Les cuesta veinte minutos llegar al hospital. Todo el camino Maggie se repite a sí misma:

—Dios mío por favor, que no hayan bombardeado el hospital. Dios mío, por favor que no hayan bombardeado a mamá. Dios mío…

Sus oraciones parecen haber sido escuchadas. La fachada gris de

la maternidad se yergue fuerte y segura. Se dirige hacía la puerta y entra. No hay nadie cerca. Todavía agarrando a Billy y a Grace de la mano, camina por el pasillo. Todavía no hay nadie, ni enfermeras ni paciente ni bebés. Un pesado silencio se cierne sobre el lugar.

—Hola, jovencita, ¿qué crees que estás haciendo? —le pregunta una voz profunda.

Es un anciano con una banda de guardián en su brazo derecho.

—Estamos buscando a nuestra madre.

—Acaba de tener un bebé —dice Billy.

—Bueno, no la encontraréis aquí. Habéis llegado tarde. Han trasladado a todas las madres y bebés a Bushey esta tarde. Tienen que alejarlos de los bombardeos. Aquí no es seguro, sabéis. Hay una bomba sin explotar en la calle próxima.

Maggie recuerda haber visto un cordón policial cuando pasaron. Se estremece.

—Pero ¿cómo la encontraremos? —pregunta intentando contener las lágrimas.

—No preocupes tu preciosa cabecita con eso ahora, querida, es solo por unos cuantos días y la mandarán a casa de nuevo. Supongo que estaba demasiado enferma para ir a casa ahora.

—El bebé tiene un corazón débil —le informa Billy.

—Eso es entonces. Una vez hayan solucionado eso, estarán de camino. Estará de regreso en casa en nada.

—Maggie, quiero irme a casa —comienza a llorar Grace.

—Está bien, querida, llévate a tu hermano y hermana a casa.

—Nuestra casa ha sido bombardeada —dice Billy—. Estábamos en la escuela dominical.

—¿Es eso cierto? Siento mucho escucharlo. ¿Ha sido esta tarde? Bonito panorama. Malditos alemanes.

Se los queda mirando.

—¿Hay alguien ocupándose de vosotros? —pregunta.

—Mrs. Kelly.

—Volved y decidle que vuestra madre está a salvo y que pronto regresará a casa.

Se dan la vuelta y se dirigen de nuevo a la entrada del hospital. ¿Qué van a hacer ahora?

—Maggie, ¿dónde está Bushey? —pregunta Billy.

—No lo sé, Billy, en algún lugar donde no haya bombas, supongo.

Siente que las lágrimas llenan sus ojos y parpadea.

—Maggie, estoy cansada —dice Grace volviendo a su balbuceo infantil.

—Sentémonos un poco entonces.

Se sientan juntos en las escaleras que conducen a la entrada del hospital. Nadie habla. Maggie no sabe qué decir. Sabe que los otros están esperando a que les diga que todo estará bien, pero no siente que será así. Se pregunta si todo alguna vez volverá a estar bien. Si pudieran encontrar a mamá. Les diría qué hacer.

Un policía dobla la esquina en su bicicleta, su timbre suena frenéticamente. Normalmente, al ver a un Bobby en su bicicleta, Billy se hubiera incorporado de un salto, pero hoy se queda sentado a su lado. Parece como si le hubieran sorbido la energía. Maggie también se siente entumecida. ¿Qué debería hacer? No tiene ni idea. No puede pensar.

—¿Crees que la señora Kelly estará buscándonos? —pregunta Billy al fin.

—Puede. ¿Qué decís, volvemos a ver si está en su casa?

—La casa de Mrs. Kelly está bombardeada —dice Grace.

—Puede que esté buscando cosas —dice Billy—. Como la otra gente.

—Tienes razón. Vamos, volvamos y veamos si podemos verla. No podemos quedarnos sentados aquí todo el día.

Maggie se está preocupando. Pronto oscurecerá. No tiene abrigo; lo dejó en casa de Mrs. Kelly y ahora siente frío.

—¿Estás bien, Gracie? ¿Crees que podrás caminar todo el camino de regreso a casa de Mrs. Kelly?

Su hermana pequeña sonríe y le coge la mano.

—Estoy bien, Maggie.

—Bien, vamos entonces.

Regresan avanzando a duras penas por las calles en ruinas y las casas abandonadas. Pasan una cuanta gente y aquellos a los que ven están sumidos en sus propios asuntos; ni siquiera se percatan de los tres niños con rostro serio que caminan de la mano. Son invisibles en medio de todo el caos y destrucción.

Cuando llegan a Stanlet Street, Maggie tiene la esperanza de que todo esté bien, de que quizás se hayan equivocado y no sea su calle la que ha sido arrasada, sino otra. Pero no se han equivocado. Aunque es difícil reconocer nada de lo que había antes, ahí es donde vivían y alguien lo ha destrozado.

—No puedo ver a la señora Kelly —dice Billy.

Pasan su casa y van hasta la de Mrs. Kelly. No hay rastro de vida.

—Billy coge la mano de Grace y espera aquí un minuto —dice Maggie.

—¿A dónde vas?

—Solo será un minuto.

Antes de que pueda protestar, Maggie está avanzando por el montón de escombros que una vez fuera la casa de la señora Kelly. Entre la suciedad y los escombros lo ha visto, su abrigo de tartán. Retira los ladrillos hasta que lo libera. Está cubierto de suciedad, pero por lo demás parece estar bien. Le da una buena sacudida y luego vuelve con su hermano y hermana.

—Ese es tu abrigo Maggie —dice Grace asombrada.

—Sí.

—Y ahí está Teddy.

Señala excitada al lugar en el que un diminuto brazo peludo sobresale de los escombros.

—Sí. Buena vista Grace. Quédate ahí y te lo cogeré.

Mete sus brazos en las mangas de su abrigo y se lo abotona, luego vuelve a los escombros y desentierra al desafortunado osito.

—¿Está herido? —le grita Grace.

—No, está bien.

Maggie lo espolsa y le endereza la bufanda.

—Lo cepillaremos y estará como nuevo.

Grace lo aplasta contra sí.

—Eres un osito malo; te dije que vinieras a la iglesia con nosotros —lo reniega—. Ahora te quedarás conmigo y no te pierdas.

—¿Has visto a la señora Kelly? —pregunta Billy.

—No —dice Maggie.

Nadie puede estar vivo debajo de eso.

—Eh, ¿qué hacéis vosotros ahí? —pregunta una voz áspera.

Un hombre con uniforme de bombero se acerca a ellos.

—No podéis ir andando por ahí encima; es demasiado peligroso. Puede haber una fuga de gas y, si explota, todos saldremos disparados por los aires.

Instintivamente Maggie tira de Billy y Grace para alejarlos de los escombros.

—Estamos buscando a nuestra amiga —dice.

—La señora Kelly —añade Billy.

—Bueno, no la encontraréis ahí. No queda nadie vivo ahí dentro,

puedo jurarlo. Le dio directo. No habría tenido suerte.

—Pero tiene un refugio antiaéreo —le dice Billy.

El guardia los mira. Grace está llorando; todos tiemblan.

—Lo siento chicos. Aunque hubiera estado en el refugio, no hubiera sobrevivido a un impacto directo.

—¿Si alguien estuviera todavía vivo, dónde estaría? —pregunta Maggie.

—En la parroquia. Han llevado a todos los heridos ahí por el momento. Si vuestra amiga está viva, allí es donde estará.

—Sé donde es —dice Maggie—. Mrs. Kelly solía ir allí a sus reuniones del WVS. Vamos.

Agarra a Grace y a Billy de la mano y tira de ellos en dirección a la parroquia.

—Gracias —le grita al bombero, que no responde.

Este ya avanza calle abajo. Una vez más son invisibles.

No están lejos de la parroquia. Cuando doblan la esquina, ya pueden escuchar los gemidos y lamentos de los heridos y asustados. La pequeña parroquia está abarrotada de gente, algunos yacen en el suelo, otros están apoyados contra la pared y alguno deambulan con rostros inexpresivos y desesperanzados. Maggie no puede ver quién se parece a Mrs. Kelly. Se dirige a una mujer con uniforme de enfermera y le pregunta:

—¿Conoce a Mrs. Kelly? Es nuestra amiga y estamos buscándola.

—No querida, no conozco a nadie con ese nombre.

—Su casa ha sido bombardeada —dice Billy.

—Bueno, puede que esté aquí. Echad un vistazo, pero no os pongáis en medio.

Caminan de acá para allá pero no pueden ver ni rastro de ella.

—Esa es la amiga de la señora Kelly —dice de repente Grace.

—¿Dónde?

—Esa señora. Estaba en la iglesia —explica Grace.

—Oh, qué niña más lista que eres, Gracie.

Maggie se dirige a la mujer. Tiene aproximadamente la misma edad que Mrs. Kelly y lleva un abrigo marrón y un pañuelo para la cabeza estampado. Coge de la mano a un anciano que tiembla horriblemente.

—Perdone. Estamos buscando a Mrs. Kelly. ¿Sabe dónde está? —pregunta Maggie.

La mujer levanta la vista. El hombre no es consciente de dónde están. Maggie ve que está llorando.

—¿Kate Kelly?

—Sí.

Los ojos de la mujer se llenan de lágrimas.

—Fue atrapada por el bombardeo hoy.

—No, iba al hospital a ver a nuestra mamá.

—No sé nada sobre eso. Su casa se llevó lo peor.

—Pero tenía un refugio antiaéreo —dice Billy.

—Maldito bien que le hizo.

—¿Quiere decir que está muerta? —pregunta Maggie.

—Sí, niña, muerta y en el cielo. Si alguien se merecía ir al cielo, esa era Kate. Era una buena mujer cristiana.

—Es católica —dice Billy.

Maggie se siente entumecida. Si Mrs. Kelly está muerta y mamá está en Bushey, ¿qué van a hacer? ¿A quién pueden dirigirse ahora? Se siente asustada y sola. Parece no haber nadie para ayudarles; todo el mundo tiene sus propios problemas. Nadie tiene tiempo para tres niños sin hogar. ¿Qué puede hacer? ¿Cómo va a poder cuidar de Billy y Grace sola? Puede sentir las lágrimas llenar sus ojos y parpadea enfadada. Suceda lo que suceda, tiene que ser fuerte.

La mujer se vuelve hacia el anciano. Sostiene una taza de té contra su boca, pero él no bebe, no puede parar de temblar.

—¿Qué hacemos ahora, Maggie? —pregunta Billy.

—No lo sé, pero no tiene sentido quedarse aquí. Vamos.

—Tengo hambre —lloriquea Grace.

—Yo también. La señora Kelly siempre nos da tartaletas de mermelada los domingos —dice Billy.

Pensar que ya no hay Mrs. Kelly y tampoco tartaletas de mermelada es demasiado para Billy, y prorrumpe en sonoros y fuertes sollozos.

—Vamos, Billy. No es tan malo. Solo tenemos que encontrar a alguien que cuide de nosotros hasta que mamá regrese a casa.

—Podríamos ir a casa de la abuela.

Maggie no está segura de cómo llegar a la casa de sus abuelos. Sabe que está en algún lugar de Islington y que tienes que subirte en tres autobuses diferentes para llegar allí, pero no tiene dinero para el billete de autobús. Además, ¿y si se pierden? ¿Y si llegan allí y la casa de la abuela también ha sido bombardeada? No, decide, es mejor quedarse allí donde mamá pueda encontrarlos.

—Tenemos que estar aquí para cuando mamá regrese a casa —dice.

—El padre Nally nos ayudará —dice Grace.

—El padre McNally —le corrige Billy—. Sí, la señora Kelly decía que era amigo de todo el mundo. Quizás será nuestro amigo.

—Creo que esa es una buena idea, Grace. Estás llena de buenas ideas hoy. Vamos, iremos a la iglesia de Mrs. Kelly y veremos si el padre McNally está allí.

La iglesia está a oscuras cuando llegan, pero las grandes puertas de madera están sin cerrar. Son pesadas y crujen mucho cuando Maggie las abre.

—Esperaremos dentro de la iglesia hasta que venga —dice Maggie—. Podemos tumbarnos en los bancos.

—Da miedo —dice Billy.

Maggie está de acuerdo con él, pero sabe que tiene que ser valiente y dice:

—Mrs. Kelly dice que es la casa de Dios, así que estaremos a salvo aquí. Sus ángeles nos protegerán.

—Me gustan los ángeles —dice Grace—. Tienen alas, como las hadas.

—Hace frío —se queja Billy.

—Abracémonos y estaremos más calientes.

Le alegra haber encontrado su abrigo, lo abotona hasta el cuello y mete las manos en sus bolsillos. Un pequeño pinchazo en su dedo le recuerda el trozo de madera azul que cogió de la puerta. Lo sujeta entre su dedo y el pulgar y lo acaricia suavemente. No debe perderlo. Siempre y cuando lo tenga sabe que su madre podrá encontrarlos.

—¿Y si no viene esta noche? —pregunta Billy.

Está temblando.

—Vendrá. No os acordáis, Mrs. Kelly siempre iba a misa a las seis.

Su rostro se ilumina y dice:

—Sí, porque mamá solía decir que Mrs. Kelly debería quedarse en casa con nosotros y escuchar «The Hi Gang Show», pero ella siempre se iba a la iglesia.

—Hi Gang —gorjea Grace.

—Hi Ben —responde Billy.

Se ríen.

—Es mi programa favorito —dice Billy.

—Así que ya ves, vendrá a decir misa —dice Maggie—. Y bueno, si no lo hace, tendremos que dormir aquí esta noche.

Al decirlo Maggie se estremece; la idea de dormir en la iglesia, aunque sea la casa de Dios, la aterra. Hay muertos en el cementerio; vio las lápidas cuando entraron.

—Los alemanes no nos cogerán aquí —dice Billy acurrucándose más contra su hermana.

Deben haberse quedado dormidos, porque lo siguiente que Maggie sabe es que alguien la está sacudiendo por el brazo.

—Despertad, niños. ¿Qué creéis que estáis haciendo aquí?

Maggie se sienta y se restriega los ojos. Su boca está seca y le duele el brazo. Debe haber estado tumbada sobre él.

—Uh, queremos ver al padre McNally —susurra—. Queremos que nos ayude.

Es una mujer pequeña de pelo moreno y habla un poco como Mrs. Kelly. Los mira por un instante y luego dice:

—De acuerdo. Quédate aquí y veré si ha llegado ya.

Maggie se levanta y se estira; tiene frío y está agarrotada. Billy y Grace todavía duermen. Billy está estirado sobre dos reclinatorios descoloridos, con los brazos abiertos y Grace está hecha una bola cerca de él. Decide dejarlos dormir un poco más. Parece costar mucho encontrar al padre McNally y Maggie siente que se duerme otra vez. Luego escucha pasos y susurros; mira a su alrededor. El párroco viene por la nave central hacia ellos, su sotana ondea a su alrededor como una inmensa capa negra; la mujer le sigue detrás. Cuando llegan donde Maggie, se paran y la miran.

—No lo puedo creer. ¿Sois los niños que vinieron esta mañana con Kate Kelly, verdad? —pregunta.

Maggie asiente con la cabeza. El sonido de su voz despierta a los otros. Billy se sienta restregándose los ojos y Grace empieza a gimotear.

—Sshh Gracie, está bien. Es el padre McNally.

—¿Y qué estáis haciendo aquí? ¿Dónde está Mrs. Kelly? —pregunta el párroco.

Se sienta en el banco a su lado.

—No lo sabemos —responde Maggie—. Estábamos en la escuela dominical cuando cayeron las bombas, luego, cuando fuimos a casa no pudimos encontrarla.

—Stanlet Street fue bombardeada —susurra la mujer.

—La casa de Mrs. Kelly ha desaparecido —dice Grace.

—Y nuestra casa —añade Billy.

—Mrs. Kelly tenía un refugio antiaéreo —dice Grace.

—¿Y vuestros padres?

—Mamá está en el hospital. Fuimos allí, pero se habían ido todos —dice Maggie—. Los han trasladado a un sitio más seguro.

Está a punto de llorar, pero se muerde el labio para no hacerlo.

—¿Y vuestro padre?

—Está muerto —dice Billy—. Lo mataron en Francia.

—Dios mío.

—Pobres corderitos —dice la mujer inclinándose y dándole un abrazo a Grace.

—Me pregunto qué vamos a hacer con vosotros —dice el padre McNally.

Se levanta. La gente está empezando a llegar para la misa de las seis. Se agolpan en la nave principal; algunos miran con curiosidad a los niños.

—Llévelos a la sacristía por ahora Mrs. Biggs y después de misa decidiremos qué hacer —le dice.

Siguen a la mujer hasta la sacristía. Maggie está segura de que ahora todo irá bien. El padre McNally les ayudará a encontrar a su madre. Ahora están a salvo.

IRENE

El viaje a Bushey dura horas. Están todos apelotonados en un viejo autobús que, por como se ven los maltrechos asientos y la pintura rayada, ha visto muchos años de servicio. Hay unos veinte en total, nueve madres y sus bebés y dos miembros de la plantilla del hospital. Solo han enviado a un enfermero, un viejo, quizás rondando los cincuenta, piensa y una comadrona para cuidar de ellos. El resto de la plantilla de enfermeros ha sido transferida al hospital del distrito para ayudar con los heridos de la última noche.

Mira el autobús a su alrededor; que grupo más triste. Una mujer apenas había dado a luz un par de horas antes y va medio tumbada, medio sentada en el asiento trasero con su bebé recién nacido a su lado, envuelto en una manta del hospital. El resto está sentado mirando por las ventanas la devastación que les rodea. A la mayoría las conoce de nombre porque ha estado allí por más de una semana. Aparte de una mujer que ronda los cuarenta, Irene es la mayor. Se siente vieja y cansada al lado de todas esas jóvenes madres, muchas de ellas han tenido su primer hijo. Quizás es pensar en tener que enfrentar la vida sola lo que la hace sentir tan exhausta; criar a cuatro niños no va a ser fácil.

—¿Todo el mundo está bien? —grita la comadrona.

—Algo le sucede a mi bebé —responde una joven de no más de dieciséis años—. No para de llorar.

La comadrona se dirige a la parte trasera del autobús.

—Tienes que cambiarle el pañal, querida. El pobrecito está empapado.

—Ven, te ayudaré —dice Irene.

Leslie está casi dormido, envuelto en su abrigo en el asiento de al lado. Suavemente, para no molestarlo, se traslada al asiento opuesto al de la chica.

—¿Te dieron vaselina para ponerle en el culito?

—Sí la tengo aquí.

La chica saca un bolso de tela y lo vacía en el asiento. Irene coge al bebé.

—Es un precioso muchachito.

La chica comienza a llorar.

—Es una chica.

—Aún mejor.

—No van a dejarme quedármela —lloriquea—. Mi padre dice que soy demasiado joven. Dice que tiene que ser adoptada.

—Oh, querida, lo siento.

Se da cuenta de que la chica no tiene anillo de casada. Suavemente le quita al bebé su envoltura de sábanas de hospital y le saca el pañal húmedo.

—Voy a ese hogar de madres y bebés en Stepney —le explica la chica—. Ellos se ocupan de todo por ti.

Estornuda y se pasa la manga por el rostro para enjugarse las lágrimas.

—Mamá dice que es lo mejor.

Irene mira al bebé. Ha parado de llorar y gorgojea feliz.

—Supongo que tu madre tiene razón —dice.

Mira a su bebé. Pobrecito Leslie. Que comienzo de vida ha tenido: sin padre y un corazón débil, y no hay mucho que ella pueda hacer al respecto tampoco.

—¿Sabes a dónde vamos? —pregunta la chica.

—En realidad no. Todo lo que he oído es algo sobre una maternidad en Bushey. Es solo por un tiempo, hasta que estemos lo suficientemente recuperadas para ir a casa.

—Tengo que quedarme en el hogar para madres hasta que el bebé tenga seis semanas —dice la chica.

Comienza a llorar de nuevo.

Irene cierra el imperdible del pañal cuidadosamente y vuelve a envolver al bebé en su sábana.

—Ahí lo tienes, un bebé limpio y feliz. Quizás quiera alimentarse —le sugiere tendiéndole el bebé a su madre.

La chica mira hacia delante. El enfermero está sentado en el asiento delantero hablando con el conductor. Se levanta la blusa y saca su pecho. El bebé se agarra ávido al hinchado pezón.

—Tienes razón, está hambrienta.

—Los bebés siempre tienen hambre. ¿Estarás bien ahora?

La chica asiente con la cabeza.

—Gracias.

—Está bien.

Irene regresa a su asiento; Leslie está todavía dormido. Es un buen muchachito, es como mirar a Ronnie, excepto que su piel tiene un tinte azulado. El doctor dice que es porque no tiene suficiente oxígeno; su corazón no es lo suficientemente fuerte para bombear la sangre por todo su cuerpo. Tiene una válvula con fugas o algo. Estaba tan contrariada cuando se lo dijo que no se percató de todo y ahora desearía haberle hecho más preguntas. Todo lo que entendió

es que Leslie no podía ir a casa aún; estaba todavía demasiado débil. El doctor dijo que probablemente tendrían que ir al hospital de Great Ormond Street para operarle una vez se pusiera más fuerte. Pobrecito, es muy pequeño para ser operado. ¿Y cómo va a pagar?

Mientras tanto van a Bushey para alejarse de los ataques aéreos, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y qué pasa con sus otros hijos? ¿Podrá arreglárselas Kate con ellos? Su amiga le ha dicho en repetidas ocasiones que no se preocupe, que se las puede arreglar bien, pero es mucho pedirle, después de todo nunca ha tenido niños. Debería haber enviado a los niños con su madre, pero Kate insistió. Dijo que no era justo darle a la madre de Irene más trabajo cuando tenía suficiente que hacer cuidando de su padre. Después de todo se suponía que solo iban a ser unos cuantos días.

El autobús se para. Hay un convoy de camiones del ejército cruzando delante de ellos; puede ver los uniformes caqui de los soldados apelotonados en la parte trasera. Por un instante su corazón da un salto excitada al recordar que Ronnie está muerto; no es uno de esos jóvenes que ríen y se asoman para mirar a las preciosas mujeres del autobús. Una nube negra de desesperación se cierne sobre ella. Esa maldita guerra, se está llevando todo lo suyo.

El convoy pasa y el autobús continua rumbo norte. Se dirigen a Islington y a la A1. Se pregunta si su madre está en casa. Todo lo que tiene que hacer el decirle al conductor que pare y podría apearse e ir andando a casa de su madre; no está lejos. Mira a su pequeño hijo que duerme plácidamente a su lado. No, aguantará por él; se merece la oportunidad de una vida mejor.

Las calles que pasan han sido obviamente bombardeadas bastante recientemente, observa la devastación y se estremece. Una pesada nube de polvo se cierne sobre todo y el olor acre del fuego todavía flota en el aire. La gente pasa por los escombros intentando salvar las pocas posesiones que pueden. Hay un desconsuelo en sus ojos que siente que refleja sus propios sentimientos. Solo hay una cosa en el pensamiento de la gente en estos días: cómo sobrevivir a la guerra.

Mira a la chica que está en frente de ella; madre e hijo ahora están satisfechos. Siente una oleada de simpatía por ella. Esa fácilmente podría haber sido ella; no había sido mucho más mayor cuando Maggie nació.

Conoció a Ronnie en un baile el año que cumplió dieciséis. Era

la primera vez que había ido a un baile. Su padre siempre era muy estricto con lo que hacía y a dónde iba, pero una vez que dejó la escuela, se había visto forzado a darle más libertad. Había ido al baile con Belle y Ruth, sus mejores amigas. Las tres iban a todas partes juntas, inseparables desde los días escolares. Eso fue hasta que conoció a Ronnie. Le gustó su aspecto enseguida y empezaron a salir casi inmediatamente.

Ella era una monada en aquellos días, o eso decía todo el mundo; su nariz era pequeña y respingona, había hoyuelos en sus mejillas y tenía unos dientes rectos y parejos. Suspira y su lengua automáticamente se abre camino en el hueco dejado por los tres molares que le faltan. Son los bebés, decían, se llevan toda la bondad de nuestro cuerpo. Solía recogerse el pelo apartándolo de la cara y sujetarlo con horquillas. Belle decía que se parecía a Ida Lupino. Ronnie nunca lo comentaba, pero cuando estaban solos, le gustaba quitarle las horquillas y dejar que su pelo cayera en cascada sobre sus hombros. De nuevo suspira. Bueno, ya no tiene tiempo para nada parecido ya.

El autobús se mueve más rápido ahora. Coge a Leslie y lo sostiene contra su pecho. Puede ver la silueta sombría de la prisión de Holloway menguando a su derecha. Se están adentrando en territorio nuevo. Nunca ha estado tan al norte antes. El paisaje cambia; hay más espacios verdes, árboles y parques. Se pregunta si ya están llegando.

Ronnie se llevaba bien con su familia, especialmente con sus dos hermanos mayores. Todos estaban encantados de que tuviera un novio formal. Su madre decía que eso la tranquilizaría un poco, aunque Irene nunca entendió en realidad lo que había querido decir con aquel comentario. Todo había ido bien al principio; iba a sacarla a bailar cada sábado por la noche y los domingos iban a pasear al parque. Ella trabajaba en la cooperativa entonces, en la caja y su único día libre era el domingo. Ganaba una libra y diez peniques a la semana, le daba una libra a su madre y se guardaba los diez peniques para ella. La vida parecía perfecta. Entonces descubrió que estaba embarazada. Qué susto se había llevado. No sabía a quién decírselo. Al final confió en Ruth, quien la convenció de que no podría mantener su estado en secreto por mucho tiempo y que debía decírselo a su madre tan pronto como fuera posible. Por supuesto su madre se lo dijo a su padre. Bueno, y eso fue todo. Al domingo siguiente, Ronnie fue convocado al salón y se le dijo que

no tenía otra opción; tenía que casarse con ella. Para ser justos con él, Ronnie se había mostrado bastante relajado al respecto.

—Nos íbamos a casar de todas formas —le decía a todo el mundo.

Así que se casaron, sin revuelos, esperando que nadie fuera de la familia se diera cuenta de que ella estaba en camino de aumentar la suya. Era invierno así que tuvo que ponerse su vestido azul, una cosa enorme de paño fino, para esconder su abultado vientre. Ronnie había sido maravilloso. Estaba tan orgullosa de él. Estaba muy guapo con su nuevo traje azul con un clavel en el ojal.

No podían permitirse una luna de miel, pero sus padres pagaron una pequeña fiesta en el pub local. Ruth y Belle fueron invitadas y un par de compañeros de Ronnie del club de fútbol, pero por lo demás solo acudió la familia. Después la llevó a la casa de sus padres en Bethnal Green. Había estado allí desde entonces.

—Ya no avanzamos más —les dice el conductor del autobús—. Pronto os tendremos a todas metidas en cama de nuevo.

Lo ve volverse y sonreírles socarronamente.

No fue fácil vivir en la casa de los padres de Ronnie, pero no podían permitirse un lugar propio y no había espacio en la casa de sus padres. Sin embargo, los padres de Ronnie fueron muy amables con ella. Eran más mayores que su madre y su padre y Ronnie era su único hijo. Como su padre dijo en la fiesta, estaban encantados de haber ganado una hija después de todos aquellos años. Cuando les contaron lo del bebé, en lugar de asombrarse como había esperado, estuvieron encantados de saber que pronto tendrían un nieto. Les dieron la antigua habitación de Ronnie y luego les dejaron emplear la habitación que sobraba también. Aquellos habían sido días felices, antes de la guerra.

El sentimiento acuciante de soledad la embarga de nuevo. Coloca a su hijo en su otro brazo y lo sostiene más cerca de su pecho, él continúa durmiendo, acunado por el movimiento del autobús.

La maternidad de St. Margaret es una mansión victoriana reformada, con altas torres y una fachada de ladrillo rojo. El autobús avanza lentamente ascendiendo por un sinuoso camino de entrada que las conduce, atravesando un descuidado y crecido jardín, al lugar en el que un comité de bienvenida de jóvenes mujeres de rostro fresco con uniformes azules las espera. Con el mínimo de formalidades, son conducidas al ala de maternidad que

les ha sido destinada.

Su habitación es larga y espaciosa; sus ventanas dan al jardín. Su cama está al fondo, cerca del baño. Qué alivio piensa tan pronto como lo ve, no tendrá que arrastrase por toda la sala por la noche cuando tenga una urgencia. A la chica joven cuyo nombre ya ha descubierto que es Jane, se le ha asignado la cama en frente de la suya. Parece no haber recobrado las fuerzas y de inmediato se echa, enterrando su cara en la almohada.

Irene coloca a su bebé en la cuna al lado de la cama. Está comenzando a removerse; pronto querrá mamar. Hay un camisón de hospital azul y blanco tendido sobre la cama. Cuidadosamente se quita la ropa y se lo pone. Parece ridículo ir a la cama en mitad del día cuando no está ni cansada ni se encuentra mal. Sin embargo, ese es el procedimiento y no se atreve a discutir con la comadrona que acaba de exponer sus órdenes a las recién llegadas. De todas formas, también le vendrá bien descansar todo lo que pueda. Dios sabe lo poco que lo hará cuando regrese a casa.

De repente, se produce una conmoción al final de la sala. Es el doctor, seguido de un séquito de bien dispuestas jóvenes enfermeras. Va de cama en cama, dispensando noticias, algunas buenas, algunas malas. A dos de las mujeres se les dice que ellas y sus bebés pueden irse a casa, a otra que su bebé no ha superado la noche. Se detiene delante de la cama de Jane y la mira con desaprobación. Irene lo escucha decirle bruscamente que puede marcharse al día siguiente; habrá un autobús que la llevará al hogar para madres e hijos en Stepney. Puede ver el rostro de Jane mirándolo; está lívido y cubierto de lágrimas. Pobre chica, no es más que una niña. No puede imaginarse cómo sería dar a tu propio hijo; solo de pensarlo su estómago se remueve. Piensa en su pequeña familia. ¿Qué estarán haciendo? Maggie y Billy probablemente estarán en escuela. ¿Y la pequeña Gracie? Sonríe al pensar en su pequeña y bonita hija. Estará en casa con Kate.

El doctor se gira y se dirige a su cama. Su actitud se suaviza al aproximarse a ella; ahora es todo sonrisas. Qué diferente lo hace todo un anillo de bodas, piensa.

—Mrs. Smith, ¿cómo está hoy?

—Estoy bien, doctor. ¿Puedo irme a casa ya? Ya van diez días. Necesito regresar con mi familia.

—Solo unos cuantos días más, Mrs. Smith. Me doy cuenta de que quiere regresar con sus hijos, pero justo ahora este pequeño la

necesita más.

—Pensé que iban a trasladarlo al hospital.

El doctor asiente con la cabeza.

—Tiene que ser operado tan pronto como esté lo suficientemente fuerte. El problema es que estoy teniendo problemas en encontrarle una cama. Great Ormond Street fue bombardeado la noche pasada; todos sus pacientes han sido transferidos a otro hospital. Estoy intentando que Evelina lo admita, pero puede que lleve unos cuantos días más. Tiene que ser paciente, querida, después de todo, se está desarrollando una guerra —añade.

Como si no lo supiera, piensa, y una vez más una ola de pena por sí misma la invade y sus ojos se llenan de lágrimas.

—Esto debe estar costando una fortuna —dice—. ¿Cómo voy a pagar?

Por un instante el doctor frunce el ceño y luego dice:

—Nos preocuparemos por eso una vez que el bebé esté mejor.

—¿Hay alguna forma de poder ponerme en contacto con mi familia? —pregunta, su voz se quiebra al esforzarse por contener las lágrimas.

—La hermana la ayudará con eso —dice—. Vamos, vamos, barbilla alta, querida.

Coge su carpeta y se dirige al próximo paciente. Las enfermeras lo siguen.

—¿Te vas a casa? —le grita Jane desde el otro lado de la sala.

—Hoy no.

—Yo me voy mañana —dice.

—Sí, lo he oído.

—Te echaré de menos. Se siente uno solo sin visitas.

—Quizás tu madre vaya a visitarte al hogar.

—No, no lo creo.

—¿Y el padre del niño? —pregunta Irene.

—Está en la marina. Supongo que no sabré de él nunca más.

—¿Sabe lo del bebé?

—No, no pude ponerme en contacto con él. No tenía su dirección ni nada.

Quizás su madre tenga razón; quizás sea lo mejor. Después de todo, ¿cómo iba a poder aquel desecho de chica criar a su bebé sola?

—Pensé en escribirle a su barco, pero solo tenía su nombre y estaba demasiado avergonzada para hacerlo.

—Mrs. Smith, el doctor dice que quiere hablar conmigo.

La hermana del pabellón se para al lado de su cama.

—Oh, sí, hermana. El doctor dice que no puedo irme a casa aún y necesito ponerme en contacto con mi familia. No saben dónde estoy.

—Oh, estoy segura de que lo saben. Dejamos instrucciones precisas en el hospital de que todas las visitas fueran informadas acerca del paradero de sus familiares —dice con una voz impasible.

—Pero nadie ha venido a verme en días.

—Supongo que estarán ocupados.

—Pero, usted no lo entiende, mi amiga está cuidando de mis hijos. Prometió venir a verme cada día. Sé que no rompería su promesa.

—¿Hay alguna forma de que podamos ponernos en contacto con ella?

—No lo sé. Vive a mi lado, su casa está en Stanlet Street, en Bethnal Green.

—Veré lo que puedo hacer, pero no le prometo nada. No se preocupe, supongo que volverá a casa en pocos días, de todas formas.

—¿Y mi madre? ¿No podría alguien ponerse en contacto con ella?

—Escriba su dirección y se la daré a la asistente social. Quizás ella pueda ayudar.

—Oh, gracias.

Precipitadamente, Irene garabatea el nombre y la dirección en un trozo de papel y se lo da a la hermana.

—No puedo prometerle nada, claro está.

Cuando se marcha, la mujer de la cama a la izquierda de Irene habla.

—Eres de cerca de Hanbury Road, ¿verdad? Creo que te he visto antes. Mi Sam dice que ha habido bombardeos terribles cada noche esta semana. Quizás a tu amiga la pilló uno.

—¿Dijo exactamente dónde?

—No, solo en algún lugar del East End, pero creo que Bethnal Green fue uno de ellos.

—Oh, Dios mío, no.

—Bueno, vamos, no te lo tomes así; quizás me haya equivocado. Quizás fue en Stepney o en Hackney. Lo siento, no estaba escuchando atentamente. Mira, viene a verme otra vez esta noche.

Le preguntaré entonces.

Irene no responde. Se da la vuelta y entierra su rostro en la almohada. Esta horrible guerra, los está destrozando. ¿Qué les ha sucedido a sus hijos? ¿Dónde están? ¿Están bien?

MAGGIE

Siguen al padre McNally a través de las húmedas y oscuras calles. El apagón significa que no hay luces en las calles ni en las casas. Es difícil ver por donde caminar: incluso las estrellas y la luna están escondidas detrás de oscuras nubes de lluvia. Le gustaría agarrarse de la túnica del cura, pero le asusta hacerlo; además, sus dos manos están ocupadas sosteniendo las de Billy y Grace. Tira de ellos para que avancen tan rápido como sus piernas les permitan, intentando adaptarse a las largas zancadas del cura.

—Vamos, Gracie, aguanta, no está lejos ya —le susurra alentándola.

—Me estás apretando la mano —se queja Billy.

—Lo siento.

Afloja la presión de su mano ligeramente. El aire está cargado con el olor a pólvora y polvo y hay una fina llovizna que empapa su pelo. El cura avanza delante de ellos, ajeno a ellos, con la cabeza gacha, su túnica negra ondea a su alrededor. Maggie tiembla de frío a pesar de la bufanda que Mrs. Biggs le ha dado.

—¿A dónde vamos? —pregunta Billy.

Maggie puede sentir que está a punto de llorar de nuevo.

—El padre McNally nos está llevando con las monjas. Ellas nos cuidarán hasta que encontremos a mamá.

—¿Cenaremos? —pregunta Billy.

—Eso espero.

La mención de comida hace que su estómago se remueva. Ninguno ha comido nada desde la hora de la comida; parece haber sido hace tanto.

—Maggie, avión —susurra Grace—. ¿Va a bombardearnos?

Aprieta la mano de Maggie; está temblando.

—No es un avión, tonta —dice Billy—. Es solo un viejo camión.

Mientras habla una forma negra surge por la esquina y pasa a su lado lanzándoles millones de gotas de agua fría.

—Eh, estoy empapado —grita Billy apartándose de Maggie.

—Vamos, vamos, niños, calmaos. No queremos que las monjas piensen que os comportáis mal ¿verdad? —dice el padre McNally prestándoles atención al fin.

Se detiene y los mira.

—Bueno, ya estamos aquí. Pronto estaréis lejos de esta horrible lluvia, calientes y secos en un instante.

Maggie se imagina que les está sonriendo, pero no puede verle la

cara en la oscuridad. Vuelve a coger la mano de Billy.

Justo delante de ellos hay una gran puerta de madera. El padre McNally estira el brazo y tira fuerte de una cadena de hierro. Un fuerte timbrazo se escucha haciendo eco por todo el edificio.

—¿Es aquí donde las monjas viven? —le pregunta.

Es un edificio de aspecto lúgubre.

—Sí, hija mía. Es el orfanato de St. Margaret.

Un orfanato. El estómago se le revuelve. Sabe qué son los orfanatos; son para niños sin padres.

—Pero… —titubea.

—No os preocupéis niños, es solo hasta que encontremos a tu madre. Las monjas son muy amables; cuidarán de vosotros.

Mientras habla, la pesada puerta se abre y pueden ver la figura de una anciana que lleva un hábito de monja. Maggie no piensa que parezca muy amable; parece una bruja. Su pelo está cubierto por una toga blanca, pero el resto de sus ropas son largas y negras. Aunque la monja sonríe cuando ve al padre McNally, sus ojos están fríos cuando los mira a ellos y sus labios se comprimen hasta formar una delgada y estrecha línea.

—Buenas noches, hermana Mary.

—Padre McNally, entre. ¿Qué le trae aquí en una noche tan terrible?

—¿Está la Madre Superiora en casa?

—Sí. Estaba en la capilla, pero creo que ha terminado sus oraciones ya. Iré por ella.

Abre la puerta justo lo suficiente para dejarles pasar, luego la deja cerrar tras ellos con un chasquido. No parece muy interesada en los niños; no le pregunta quiénes son.

—Por favor, tome asiento, padre. Vuelvo enseguida.

El padre McNally se quita su sombrero de ala ancha y le sacude las gotas de lluvia. Se sienta en un largo banco y les hace señas a los niños para que hagan lo mismo.

Maggie se siente nerviosa. Mira a su alrededor. La habitación es fría y está vacía a excepción del banco en el que están sentados y una gran cruz de madera que cuelga de la pared. El olor a col cocida llega flotando de algún lugar recóndito del edificio. Piensa que se va a desmayar. Grace está apretando tanto su mano que siente que la circulación se le corta.

—Está todo bien, Grace —le susurra y afloja la presión de la mano de la pequeña.

Puede sentir a su hermana temblar, así que le pone el brazo alrededor y la acerca hacia sí. Billy se sienta en el banco y no dice nada, pero sus ojos azules están abiertos de par en par por el miedo.

Transcurridos unos minutos la monja regresa.

—La Madre Superiora los verá ahora, padre —dice y le hace señas para que la siga.

—Esperada aquí, niños. No tardaré —les dice.

Maggie asiente con la cabeza, no sabe qué decir. Sabe que el cura está intentando ayudarles, pero no puede quitarse de encima esa sensación de pánico. Todo en su cuerpo le dice que se levante y huya. Pero ¿dónde pueden ir? Grace es demasiado pequeña para deambular por las calles en la oscuridad y de todos modos los guardianes los recogerían y los llevarían a la comisaria. Quizás es mejor permanecer con las monjas por ahora. Pero ¿mamá podrá encontrarlos?

Se levanta en silencio.

—Quedaos aquí. Voy a ver qué está sucediendo. Billy, coge la mano de Grace y no la sueltes hasta que regrese.

Billy abre la boca para protestar, pero Maggie le dedica una mirada que dice, no te atrevas.

Avanza por el pasillo en la dirección tomada por el padre McNally y la monja. Transcurridos unos instantes puede oír voces. Se acerca a la puerta para escuchar mejor.

—No tenemos espacio para más niños.

—Es solo por una noche o dos.

—Y sabe que no admitimos niños.

—Pero, Madre Superiora, solo tiene diez años y es bastante pequeño todavía. Pensé que admitían niños hasta los diez años de edad.

—Eso era antes, cuando teníamos mucho espacio. Ahora es imposible. Hay demasiados huérfanos.

—Su madre está en el hospital; estará en casa cualquier día.

—¿Y el padre?

—Muerto en Francia.

Hay un silencio.

—Entonces está acordado —estalla la voz del padre McNally.

—Haremos lo que podamos, padre, pero recuerde que es solo por unos pocos días.

Maggie ve el picaporte de la puerta moverse, pero antes de que la puerta pueda abrirse se vuelve y corre de regreso al hall. Billy y

Grace están todavía sentados en el banco, y parecen incluso más preocupados sin que ella esté allí para protegerlos.

—¿Qué está sucediendo? —susurra Billy.

—Sshh, vienen.

Se coloca en su lugar al lado de él justo cuando el padre McNally y la hermana Mary reaparecen.

—Bien niños, venid conmigo —dice la monja.

Se levantan y miran al padre McNally.

—Está todo bien niños, haced lo que dice la hermana Mary. Podéis quedaros unos cuantos días hasta que podamos localizar a vuestra madre.

—¿Volverá a vernos? —pregunta Maggie con cierto temblor en su voz.

El cura sonríe.

—Quizás, hija mía. Veremos. Ahora sed buenos y haced lo que os diga la hermana.

Levanta su mano y hace la señal de la cruz.

—Que Dios os bendiga y os guarde.

La monja hace una pequeña reverencia y musita:

—Que Dios le bendiga a usted también, padre.

Corre el cerrojo de la pesada puerta y deja que el cura salga a la negra noche. Mientras la puerta se cierra, Maggie siente un escalofrío recorrerle la espalda. Alarga la mano y coge las de su hermano y hermana. La monja los mira fríamente.

—Por aquí.

La siguen por el pasillo hasta una gran habitación con largas mesas y bancos.

—Sentaos aquí y veremos que podemos conseguiros para comer. La cocina está cerrada ahora, pero estoy segura de que podemos encontraros algo.

Obedientemente se sientan a una de las mesas y esperan. Transcurridos unos minutos, la monja regresa con una bandeja en la que porta un plato de pan, algo de mermelada y tres tazas de cacao.

—Esto es todo lo que hay —dice mientras la coloca en la mesa.

—Gracias —dice Maggie.

Coge un trozo de pan y lo cubre con mermelada y lo corta en cuatro trozos antes de pasárselo a Grace. Billy se sirve el mismo.

—Mmm, esto está bueno —dice.

—No hables con la boca llena —le espeta la monja.

Maggie mastica el pan lentamente; siente su garganta seca y es

difícil tragar. Intenta beber el cacao, pero está muy caliente y no hay azúcar. La monja los observa atentamente. Maggie quiere llorar. Desearía que mamá estuviese allí.

—Si habéis terminado, os llevaré a vuestra habitación.

Todos se levantan.

—No, tú no. Tu espera aquí, niño.

—¿No puede venir con nosotras? Es nuestro hermano —protesta Maggie.

—No, no puede. No puede dormir en el dormitorio de las niñas. Le haré una cama en la despensa.

Ante estas noticias, Billy se pone pálido. Se está mordiendo el labio y parece que va a llorar.

—Vamos, vamos, no hay necesidad de eso. Verás a tus hermanas por la mañana.

—Está bien Billy. No estaremos lejos. Te veremos en el desayuno —dice Maggie dándole un abrazo a su hermano.

—Pero no quiero estar solo —susurra.

—Tonterías. Quédate aquí hasta que regrese. Ahora venid niñas, no tenemos toda la noche.

—¿No podemos dormir con él en la despensa? —pregunta Maggie—. Estaremos bien juntos.

Dormir en la despensa no suena una perspectiva muy tentadora; su propia despensa tenía un suelo de piedra y era fría y húmeda.

—Solo será por una noche —añade—. Nunca hemos estado separados, sabe.

La monja los mira y vacila.

—Santa Madre, dame paciencia. Bueno, solo por esta noche, hasta que podamos disponer otra cosa. Quedaos aquí e iré a por unas mantas.

Regresa unos cuantos minutos más tarde portando mantas y sábanas que coloca delante de ellos.

—Ahora coged esto y seguidme. Y no hagáis ningún ruido.

Cogen la ropa de cama y siguen a la monja por el pasillo hasta una pequeña habitación que le recuerda a Maggie la sala de espera de un médico.

—¿Es esto la despensa? —pregunta Billy.

La monja lo mira.

—No. Esta es la sala de estar de la Madre Superiora. Aquí es a donde viene a estar sola en sus contemplaciones.

Maggie no piensa que parezca muy cómoda para ser una sala de

estar. No hay sillones como en la sala de estar de su casa y no hay adornos, pero hay algunas pinturas en las paredes. Mira atentamente; hay un niño Jesús sentado en las rodillas de su madre y otro de María con un vestido azul y sonriendo. Le gustan las pinturas. La hacen sentir segura.

—Aquí es donde dormiréis esta noche. Si queréis ir al baño, podéis venir conmigo ahora.

Maggie pasa la noche intranquila; Grace duerme como el bebé que es, con el pulgar metido en la boca y hecha una bola, mientras que Billy no para de dar vueltas. Ocasionalmente lo escucha sollozar mientras duerme. El suelo de la sala de estar es duro, pero al menos está caliente y seco; es mejor que dormir en la iglesia, decide.

Todavía está oscuro cuando la puerta se abre y una chica joven con un vestido gris entra para despertarlos. Lleva el pelo corto y sobresale desigualmente de su cabeza. Les sonríe agradablemente y les dice que se levanten y la sigan.

—Primero doblad vuestras mantas. Tenéis que llevarlas al dormitorio después —les instruye.

—¿A dónde vamos?

—Al refectorio.

Espera hasta que están listos y luego parten. Maggie coge la mano de Grace y empuja a Billy delante de ella. Todavía está medio dormido y gruñe para sí mismo mientras avanza detrás de la chica.

—Muévete, Billy; no queremos llegar tarde —le susurra.

—Estoy cansado —se queja él.

La chica camina muy rápido y Grace tiene problemas para seguirla.

—Perdona —dice Maggie.

La chica se para y la mira.

—¿Vives aquí? —pregunta Maggie—. ¿Eres huérfana?

La chica se gira y continúa caminando.

—Daos prisa. La hermana Theresa me matará si llegamos tarde al desayuno —dice.

Al mencionar el desayuno el rostro de Billy se ilumina y empieza a caminar más rápido. La chica los lleva de regreso a la habitación donde comieron la noche anterior, pero ahora está llena; hay filas y filas de chicas, todas vestidas con la misma tela áspera y gris de su guía, todas sentadas en silencio. Es obvio que las chicas han estado esperando que llegaran.

—Al fin, Brown. ¿Dónde has estado, haciéndoles un recorrido del recinto? —pregunta una monja alta que está de pie sobre una tarima al final de la habitación—. Sentaos rápidamente ahora. Ya son las siete y diez.

Se apretujan en el extremo final de uno de los bancos y se sientan.

—Demos gracias —dice la monja alta.

Su voz es profunda como la de un hombre.

A la vez, toda la asamblea se levanta y baja las cabezas. La monja alta hace la señal de la cruz y empieza:

—Bendícenos, oh Señor, y a estos tus dones que estamos a punto de recibir por tu bondad, a través de Cristo nuestro Señor, amén.

Luego las chicas se sientan de nuevo. Maggie piensa que es extraño que nadie hable.

—¿Por qué nadie dice nada? —le susurra a su nueva compañera.

—Sshh —sisea la chica con temor.

—¿Brown, eres tú la que habla?

—No, hermana Theresa.

—Levántate. Permanecerás de pie todo el desayuno.

La chica le frunce el ceño a Maggie.

Dos chicas de cada mesa parten en dirección a la cocina y regresan portando bandejas con comida. Se coloca un cuenco delante de cada niño; contienen lo que parecen gachas de avena aguadas. Ahora a Maggie le asusta moverse. Mira a su alrededor, nadie toca la comida. Están todas sentadas, con las cabezas gachas, esperando. Siente la mano de Billy buscar la cuchara y coloca su mano en su pierna para detenerlo. Es un lugar muy estricto. Tienen que tener cuidado.

Una vez que todos los cuencos han sido sacados de la cocina y las camareras se han sentado, la monja dice:

—Ahora, podéis comer.

Se produce un estruendo de cucharas al atacar las cincuenta chicas sus gachas con fruición. Maggie no puede entender su entusiasmo, porque, en lo que a ella respecta, no sabe a nada. Incluso Billy parece renuente a comer. Le da un codazo indicándole que se lo tiene que comer todo. A la chica a la que llaman Brown no se le han asignado gachas. Está de pie inmóvil mirando delante de ella. Tiene la misma edad que Maggie. Maggie piensa que parece agradable. Siente pena por que esté de pie allí delante de todos los niños.

—Maggie, no me gusta esta sopa.

La voz clara de Grace suena por todo el comedor. Maggie ve que todo el mundo se gira y los mira.

—¿Quién ha sido? —espeta la hermana Theresa.

Maggie levanta la mano nerviosa.

—Lo siento, fue mi hermana pequeña. Solo tiene tres años, no entiende.

La monja avanza hacia ellos, deteniéndose a unos centímetros de Grace. Maggie piensa que Grace va a llorar; sus ojos están abiertos de par en par y brillantes. En cualquier instante caerán las lágrimas.

—¿Cuál es tu nombre, niña? —pregunta la monja.

—Gracie. Tengo tes años —responde.

—Bueno, Grace, tenemos una regla aquí, no se habla en las comidas. ¿Crees que podrás recordar eso?

Grace asiente con la cabeza vigorosamente.

Al irse, la mano de la monja pasa por los rizos rubios de Grace.

—Siéntate, Brown —espeta—. Estoy cansada de mirarte.

La chica se vuelve a colocar en su asiento. Maggie coloca las gachas a medio comer de Grace delante de ella. Antes de que la monja vuelva a su lugar en la tarima, la chica se lo ha comido y pone el cuenco en su anterior sitio. Le sonríe a Maggie.

A una señal de la monja, las chicas se levanta al unísono y salen en fila del comedor. Maggie se da cuenta de que algunas chicas se quedan a quitar las mesas y otras han empezado a barrer el suelo. Su guía les hace señas para que la sigan. Una vez fuera, se detiene y dice:

—Ahora tenemos que hacer nuestras tareas.

—Siento haberte metido en problemas —dice Maggie—. No me di cuenta. Nunca he estado en un sitio en el que no se pueda hablar a la hora de desayunar.

—No es todo el tiempo, solo cuando la hermana Theresa está a cargo. La mayoría de las otras monjas nos dejan hablar siempre y cuando no hagamos mucho ruido.

—Bueno, de todas formas, lo siento.

—No te preocupes. A esa vieja arpía no le gusto de todas formas. Si no hubiera sido eso, hubiera sido otra cosa. Mi nombre es Elsie, por cierto.

—Hola, Elsie. Yo soy Maggie y este es Billy, y....

—Lo sé, Gracie.

Le da unas palmaditas a Grace en la cabeza.

—Es muy mona. La vieja gruñona también lo piensa. Nunca antes la había visto sonreír. Pensaba que no era capaz.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Hoy me encargo del pis. Puedes ayudarme.

—¿Pis?

—Ya lo verás. Primero tenemos que llevar a Billy con el jardinero y luego cogeremos vuestras mantas.

Billy es depositado, un tanto a regañadientes, con el jardinero y encargado de barrer las hojas secas que cubren el césped de la parte de atrás. Luego Maggie y Grace siguen a Elsie a los dormitorios.

—Hay dos dormitorios, uno para las chicas más pequeñas y otro para las mayores. Tenemos que limpiar el primero.

—¿Las chicas no tienen que hacer sus camas? Yo siempre la hago en mi casa.

Al pensar en su hogar, Maggie siente un nudo en su garganta. Ahora ya no hay hogar; ha desaparecido, ha sido borrado por una bomba de la existencia. Se pregunta si su madre lo sabe ya. ¿Le habrá dicho alguien lo que le ha sucedido a Mrs. Kelly? Estará preocupándose por ellos, Maggie está segura; estará probablemente intentando volver con ellos ahora. Espera que el padre McNally la encuentre pronto y le diga que están todos bien.

—Sí, todas tenemos que hacer nuestras camas. Lo que tú y yo tenemos que hacer, es cambiar las mojadas. Luego tenemos que fregar el suelo.

Señala una sábana empapada en una cama cercana.

—Iré a por agua mientras tú sacas las sábanas mojadas de las camas.

—¿Cuántas hay?

—Depende, normalmente unas diez, pero puede haber menos hoy porque la hermana Alice estaba a cargo la pasada noche.

—¿La hermana Alice?

—Es horrible, peor que la hermana Theresa. Si pilla a alguien mojando la cama les hace desnudarse y les pega con una regla.

Maggie no puede hablar. ¿Y si Grace moja la cama? Lo ha hecho antes, pero mamá nunca se ha enfadado con ella.

Empieza a quitar todas las sábanas mojadas. El olor es horrible.

—Arrástralas al centro de la habitación y las bajaremos a la lavandería juntas.

—Yo te ayudo, Maggie —salta Grace.

—No. No toques esas sábanas malolientes. Ve y siéntate allí y

avísanos si ves a alguien venir.

Elsie la mira sorprendida.

—No es higiénico —le dice Maggie—. Grace es solo un bebé después de todo.

—Creo que descubrirás que las monjas tienen otro punto de vista. Todo el mundo aquí tiene que trabajar por su manutención.

—Solo vamos a estar aquí unos cuantos días, hasta que encuentren a nuestra madre —le explica Maggie.

Quiere seguir repitiendo esas palabras; solo entonces podrá continuar creyéndolas.

—Está bien, aquí está el agua. Ahora tienes que lavar los colchones de plástico y cuando estén secos poner una sábana limpia. Yo empezaré por allí; tú haz esta.

Las dos se ponen a trabajar.

MADRE SUPERIORA

La Madre Superiora se sienta a plomo en su gran silla de cuero. Últimamente su espalda le ha estado dando muchos problemas; si hubiera algo que pudiera hacer al respecto. Habló con el doctor cuando vino a hacer la revisión anual de las chicas, pero este le dijo que era la edad; no había nada que pudiera hacerse. Debería haberse retirado ya; después de todo ya casi tiene setenta años, pero el obispo le pidió continuar hasta que la guerra terminara. Así que ha estado rezando por que se le alivie su dolor, pero parece que Dios ha decidido que esta era su cruz y que debía soportarla sola.

Tocan a la puerta.

—Entre.

Dos monjas entran.

—Buenos días, hermanas. ¿Qué puedo hacer por vosotras?

—Buenos días, Madre Superiora —dicen a coro.

La Madre Superiora les hace señas para que se sienten.

—¿Y bien? —pregunta.

—Es sobre los nuevos niños.

—En realidad no tenemos más sitio para más niños.

—Se supone que solo podemos admitir cuarenta chicas y ya tenemos cincuenta.

—Con las nuevas, son cincuenta y dos.

Las dos monjas siguen parloteando; es suficiente para provocarle un dolor de cabeza.

—Soy bastante consciente de cuantos niñas tenemos, hermana Magdalene —dice.

—Y el chico.

—¿Qué hacemos con el chico?

—No podemos acoger a niños.

La Madre Superiora suspira.

—Y, ¿qué sugiere, hermana Lilian? —pregunta.

Las dos monjas se miran la una a la otra y vacilan. La Madre Superiora espera un instante y luego pregunta:

—Bueno, ¿qué sabemos de estos niños?

—Solo lo que el padre McNally nos dijo.

—Su padre murió en la guerra y su madre está desaparecida.

—¿Quién ha estado cuidando de ellos? —pregunta la Madre Superiora.

—Una tal Mrs. Kelly, una de las feligresas del padre McNally.

—¿Y dónde está?

—Está muerta. Su casa fue bombardeada la otra noche.
—¿Y la casa de los niños?
—Bombardeada también.
—¿Qué sabemos de la madre?
—Muy poco.
—¿Así que es posible que esté muerta también?
Ambas monjas asienten con la cabeza.
—¿Más familiares, abuelos, tías?
—No lo creemos, de otra forma los niños hubieran estado con ellos en lugar de con Mrs. Kelly.
—Cierto.
—No tenemos sitio para ellos —repite la hermana Lilian.
—Bueno, quizás podamos mandarlos a Pontefract, a las Hermanas de la Misericordia. Eso los sacaría de Londres y los alejaría de los bombardeos —sugiere la Madre Superiora al fin.
—Hemos considerado esa opción, pero las Hermanas de la Misericordia dicen que ya están desbordadas.
—Son los evacuados, sabe.
La Madre Superiora asiente con la cabeza.
—¿St. Mary en Wexford?
—Lo mismo.
—Bueno, hermanas, ¿qué sugieren? —repite.
Su espalda la está matando. Quiere desesperadamente levantarse y salir al jardín un rato.
—¿Qué hay de la Cruzada de Rescate? Quizás ellos puedan acogerlos —pregunta la hermana Magdalene.
La Madre Superiora sacude la cabeza.
—Podrían, pero cuesta mucho tiempo organizarlo. ¿Qué hacemos con ellos mientras tanto?
La hermana Lilian vacila y luego dice:
—Mi prima trabaja para el Gobierno, con el Comité de Recepción de Niños en el Extranjero. Dice que siempre están mandando barcos a Australia o Canadá, con niños sin hogar a bordo. Podemos enviarlos allí.
—¿Mandarlos a Australia? —pregunta la Madre Superiora.
—Las Pobres Hermanas de Nazaret tienen excelentes orfanatos en Australia.
—Y los niños crecerán en un clima maravilloso, con un montón de comida.
—Se verán a salvo de los bombardeos.

—Y tendrían una magnífica oportunidad para una nueva vida.

—No lo sé. Es mandarlos muy lejos. El viaje podría ser peligroso —responde la Madre Superiora.

—Es más peligroso para ellos quedarse aquí.

Mira a las monjas. Sus rostros brillan de entusiasmo. Obviamente piensan que es un plan maravilloso. Bueno, quizás tengan razón. Puede ver las posibilidades que subyacen en su propuesta. Si el dolor de su espalda la dejara por un momento, podría pensar con más claridad.

—¿Cómo sabéis si hay sitio libre? —pregunta.

—Puedo averiguarlo.

—¿Y si las mandamos con las Pobres Hermanas de Nazaret, qué hay del chico? No admitirán al chico.

—Lo enviaremos con los Hermanos Cristianos. Tienen una granja escuela en el oeste de Australia.

—Aprenderá un oficio.

—Y todos serán criados como buenos católicos —añade la hermana Magdalene.

Este argumento final tiene sentido; es su deber, como Madre Superiora, asegurar que todos los niños que caen en su cuidado tengan una decente educación católica. Parece que las monjas han dado con una solución perfecta. Después de todo, los niños son probablemente huérfanos; ciertamente están desamparados y sin hogar. Tendrán una mejor vida en Australia.

—Muy bien, hermana Magdalene, telefonee a las Hermanas de Nazaret en Melbourne y vea qué pueden disponer. Hermana Lilian, póngase en contacto con su prima y pregúntele si tiene sitio para tres niños en el próximo viaje. Yo hablaré con el padre McNally.

—Gracias, Madre Superiora, nos pondremos a ello de inmediato.

JEREMY ACTON-DUNN

Desde que abrieron en junio, las oficinas en Londres del recién formado Comité de Recepción de Niños en el Extranjero ha sido inundado con peticiones de padres afligidos para enviar a sus hijos al extranjero. Ahora la guerra en el mar está amenazando sus planes.

—Cierra la puerta cuando salgas, Miriam —le dice Jeremy Acton-Dunn a su secretaria mientras se sienta al extremo de la mesa de reuniones.

En ausencia de su jefe, hoy es el Presidente.

—Bien, Jeremy, ¿de qué va todo esto? —pregunta Archie, un hombre alto de aspecto militar de unos sesenta años.

—Sir Percy me pidió que convocara esta reunión; está preocupado por como discurren las cosas.

—¿Dónde está el viejo cabrón, de todos modos? —pregunta Dickie.

—Ha tenido que ir a un funeral.

—¿Un funeral? Bueno, ¿qué es eso tan importante que no puede esperar a que él vuelva?

Dickie es extremadamente obeso y cuando se agita empieza a sudar abundantemente. Ahora saca un gran pañuelo blanco y se seca la frente vigorosamente.

—No es exactamente eso, es, bueno —Jeremy vacila—. Quiere que discutamos unas cuantas cosas antes de que regrese. Ya sabéis, aclarar unos cuantos objetivos y eso.

—Está bien, suéltalo de una vez. Yo, por mi parte, no tengo todo el día.

Pliega el pañuelo y lo vuelve a meter en su bolsillo.

—Ok. Es esto —continúa Jeremy.

Mira alrededor de la mesa. Conoce a sus colegas bien; han trabajado juntos en otros departamentos antes que fuera formado el Comité de Recepción de Niños en el Extranjero. Al menos dos de ellos, Dickie Conway y Archie Pennington-Smythe, han estado trabajando en la migración de niños durante años. Archie ciertamente está convencido del valor de su trabajo. Solo Victoria Bell es nueva en la migración de niños; ha sido asignada por el Departamento de Salud, donde estaba involucrada en la evacuación de niños de sus hogares en ciudades del interior al campo. Toma un profundo aliento y dice:

—Como estoy seguro de que sabéis, Churchill no aprueba lo que

hacemos aquí.

—Humm.

—Dice que es demasiado peligroso mandar niños desprotegidos por el mar durante tiempos de guerra.

—Bueno, ¿qué más se supone que hagamos con ellos? ¿Dejarlos aquí para que sean despedazados por una bomba? —pregunta Dickie.

—Son los submarinos, son una amenaza para los barcos. Desde que el «Volendam» fue torpedeado el mes pasado, el gobierno ha estado inquieto. Si otro contingente de niños se hunde, piensan que la gente les culpará.

—No hubo bajas —interrumpe Victoria desde el extremo opuesto de la mesa.

—Eso es verdad, pero puede que no tengamos tanta suerte la próxima vez. Tenemos que pensar en los niños; son nuestra prioridad.

—Pero ¿y los padres? Son los que están ansiosos por mandar a sus hijos lejos. Hemos tenido más de 200.000 solicitudes desde junio —dice Archie.

—Es sorprendente. No puedo entender por qué los padres quieren enviar a sus hijos a la otra punta del mundo solos. Uno creería que querrían mantenerlos aquí, con ellos —comenta la mujer—. ¿Por qué no los envían al campo con los evacuados?

—Pero ¿y si se produce una invasión alemana? —continúa Archie.

—Sí, Archie, tienes razón, estoy seguro de que sienten que es lo mejor. Mis propios hijos han ido a Sudáfrica para quedarse con su abuela —les dice—. Mi esposa está desconsolada, pero sabemos que es la cosa más segura para ellos.

—¿No los echas de menos? —pregunta Victoria.

—Por supuesto que los echamos de menos, pero al menos sabemos que están a salvo —repite.

—La mayoría de los padres saben que es por el propio bien de los niños. Consiguen un magnífico nuevo comienzo en su vida, están a salvo de la guerra y bien cuidados —añade Dickie.

—Supongo, pero la mayoría de estas solicitudes son de familias ricas —continúa Victoria.

—Si puedes permitírtelo, por qué no ibas a pagar por poner a salvo a tus hijos hasta que la guerra termine —responde Dickie—. Yo sé que lo haría si tuviera hijos.

—No son solo niños ricos, sabes. Estamos intentando hacer lo mejor para todos los niños. ¿Qué clase de vida tendrían algunos de ellos si se quedaran aquí? Muchos han perdido a sus padres, perdido sus hogares y algunos nunca han tenido mucho para empezar. Vamos, Victoria, has visto la miseria de la que proceden algunos de estos niños. Una nueva vida en Canadá o Australia es mucho mejor para ellos —dice Archie.

—Pienso que eso huele a ética del siglo diecinueve, mejor cortar sus lazos con la probeza que dejarlos con sus familias.

La voz de Victoria ha subido una octava. Jeremy espera que no vaya a poner dificultades.

—Bueno, quizás esta es la única vía para algunos niños. Incluso sin la guerra, ¿qué futuro tienen aquí? —pregunta.

—¿Y en cambio qué?

—En cambio en Australia pueden construir una nueva vida.

—¿Nada que ver con el hecho de que las colonias necesitan mano de obra? —pregunta.

¿A dónde quiere llegar esta mujer? Está volviéndose irritante ya.

—Claro, pero tenemos que ser realistas. Canadá y Australia necesitan gente, pero quieren gente británica —le dice.

—Buena materia británica.

—Ahora estás siendo ridícula; lo haces sonar como ganado.

—E incluso mejor si son niños, más fácil entrenarlos, más adaptables y con una larga vida laboral por delante.

—No es así. Estamos intentando ayudar a esos niños —interrumpe Archie.

—Organizaciones benéficas han estado enviando niños a las colonias por años. De largo, los programas han funcionado bien —añade Dickie—. No lo estaríamos haciendo si no fuera así.

—Además, no es como si fueran abandonados en un país extraño sin apoyo. En Australia por ejemplo, como tu sabes muy bien, llegan bajo la tutela del Ministro del Interior de la Commonwealth —le recuerda Archie.

—¿Y qué es lo que Sir Percy quiere que hagamos? —pregunta Rupert mirando su reloj con impaciencia.

Hasta el momento había permanecido en silencio al respecto. Rupert Barnes es un oficial naval retirado y está solo allí porque Churchill siente que debe haber alguna presencia militar en las reuniones. Al principio, Sir Percy se opuso a su inclusión en el equipo, pero el Primer Ministro fue inflexible. Personalmente,

Jeremy siente que es solo para hacer sentir útil al viejo tipo.

—Bueno, piensa que debemos escuchar a Churchill. No hay protección naval para ninguno de nuestros buques ahora; no pueden prestar barcos para los convoys. Piensa que debemos poner la emigración de niños al extranjero en espera hasta después de la guerra.

—Bueno, si eso es lo que Winnie quiere, supongo que eso tendremos que hacer —dice Archie.

—No sé por qué no. En realidad, no tenemos otra opción.

Dickie suspira exasperado y saca un paquete de cigarrillos.

—¿Cómo nos deja eso ahora? —pregunta Jeremy.

Se vuelve hacia Victoria. Está consultando el fajo de papeles en el escritorio que está ante ella.

—Bueno, el «City of Benares» acaba de partir para Canadá y tenemos otros dos barcos más listos para partir. El «SS Castle» parte para Canadá el día trece; tiene el manifiesto completo —dice leyendo las notas—, y el «SS Orinoco» tiene previsto partir el dieciséis para Melbourne.

—Bueno, entonces, no tenemos otra opción que seguir adelante con ellos —dice Archie.

—¿Está completo el «Orinoco»? —pregunta Jeremy.

—No, no lo creo. La mayoría de los niños de nuestra lista de espera están destinados a Canadá; no hay tantos para Australia.

Hojea sus papeles.

—Sí, por el momento solo hay sesenta niños en el manifiesto del «Orinoco», pero es bastante posible que añadan algunas tropas en el último minuto. El último barco que mandamos a Australia llevaba quinientos miembros de las tropas destinados a Singapur.

—Bueno, veamos si podemos reunir unos cuantos niños más para el viaje. Podría ser la última oportunidad para alguno de ellos de salir de esta isla. Ponte en contacto con el Comité de Asentamiento en el Extranjero y ve si tienen algún niño esperando a ir a Australia —le dice.

—De acuerdo, Jeremy, veré lo que puedo hacer.

—Y los orfanatos —sugiere Rupert.

—Sí, buena idea.

Se vuelve hacia Victoria.

—Mejor hablar con Catherine Smart, está en contacto con todas las organizaciones voluntarias: Barnados, la Asociación de Emigración Católica, el Ejército de Salvación y todo eso.

—De acuerdo.

—¿Qué tipo de niño está en la lista en estos momentos? Necesitamos una buena variedad, sabéis —les recuerda Dickie.

Victoria estudia los nombres detenidamente.

—Diría, mirando sus escuelas, que la mitad proceden de un entorno pudiente, y el resto son clase trabajadora o baja clase trabajadora. La mayoría anglicanos, pero por los nombres, hay unos cuantos judíos y un puñado de católicos romanos. Puedo comprobarlo si queréis.

—No, solo queríamos hacernos una idea.

—¿Todos ingleses? —pregunta Dickie.

—No, tenemos unos cuantos galeses y algunos escoceses, también tres de Irlanda del Norte.

—Pídele a Catherine que lo intente con los orfanatos católico romanos primero, para ver qué tienen.

Victoria garabatea algo en sus notas.

Jeremy mira su agenda.

—Lo siguiente tiene que ver con el personal. ¿Tenemos una plantilla completa de personal en cada uno de los barcos?

—Sí, la ratio usual en el «SS Castle», un acompañante por cada quince niños.

—¿Doctores, enfermeras?

—Sí.

—¿A quién tienes como acompañantes del clero? —pregunta Dickie.

—A tu viejo amigo, el padre Michael, un par de sus párrocos y dos capellanes anglicanos. Oh y también está el rabino Katz.

—El padre Michael debe haber hecho esa travesía al menos dos veces.

—Sí, este será su tercer viaje a Canadá.

—¿Y el «Orinoco»?

—No, aún tengo que finalizar eso.

—Claro, mejor esperar hasta ver cuántos niños consigues primero.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Es todo, Jeremy? Se supone que debo estar entrevistando a algunos nuevos acompañantes a las once.

—Si, vete. Estamos a punto de terminar de todos modos.

—Entonces está decidido; no habrá más evacuados por mar hasta nuevo aviso —dice Archie.

—Eso es lo que parece. Sir Percy completará los detalles cuando regrese.

—Bien, será mejor que hagamos salir esos barcos tan pronto como podamos antes de que los bloqueen a ellos también.

Jeremy se levanta y abre la ventana; una nube de humo de cigarrillo pende del aire. Agita un periódico ineficazmente; maldito Dickie y sus estúpidos cigarrillos egipcios. Ahora que los otros se han ido puede ponerse con su informe. Se sienta en su escritorio y abre el archivo de papeles que hay ante él. Churchill quiere un informe detallado de sus actividades. Tiene todas las estadísticas delante de él: trescientos niños evacuados a las colonias entre julio y septiembre, un buen logro desde cualquier punto de vista. Pero cómo puede explicar a su Primer Ministro el éxito real de la empresa, trescientas jóvenes vidas salvadas, trescientas oportunidades de una nueva vida. Algunos de esos niños, los suyos, por ejemplo, regresarán, pero muchos se quedarán. Llevarán la sangre británica a las colonias y asegurarán que la Commonwealth permanece británica en mucho más que solo un nombre.

Ahora Churchill quiere que paren de mandar niños al extranjero. Demasiado peligroso, dice. Jeremy piensa en el «Volendam»; es verdad que no hubo bajas, pero podría haberlas habido. Trescientos niños tuvieron que abandonar el barco después de ser alcanzado por un torpedo y ser trasladados a los botes salvavidas. Estuvieron a la deriva en el Atlántico, a merced de cualquier submarino que pasara, hasta que fueron rescatados. Habían tenido mucha suerte.

¿Qué significa esto para el futuro del CORB[1]? ¿Serían desmantelados o continuarían procesando las cientos de miles de solicitudes que ya habían recibido? ¿Continuaría su trabajo cuando la guerra terminara? Seguramente el gobierno tenía que reconocer la importancia de lo que estaban haciendo. Después de la guerra habría incluso más necesidad de encontrar un hogar a los miles de huérfanos de guerra que dependerían de ellos.

Mueve la fotografía de sus hijos para verla mejor. Es verdad lo que le ha dicho a Victoria, echa de menos a sus hijos. Es extraño, no sabe por qué siente su ausencia tan intensamente. Después de todo, ambos chicos han estado siempre en internados desde que tenían ocho años. Quizás es la distancia, saber que hay un océano entre ellos ahora, quizás es la sensación de que su familia se ha dividido en dos, quizás es porque Penny llora cuando los menciona. Pensar en el dolor de su esposa le hace suspirar. Ha intentado explicarle

que no hay nada que pueda hacer; hay una guerra en proceso. Sugirió que se fuera con sus hijos a Sudáfrica, pero se negó a dejarlo; su lugar estaba en Inglaterra, con su marido, dijo. Ahora apenas la ve tampoco porque está trabajando en un establecimiento secreto en Betchley Park. La guerra ha perturbado sus vidas. Coge su bolígrafo y empieza a escribir.

MADRE SUPERIORA

Tocan bruscamente a la puerta. La Madre Superiora mira su reloj; son solo las diez y media. ¿Quién podría estar interrumpiendo sus oraciones a esta hora? Lentamente levanta su pesado cuerpo del reclinatorio, hace una genuflexión ante la cruz delante de ella y va a su escritorio. Cada paso es una agonía.

—Pase.

—Siento interrumpirla Madre Superiora, pero hay alguien aquí del Comité de Recepción de Niños en el Extranjero que quiere verla.

—Muy bien, hermana Magdalene, hágalo entrar.

—Buenos días, Madre Superiora —dice la mujer extendiendo la mano.

La Madre Superiora asiente con la cabeza, señalándole a la mujer que se siente. No va a levantarse solo para estrecharle la mano.

—Mi nombre es Catherine Smart. Soy del Comité de Recepción de Niños en el Extranjero y estoy aquí para discutir los pormenores del asunto de…

Se detiene, abre su maletín y extrae un fajo de papeles.

—Maggie Smith, William Smith y Grace Smith. Todos una familia, ¿supongo?

La Madre Superiora asiente con la cabeza.

—Si me permite, pensé que sería apropiado hablarle sobre nuestra organización primero.

Una vez más, la Madre Superiora asiente con la cabeza. Espera que esto no vaya a llevarle mucho tiempo. La mujer continúa:

—En el Comité de Recepción de Niños en el Extranjero nos sentimos muy orgullosos del trabajo que efectuamos. Desde que fuimos creados en junio, hemos enviado muchos cientos de niños fuera a los dominios. Sin embargo, a diferencia de las entidades benéficas religiosas, como la suya y Barnados, no colocamos a los niños en orfanatos. La mayoría de nuestros niños tienen padres y hogares a los que regresar cuando la guerra termine, así que les encontramos familias de acogida para cuidarlos hasta entonces. Muchos padres escogen los hogares a los que quieren que vayan sus hijos, ya sean con amigos o parientes, pero, para aquellos que no conocen a nadie, nosotros nos ocupamos de las formalidades. Por supuesto, los niños son siempre asignados a hogares individuales, nunca a una institución. Y, en el caso de familias, procuramos colocar a los niños juntos y nunca esperamos que un niño tenga que

compartir habitación con alguien que no conoce.
—Estos niños no tienen padres —dice la Madre Superiora.
Piensa que la mujer suena un poco arrogante.
—Sí, eso se me ha apuntado. Creo que en su caso podemos hacer una excepción. La hermana Lilian me ha dicho que alguien de las Hermanas de Nazaret los recogerá en Melbourne, así que supongo que nos necesita para su pasaje a Australia.
—Sí, eso es correcto.
—Tengo que asegurarme de que todo el papeleo está en orden. Normalmente, hay una recepción oficial para los niños en el puerto de llegada y luego se quedan en un albergue por unos cuantos días hasta que las formalidades finales concluyen. Necesitaría saber quién los recogerá para poder informar a los acompañantes. Entienda que no podemos entregar a los niños a cualquiera.
—No me atrevería a llamar cualquiera a una Hermana de Nazaret, una mujer que ha dedicado su vida a Dios.
—No, no, por supuesto que no, Madre Superiora. No quería decir eso ni por un momento, pero, mire, tenemos nuestras reglas. Tenemos que pensar en los niños.
Vacila.
—¿Asumo que los niños son católicos? —pregunta.
—Por supuesto.
—Bueno, solo necesitaba comprobarlo.
—¿Cuándo pueden partir?
—El barco parte la semana que viene, pero primero hay ciertos procedimientos que debemos seguir.
Saca más papeles de su maletín.
—Necesitaré sus informes escolares, recomendaciones de sus maestros y el consentimiento paterno.
Levanta la vista.
—En este caso, como los padres están ambos muertos, supongo que usted firmará en loco parentis.
—Naturalmente.
—Bueno, ¿y qué más? Sí, los niños tienen que pasar por un reconocimiento médico. ¿Podemos ocuparnos de eso si lo desea?
—No, no hay necesidad. Tenemos nuestro propio doctor; visita a todos los niños regularmente.
—Bien. Ahora, una cosa más sobre su ropa. Proveeremos a los niños con ropa nueva para el viaje. Se les dará en los albergues antes de que embarquen, así que no hay necesidad de que ustedes

se preocupen al respecto. Algunos de los niños provienen de entornos muy desfavorecidos —añade—. Queremos asegurarnos de que van adecuadamente vestidos.

—Por supuesto.

—Bueno, creo que eso es todo. El barco parte de Liverpool el 16 de septiembre. Enviaré sus billetes de tren tan pronto como sea posible.

—Gracias.

—Si puede, envíeme todo el papeleo completado antes de su partida.

—Claro.

La mujer cierra su maletín y se levanta.

—Gracias por su tiempo, Madre Superiora.

—Gracias y que Dios sea con usted.

Espera hasta que Catherine Smart ha cerrado la puerta tras ella y luego se inclina y abre el cajón inferior de su escritorio. Saca una botella medio vacía de jerez británico y un pequeño vaso, luego se sirve un poco. El jerez está caliente y lo siente confortarla mientras se desliza por su garganta. Cuidadosamente se limpia los labios y vuelve a colocar en el cajón la botella y el vaso.

Tocan suavemente a la puerta.

—Pase —dice cerrando el cajón y girando la llave.

—¿Hay algo que quiera que haga, Madre Superiora? —pregunta la hermana Magdalene.

—¿Se ha ido esa mujer?

—Sí, Madre Superiora.

—Bien. Llévale estos formularios a la hermana Theresa y pídele que escriba recomendaciones para los tres niños Smith, y que complete estos informes escolares.

—Pero aún no han asistido a la escuela.

—Eso no importa. La hermana Theresa puede evaluar sus habilidades. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Probablemente su escuela esté cerrada o haya sido bombardeada.

—Muy bien, Madre Superiora.

—Y telefonea al Doctor Hardy. Dile que necesito que venga a examinar a tres niños mañana por la mañana. Dile que es urgente.

—Muy bien, Madre Superiora.

—Y hermana Magdalene.

—¿Sí, Madre Superiora?

—No quiero que se me moleste más hoy. ¿Está claro?

—Sí, Madre Superiora.

MAGGIE

Ya llevan en el orfanato tres días y todavía no hay noticias de mamá. No hay nadie a quien le pueda preguntar; le asustan demasiado las monjas y el padre McNally no ha vuelto a verlos. Piensa en escaparse a buscarla, pero incluso eso parece imposible ahora; la puerta principal está cerrada y con el cerrojo puesto y la mayor parte del tiempo está separada de Billy y Grace. No hay forma de que pueda irse con ellos. Billy pasa la mayor parte del tiempo trabajando en el jardín con un viejo llamado Sid y Grace ha sido llevada con los bebés. El día de Maggie está repartido entre ayudar en la cocina y unirse a las otras chicas en oración en la capilla. El único tiempo en que ver a su hermano y hermana es en las comidas y entonces, como la hermana Theresa está a cargo, no pueden hablar. Se tiene que contentar con apretar la mano de Billy y darle a Grace un abrazo subrepticio. Así que, cuando Elsie le dice que la llaman de la oficina de la Madre Superiora, su corazón da un brinco. Quizás al fin hay noticias de mamá y pueden irse todos a casa.

Toca tímidamente a la puerta.

—Entre —dice la Madre Superiora.

Abre la puerta y mira la habitación. Su hermano y su hermana ya están allí, de pie al lado de la pared; la Madre Superiora está sentada tras su escritorio y la hermana Magdalene está a su lado de pie.

—Pasa, niña, y cierra la puerta.

Siente flojas las piernas, pero se fuerza a avanzar y a ponerse al lado de Grace. Toma la mano de su hermana y le da un apretón.

—No hay necesidad de estar tan asustada, niña. Tenemos buenas noticias para vosotros —dice la Madre Superiora.

Así que es verdad. Han encontrado a mamá. Ahora pueden volver a estar juntos.

—Vais a iros de vacaciones. Los tres. Sois muy afortunados. ¿Sabéis a dónde vais? —pregunta la hermana Magdalene.

La monja se inclina hacia delante y les sonríe; sus dientes están manchados y son desiguales. Su aliento huele a huevos podridos.

Maggie sacude la cabeza calladamente. ¿Qué tiene eso que ver con mamá? ¿Van a ir mamá y el bebé de vacaciones también?

—Vais a ir a Australia.

La mira sin poder dar crédito.

—Eso está muy lejos —dice Billy—. Está al otro lado del mundo.

Parece asustado. La monja lo ignora y continúa mirando directamente a Maggie. Su aliento es insoportable.

—Australia en un gran país donde el sol brilla todo el tiempo y nunca hace frío. Tendréis mucho para comer y podréis ver canguros y ualabíes —continúa la hermana Magdalene.

—Yo quiero ver los uababís —dice Grace perdiendo repentinamente su timidez.

Maggie sabe exactamente donde está Australia; Miss Jennings se lo enseñó. Recuerda haber ido al zoo con su clase, hace mucho tiempo, cuando Billy todavía era un nene. Habían visto canguros y ualabíes. Lo sabe todo de Australia; sabe que está muy lejos de Londres.

—¿Y mamá? —pregunta—. ¿Vendrá ella a Australia también?

La hermana Magdalene mira a la Madre Superiora que asiente ligeramente con la cabeza.

—No, niña —continúa—. Tú madre no podrá ir con vosotros. Tú madre está en el cielo.

Maggie siente que el suelo se mueve debajo de sus pies. ¿Qué están diciendo? ¿Mamá está muerta? No se puede estar en el cielo al menos que se esté muerto. No puede estar muerta; está en el hospital con el bebé. Es una mentira.

—No. Eso no es verdad. No la creo. Mamá no puede estar muerta. Está con el bebé. No estuvo en el bombardeo; estaba a salvo en el hospital. No está muerta. Volverá a por nosotros. Vendrá a llevarnos. No está muerta —repite.

Empieza a llorar y no puede parar. Es como si toda la ansiedad, miedos y frustraciones de los pasados días la desborden. Sabe que Billy y Grace estarán afectados al ver a su hermana normalmente fuerte hundirse delante de ellos, pero no puede contenerse. No puede aguantar más.

La Madre Superiora le hace señas a la hermana Magdalene que sale del otro lado del escritorio y le tiende la mano a Maggie.

—Vamos, vamos, niña, no llores. Tu madre está en el cielo con Jesús. Ella estará mirándoos desde ahí y pidiéndole a Jesús que os haga fuertes.

Billy y Grace están llorando ahora.

—Mi papá está en el cielo —solloza Grace.

—Y ahora mamá está con papá —añade Billy entre lágrimas—. Están los dos en el cielo.

A Maggie le resulta difícil hablar. Su mente es un caos. ¿Y si es

verdad? ¿Y si son de verdad huérfanos ahora? ¿Cómo se las arreglarán? Finalmente pregunta.

—¿Y el bebé? ¿Qué ha pasado con el bebé?

Se seca las lágrimas de los ojos con el dorso de su mano. De repente está preocupada por que el bebé haya sido abandonado como ellos. Si mamá está realmente muerta, ¿quién está cuidando del bebé?

—Hermana Magdalene —dice la Madre Superiora y la monja saca un pañuelo de los pliegues de su túnica y se lo tiende a Maggie.

—Ahora, sécate los ojos, niña. Tú, tu hermano y tu hermana vais a empezar una maravillosa nueva vida en Australia. Sois muy afortunados, niños; ¿no os dais cuenta? No más bombas, no más guerra. Vais a un precioso país con mucho sol y buena comida.

Billy y Grace asienten con la cabeza, pero Maggie no puede responder. Es demasiado. No pueden perder a su madre también; ansia que ella esté aquí con ellos. Solloza descontroladamente.

—Podéis iros ahora, niños. Hablaré con vosotros más tarde cuando tengáis mayor control sobre vosotros mismos —dice la Madre Superiora agitando su mano para despedirlos.

—¿Pero el bebé?

—Iros ya.

Maggie agarra a su hermano y a su hermana y se marcha. Quiere huir del orfanato y nunca parar de correr, pero eso no es posible. Tan pronto como la puerta se cierra tras ellos, Billy es enviado de vuelta al jardín y Grace es apartada de ella por la hermana Magdalene. ¿A dónde puede huir sin ellos?

No se siente capaz de volver a la cocina, así que en lugar de eso entra en el dormitorio. Está prohibido estar en el dormitorio durante el día, pero a Maggie no le importa; no va a estar allí por mucho tiempo más, de todas formas. Se tumba en su cama y llora, sus hombros se agitan por la violencia de sus sollozos. ¿Por qué les está sucediendo esto a ellos? No es justo. Primero papá y ahora mamá, no puede ser cierto.

—¿Maggie, qué sucede? ¿Te han pegado?

Es Elsie.

Maggie siente la mano de su amiga en su cabeza, acariciando su pelo suavemente.

—Vamos, vamos. Dime qué sucede.

Al principio, Maggie no puede emitir las palabras. Cada vez que

intenta hablar, empieza a llorar de nuevo. Elsie espera pacientemente y continúa acariciando su pelo. Al final, toma un profundo aliento y le dice a su nueva amiga lo que las monjas han dicho.

—Oh, pobrecita. Así que ahora eres huérfana, como yo.

—No es justo.

—Dímelo a mí. Llevo aquí desde los dos años. Nunca conocí la vida en un hogar, no puedo recordar a mi madre. Al menos tu tienes a tu hermano y a tu hermana. Yo tuve un hermano una vez, pero ellas lo mandaron lejos a un orfanato en Irlanda. No lo he visto en diez años.

Maggie está tan sorprendida por todas estas revelaciones que para de llorar y se sienta.

—No sabía que tuvieras un hermano.

—Su nombre es Reg. No sé dónde está ahora; puede que esté muerto por lo que sé.

—Lo siento.

—No lo hagas. Estaré fuera de aquí en dos años, tan pronto como cumpla los catorce.

—Nos mandan a Australia.

—¿Qué? ¿De verdad? Sois afortunados. Mucho sol y mucha comida. Sin bombas. Suertuda. Desearía que me enviaran a mí.

—¿De verdad piensas eso?

—Sí, no puede ser peor que vivir en este basurero.

—Pero no conocemos a nadie allí.

—Bueno, ¿y a quién conocéis aquí?

—Está mi abuela.

—¿Tienes una abuela? ¿Dónde vive?

—No estoy segura, pero en algún lugar en Londres.

—¿Y por qué las monjas no te han enviado con ella?

—No lo sé. Me asusta decir nada por si me dicen que se ha ido al cielo también.

Un fuerte sonido les avisa de que es hora de comer.

—No tengo hambre —dice Maggie.

—Bueno, puedes darme lo tuyo; yo me muero de hambre. Vamos o ambas estaremos en problemas.

A la mañana siguiente, justo después de las oraciones, Maggie es emplazada a ir a la enfermería. Billy ya está allí, esperando fuera; está sentado en el suelo con la cabeza sobre sus rodillas.

—Billy, ¿estás bien?

—Dicen que tengo que esperar aquí al doctor.
—Sí, yo también.
Su hermano parece demacrado. Hay algo diferente en él; parece haber perdido su habitual energía. Entonces se da cuenta de lo que es; ya no molesta a nadie con sus innumerables preguntas. Nunca lo ha conocido tan callado. Incluso cuando tuvo paperas y su garganta estaba roja e hinchada se las arregló para parlotear sin cesar con el doctor.
—Maggie, ¿crees que nos separarán? —pregunta de repente.
—No. Han dicho que vamos a Australia juntos.
—Pero no paran de hablar de que soy un chico —solloza—. El jardinero dice que no debería vivir aquí. Dice que debería estar con los Hermanos Cristianos.
—Supongo que no depende del jardinero donde vivas.
—No quiero que ellas no separen. No quiero estar solo.
Nunca antes había visto a Billy tan ansioso. Le pone el brazo alrededor.
—No te preocupes, Billy; nos mantendremos juntos, lo prometo.
—Ah, aquí estáis.
Un hombre con una bata blanca ha llegado. Tiene un bigote gris daliniano y ojos brillantes. La hermana Lilian avanza por el pasillo tras él, llevando a Grace de la mano.
—Bueno, echémoos un vistazo entonces.
Abre la puerta de la enfermería y les hace entrar.
—Está bien, niños, quitaos la ropa. Dejaos solo vuestras camisas interiores y calzones.
Maggie se siente incómoda al desvestirse delante de él, pero hace lo que se le dice y luego ayuda a Grace a desabotonarse y quitarse el vestido.
—Examinaré a la mayor primero, hermana —dice el doctor.
Maggie da un paso adelante.
—Bien, jovencita, ¿cuántos años tienes?
—Doce, señor.
Escribe algo en su libreta y luego la mira.
—¿Ya te ha venido el periodo? —pregunta.
Maggie siente que enrojece. Mira al suelo y susurra.
—Sí.
—Habla alto, niña —ordena la hermana Lilian.
—Sí, doctor —repite Maggie.
—Bien. Ahora, ¿habéis tenido tu o tus hermanos alguna de estas

enfermedades: sarampión, viruela, escarlatina, tuberculosis o herpes?

—Todos tuvimos el sarampión, señor, y Grace ha pasado la viruela.

No ha oído hablar de las otras enfermedades.

—¿Y tu hermano?

—No, señor.

—¿Y difteria, paperas, tosferina o polio?

Recuerda que, cuando tenía seis años, había una chica en su clase que estaba enferma; la profesora dijo que tenía difteria. Tuvo que quedarse en casa y nadie podía visitarla. Luego escuchó que mamá le estaba diciendo a Mrs. Kelly que la niña había muerto.

—Un chico de mi clase tuvo la polio —interrumpe Billy.

—Todos pasamos la tosferina el pasado invierno —dice Maggie—, y Billy tuvo paperas.

—¿Alguno de vosotros ha sido vacunado conta la difteria?

—No.

—Bien, haremos eso ahora. Por favor prepare las vacunas, hermana.

Garabatea unas notas en su libreta y luego coge su estetoscopio y se dirige hacia Maggie.

—Voy a escuchar tu corazón. Respira profundamente.

El estetoscopio está frío y quiere reírse. Cuanto más intenta controlarse es peor. Es como agua surgiendo de su interior pugnando por salir.

—Estate quieta, niña, cómo va a hacer el doctor su trabajo si no paras de moverte así —le espeta la monja.

—Está bien, he terminado. Abre la boca y déjame ver tus dientes. Ah, no está mal. Ahora tus ojos.

Se inclina hacia adelante y aplica una luz brillante a sus ojos. El doctor huele a menta.

—Intenta no parpadear. Bien. No hay problemas ahí. Ahora tu pelo.

Saca un peine y empieza a examinar su pelo.

—Excelente, ni rastro de liendres. Está bien, lista. Puedes ponerte la ropa ya.

Mientras Maggie se viste, el doctor examina a Billy y Grace.

—Todo bien, niños muy sanos para ser huérfanos —le dice a la hermana Lilian.

—Acaban de llegar.

—Van rumbo a Australia, he oído, qué niños más afortunados. A mi no me importaría pasar unas cuantas semanas en Australia, mucho sol y arena.

Les sonríe.

—Ahora las vacunas y luego podréis ir de nuevo a jugar —dice.

La hermana Lilian frunce el ceño al mencionar el juego.

—Tienen labores que hacer y luego a escuela —lo corrige.

—Oh, lo siento.

Mira a Maggie y le hace un guiño.

—Bien, subíos las mangas, por favor. Esto puede que duela un poco, pero pasará pronto.

La aguja es muy larga y parece afilada. Maggie cierra los ojos y aprieta los dientes. Es muy doloroso y después le pica en el lugar en el que la han vacunado.

—Ya está. Sostén esto un poco ahí hasta que pare de sangrar. Bien, el siguiente.

Grace ha empezado a llorar.

—Yo seré el siguiente —dice Billy—. No tengo miedo.

—Buen chico.

Cuando es el turno de Grace, Maggie se ofrece a que se siente en su regazo para que pueda poner la cabeza en su hombro. Apenas se nota la diferencia, Grace grita y patalea y al final la hermana Lilian tiene que ayudarle a mantener a Grace quieta para que el doctor pueda vacunarla.

—Vamos, vamos, Gracie, ya está. Sshh ahora —le susurra al oído.

Pero Grace solo tiene tres años y no entiende; continúa sollozando sin parar.

—Ten, jovencita, ¿quieres un dulce? —le pregunta el doctor.

Le tiende un dulce a Grace, pero ella aparta su mano, tirando el dulce al suelo.

—No —grita.

Maggie nunca la ha visto de tal humor. Le asusta que el doctor se enfade y luego la hermana Lilian se lleve a Grace y la castigue.

—Calla, Grace. Eso no ha sido muy agradable —le dice.

Se inclina y coge el dulce.

—Gracias, doctor. Lo siento. Todavía es un bebé, sabe.

—No dejes de frotarle el brazo; el dolor pronto pasará —dice.

No parece importarle la pataleta de Grace.

—Bueno, eso es todo. He terminado aquí.

Se quita la bata blanca y la cuelga en la silla.

—Gracias, Dr. Hardy. Le acompaño fuera —dice la hermana Lilian—. ¿Le vemos el mes que viene, entonces?

—Naturalmente.

Se vuelve hacia Maggie y Billy.

—Podéis volver a vuestro trabajo ahora —dice—. Grace, ven conmigo.

A la mañana siguiente se les dice a los niños que se duchen antes de bajar a desayunar. No tienen que hacer sus tareas habituales.

—Tienes tanta suerte —se queja Elsie—. Ahora tendré que trabajar dos veces más duro si no estás aquí.

—Y duchándote un viernes. Todas nosotras tenemos que esperar hasta el domingo. La noche del baño del domingo —añade una niña delgada llamada Lucy.

—Quizás se marchan hoy —sugiere una de las otras.

Mira a Maggie con añoranza.

—Desearía ir a Australia.

—Yo desearía ir a cualquier parte siempre y cuando fuera lejos de aquí —dice Elsie.

Se frota la pierna distraídamente.

—¿Qué les pasa a tus piernas? —pregunta Maggie.

Hay gruesas ronchas rojas en la parte trasera de ambas piernas.

—La hermana Alice.

—¿Qué quieres decir? ¿Te pegó?

—No le consigo coger el truco a las divisiones largas. Ella dice que es fácil, que solo somos holgazanas, pero es ella. Es una horrible maestra. Nadie entiende lo que dice.

—¿Así que te pegó?

—No solo a mí, a Megan y a Susie también. Tuvimos que quedarnos en la parte de atrás y ella nos atizó con esa regla suya. Dios, me alegraré cuando pueda salir de aquí.

La hermana Lilian está de pie al lado de las duchas cuando llegan. Tiene unas toallas en sus brazos.

—Daos prisa, niños. Desnudaos y meteos en las duchas. Tú no, chico. Ve y espera fuera hasta que te llame.

Se quitan la ropa; incluso Grace parece avergonzada al quitarse la ropa bajo los ojos vigilantes de la monja. Nunca antes se han duchado. El sábado por la noche era siempre la noche del baño para ellos, cuando mamá sacaba la vieja bañera de zinc del patio y la llenaba de agua caliente. Normalmente iban por turnos: primero

Grace, porque era la más pequeña, luego Billy y después Maggie. Algunas veces, después de que se hubieran ido a la cama, mamá añadía un poco más de agua caliente y se metía también.

—Vamos. No tenemos todo el día.

Maggie se aproxima cautelosamente. El agua parece fría. Extiende su mano tímidamente.

—Si no te das prisa, sentirás mi mano en tu trasero —le espeta la monja.

Maggie toma un profundo aliento y se mete debajo de la ducha. No está muy caliente, pero tampoco está congelada.

—Vamos Gracie, coge mi mano.

Las hermanas se quedan bajo la ducha juntas; Maggie coge el jabón y empieza a lavar el pelo de Grace. Es difícil hacer que salga espuma. Maggie se siente abatida. Añora tanto a mamá.

A las dos en punto los tres están de pie en el andén de la estación de Euston. Alrededor de sus cuellos cuelgan una máscara antigás y una gran etiqueta marrón con sus nombres escritos en letras mayúsculas. La hermana Lilian les ha acompañado a la estación. Les ha dicho que permanezcan allí donde están y que no se muevan mientras averigua cuál es su tren.

No son los únicos niños que esperan en el andén. Hay grupos de evacuados, equipados de manera similar, con máscaras de gas y etiquetas, sus pocas posesiones contra sus pechos, mientras las maestras leen en alto listas con sus nombres.

—No más evacuados —dice una mujer al pasar a su lado—. Pobres almas.

—¿Somos vacuados? —pregunta Grace.

—Supongo que lo somos —dice Maggie.

Billy está jugando con su etiqueta, dice WILLIAM SMITH.

—No hagas eso, Billy; se puede caer —le dice.

—No podrán encontrarte —dice Grace.

—Mamá no quería que fuéramos evacuados —dice Billy de repente—. Dijo que no quería que fuéramos como malditos paquetes.

—Bueno, mamá no está aquí ahora —dice Maggie.

El viento trae al andén una fría y fina lluvia, empapando los abrigos de la gente y haciendo que se amontonen. Cae sobre las gorras y sombreros de los escolares, goteando sobre sus cuellos y los de los de sus abrigos de invierno; hace maldecir a los soldados que también estampan sus pies contra el suelo impacientes por subir al

tren; gotea desde los paraguas de cansados hombres de negocios, recientemente salidos del bar de la estación impregnados del aroma a cerveza rancia; una ráfaga repentina alcanza el chal negro de una vieja sentada al lado del torno con una gran cesta de mimbre delante de ella.

—Brezo de la fortuna, chicos —les dice a los soldados al pasar a su lado—. Comprad brezo de la fortuna.

—Necesitamos algo más que brezo si queremos ganar esta guerra, querida —le grita un soldado.

Deja caer una moneda de tres peniques en su mano y ensarta la empapada ramita de brezo en su gorra.

Para entonces, la lluvia corre por el cuello de Maggie, pero ella apenas lo nota, está mucho más interesada en todo lo que la rodea. La última vez que estuvo en una estación fue para despedir a su padre. Se queda mirando a los soldados al pasar; quizás uno de ellos es el amigo de papá, George.

De repente, la gente empieza a coger sus bolsas y se aproxima al borde del andén. El tren llega; puede oír un rumor en la distancia.

—Bien, niños. Aquí está vuestro tren —dice la hermana Lilian.

Sujeta un maltrecho paraguas sobre su hábito negro.

—Tengo vuestros billetes aquí. Cuida de ellos, niña. Dáselos al revisor cuando te los pida. Pero no hables con nadie. ¿Entendido?

Le tiende los billetes a Maggie.

—¿Tienes los sándwiches?

—Sí, hermana.

El tren entra en la estación envolviéndolo todo con una nube de vapor y humo. El ruido es ensordecedor. La hermana Lilian parece estar diciéndoles algo, pero Maggie no puede entender que es. Luego se va. Los niños no se mueven. Cientos de personas surgen en dirección al tren, las puertas se abren y se cierran otra vez cuando una oleada de gente se apea y otra intenta abordar. ¿Qué debe hacer? Se mete los billetes en el bolsillo de su abrigo y agarra a Billy y Grace de la mano.

—Vamos, sigamos a esos niños —dice.

Se colocan detrás de una fila de escolares y suben a bordo. Nunca antes han estado en un tren. Han visto muchos, silbando y humeando por el puente del ferrocarril en Bethnal Green, pero eso es todo lo cerca que han estado de uno. Ahora no sabe qué hacer. ¿Dónde se sientan? El tren está muy lleno; todos los asientos están cogidos y la gente incluso se sienta en el suelo. Tira de su hermano

y hermana avanzando en el tren hasta que encuentra un asiento libre.

—Esto servirá. Podemos apretarnos aquí. ¿Qué pensáis?

—Estoy cansada, Maggie —dice Grace.

—Está bien, Gracie, yo me sentaré aquí y tu te sentarás en mis rodillas. Billy tú siéntate en el suelo.

—Pero está duro.

Se quita el abrigo.

—Pliega esto y siéntate encima, así estarás más cómodo.

El chico se sienta y coloca su espalda contra el asiento.

—¿Estás bien?

—Supongo.

—No será por mucho tiempo.

—¿A dónde vais, niños? —pregunta uno de los solados sentado al otro lado del pasillo.

—Ustralia —dice Grace.

El soldado se ríe.

—Bueno, no sé si este tren va directo hasta Australia, cariño.

—Vamos a Liverpool a coger un barco —explica Maggie.

—Eso es muy valiente por vuestra parte. ¿Dónde están vuestra madre y vuestro padre?

—Están muertos —dice Billy—. Somos huérfanos.

—Siento escuchar eso. Mi madre también está muerta.

—¿Está en el cielo? —pregunta Grace—. Nuestra madre y nuestro padre están en el cielo.

—Sí, supongo que lo están.

—Eh, Alec, ¿quieres jugar a las cartas? —pregunta el soldado que está sentado a su lado.

—Sí, por qué no.

Se vuelve hacia su compañero.

—Maggie, tengo hambre —le informa Billy.

Abre el paquete de sándwiches y toma un pedazo de pan.

—Toma, esto es todo lo que puedes tener por ahora. Tienen que durar hasta que lleguemos a Liverpool.

—¿Qué haremos cuando lleguemos allí? —pregunta Billy introduciendo el pan en su boca.

—La hermana Lilian dice que alguien se reunirá con nosotros en la estación y nos cuidará.

—Espero que nos den la merienda, porque será la hora entonces, ¿lo harán?

Los niños duermen. Maggie se despierta sobresaltada y con una sensación de pánico cada vez que el tren se para en una estación. En Crewe la vieja sentada cerca de la ventana se apea y Maggie se traslada a su sitio, dejándole a Grace el asiento del pasillo.

Está durmiendo, soñando que pasea por el zoo de la mano de su padre. Hay pingüinos y Billy está intentando alimentarlos con un trozo de pan.

—No, tonto, solo comen pescado —le dice y con eso el pan se convierte en un coleante pez dorado.

Algo va mal. Se da la vuelta inquieta y alarga la mano de forma automática buscando a Grace. El asiento está vacío; no está allí. En un instante Maggie está despierta. Billy todavía está casi dormido, estirado sobre un montón de abrigos en el pasillo, pero no hay rastro de Grace. Siente que su estómago se revuelve. ¿Dónde está? Ahora está de pie.

—Gracie, Gracie —la llama mirando desesperadamente a un lado y otro del tren.

Entonces la ve, desapareciendo por la puerta al final del vagón atisba un flash azul y una cabeza rubia despeinada. Un hombre la lleva de la mano. Maggie empieza a correr.

—Eh, ¿qué sucede, cariño? —le pregunta uno de los soldados—. ¿El tren arde?

—Es mi hermana. Ha desaparecido. Ese hombre la tiene.

Ahora casi está llorando.

—¿Cómo?

El soldado y su compañero ahora están de pie delante de ella.

—No te preocupes, cariño; la traeremos. No puede apearse aún, el tren no para hasta dentro de otra media hora. Quédate aquí con tu hermano pequeño.

Maggie mira a Billy. ¿Qué debe hacer? No debería dejar a Billy. Y si va tras Grace y entonces desaparece Billy también..., piensa que es demasiado horrible para soportarlo.

—Tienen razón, cariño; siéntate y espera. Encontrarán a tu hermana por ti —dice la mujer sentada en el asiento de en frente.

—No, tengo que ir. Por favor, si se despierta, le dirá que estaré de regreso en un minuto. Tengo que buscar a mi hermana, solo tiene tres años, sabe. Es solo un bebé.

Puede sentir las lágrimas correr por sus mejillas.

—Claro que se lo diré, cariño. No llores; todo saldrá bien. Corre con ellos.

Maggie abre la puerta del final del vagón y se introduce en la siguiente parte del tren. No hay rastro de los soldados ni de Grace. Pasa entre la gente que está de pie en el pasillo y corre todo lo que puede, evitando los cuerpos de gente durmiendo hasta que llega a la siguiente puerta. Esta vez, cuando pasa al siguiente vagón, puede verlos. Grace está llorando y uno de los soldados tiene a un hombre de mediana edad cogido por el cuello del abrigo.

—Gracie, Gracie, está bien. Estoy aquí, todo está bien ahora —le grita corriendo hacia su hermana.

—Dice que solo la estaba llevando al aseo —explica el soldado.

—Jodido pervertido. Me gustaría arrancarle la cabeza —dice el otro soldado.

—No he hecho nada. Solo estaba intentando ayudar —protesta el hombre.

—¿Oh, sí?

—Quería ir al aseo y su hermana estaba durmiendo. Solo intentaba ayudar —repite.

—Sí, bueno, puedes decírselo a la policía. Maldito pacifista.

Maggie cree que el hombre va a llorar; su rostro se arruga y parece a punto de derrumbarse. Solo el soldado, que lo tiene firmemente sujeto, evita que caiga al suelo.

—Venga, no te pongas así —dice el otro soldado volviéndose hacia Maggie—. Coge a tu hermana y vuelve a tu asiento. Nos ocuparemos de este tipo; no te molestará más.

Agarra a Grace y corre de vuelta con Billy. Está en la misma posición, ajeno a la conmoción que continúa produciéndose en el tren. Esta vez pone a Gracie en el asiento al lado de la ventana y luego suavemente levanta a Billy y lo coloca a su lado. Se sienta a su lado, con los pies sobresaliendo en el pasillo y solloza calladamente para sus adentros. Eso es lo que debería haber hecho al principio, ponerlos dentro a salvo, donde pudiera protegerlos. Se reclina y cierra los ojos.

Lo próximo que descubre es que el tren se está parando. El altavoz de la estación está diciendo «estación de Liverpool» y todo el mundo comienza a moverse, agarra sus bolsas y abrigos y se dirige a la salida. Grace continúa durmiendo, pero Billy está despierto. Se incorpora en el asiento y se pone su abrigo.

—¿Ya estamos, Maggie? —le pregunta medio adormilado.

—Sí, aquí es donde nos apeamos —le dice.

Despierta a Grace suavemente y le pone su abrigo y bufanda.

Luego los niños se sientan y esperan hasta que la mayoría de la gente ha dejado el vagón antes de salir. La multitud se dispersa rápidamente y el andén de la estación de Liverpool pronto está vacío, salvo por unos cuantos niños desaliñados. Se quedan de pie junto a ellos y esperan. Es como la hermana Lilian les prometió. Solo pasan unos minutos hasta que su acompañante los encuentra; es una mujer de rostro sonrosado llamada June.

—Hola, niños. Espero que hayáis tenido un buen viaje —dice.

Saca una lista de nombres y comprueba de que todos están presentes. Al pasar delante de Grace se inclina y le acaricia el pelo.

—¿Cuál es tu nombre, cielo? —pregunta.

—Gracie. Teno tes —balbucea.

Luego June les dice que son evacuados por mar y que cuidará de ellos hasta que lleguen a Australia. Hay quince de ellos en total. Maggie se da cuenta de que todos parecen tan asustados como Billy y Grace. June hace que los niños se coloquen en doble fila y los lleva a un viejo autobús que está esperando fuera de la estación; otros evacuados por mar están ya sentados en él. El grupo de June es el último en llegar; suben a bordo y el autobús inmediatamente parte rumbo al albergue.

Media hora más tarde paran delante de un viejo edificio de ladrillo. Es un colegio de secundaria; Maggie puede ver el nombre en la puerta. Instituto para chicas, Fazackerly. Se pregunta dónde están las chicas hoy mientras todos estos niños están acampados en su escuela. ¿Han sido evacuadas también?

—Está bien, niños, colocaos en doble fila. El conductor del autobús os traerá las maletas —les dice June.

Maggie lleva a Grace de la mano y empuja a Billy delante de ella donde pueda vigilarlo. Está de pie al lado de un chico alto con el pelo rubio. Esperan impacientes en fila mientras el conductor amontona las maletas en la acera y luego se marcha. June les dice a los niños que recojan su equipaje y la sigan al interior de la escuela. Maggie se siente incómoda; no tienen ningún equipaje que recoger. La acompañante las lleva a una gran habitación, que por las barras en la pared y las cuerdas que cuelgan de las paredes y las barras paralelas colocadas en una esquina, parece servir tanto de gimnasio como de salón de actos. Ahora parece que va a ser su hogar por los próximos dos días. Ya hay unos cuarenta niños más allí. Alguien les ha dado colchones y están sentados allí, con las maletas al lado, esperando a que se les diga qué hacer. Todos se vuelven para mirar

a los recién llegados. Maggie se siente avergonzada al tener tantos ojos mirándola, pero Billy sonríe y dice:

—Hola, soy Billy y estas son mis hermanas.

June le sonríe y dice:

—Esperad aquí un instante, niños, mientras averiguo a donde tenéis que ir. Luego podréis ir a conocer a los demás.

Va a hablar con un joven en la otra punta de la sala. Cuando regresa está sonriendo.

—Bueno, niños, instalémoos primero y luego iremos a comer algo. Seguidme.

Todos se alegran al oír esto y siguen a June mientras ella les asigna su sitio. A Maggie y a su hermano y hermana les asignan un gran colchón para compartir; se sientan en él y esperan. Parece que hay que esperar mucho, piensa Maggie. Grace está cansada; está lloriqueando para sí misma calladamente. Maggie sabe que pronto estará dormida. La hace tumbarse en el colchón y le pone su abrigo encima. Billy ya está impaciente; quiere conocer a los otros niños. Se aproxima para hablar con un chico de aproximadamente su misma edad que está jugando con unos cromos. Maggie se apoya contra la pared y mira alrededor de la habitación. Le complace que no vayan a quedarse allí por mucho tiempo; hay mucho ruido y no se está muy caliente. Alguno de los niños están llorando.

June regresa. Lleva un fajo de papeles con ella, comprobando quién es quien y dónde deben estar. Ahora llega donde está Maggie.

—Veo que no tenéis equipaje —dice.

—No. Todas nuestras cosas fueron bombardeadas —le explica Maggie.

—Pobrecitos, lo siento mucho —dice June—. Tenemos ropa para vosotros. No podemos dejaos ir a Australia solo con la ropa con la que habéis llegado.

Les sonríe.

—Tan pronto como hayáis comido, os llevaré a equiparos.

Los dos días pasan rápidamente. Las mujeres del Servicio Voluntario les proporcionan nueva ropa y una maleta para meterla. Quieren quitarles su vieja ropa, pero Maggie insiste en quedarse su abrigo a cuadros. Tiene que tener algo de su vieja vida. Una vez más son examinados por el doctor y declarados lo suficientemente sanos para viajar. Las acompañantes están con ellos todo el tiempo para asegurarse de que cada día hagan algo de ejercicio; ponen los colchones a un lado y juegan en la sala. Normalmente es alguna

clase de juego por equipos, como carreras de relevos o juegos con balón. Maggie encuentra una cuerda de saltar y consigue que algunas de las chicas se le unan para jugar a la cuerda, pero Billy y los chicos prefieren darle patadas a un balón. La comida es buena y abundante y comen bien; por la noche duermen irregularmente en los colchones llenos de bultos, pero en todo ese tiempo nadie menciona a mamá.

Al fin se les dice que es hora de partir. June viene alborotada una mañana y les dice que recojan sus pertenecías y formen una fila.

—¿Qué sucede? —pregunta una de las niñas mayores.

—Vamos al puerto —dice June—. Es hora de subir al barco.

—¿Vamos a Ustralia ya? —susurra Grace.

—Sí, querida. Ahora ve y colócate en fila con los otros niños.

Maggie mira alrededor de la habitación. Todos los niños están sumisos. Nadie tiene mucho que decir y por una vez el interminable murmullo de charlas infantiles cesa. Coge la maleta de Grace junto con la suya y le dice a Billy que agarre la mano de Grace; esperan la señal de June y luego la siguen hasta el autobús.

Maggie está nerviosa. Empuja a Billy y Grace a sentarse en un asiento y se apretuja a su lado; se aferran los unos a los otros, con las manos entrelazadas.

—No quiero ir a Ustralia —dice Grace.

—Shss, Gracie —susurra Maggie.

—Quiero a mi mamá.

Empieza a llorar.

—Mamá está en el cielo con papá —le dice Billy.

Maggie no sabe qué decir. Está asustada y abraza a su hermano y hermana contra sí con más fuerza. ¿Y si las monjas estuvieran equivocadas?, ¿y si mamá no estuviera muerta? ¿Cómo los va a encontrar si están en Australia? Puede que piense que están muertos; puede que piense que murieron en el bombardeo. Entonces no se preocupará en buscarlos. Maggie se pregunta si debería mencionar sus temores a June.

El autobús arranca y avanza traqueteando hacia los muelles. Al observar como se reduce en la distancia su hogar temporal, Maggie de repente no quiere abandonarlo. Pasan por estrechas calles empedradas de casas de ladrillo rojo, no tocadas por las bombas. Las amas de casa están de pie en los quicios de las puertas con los brazos entrelazados sobre sus delantales, justo como hacían en

Stanlet Street y observan a los autobuses pasar. ¿Por qué no pueden quedarse aquí? Este parece un lugar más seguro que Londres. ¿Por qué tienen que recorrer todo ese camino hasta Australia? Al doblar una esquina, un barco surge ante ellos, enorme contra el horizonte; hace diminuto todo a su alrededor. Han llegado. Pesadas puertas de hierro se abren y los autobuses se introducen en los muelles. Nunca antes ha estado en un lugar como este; docenas de personas van de un lado a otro, trasladando la carga de los barcos a inmensos almacenes que se alinean al borde del agua. Hay barcos de guerra en el puerto, algunos tan cerca que puede leer sus nombres y otros, tenues contornos adentrados en el mar. Huele a carbón ardiendo y a vapores de diésel, el aroma salado del pescado podrido y otros olores terrenales que no puede identificar. Un repentino sonido la hace sobresaltarse, pero es solo una grúa descargando su carga en el muelle. Vuelve su atención a su hermano y hermana, ambos tienen la cara pálida y están en silencio. Las lágrimas manchan la cara de Grace y Billy se agarra a su mano.

—Está bien —dice Maggie—. La mujer nos cuidará.

Los autobuses se detienen uno detrás del otro y todos los niños se apean y forman una doble fila en el muelle. Algunas de las acompañantes corren de aquí para allá, comprobando que no falte nadie y puede ver un marinero de pie al lado de la pasarela guiando a los niños a bordo del barco.

—¿Es ese nuestro barco? El Or-in-o-co —pregunta Billy—. Es gigantesco.

June cuenta a los niños de su lista, dándole una suave palmadita a cada uno de sus encargados en la cabeza mientras pasa a su lado. Cuando llega a Grace se detiene y se agacha.

—Eh, no hay necesidad de lágrimas pequeña; vas a emprender un fabuloso viaje —le dice y luego se vuelve hacia Maggie.

—Deja que lleve su maleta. Tú no puedes con las dos si además la llevas de la mano.

Agradecida, Maggie le cede la maleta de Grace.

—Gracias —dice.

Lentamente, siguen a los otros niños subiendo la pasarela.

—Mantente cerca de mi Billy. No te alejes —previene a su hermano.

Puede ver que está fascinado por todo a su alrededor y gradualmente su curiosidad está superando a su miedo. En cualquier minuto estará explorando.

Al fin están a bordo y colocados en fila en la cubierta para ver como el SS Orinoco se aleja del puerto lentamente. Se quedan allí, con su nuevo equipaje a sus pies, mirando maravillados como el puerto de Liverpool se expande ante sus ojos. Es un panorama de muelles y embarcaderos, grúas y barcos, formando torres de carga a la espera de ser dispersada, trabajadores portuarios y estibadores, marineros, soldados a punto de embarcar, otros desembarcando, pasajeros para el nuevo mundo aferrando sus pasaportes como talismanes. Ruidos extraños y olores exótico flotan por la amplia extensión de agua hacia ellos. A pesar de sus miedos, Maggie comienza a sentirse excitada ante la perspectiva de un viaje por mar y Billy, de lo cual se alegra, está otra vez danzando con todo su viejo vigor. Dos días en el albergue con gran cantidad de comida y otros niños de su edad han restaurado su equilibrio. Ahora una incesante corriente de cháchara aflora de sus labios. Ya ha adquirido la jerga de la vida del mar.

—Este barco se llama Orinoco —les informa—. Lo vi pintado en su costado. No se dice izquierda o derecha en un barco se dice babor y estribor. ¿Creéis que el capitán me dejaría subir al puente?

Luego un instante más tarde pregunta:

—¿Cuándo llegaremos a Australia? ¿Iremos directos allí o pararemos en otros puertos?

No se molesta en responderle; en realidad él no quiere respuestas. Está demasiado excitado.

—¿Qué son esos pájaros? Mirad están siguiendo al barco. ¿Buscan pescado? Maggie, ¿por qué ese bote tira de nosotros? Es mucho más pequeño que nosotros. ¿Cómo puede hacerlo?

Y continúa y continúa, Billy vuelve a ser él mismo de nuevo. Mientras estuvieron en el albergue, se hizo amigo de uno de los otros chicos y ahora se apresura a hablar con él. Maggie está encantada de verlo tan animado una vez más. Grace, por otro lado, no está feliz. Se aferra a Maggie y lloriquea constantemente.

—Quiero ir a casa. Quiero a mi mamá. No me gusta este barco. Quiero a mi mamá.

Nada la puede consolar, nada que Maggie diga o haga puede hacer que pare de llorar. Abraza a su pequeña hermana contra sí, han pasado por mucho juntas y ahora es la gota final que colma el vaso de Gracie. Es demasiado pequeña, disminuida por el tamaño de todo lo que la rodea.

Cuando el barco se aleja de la costa, Maggie no puede ver más el

puerto con detalle; se convierte en un borrón en el horizonte. Las olas son más altas ahora y rompen contra la proa del barco en cascadas de espuma blanca, mientras que el viento, repentinamente más frío y fuerte, los azota, haciéndola temblar.

—Vamos, Gracie, alejémonos de este viento y encontremos un sitio más caliente.

Se aleja de su atalaya para buscar refugio del punzante rocío. Se oye un grito y el remolcador es liberado; con un pitido final de su claxon se gira y se dirige a Liverpool. Ella lo observa marchar. Están solos y en dirección a alta mar.

IRENE

Los llevan a ella y al bebé al Hospital Evelina en Southwark. El doctor vino y se lo dijo esta mañana; estaba muy complacido consigo mismo. No había sido fácil conseguir una cama para el pobre pequeño, dijo, pero esperaban operarlo en un par de días.

Abraza a su hijo contra su pecho; es tan diminuto. ¿Cómo puede alguien tan pequeño sobrevivir a una operación de tal envergadura? No podría soportar que algo le sucediera a él también. Bosteza. Las pasadas últimas noches no ha podido dormir. Leslie ha estado muy agitado últimamente y cada noche ha estado levantándose para vigilarlo. Normalmente las enfermeras se ocupan de los bebés por la noche, pero la maternidad está tan corta de personal que las madres tienen que vigilar por las noches así como por el día. No le importa; le gusta sostener a su pequeño hijo. Si Ronnie pudiera verlo, estaría orgulloso. Pensar en su marido la hace suspirar. Puede sentir las lágrimas surgir de nuevo. Debe ser dar el pecho lo que la pone tan llorona. Tendrá que controlarse, no puede dejar que el niño la vea llorando todo el tiempo. Si esto continúa, tendrá que ir al doctor y pedirle un tónico. Quizás es lo que necesita, algo de vino quinado o unas jarras de Guinnes. Ronnie siempre juraba por una Guinness.

—Pon hierro en tu sangre —le decía y Kate estaba de acuerdo con él.

A Irene nunca le había gustado, era demasiado amarga para ella. Su habitual estimulante es la segura taza de té.

—Ya casi estamos, querida —dice el conductor de la ambulancia.

—Solo otros cinco minutos.

Siente su estómago agitarse. Pensar en dejar a su hijo en el hospital la asusta, pero qué otra cosa puede hacer. Tiene que averiguar qué les ha sucedido a los otros niños. Y a Kate, ¿qué demonios puede haberle sucedido a Kate? No quiere pensar en las posibilidades, pero sabe que debe. Tan pronto como Leslie esté instalado, cogerá el autobús a casa y verá por sí misma lo que pasa.

No se siente optimista. Al mirar por la ventanilla de la ambulancia no puede ver otra cosa que devastación; el Blitz se está cobrando su parte de Londres y los londinenses. De acuerdo con la radio, hay cientos de desplazados en la ciudad.

—Es terrible —le dice al conductor.

—Hubo otro ataque aéreo la pasada noche —dice—. Cerca de quinientos bombarderos pasaron. Estuvieron en ello toda la noche.

—¿Cómo puede alguien sobrevivir a toda esta destrucción? —pregunta.

Esta pensando en Kate y los niños.

El conductor de la ambulancia no responde; solo sacude la cabeza. Entran en los predios del hospital y conduce hasta la entrada de Admisiones.

—Aquí es, querida. Quédate sentada un minuto y te ayudaré a bajar.

Va hasta la puerta del pasajero y le coge el bebé mientras ella se apea.

—Gracias. Ahora estaré bien.

—Bien, entonces. Bueno, mucha suerte, pequeño —dice acariciando la cabeza de Leslie—. No te preocupes, querida, los doctores de aquí son de los mejores que hay.

Vuelve a subir a la ambulancia y se marcha. Irene se pone su bolso sobre el hombro y recoloca al bebé en sus brazos. Toma un profundo aliento; no hay alternativa. Es lo mejor.

Duele dejarlo atrás. Debería estar con él. No es la política del hospital, es lo que la enfermera le ha dicho. Vuelve por la mañana. Cuidarán de él y tiene que volver cada día para alimentarlo. Quieren que siga tomando leche materna. Está de acuerdo, es mucho mejor por él; su constitución es demasiado débil para la leche en polvo. Así que cada noche tiene que sacarse la leche y llevarla al hospital a la mañana siguiente. Camina hasta la parada de autobús y se une a la fila.

—¿Vas lejos, querida? —le pregunta una mujer.

Lleva dos bolsas de la compra llenas de leña.

—A Bethnal Green.

—Entonces tiene que coger el veintiuno.

—Gracias. ¿Ha pasado ya?

—Debería estar aquí ya, pero en estos días no se puede saber. Las carreteras han sufrido muchos daños, con las bombas y todo eso.

Irene asiente con la cabeza. Es sorprendente como la vida continúa a pesar de la destrucción. Ve el autobús doblar la esquina y siente una oleada de orgullo por la ciudad y su gente. A pesar del Blitz, los autobuses todavía circulan. Cuando el autobús para, ella sube; el autobús está lleno.

—Venga, tome mi asiento, querida —dice un anciano.

Siente que él necesita el asiento más de lo que ella lo necesita,

pero sonríe y se lo agradece y luego se sienta al lado de la ventanilla.

La momentánea cálida sensación que experimenta al ver que el familiar autobús rojo aparece a tiempo desaparece en cuanto se acerca a Bethnal Green; apenas puede reconocer el lugar. Puede que los autobuses circulen, pero ¿dónde están las casas?

—Bethnal Green —grita el revisor.

—Esta me va bien —le grita a él.

Se apea del autobús y mira a su alrededor. ¿Dónde está? Dijo que era Bethnal Green y parece familiar en cierta manera, pero al mismo tiempo no puede reconocer nada. Entonces ve el letrero de «Príncipe Alberto» oscilando fantasmagóricamente en la única pared en pie del pub y sabe dónde está. El letrero la deja fría. El Príncipe Alberto había sido siempre un lugar tan lleno de vida. Siempre que pasaba por él oía salir la música del piano desafinado que había en el bar y se escuchaba el sonido de las risas y el bullicio de las voces. Ahora está en silencio; todo lo que puede oír es el chirrido del letrero del pub.

Sin embargo, esto la ha orientado y se gira y parte en dirección a su casa. No es fácil; tiene que pasar por montones de rocas y escombros. Hay voluntarios despejando la carretera para que el tráfico pueda pasar, pero solo están amontonándolo todo en las aceras, grandes montones de ladrillos y cemento en donde otrora había hileras de casas adosadas. Cómo ha podido alguien sobrevivir a esto, se pregunta una y otra vez.

Antes de alcanzar su casa, ya sabe lo que encontrará. Es imposible que su casa pueda estar en pie cuando el resto ha sucumbido. Aún así,espera un milagro e incluso cuando ve las ruinas que fueran su casa, todavía no puede creerlo. Se detiene y se queda mirando. No llora, ni grita; solo se siente entumecida. Su mente parece haberse parado; no puede comprender la magnitud de lo que hay ante ella. Su mundo entero colapsa a su alrededor.

—Irene, ¿eres tú?

Siente que un brazo rodea sus hombros.

—¿Estás bien? ¿Irene?

Mira sin comprender al hombre. ¿Lo conoce? Le parece familiar.

—Soy yo, Fred. Fred Ford.

—Sí, claro. Hola Fred. ¿Cómo está tu padre? —pregunta automáticamente.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, sí, estoy bien.

Se sienta sobre un montón de rocas.

—Es un shock —dice él—. Toda el área ha sido alcanzada y dañada. Hemos estado sacando gente de los escombros durante días.

—¿Dónde están? —pregunta.

—¿Perdona?

—¿Dónde están mis hijos? Se suponía que estaban con Kate. ¿Dónde están?

—Lo siento, no sé nada de ningún niño. Una pequeña rubia, la cogieron en Arlington Street la pasada noche, pero no he oído nada de tus hijos.

—¿Sabes dónde está Kate?

Lo ve moverse incómodo.

—Kate cayó en un ataque aéreo la pasada semana. Estaba intentando llegar a su casa, pero no lo consiguió. Corría por Hanbury Road cuando una bomba cayó. Pobre mujer, nunca supo lo que la golpeó.

Kate está muerta. Kate. Muerta. Levanta la vista para mirarlo.

—No puede estarlo.

El asiente con la cabeza.

—Lo siento mucho. Le impactó de pleno.

Empieza a llorar. Pobre Kate.

—Cuidaba de mis hijos. ¿Qué les sucedió? ¿Estaban con ella? ¿Fueron heridos? —pregunta.

—¿Estaba cuidando de tus hijos? Por eso debió de ser que no fue al refugio con los otros. Rose Brown dijo que intentó llevarla al metro con ella, pero ella dijo que tenía que ir a casa. Debía de estar pensando en tus hijos.

Se descubre asintiendo con la cabeza a lo que él dice. Sí, eso sonaba a Kate.

—¿Y dónde están? —pregunta—. Mis hijos, ¿dónde están?

—Lo siento, Irene, no sé nada de ellos. Mira por qué no vienes conmigo al Servicio Voluntario de Mujeres y te conseguimos una buena taza de té. Quizás alguien allí pueda ayudarte —dice.

Sabe que no vale la pena; no sabe nada de sus hijos. Sin embargo, permite que la lleve por la carretera, pasando casas en ruinas y montones de escombros, pasando a voluntarios que sacan a paladas basura de las calles, pasando gente que apenas reconoce desesperada por intentar salvar algo de sus viejas vidas de las

ruinas, pasando camiones y furgonetas quemadas, hasta que llegan al centro del Servicio Voluntario de Mujeres. Observa como Fred se dirige a una de las mujeres y habla con ella. Van juntos hasta ella. Observa como si estuviera flotando por encima de ellos, como si esto no tuviera nada que ver con ella.

—Hola, Irene. Siento lo de tu casa. Pero al menos tú estás bien, eso es lo principal. ¿Cómo está el bebé? —dice animadamente la mujer.

Señala con la cabeza el vientre plano de Irene. Es la amiga de Kate, Rose.

—Hola Rose. El bebé está todavía en el hospital; no está demasiado bien.

—Siento oír eso. ¿Quieres una taza de té?

Irene asiente con la cabeza. Se sienta en un banco de madera.

—Mira Irene, ahora tengo que irme. Han caído unas cuantas bombas incendiarias esta noche y algunas todavía arden. Necesitan a todo hombre ahí afuera. Pero, si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme —le dice Fred cogiendo su gorra.

—Tú quédate aquí un rato, hasta que te sientas mejor —añade.

Irene le sonríe débilmente. Es un hombre amable, aunque parece un poco arrogante con su uniforme de guardia local. No es un soldado real, como Ronnie.

—Gracias, Fred —dice—. Recuerdos a tus padres.

Rose regresa con una taza de té humeante y, a pesar de su ansiedad, Irene se lo bebe agradecida.

—Fred ha tenido que irse —explica—. Dijo que estuviste con Kate antes de que muriera.

—Sí, estuvimos en el autobús. Había ido a ver a mi Betty. Ahora está muy ocupada con toda su familia. Nunca tienen suficiente para comer y…

Irene no está de humor para cotilleos y la interrumpe:

—Háblame de Kate.

—¿Kate? No hay mucho que decir. Dijo que había estado viéndote a ti y al bebé y que estaba de camino a casa para hacerle la merienda a tus hijos. Nos apeamos del autobús y sonó la sirena antiaérea. Estábamos justo al lado de la estación de metro de Bethnal Green. Yo me fui directa allí, pero Kate no vino conmigo. Intenté persuadirla, pero dijo que estaría bien.

A Rose obviamente no le agrada pensar en ello. Estornuda y se limpia la nariz ruidosamente con un gran pañuelo blanco.

—Debería haberme escuchado —continúa con una lágrima cayéndole por la mejilla.

—¿Dijo dónde estaban los niños? —pregunta Irene.

—Sí, dijo que estuvieron en la escuela dominical.

—¿Sabes qué les sucedió?

Rose sacude la cabeza.

—Por qué no preguntas en la iglesia. O, mejor aún, vuelve esta tarde, Olive Staunton ayuda esta tarde. Conoces a Olive, da una de esas clases de la escuela dominical. Ella te lo podrá decir.

—Sí, sé a quién te refieres, bastante joven, con el pelo rubio.

—Esa es. Estará aquí en torno a las dos.

—Eso haré.

—¿Te sientes bien ahora?

—Sí, gracias. Ese té hizo su trabajo.

Se siente mejor; tiene más claro ahora lo que sucedió. Sus hijos no estaban en casa cuando las bombas cayeron. Ahora solo tiene que averiguar a dónde han ido.

Quedan dos horas hasta que Olive venga a cumplir con sus obligaciones, así que Irene decide ir a preguntar a la escuela. Solo le cuesta unos minutos alcanzar la puerta de la escuela y le alegra ver que la escuela parece intacta. Entra y va en busca de la directora. Miss Bentley está sentada en su oficina con un montón de papeleo delante de ella.

—Ah, Mrs. Smith, iba a ponerme en contacto con usted. Sus hijos no han venido a escuela hace más de una semana. Me doy cuenta de que las cosas son difíciles para usted en este momento, pero agradecería saber si ha dispuesto otra cosa para ellos. La situación ya es lo suficientemente caótica, con las evacuaciones y los bombardeos; es realmente difícil seguirles el rastro a todos ellos.

Hace una pausa y mira a Irene por encima de sus gafas. Irene siente ganas de llorar. De repente es una niña pequeña otra vez siendo renegada por su profesora.

—He estado en el hospital —dice.

—Sí, eso he oído.

La mira expectante. Esta no es obviamente una de sus mejores excusas.

—¿Puedo sentarme? —pregunta Irene.

La directora indica una silla con la cabeza.

—¿Bien?

—La cosa es —vacila—. Bueno, no sé dónde están los niños.

Pensé que usted lo sabría.

—¿Yo? ¿Por qué debería saberlo?

—Pensé que probablemente una de las maestras estuviera cuidando de ellos.

—Creo que es mejor que me explique exactamente qué ha estado sucediendo desde el principio.

Irene le cuenta los acontecimientos de las pasadas dos semanas, hasta donde puede.

—Déjeme ver, ¿la última vez que alguien vio a esos niños fue a mediodía del domingo, cuando su amiga les hizo la comida? Eso fue hace una semana.

—Sí, hasta donde sé, sí. Voy a hablar con la maestra de la escuela dominical para ver si sabe algo más.

—Siento no poder ayudarla. Tiene sentido, sin embargo, la última vez que asistieron a escuela fue…

Comprueba sus registros.

—El viernes 6 de septiembre.

La directora parece agobiada. Su pelo normalmente ordenado, pugna por zafarse de sus pasadores y le da una apariencia desaliñada.

—Bueno, Mrs. Smith, espero que pueda encontrar a sus hijos —dice—. Cuando lo haga, por favor, hágamelo saber para que pueda completar el papeleo.

Suspira y hace un débil intento de recoger su pelo encanecido con uno de sus pasadores.

—Es muy difícil seguirles el rastro a todos los niños estos días. No es sorprendente que algunos de ellos se pierdan —repite—. Yo no me preocuparía. Alguien estará cuidando de ellos.

Irene se levanta. ¿Nadie sabe dónde están sus hijos?

—Gracias de todas formas, Miss Bentley. ¿Si oye algo me lo hará saber?

—Por supuesto que lo haré. ¿En dónde vivirá? Escuché que la zona de Hanbury Road ha sido prácticamente arrasada.

Su pregunta hace que Irene se detenga. ¿Dónde va a vivir? Ya no está su casa. Solo hay una posibilidad.

—Me quedaré con mi madre en Islington.

Coge un trozo de papel del escritorio y garabatea la dirección de su madre.

—Está bien, le haré saber si tengo noticias.

La directora abre una carpeta y saca unos papeles. Irene

reconoce que esta es la señal para que se marche.

Antes de regresar al centro del Servicio Voluntario de Mujeres, Irene decide visitar el centro para evacuados. Nunca antes ha estado allí, pero recuerda que Maggie habló de él. No está lejos de su casa, se pregunta si todavía está en pie.

No solo está en pie, sino que parece inexpugnable. Una joven está ocupada copiando nombres en etiquetas desde una lista, otra mujer está comprobando unas máscaras de gas.

—¿Puedo ayudarla? —pregunta la mujer con las máscaras de gas.

—Sí, estoy intentando encontrar a mis hijos. Me preguntaba si habían sido evacuados.

La otra mujer levanta la vista.

—¿Cuáles son sus nombres?

—Maggie Smith, William Smith y Grace Smith.

Recorre la lista con su dedo.

—Hay un Richard Smith, de nueve años de edad.

—No.

—Angela y Sheila Smith, gemelas, seis años de edad.

—No.

—Lo siento entonces, no están en esta lista.

—¿Podrían estar en una lista diferente? —pregunta Irene.

—¿Cuándo piensa que fueron evacuados?

—La semana pasada, algún día después del 8.

—En ese caso, no, el anterior grupo de evacuados partió de aquí el 2 de septiembre. No hemos enviado a nadie desde entonces. Este es el siguiente grupo.

Agita la lista ante Irene.

—¿Está segura? —pregunta Irene.

Seguramente alguien sabe dónde están. No pueden haber desaparecido de la faz de la tierra.

—Sí. Puede intentar en otros centros de evacuación. Quizás hayan oído hablar de ellos.

—Gracias.

—Siento que no podamos ayudar —le grita la mujer con las máscaras de gas.

Irene camina de regreso al centro del Servicio Voluntario de Mujeres. Está cansada y le duelen los pechos. Verá lo que Olive tiene que decir y luego cogerá el autobús a casa de su madre. Quizás su madre sepa algo.

Olive Staunton está ocupada en la cocina haciendo una enorme olla de sopa. Su pelo está atado con un pañuelo marrón. Cuando ve a Irene, baja el gas y va a hablar con ella.

—Hola, Rose dijo que querías hablar conmigo —dice secándose las manos en su delantal.

—Sí. Es sobre mis hijos.

—Son Maggie y Billy, ¿verdad?

—Sí y tengo una más pequeña, Grace.

—Sí, la recuerdo, es una verdadera monada. ¿Qué sucedió?

—Solo quería saber dónde fueron después del ataque aéreo.

—Oh, lo recuerdo, el domingo antes del pasado. Todos estábamos aterrorizados. Permanecimos en la cripta hasta que sonó el aviso de todo despejado y luego enviamos a los niños a casa.

—¿Eso es todo? ¿No dijeron a dónde iban o algo?

—No, asumí que iban a casa como normalmente hacen. ¿Por qué? ¿Les ha pasado algo?

Irene toma un profundo aliento y explica que estaba en el hospital en ese momento y que, cuando regresó, su casa había sido bombardeada y no había rastro de los niños. Intenta no llorar.

—Así que ya ves, parecen haber desaparecido.

—Lo siento mucho, pero no puedo decirte nada más. Por lo que sé iban a ir a casa. Aunque ahora que lo mencionas, Billy dijo algo de una vecina. Quizás fueron allí.

—¿Kate Kelly?

—Si, creo que ese era su nombre, Mrs. Kelly.

—Estaba cuidando de ellos mientras yo estaba en el hospital.

—¿Y ella qué dice?

—Murió en el ataque aéreo.

—Dios mío, eso es terrible. Bueno, no sé qué puedo decir. Decididamente estuvieron conmigo hasta que sonó la señal de todo despejado, así que no cayeron en el ataque aéreo. Cuando no aparecieron el pasado domingo no me sorprendió realmente, la mayoría de nuestros niños han sido evacuados; solo quedan un puñado.

Irene siente un enorme peso en su pecho; apenas puede respirar. Dice adiós a la maestra de la escuela dominical y se dirige al autobús. No hay nada más que pueda hacer; no sabe a quién más preguntar. Siente la necesidad de ver a su madre; ella le ayudará.

Es media tarde para cuando llega a Islington y ya está oscureciendo. Su madre abre la puerta y la mira sorprendida.

—Hola, Irene, no esperaba verte hoy. Dios mío, niña, qué sucede. Vamos, vamos, no hay necesidad de tomárselo así. Entra y dime qué va mal. ¿Es el bebé? ¿Le ha sucedido algo al bebé?

Irene se seca los ojos y entra en el familiar recibidor. Es un alivio ver a su madre. Por segunda vez en el día se siente una niña de nuevo.

—Entra y siéntate. Recupera el aliento mientras nos preparo una buena taza de té.

Su madre anda ajetreada en la cocina. La escucha llamar a su padre en la escalera.

—Les, nuestra Irene está aquí. Baja.

Irene sigue a su madre a la cocina. La vista de la vieja cocina y la familiar tetera son extrañamente reconfortantes.

—Se ha echado un rato —le explica su madre—. No está demasiado bien en estos momentos, me temo. Su corazón le ha estado molestando de nuevo.

Pone su brazo alrededor de los hombros de Irene y pregunta:

—¿Y qué es, cariño? ¿Qué ha sucedido para que estés tan intranquila? ¿Es el bebé? ¿Le ha sucedido algo al bebé? —repite su madre—. ¿Son los niños? ¿Dónde están, por cierto? ¿No han venido contigo?

—Leslie está bien. Tiene que permanecer en el hospital, sin embargo, hasta que lo operen. Supongo que Kate te contó lo de su corazón.

—Sí, lo hizo. Oh el pobrecito. No es de extrañar que estés preocupada. Toma, bebe, es reciente.

Se refiere a que las hojas de té no han sido usadas antes. Le tiende una taza de té a Irene. Está caliente y muy fuerte. Su madre le ha puesto algo de azúcar. Ese es el remedio para todas las enfermedades: una taza de caliente y dulce té. Irene lo bebe lentamente; sabe que tiene que contarle a su madre las noticias, pero no sabe por dónde empezar.

—Kate murió en un ataque aéreo —dice al fin.

—Oh, no, pobre Kate. Oh, Dios mío, que horrible, es terrible. No puedo creerlo. Kate. Oh, la echaré de menos —dice su madre.

Saca un pañuelo y se suena la nariz.

—Hemos sido amigas durante años —dice, las lágrimas caen por sus ajadas mejillas—. Más años de los que puedo contar.

—¿Qué pasa Lil? ¿Qué sucede? —pregunta el padre de Irene.

Es un hombre alto al que la edad ha menguado encorvándolo.

Irene piensa que parece cansado; su rostro está marcado con profundas arrugas y hay bolsas azules debajo de sus ojos. Entra en la habitación con sus zapatillas de andar por casa.

—Es Kate, esos malditos alemanes la han matado, murió en el bombardeo —dice su esposa entre lágrimas.

Se suena la nariz de nuevo.

—Dios mío, eso es terrible. Pobre Kate, esa mujer nunca le jugó una mala pasada a nadie —resuella su padre—. Esos Hunos son buenos en eso, podría jurarlo. Matar viejas y niños, eso es todo lo que pueden hacer.

—Hola, papá —dice Irene dándole un beso a su padre en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—No tan bien como me gustaría, niña. Así que has hecho todo este trayecto para contarnos lo de Kate. Muy amable de tu parte.

—Bueno, no exactamente.

Su madre levanta la vista.

—¿Y qué más ha sucedido?

—Nos bombardearon.

—Oh, Dios mío, vosotros también no.

—Malditos alemanes. ¿Cuándo fue eso? —pregunta papá.

—Mientras estaba en el hospital, el mismo día que murió Kate.

—¿Ha sido mucho?

—No queda nada, todo ha sido barrido.

—¿Nada? ¿Ni muebles, ni ropa, nada?

—Nada en absoluto.

—Oh, Dios mío —comienza a lamentarse su madre—. ¿A qué está llegando este mundo?

—Bueno, tendréis que venir aquí entonces —dice su padre—. Podemos haceros sitio. Tu y el bebé en tu vieja habitación y pondremos a los niños en la habitación de tu hermano.

Su padre ya lo tiene todo planeado.

—¿Dónde están los niños, por cierto? —pregunta mirando alrededor como si estuvieran escondidos detrás del sofá.

Irene toma un profundo aliento.

—No es tan simple. Hay algo más —dice.

—¿Qué quieres decir con algo más? ¿No más malas noticias? Irene, ¿dónde están los niños? —pregunta su madre.

Traga saliva; no quiere intranquilizarlos. Sabe que el corazón de su padre no es fuerte.

—No puedo encontrarlos.

—¿Qué quieres decir con que no puedes encontrarlos? ¿Dónde están? —pregunta su padre.

Se da cuenta de que está respirando fuerte y su piel ha tomado un tinte gris.

—Siéntate papá, tienes mal aspecto.

—Estoy bien, niña. Es de ti y de los niños de quienes estoy preocupado. ¿Qué les ha sucedido? —responde, pero sin embargo se sienta en el sofá.

—Kate los estaba cuidando.

—Te dije que los trajeras aquí, nos las podíamos arreglar —dice su madre—. Te lo dije. Deberían haber estado con su abuela y su abuelo.

—No era justo para ti y papá —protesta débilmente Irene—. De todos modos Kate quería quedarse con ellos.

—No fue lo correcto dejarlos con ella. Debías haberlos traídos aquí —repite su madre—. Soy su abuela. Ahora mira lo que ha pasado.

—Pensé que estarían a salvo con Kate. Después de todo era solo por unos cuantos días.

—¿Y dónde están? —insiste su padre.

—No lo sé —dice.

Quiere gritarle. ¿No se dan cuenta del caos que reina ahí afuera? ¿Por qué la están acosando?

—No lo sé. Nadie tiene idea de dónde están. He preguntado en todas partes en las que he podido pensar, nadie los ha visto. Han desaparecido.

—Tonterías, no pueden haberse desvanecido en el aire así como así —le espeta su madre—. Alguien tiene que saber dónde están.

—¿Cayeron en el bombardeo? —pregunta su padre—. ¿Lo has intentado en los hospitales?

Irene intenta controlarse; está a punto de desmoronarse, pero siente que tiene que ser fuerte. No tiene sentido trasmitirles sus miedos a sus padres. Están tan preocupados como ella.

—No lo creo. Su maestra en la escuela dominical dijo que estuvieron con ella hasta que sonó la señal de todo despejado.

—¿Y los evacuados? Quizás hayan sido evacuados.

—Ya he probado allí.

—Tienen que estar en alguna parte —insiste su padre.

Su madre empieza a llorar más abiertamente ahora.

—¿Y mi pobrecita Gracie? Es una cosita indefensa. Oh, Dios mío,

ahí fuera solos. Dios sabe qué les ha sucedido.

Ahora se está comenzando a alterar; su tono de voz aumenta. Las lágrimas cubren su cansado rostro.

—Tienes que tener alguna idea de donde pueden estar —continúa su padre.

—¿No lo puedes entender, papá? No sé lo que les ha sucedido. Si lo supiera iría y los recogería.

Es demasiado. Cae en el sofá al lado de su padre y empieza a sollozar histéricamente.

—Tengo que encontrarlos. No puedo perder a mis niños también.

Su padre la rodea con su brazo. Es una niña de nuevo.

—Sshh, niña. Los encontraremos. No pueden haberse ido muy lejos. No te preocupes. Los encontraremos —repite.

Sus palabras no la consuelan. Gradualmente se está dando cuenta de que sus niños están en realidad perdidos y con todo ese caos puede no ser tan fácil encontrarlos.

MAGGIE

June viene a recogerlos. Comprueba sus papeles mientras lleva a los niños de los que se encarga bajo cubierta y los empuja para cruzar la pasarela.

—Bien, los niños Smith.

—Sí, señorita —responde Maggie.

—Vosotros tres vais en este camarote. Organizaos, sacad vuestra ropa y colocadla ordenada. Recordad que esto es un barco, no hay mucho lugar de almacenamiento.

—En perfecto orden —dice Billy—. Así es como se dice.

June sonríe.

—Eso es, en perfecto orden y con esmero. Cuando hayáis hecho eso, poneos los chalecos salvavidas y venid al salón.

Mira sus papeles de nuevo.

—Está en la cubierta superior.

—Sí, sí, señorita.

—Billy compórtate.

Maggie le da a su hermano un ligero empujón. Está avergonzada, pero June solo sonríe y se traslada al siguiente camarote.

—¿Ruth y Rita Holmes? Aquí por favor.

Maggie la puede escuchar repetir las instrucciones en cada camarote hasta que todos los niños a su cargo están alojados. Cierra la puerta de su camarote y mira a su alrededor.

Grace ha parado de llorar al fin y está mirando con los ojos abiertos de par en par su nuevo hogar.

—¿Vamos a dormir aquí, Maggie?

—Sí. No es bonito. Todos juntos.

Pone su maleta en la litera y la abre. Billy hace lo mismo.

—Guau, dos de cada uno —dice sosteniendo calcetines en una mano y calzoncillos en la otra.

El Servicio Voluntario de Mujeres les ha provisto con nuevos abrigos, jerséis, camisas, calcetines, camisetas, pijamas, ropa interior, una gorra para Billy y sombreros para las chicas. Hay botas nuevas para Billy y zapatos para Maggie y Grace.

—Tengo unos guantes —dice Grace.

Mete sus diminutas manos en los guantes azul marino y las agita.

—¿Qué es esto? —pregunta Billy.

—Esa es tu tarjeta de identidad, Billy. Tienes que tener cuidado

con ella, porque le dice a la gente quién eres. Trae, dejémosla en el fondo de mi maleta por seguridad.

Se la coge. Es una nueva tarjeta de identidad, no tiene la dirección de su casa, solo la dirección del orfanato St. Margaret. Las viejas están probablemente debajo de las ruinas de su casa. La mete en un bolsillo del revestimiento de su maleta, cerca del diminuto trozo de su vieja puerta.

—¿Qué es eso? —pregunta Billy—. ¿Esa cosa azul?

Maggie saca el trozo de madera.

—¿No lo reconoces? —pregunta.

—¿Es de nuestra puerta?

Sus ojos están redondos por la sorpresa.

—Sí. Lo traje para que nos diera suerte.

Extiende la mano y lo toca.

—¿Puedo cogerlo? —pregunta Billy.

—No, lo perderás.

—Y después ya no tendremos suerte —dice Grace.

Se mete el pulgar en la boca y lo chupa ruidosamente. Maggie se siente tentada de decirle que pare, pero decide que no. Coloca el trozo de madera de nuevo en la maleta.

—Tenemos esto también —dice Billy tirando del disco de identidad del CORB que porta alrededor del cuello—. June dijo que tenemos que llevarlo todo el tiempo.

Tiene su nombre en letras mayúsculas y el número B2046 debajo de él.

—Sí, bueno también necesitarás tu tarjeta de identidad, así que no tienes que perder ninguna de ellas.

—¿Y yo?

—Sí, tú también, Gracie. Todos tenemos que guardarlas. Ahora organicémonos. Tú te quedas con esa litera, Billy. Grace y yo dormiremos en este lado.

—¿Yo arriba? —pregunta Grace.

—Sí, tú arriba. Démonos prisa y ordenemos todo, luego podemos ir a explorar.

—Sí, sí, sí —dice Billy saltando en su litera— ¡Sí!

Maggie está sorprendida de lo rápido que está recuperando su confianza. Desearía sentirse igual. No puede desprenderse de esa sensación de pánico.

Su camarote, y el de los demás niños, está en la cubierta «B». June les ha dicho que hay ciento treinta niños a bordo, algunos,

como ellos, van a Australia y otros van a Sudáfrica.

Al principio tienen gran dificultad caminando por la pasarela. El movimiento del barco los balancea de un lado a otro y se agarran a cualquier cosa que pueden para evitar caer. Maggie se siente mareada; su estómago parece estar moviéndose en una dirección y el resto de su cuerpo en otra.

—Maggie, estoy asustada —lloriquea Grace.

Maggie espera que su hermana no se vaya a marear. Su rostro está muy pálido.

—¿Te sientes bien, Gracie?

—Tiene que acostumbrarse al balanceo —le dice Billy—. Después estará bien.

—Está bien —dice Grace—. No quiero acostumbrarme al balanceo.

—Venid aquí arriba —les dice Billy subiendo por una escalera de metal.

Se tambalean por otra pasarela hasta que ven a otros niños más, también dirigiéndose al salón del barco detrás de ellos. Nadie habla hasta que llegan al salón, donde una cacofonía de voces infantiles los recibe. Maggie siente una apabullante timidez al estar con tanta gente, pero esto no parece preocupar a Billy. Pronto ve a su amigo y corre a unirse con él. Los niños se dirigen automáticamente a sus nuevos grupos, charlando excitadamente sobre lo que han visto hasta el momento. Nadie parece estar preocupado por a dónde van. Maggie ha conocido a alguna de las niñas ya, en la escuela de Liverpool. Reconoce a una de las chicas y se acerca, esperando que le hablará, pero antes de que la niña pueda decir algo, el acompañante jefe da una palmada para obtener su atención. Ha tomado posición en un escenario al final del salón, desde donde puede mirarlos a todos.

—Buenos días, niños —dice luego espera que la coreada respuesta se extinga.

Es un hombre imponente, alto, con un bigote gris y gafas oscuras; su voz rebota en la habitación.

—Bienvenidos a bordo del SS Orinoco. Mi nombre es Mr. Stevens y soy el acompañante jefe de este viaje. Tengo unas cuantas cosas que quiero deciros y quiero que escuchéis atentamente. Primero de todo, siempre tenéis que recordar que estáis a bordo de un barco y que, aunque queremos que os sintáis libres de moveos por donde queráis y que disfrutéis de vuestro tiempo a bordo, tenéis

que daros cuenta de que hay lugares a los que, por vuestra propia seguridad, no podéis ir. En particular, no se permite a los niños en la cubierta superior por la noche.

Mira a su alrededor.

—Veo que todos lleváis vuestros chalecos salvavidas. Bien, aseguraos de que poneis vuestros nombres en ellos y que los tenéis con vosotros todo el tiempo. Vuestras vidas pueden depender de ellos.

»Ya habéis conocido a los acompañantes que os han asignado y sabéis en qué grupo estáis. Por favor permaneced con ese grupo. Cada día, después del desayuno, quiero que os dirijáis a la cubierta de popa para las oraciones matinales. Después de las oraciones vuestros acompañantes os dirán los planes del día, que incluirán un simulacro diario. Recordad que vuestros acompañantes están aquí para cuidar de vosotros y se toman muy en serio vuestra seguridad y bienestar, así que, por favor, haced lo que os digan.

Enfatiza las dos últimas palabras y luego hace un gesto con la cabeza dirigido a los acompañantes que están alineados detrás de él. Todos parecen amables, piensa, pero June parece la más amable. Llevan sus ropas normales, pero cada uno tiene un brazalete del CORB para poder distinguirlos de los demás adultos de a bordo. Los cuenta, son quince, seis hombres y nueve mujeres. Todos, excepto el acompañante jefe y el capellán, son jóvenes.

—También tenemos al Doctor O'Neil a bordo para ayudaros si os mareáis.

Maggie puede ver a Billy por el rabillo del ojo; se está metiendo el dedo en la boca y fingiendo que está mareado. El chico con el que está se está riendo.

Mr. Stevens señala a un hombre con uniforme naval, de pie a su derecha. Tiene una gran barba poblada.

—Y su ayudante, la enfermera Herries, y por supuesto, nuestro capellán —continúa.

Estos dos están de pie al lado del doctor.

—Sé que es un tiempo excitante para todos y quizás un poco aterrador para algunos, pero, sin embargo, quiero que os comportéis y hagáis lo que os digan vuestros acompañantes. Es un largo viaje. A algunos les costará casi tres meses llegar a sus hogares. Intentaremos manteneros ocupados en actividades útiles durante el viaje y esperamos que aprovechéis la oportunidad para conocer a vuestros compañeros de viaje y aprendáis algo de los

países que vais a visitar. Pero, niños, no olvidéis nunca una cosa, nuestro país está en guerra. Sois muy afortunados por estar yendo a un lugar seguro.

Los observa de manera significativa. Maggie ve que Billy y su nuevo amigo están intentando no reírse.

—Ahora, recordad, niños, los acompañantes están siempre disponibles para ayudaros si tenéis algún problema —continúa.

Luego se sienta y, como un repentino enjambre de abejas, el murmullo de voces infantiles comienza de nuevo.

Este es el comienzo de lo que Maggie llegará más tarde a pensar como los dos meses y medio más felices de su vida. Es como estar en unas vacaciones prolongadas; incluso en las clases se divierten. Por un instante al menos no tiene que preocuparse; puede dejar la responsabilidad de su hermano y hermana recaer en los hombros dispuestos de June. Es solo por la noche, cuando está tumbada en la cama en la oscuridad, cuando piensa en mamá y se siente triste. Todavía no puede creer que mamá esté muerta, así que cuando piensa en ella es como era antes, sentada en su cocina bebiendo té con Mrs. Kelly o se la imagina con el nuevo bebé. Se pregunta cómo es y si estará mejor ahora.

Un día, June anuncia que va a formar un coro de niños. Les dice que era profesora de música en Cardiff antes de la guerra. Todos los niños, incluso Billy y Grace, tienen clases de canto una vez a la semana, normalmente en el salón de baile, donde June puede acompañarles al piano del barco. Ahora quiere escoger las voces adecuadas para el coro. Ha hecho una lista con los posibles candidatos y les pide que vayan al salón de baile después de desayunar. Maggie está aterrorizada, pero también encantada de ser invitada a unirse a ellos. Le encanta cantar, pero pensar en estar de pie delante de otra gente hace que sus rodillas tiemblen.

—No me lo ha pedido a mí —dice Billy—. Ni a Grace.

—Grace es demasiado joven; no podría aprender todas las letras —le explica Maggie—. Hay mucho que aprender.

Pobrecita Gracie, al principio no podía parar de llorar por su madre y Maggie no sabía qué hacer para consolarla, pero incluso ella está más feliz últimamente, se parece más a la alegre pequeña que era antes.

—Pero yo podría. Yo sé cantar —insiste y empieza con «Good King Wencelas».

Está completamente fuera de tono y Maggie se ríe.

—¿Quieres que le pregunte a June si puedes unirte? —le pregunta sabiendo exactamente cuál será la respuesta.

—No, son estúpidas cosas de chicas.

June ya está sentada al piano cuando Maggie llega. Algunos de los otros niños están agrupados a su alrededor. Maggie siente que enrojece; espera no llegar tarde.

—Lo siento, señorita —musita y se sienta en un asiento en la parte trasera.

—Está bien, estábamos esperando a unos cuanto más. Acércate, siéntate en la fila delantera donde pueda verte.

No está enfadada; le sonríe a Maggie y a los demás. Maggie la observa escoger de entre un montón de música, luego levanta la tapa del piano y toca unas cuantas notas. El último de los niños llega y están listos para empezar. June toca un acorde alto para obtener la atención del coro y luego dice:

—Está bien niños, creo que empezaremos con unas cuantas baladas populares, canciones que ya conocéis de escuela.

Se vuelve hacia el piano y toca las notas iniciales de «Greensleeves».

—A la cuenta de cuatro.

La música comienza y los niños comienzan a cantar su canción preferida. Luego le siguen «My Bonnie lies over the Ocean» y «It was a Lover and his Lass». Maggie disfruta cantándolas. Cierra los ojos y por un momento está de regreso en el aula de su escuela, con Miss Bentley aporreando el piano y mamá en casa esperándola.

—Ha sido precioso —dice June.

Maggie abre los ojos. Nada ha cambiado. Todavía está allí en el barco y dicen que mamá está muerta. Se forma un gran nudo en su garganta y piensa que va a llorar.

—Ahora que todos estamos relajados —continúa June—, vamos a probar con algo nuevo.

Sonríe y les tiende unas hojas con una canción.

—Estoy segura de que a todos os gustó la película «Pinocho», así que pensé en cantar alguna de sus canciones. Alguno de vosotros puede que ya las conozcáis.

Se produce un murmullo de excitación. Todos conocen y les encanta «Pinocho». Es una de las favoritas de Maggie; mamá los llevó a verla al cine. Incluso Grace disfrutó, aunque no paraba de hacer preguntas todo el tiempo y se durmió en las rodillas de mamá en cierto momento. Piensa en mamá de nuevo y en lo contenta que

estaría si supiera que Maggie ha sido escogida para el coro, pero eso la pone triste y relega el pensamiento a lo más recóndito de su mente para otro momento.

—¿Cuántos de vosotros conocéis «Hi-Diddle-Dee-Dee»? —pregunta June y toca los primeros compases.

Una docena de manos se alzan al aire. Todo el mundo la conoce.

Cuando la práctica ha terminado, Maggie sube a cubierta. Necesita algo de aire fresco. Disfruta cantando, pero le recuerda tanto a su madre que se siente insoportablemente triste. Mamá siempre estaba cantando. Siente una sensación de vacío cuando piensa en su madre. Camina hacia proa y mira hacia atrás, hacia Inglaterra. Todo rastro de su patria ha desaparecido de vista; el barco está rodeado de un mar agitado del color del estaño y sobre ella hay un cielo plomizo. Incluso el convoy de barcos que ha ido con ellos desde que partieron ha desaparecido. Están completamente solos. Por primera vez desde que dejaron Liverpool Maggie se siente asustada y su mano se traslada instintivamente a su chaleco salvavidas.

IRENE

Están todos allí. Grace entra corriendo en la recocina gritando:

—Mami, ven deprisa. Billy tiene pintura azul por todo encima.

La sigue a la calle. Allí están, Maggie y Billy observando a su padre pintar la puerta. Billy tiene pintura en sus rodillas que le cae de la camisa. ¿Cómo lo ha hecho? Seguramente se ha arrodillado en ella, el diablillo. Ronnie está de espaldas a ella; lleva su mono de trabajo marrón y está aplicando la pintura a brochazos largos y ligeros.

—No tardaré, querida —dice sin girarse—. Ya casi he terminado.

—Billy es malo, ¿verdad, mamá? —dice Grace balbuceando como cuando se siente tímida.

Mira a su madre y sonríe. Sus rizos rubios se han soltado de sus lazos y dorados mechones de pelo brillan a la luz de la mañana. Irene hace ademán de coger a su pequeña hija y… despierta. No es real. No ha sido nada más que un sueño. Un sueño. Sin embargo todavía puede sentir su presencia; todavía puede oler la pintura. El sol todavía calienta su rostro. Cierra los ojos y solloza. Por favor, Dios, que sea más que un sueño.

Se da la vuelta; su almohada está bañada en lágrimas.

Han pasado casi seis semanas e Irene todavía no sabe qué les ha sucedido a sus hijos. Cada mañana se despierta con la desesperación de no saber; cada mañana se enfrenta con la realidad de que todavía están perdidos. Ha vuelto al lugar del bombardeo repetidamente y preguntado a todo el mundo que ha podido, pero nadie recuerda haber visto a los niños aquel día; todo el mundo estaba ocupado atendiendo a sus propias familias. El dolor en su pecho se ha hecho crónico, como si estuviera llevando su sufrimiento con ella. Lo peor de todo es que no puede deshacerse del sentimiento de culpa. Su cabeza le dice que no hay nada más que pudiera haber hecho, que son tiempos de guerra, pero su corazón le dice que nunca debería haberlos dejado. Sabe que nunca se recuperará de esto; nunca será capaz de perdonarse, nunca.

El autobús se para fuera del hospital. Hoy es el día en el que operan a Leslie. Querían dejarlo hasta que tuviera al menos seis meses, pero ha estado tan débil últimamente que han decidido proceder.

Abre las puertas batientes y se dirige a la sala de los bebés. Lleva las botellas de leche materna con ella, aunque no se necesitan hoy.

—Mrs. Smith, llega temprano, el doctor aún no ha terminado.

—Lo sé. No podía quedarme en casa esperando.

—Claro. Mire, ¿por qué no le traigo una buena taza de té?

—Gracias, hermana.

Se sienta en la sala de espera y saca su labor, está tejiendo una rebeca para Leslie. El sonido de las agujas es relajante y para cuando la enfermera regresa con el té está más serena.

—¿Durará mucho la operación? —pregunta.

—Depende —responde la enfermera.

—¿Estará bien? Es tan pequeñito.

—Estará bien. Mr. Cardew es un maravilloso cirujano.

—Pero es tan pequeño.

—Ha cogido novecientos gramos desde que llegó —le recuerda a Irene—. No es tan pequeño como era.

Le sonríe a Irene y dice:

—Vamos, bébase su té. Le haré saber cuando tenga noticias.

Es como un muñeco, tan pequeño y perfectamente formado; su piel es alabastro y sus pestañas yacen como oro sobre sus mejillas. Es tan hermoso, una oleada de amor hace que quiera llorar y tiene que ahogar un sollozo. Al menos Dios le ha otorgado esto; le ha dejado conservar a su bebé. Por lo que el cirujano puede decir, la operación ha sido un completo éxito. Ahora solo tienen que esperar a ver cómo responde Leslie. Sabe que se pondrá bien; alberga esa certeza en su interior, a pesar del mundo de incertidumbres en el que está viviendo. Leslie sobrevivirá; está segura.

La puerta de la sala de los bebés se abre. Es Mr. Cardew.

—Mrs. Smith, ¿todavía está aquí?

—Sí, solo quería quedarme con él un poco más. Pensé que podría abrir los ojos.

—No, no lo creo. Dormirá un rato. ¿Por qué no regresa mañana? Estará despierto entonces.

—¿Cuánto tiempo tiene que permanecer aquí? —pregunta señalando la burbuja cerrada en la que el bebé está durmiendo.

—Una semana o así, realmente depende de cómo progrese. No queremos que coja ninguna infección.

—No, claro que no.

Pone su mano en la incubadora de cristal, lo más cerca que puede tocar a su hijo.

—Adiós, Leslie, hasta mañana —susurra.

Coge su abrió y su labor y se marcha.

Decide ir a Bethnal Green en lugar de directa a casa de su

madre. Sabe que es una pérdida de tiempo. Estuvo allí la semana pasada y nada había cambiado, pero, sin embargo, se siente empujada a intentarlo. El autobús no tarda en llegar y pronto está caminando por aquellas familiares calles.

—Irene, Irene, ¿eres tú? —grita una voz de hombre.

Se para y se gira. Es George Wills.

—George, me alegra verte aquí. ¿Qué estás haciendo en Bethnal Green?

—Vuelvo de un permiso de mi unidad y pensé en ver qué hacías. Estaba de camino a tu casa cuando vi todo esto.

Señala con su mano las casas calcinadas y los montones de escombros que se alinean en la otrora ajetreada calle. Ver al viejo amigo de su marido es demasiado para ella; sus ojos empiezan a segregar lágrimas y no puede parar.

—¿Qué sucede?

Lo está incomodando, está segura, pero ¿qué puede hacer? Él espera pacientemente mientras ella se esfuerza por controlar sus emociones.

—Ten, toma esto —le dice poniéndole un pañuelo color caqui debajo de la nariz.

—No, está bien. Estoy bien ahora.

Traga saliva y dice:

—Nos bombardearon.

—Puedo ver que lo tenéis mal aquí —dice—. No me di cuenta de que tu casa también había sido afectada.

—No queda nada en pie en la calle. Todo ha caído —dice—. Todas las casas.

—Dios mío. Lo siento. Vamos, deja que te invite a una taza de té.

Asiente con la cabeza y dice:

—Podemos ir al refugio del Servicio Voluntario de Mujeres; está por ahí.

Una vez que el té está en la mesa delante de ellos, George pregunta:

—¿Dónde estás viviendo ahora?

Le asusta responderle por si vuelve a llorar, así que bebe su té. No es muy fuerte, pero está caliente y dulce. Puede sentir que la revitaliza.

—No suelo tener ese efecto en las mujeres —dice con una sonrisa—. Siento si te he sobresaltado.

—No, soy yo la que debería disculparse. Es el uniforme; me recordó a Ronnie por un minuto. Lo siento.

Él mira su cintura.

—¿Has tenido al bebé entonces?

—Sí, es un chico, Leslie, por mi padre.

—Eso está bien.

George bebe algo de té.

—Y, ¿dónde está?

Ella lo mira con la mirada perdida.

—El bebé, ¿dónde está? ¿En casa de tu madre?

—No, todavía está en el hospital.

Le explica lo de la operación de corazón de Leslie.

—Así que, ya ves, no debería estar llorando, debería estar feliz. El doctor dijo que la operación fue muy bien; se hará un chico sano, después de todo.

—Eso son buenas noticias. Deberías estar encantada.

Ella le dedica una triste sonrisa.

—¿Y los niños? ¿Qué opinan de tener un hermano pequeño?

—No lo sé —responde.

Puede ver que está perplejo.

—No sé dónde están. Oh, George, es terrible, no puedo encontrarlos en ninguna parte. He preguntado a todo el mundo; nadie tiene idea de qué les ha sucedido. No sé si están vivos o muertos.

Pone la cabeza en las manos y suspira.

—Estoy fuera de mí de preocupación.

Le explica al desconcertado soldado lo que ha descubierto sobre la desaparición de sus hijos. Él se queda mirándola sin dar crédito.

—No puedo creerlo. ¿Los tres? No puedo creerlo —repite—. Dios, esta maldita y horrible guerra.

—¿Cuándo terminará? —pregunta ella.

Él pone su mano encima de la de ella.

—Lo de Ronnie fue horrible, lo sé, pero era un soldado, murió luchando por su país, luchando por sus hijos. Pero que a los niños les haya pasado esto, no es justo —dice George.

Está segura de que las noticias lo han perturbado. Piensa que sus hijos están muertos.

—Nada es justo en estos días —dice ella.

Bebe su té mientras permanecen sentados en silencio por un instante. No, ella no lo acepta; no es posible que todos ellos estén

muertos.

—¿Y ya has ido a ver a tu madre? —le pregunta queriendo romper el silencio.

—Voy allí esta noche. Tengo cuarenta y ocho horas antes de embarcar a Dios sabe dónde.

—Cuéntame algo de ti, George.

Quiere cambiar de tema para pensar en otra cosa por un momento, para apartar la preocupación de sus hijos de su mente solo por unos cuantos minutos.

—No hay mucho que contar; tengo veintiocho años, estoy soltero y antes de la guerra erra mecánico.

—¿Igual que Ronnie?

—No igual, trabajaba para la empresa de autobuses.

Ella lo mira, viéndolo por primera vez como un individuo y no como otro hombre con uniforme. Es delgado y enjuto, con pelo y ojos negros. Se pregunta si tiene sangre extranjera. Tiene una calidad sonrisa, aunque un poco torcida.

—¿Dónde naciste? —le pregunta.

—Whitby, toda la familia es gente de Yorkshire. Tengo tres hermanos, mayores que yo. Dos están en el ejército y uno tiene una profesión que le exime de presentarse a filas; es policía.

—¿Todo chicos?

—Sí, mi madre dice que es una pesadilla vivir en una casa llena de hombres.

Se ríe.

—¿Y tu padre? —pregunta ella.

—Está en la Guardia Nacional. Solía ser conductor de autobús antes de retirarse. Así es como conseguí el trabajo; le habló de mí al jefe.

—¿Y tu madre?

—Mamá se queda en casa y cuida de ella. Len, es el policía, todavía vive en casa y ahora tiene evacuados y dice que no tiene tiempo para trabajar fuera.

—¿Evacuados?

—Sí unos niños de Lewisham, un par de críos descarados, pero les tiene cariño. Han estado con ella desde el principio de la guerra.

—Eso es más de un año ya —comenta Irene—. Casi parece imposible, ¿verdad?

Está pensando en antes de la guerra, en la pequeña familia feliz que eran entonces.

—Mira Irene, lo siento pero tengo que irme ahora o perderé mi tren.

—Sí, claro.

Se termina su té.

—Gracias por el té.

—¿Con quién te quedas, con tu madre? —pregunta él.

—Sí, no tengo a donde más ir. Una vez que Leslie salga del hospital, miraré a ver si consigo un trabajo. No me las puedo arreglar con la pensión de viuda de guerra.

—Dame la dirección y te pasaré a ver la próxima vez que esté en Londres —dice y esboza su torcida sonrisa.

Busca en su bolsa de la compra un lápiz y un trozo de papel y garabatea la dirección de su madre.

—Será agradable estar en contacto —dice ella.

Siente una cercanía con George que sabe es debida a su amistad con Ronnie. Qué curioso que haya venido a buscarla hoy.

George dobla el papel cuidadosamente y lo coloca en su billetera.

—Escribiré y te haré saber dónde estoy —dice—. ¿Te parece bien?

—Sí, claro.

Sabe, por lo que le contó Ronnie, que los soldados viven por las cartas que reciben de sus hogares. Es lo menos que puede hacer por ese hombre que le ha mostrado tanta simpatía.

—Disfruta de tu permiso —dice quitando su abrigo del respaldo de la silla.

—Permíteme.

Él coge el abrigo y le ayuda a ponérselo.

—Gracias.

—Adiós entonces, Irene.

Él parece reacio a marcharse.

—Será mejor que te des prisa.

—Sí, bueno, adiós otra vez —dice.

—Buena suerte —le grita ella.

Pone al bebé de nuevo en su cuna y lo cubre con la manta. Ya está dormido. Qué angelito es. Han pasado casi cuatro meses desde que llegó a casa del hospital y todavía no se acostumbra al hecho de que esté allí. Está creciendo y poniéndose más fuerte cada día. Trátalo como un bebé normal, le dijo el doctor, porque eso es lo que es ahora. Sale de puntillas de la habitación y tira de la puerta hasta

que está casi cerrada, pero no del todo.

—¿Tienes tiempo para un té? —le pregunta su madre sosteniendo la familiar tetera marrón.

Irene mira al reloj.

—En realidad no. El autobús llega a las cinco y son menos diez ya.

—¿Está Leslie dormido?

—Sí, le he dado de mamar, he cambiado su pañal y lo he acostado, dormirá una hora al menos.

—Le echaré un ojo cuando haya preparado el desayuno de tu padre entonces. Toma, te he hecho unos sándwiches para comer.

—Gracias, mamá.

Besa a su madre en la mejilla y coge la bolsa de sándwiches. No tiene mucho apetito estos días, pero, si ella no los quiere, su amiga, Sally, se los comerá. Siempre está hambrienta. Se ajusta el cinturón de su impermeable. Su madre tiene razón; ha perdido mucho peso desde que Leslie nació. Sabe que debería comer más, aunque solo fuera por el bien de Leslie. El doctor del hospital dijo que debería continuar dándole el pecho hasta que pudiera así que todavía le da de mamar a primera hora de la mañana y a última de la noche. Se le ha hecho mucho más fácil desde que está tomando sólidos; ya no está tan ávido de atención.

Puede ver el autobús en la distancia y se apresura en dirección a la parada. No puede arriesgarse a llegar tarde. El propietario de la fábrica, Mr. Levin, ya le ha avisado de que la próxima vez que llegue tarde, se lo descontará de su paga. Le paga una miseria, así que no puede permitirse ninguna rebaja. Podía haber ganado el doble en la fábrica de munición, pero le asusta que la leche pueda contaminarse. Quizás una vez Leslie esté completamente destetado, pregunte si tienen alguna vacante, aunque lo que ha escuchado no es nada alentador. Es un trabajo peligroso; solo el mes pasado hubo una explosión y una chica murió.

—Hola, Irene.

Es Liz, una de las chicas de la fábrica; trabaja en la máquina próxima a la de Irene. Hacen un trabajo idéntico, esta semana están haciendo una tanda de uniformes navales. Es un trabajo interesante, aunque la paga sea poca y al menos siente que está haciendo algo por el esfuerzo de la guerra.

—Parece que hemos llegado a tiempo.

El autobús se para a su lado. Está lleno, pero el revisor les dice a

los pasajeros que se muevan hacia atrás e Irene y Liz suben.

—Pareces cansada —dice Liz—. ¿El bebé no te deja dormir?

—En realidad no, tiene más que ver con dormir en ese maldito refugio cada noche. Me encantaría arriesgarme a hacerlo en casa, al menos dormiría bien toda la noche, pero mamá no quiere oír hablar de ello.

—Deberías conseguir unos de esos refugios Morrison; entonces al menos podrías estar dentro de casa y caliente.

—No supondría ninguna diferencia; aún tendría que oír a mi padre roncar. Es un milagro que no tire la casa abajo con todo el maldito ruido que hace. Estoy pensando en hablarle al Ministro de Defensa de él; estoy segura de que podría ser la respuesta británica al Blitz. Podría hacer caer más casas que una docena de bombas.

—¿Y el bebé, no lo despierta?

—No, Leslie duerme a pesar de todo, ataques aéreos, ronquidos, todo.

—Suena como un pequeño feliz.

—Por ahora lo es. Será diferente cuando empiecen a salirle los dientes. Tienes que venir a verlo alguna vez; ha crecido mucho. Apenas puedo creer que sea el mismo bebé enfermo que era en el hospital.

—Eres tan afortunada. Me encantaría tener un bebé.

Liz apenas tiene veintiún años y su novio está en las fuerzas aéreas; planean casarse una vez termine la guerra.

—Ponen «Lo que el viento se llevó» en el Odeon esta semana. ¿Quieres ir? —pregunta Liz.

—Ya la he visto cuatro veces; me encanta.

—¿Y bien?

—Veré lo que dice mi madre. Si cuida de Leslie, iré. ¿Qué noche estás pensando en ir?

—¿El sábado?

—Sí, por qué no; estoy segura de que a mamá no le importará.

El viernes es el día de pago, así que tendrá dinero y de todas formas ha pasado mucho tiempo desde la última vez que fue al cine. Se vuelve hacia Liz y dice con una sonrisa:

—Sabes que todo el mundo piensa que le puse al bebé Leslie por mi padre, pero en realidad fue por Leslie Howard.

Liz se ríe.

—Podría haber sido peor, podrías haberlo llamado Clark y la gente no habría sabido si era por Clark Gable o por Clark Kent.

—¿Quieres decir Superman?

—Hablando de superhombres, ¿has sabido de ese amigo tuyo últimamente?

—¿De George?

—Sí, de George. ¿Con cuántos amigos te escribes?

—Tuve carta la semana pasada, pero no dijo mucho. Sé que están en el Norte de África, pero supe más por «Pathe Pictorial» que por él. De todas formas, no quiero que te lleves una impresión errónea mía y de George, es solo un viejo amigo.

Liz le dedica una irónica sonrisa.

—De todas formas, es bueno tener a alguien a quien escribirle ¿verdad?

BILLY

Billy está escondido en uno de los botes salvavidas. Esperará cinco minutos más y luego si no lo encuentran, irá a buscarlos. Eddie es negado para el escondite; es el más fácil de encontrar de todos. Solo hace tonterías como ponerse detrás de un pilar y nunca mira en los botes salvavidas o sube a la cubierta superior.

—No se nos permite subir ahí arriba —dice—. Está prohibido.

No entiende. Es lo que lo hace divertido.

Las piernas de Billy están agarrotadas así que se levanta para estirarlas durante un minuto. Uno de los otros chicos viene hacia los botes salvavidas. Billy se agacha otra vez deprisa. Sabe que lo ha visto y quiere reír.

—Te tengo —grita el chico echando hacia atrás la lona—. Billy está aquí. Lo he encontrado. Está aquí.

Los otros vienen corriendo y Billy sale del bote salvavidas.

—Me toca esconderme —dice el chico.

—Me aburre el escondite. Juguemos a indios y vaqueros —sugiere Billy.

—Sí, buena idea —grita uno de los chicos—. Me pido ser vaquero.

—No, tú eres indio —le dice Billy—. Eres Toro Sentado.

—Pero yo siempre soy indio —se queja—. Quiero ser Roy Rogers.

—Bueno, no puedes, Eddie es Roy Rogers.

—Déjame ser Búfalo Bill entonces.

Billy lo ignora. Los chicos saben que como él les ha dicho que Búfalo Bill era su abuelo, siempre es Búfalo Bill.

—Necesitamos la cuerda —dice.

—Yo voy por ella —dice Eddie—. Está en mi camarote.

Sale corriendo en busca de la cuerda. La cuerda es esencial para este juego; la necesitan para atar a los indios. Uno de los acompañantes, el que los lleva a todos a hacer educación física dos veces a la semana es un maestro enseñándoles como echarles el lazo a los otros y hacer nudos con la cuerda. Son tan buenos atando nudos que el otro día no pudieron desatar a los indios y tuvieron que buscar a un acompañante para que les ayudara. El acompañante los regañó, pero no informó al acompañante jefe, así que al final todo salió bien.

Billy está disfrutando de la vida en el barco. La mayoría de los acompañantes son divertidos; no son en realidad como maestros en

absoluto. Al principio eran un poco serios, pero ahora que llevan en el mar unas cuantas semanas todo el mundo está muy relajado, incluso los soldados. Les gusta tener a los niños a bordo y a menudo juegan a fútbol o a tenis de cubierta con ellos. Uno de los soldados, un chico pecoso de Cardiff, se ha hecho su amigo. Se sienta con ellos durante horas, contándoles historias de su vida antes de la guerra, que jugaba a fútbol en el equipo local antes de la guerra y que su padre era minero. Algunas veces saca un maltrecho paquete de cartas y les enseña trucos. Le ha contado a Billy que es la primera vez que está fuera de Gales y la primera vez que sube a un barco; está tan excitado por ir al extranjero como ellos. Billy se pregunta si papá habría ido en un barco como este. Le pregunta al soldado:

—¿Va este barco a Francia?

—No Francia está a kilómetros de distancia.

—Tienes que subir en un barco para ir a Francia, ¿verdad? ¿Está al otro lado del mar? Mi padre estuvo en Francia.

—Sí, es cierto, pero no en este. Este va a Singapur.

—Y a Australia —le dice Billy—. Nosotros vamos a Australia.

Cuando el soldado le dice que siente nostalgia por Gales, Billy lo entiende. No le cuenta al soldado que algunas veces llora sobre su almohada porque quiere volver a Londres, con sus amigos, su abuela, e incluso volver a su escuela y no le dice lo mucho que echa de menos a su madre. Todo esto se lo guarda para sí.

Un día el acompañante les dice que tendrán una actividad especial.

—Estaremos en Ciudad del Cabo un día entero y tendréis la oportunidad de desembarcar y dar una vuelta —les dice.

Se produce un murmullo de excitación en la sala. Billy mira a Maggie para confirmarlo, ¿significa esto que ellos también disfrutarán de esa actividad especial? ¿Van a ir todos? Eso parece. Todo el mundo va a ir, incluso los acompañantes. June también va a ir, pero no con ellos. Irá con los otros acompañantes. Se le dice a los niños que se reúnan en cubierta y la esperen.

—Ahora chicas y chicos, poneos vuestros sombreros para el sol, subíos los cuellos y no os remanguéis. El sol es muy fuerte y no quiero que os queméis —les instruye.

Espera hasta que están todos listos y luego dice:

—Veis a esa gente en el muelle, han venido para acompañaros todo el día. Es muy amable por su parte hacer esto, por eso quiero

que os comportéis de la mejor forma posible. Sé que puedo confiar en que seréis educados y haréis lo que se os dice.

Los niños asiente con la cabeza; están saltando de excitación. Billy siente como si se hubiera tragado una botella de gaseosa y estuviera burbujeando en su interior.

—Poneos de dos en dos, niños —dice June—. Bien, si estamos listos, vayámonos. Tened un buen día todos.

La fila de niños desfila por la rampa de desembarco. Maggie agarra a Grace de la mano y Billy camina detrás de ellas con Eddie. Siente raras las piernas. Se ha acostumbrado tanto al balanceo del mar que ahora que ya no lo siente piensa que va a caerse. Se agarra a la barandilla y mira a Eddie y se ríe. Eddie también se tambalea. Cuando ingresan en tierra firme, June se los entrega a una pareja de ancianos con un perro pequeño.

—Estos son Mr. y Mrs. Van Huut. Se han ofrecido amablemente a mostraros Ciudad del Cabo durante el día.

Maggie parece preocupada y Grace está apretando su mano tan fuerte que Billy se sorprende de que no llore.

—Hola, soy Billy —dice—, y esta es mi hermana mayor y mi hermana pequeña Grace.

—Hola, Billy, encantada de conocerte y a vosotras también Maggie y Grace —dice la señora, habla inglés pero con un acento raro.

—Bueno, hasta luego —dice June—. ¿Seis en punto?

La pareja asiente con la cabeza y June lleva el siguiente grupo de niños a conocer a sus anfitriones durante el día.

—¿Es ese vuestro perro? —pregunta Billy.

—Sí. Su nombre es Toby.

—¿Muerde?

La mujer se ríe y el hombre dice:

—Solo a los niños pequeños.

Billy sabe que está bromeando. El perro está encantado de verlos y salta e intenta lamerle la cara.

—Bueno, niños, ¿qué os gustaría hacer? —pregunta Mrs. Van Huut.

Incluso Billy no sabe qué responder a esta pregunta. Es tan diferente de cualquier lugar en el que ha estado.

—¿Qué os parece un picnic en la playa? —sugiere Mr. Van Huut.

—Sí. Un picnic. Es magnífico.

—Sí, eso nos gustaría —dice Maggie tímidamente.

—Bien, entonces eso es lo que haremos —dice Mrs. Van Huut—. Daremos un pequeño paseo por la ciudad primero, luego iremos a la playa.

La ciudad es cálida y está abarrotada. Mrs. Van Huut les explica que es día de mercado y mucha gente ha venido a hacer sus compras. Billy sabe que es de mala educación quedarse mirando fijamente, pero no puede evitarlo; la gente es tan diferente de la de Londres. Llevan ropa de colores vivos y la mayoría son negros. Billy no ha visto ningún negro antes, pero no está sorprendido. El acompañante les ha dicho que todos los negros proceden de África y sabe que Ciudad del Cabo está en África. Les ha estado enseñando todos los países que visitarán de camino a Australia. Las mujeres llevan grandes pañuelos brillantes atados a sus cabezas y no llevan zapatos; llevan manteles enrollados en sus cuerpos y algunas de ellas llevan cestas en lo alto de sus cabezas. Los hombres parecen pobres. Algunos llevan cabras de una cuerda, como si fueran perros. Mr. Van Huut dice que las llevan al mercado para venderlas. Billy se sujeta la nariz; allí huele.

Entonces Mrs. Van Huut los lleva a una tienda a comprar cosas para el picnic. Es más como una casa, pero incluso aquí la comida de las estanterías es diferente. La boca de Billy se hace agua al observarla elegir la fruta: manzanas, plátanos, uvas y algunas cosas que nunca antes ha visto. Hay incluso más fruta aquí que en el barco. Mrs. Van Huut habla con la mujer que hay detrás del mostrador en un lenguaje que no entiende y le da dinero.

Cuando se marchan, Mr. Van Huut señala una gran montaña oscura que se cierne detrás de la ciudad; parece el tablero de una mesa.

—Esa es la Montaña de la Mesa —les dice.

—Nuestra profesora nos habló de ella —responde Maggie—. Nos mostró una foto.

—Bien, creo que tenemos suficientes cosas ya —dice Mrs. Van Huut añadiendo una bolsa de dulces a su compra—. Vayamos a la playa.

La playa es ancha y larga y está cubierta con fina arena dorada; se extiende por kilómetros. No es como la playa de Southend donde mamá y papá los llevaron una vez. Mr. Van Huut les explica que si te metes en el mar, justo en ese punto, tendrás un pie en el Océano Índico y uno en el Océano Atlántico. Billy se quita los calcetines y los zapatos y corre al agua para probarlo.

—¿Justo aquí? —pregunta.

—Eso es, justo ahí.

Billy extiende sus brazos. Una mitad suya están en el Océano Índico y la otra en el Océano Atlántico. El perro corre a meterse y le salpica; quiere ir a nadar con ellos. Ladra y salta en torno a Billy.

—Quiere jugar contigo —dice Mr. Van Huut.

Saca una vieja pelota de tenis de su bolsillo y la lanza a lo largo de la playa. El perro corre detrás de ella y la coge justo antes de que se meta al mar. Billy lo persigue. Quiere cogerle la pelota al perro y lanzarla de nuevo, pero el perro no le deja; corre y empieza a enterrarla en la arena.

—Viejo tonto, va a enterrarla ahora —dice Mrs. Van Huut.

Ha colocado una alfombra de cuadros en la playa y está ocupada sacando el picnic. Billy puede ver sándwiches y un pastel además de la fruta. Saca una gran botella de limonada y unas tazas de plástico. Billy se sienta a su lado y entierra los pies en la arena, observándola correr entre sus pies. Está caliente y le hace cosquillas.

—¿Por qué no hacemos un castillo de arena? —le dice Maggie a Grace.

Todavía tiene su sombrero puesto. Se agacha y empieza a hacer un gran agujero en la arena. Grace nunca ha estado en la playa antes así que no entiende lo que Maggie quiere hacer.

—Mira, Gracie, así —dice Billy.

Ayuda a Maggie a moldear la arena para hacer un montículo.

—Necesitamos un cubo —dice ella—. Para construir las torres.

—Y si usáis una de estas —sugiere Mrs. Van Huut y les tiende una de las tazas de plástico.

No es muy grande, pero sirve. Antes de que hayan construido dos torres, Toby se les ha unido; excavar es obviamente su pasatiempo favorito.

Maggie intenta apartarlo, pero él se pone de espaldas y le ofrece su estómago para que le haga cosquillas.

—Oh, eres tan mono —le dice—. Desearía tener un perro. Lo llamaría Toby, como a ti.

—Venid a comer algo —dice Mrs. Van Huut.

Billy se muere de hambre. Deja el castillo de arena y se sienta al lado de la mujer. Le gustan Mr. y Mrs. Van Huut; le gustaría quedarse con ellos en lugar de ir a Australia. Si no pudiera volver a casa, se quedaría aquí.

La tarde pasa muy rápido y parece que no ha pasado el tiempo

antes de que Mr. Van Huut esté mirando su reloj y diciendo que tienen que irse. Billy puede sentir la decepción mostrándose en su cara, así que intenta sonreír y parecer feliz. Se seca los pies en una toalla que Mrs. Van Huut le da y se pone los calcetines y los zapatos. ¿Por qué no se pueden quedar allí? Podría venir a la playa cada día y nunca tendría que llevar zapatos y calcetines. Podría aprender a nadar y enseñarle a Toby como traer la pelota cuando la coge.

—Anímate, chaval —le dice Mr. Van Huut—. Sé lo que haremos, iremos a comprar helados antes de que volváis al barco.

Helado. A Billy le encanta el helado. Era un regalito que recibían los domingos antes de la guerra cuando papá estaba en casa. Papá los llevaba a pasear después de comer y les compraba a cada uno un cucurucho. Mamá prefería los barquillos.

Mr. Van Huut les compra tres cucuruchos de vainilla y cuando Grace deja caer el suyo en la arena y comienza a llorar, Mr. Van Huut no la regaña; le compra otro.

De camino de regreso al barco, Mr. y Mrs. Van Huut les dicen que tienen un hijo que está combatiendo en el Norte de África; dicen que lo echan mucho de menos.

—Nuestro padre era soldado —dice Maggie—. Murió en la guerra.

—Nuestra mamá está en el cielo —añade Billy—. Están en el cielo juntos.

—Oh, pobrecitos —Mrs. Van Huut dice y los abraza uno a uno.

A Billy le gusta ser abrazado por Mrs. Van Huut; huele bien, a especias y manzanas.

El día ha pasado tan rápido, Billy apenas puede creer que sean ya las seis en punto y que estén de regreso a bordo del barco, cargados de regalos: dulces, manzanas, naranjas y libros. Es como una Navidad anticipada. Mr. y Mrs. Van Huut han sido muy amables con ellos.

—¿Maggie?

—¿Qué pasa Billy?

—¿Por qué no podemos quedarnos aquí a vivir con Mr. y Mrs. Van Huut?

—Porque vamos a Australia.

—Pero Mr. y Mrs. Van Huut no tienen niños, estoy seguro de que les gustaría tenernos.

—Sí, Mrs. Van Huut dice que soy la niña pequeña más bonita

que ha visto —añade Grace.

—Tienen un hijo en el ejército —les recuerda Maggie.

—Pero probablemente muera —dice Billy metiéndose un dulce en la boca—. ¿Por qué no le preguntamos a June si podemos quedarnos?

—Porque vamos a Australia.

—No quiero ir a Ustralia —dice Grace haciendo un mohín.

El barco ya está saliendo del puerto y la silueta de la Montaña de la Mesa se mezcla con el cielo que oscurece. Una a una las luces de la ciudad empiezan a encenderse.

—Mirad eso es como el país de las hadas —dice Maggie—, igual que el país de las hadas.

MAGGIE

Unos días después de dejar Colombo, Maggie ve a uno de los soldados hablando con June. Ella está escuchando atentamente, asintiendo con la cabeza a lo que él está diciendo. A Maggie le pica la curiosidad. ¿Por qué está hablando con él June?

No tiene que esperar mucho para descubrir el motivo. Al día siguiente, cuando el coro se reúne y espera a June para que les diga que van a cantar, en lugar de abrir el piano como es habitual, les pide que se sienten. Tiene algo que decirles, dice. Todos la miran expectantes. Maggie se pregunta si eso tiene algo que ver con el soldado.

—Tengo maravillosas noticias, niños. Nos han pedido participar en un concierto.

Espera a que el murmullo de excitado parloteo se extinga y luego continúa:

—El soldado Fergusson está preparando un concierto para los soldados antes de que desembarquen en Singapur. Os ha estado escuchando y quiere que participéis.

—¿Todos nosotros?

—Sí, el coro al completo.

—Oh, señorita, ¿tendremos que cantar delante de todos esos soldados?

—Sí, Mary, pero no te preocupes, estaréis bien. El concierto es en dos semanas, así que tenemos que empezar a ensayar enseguida.

—¿Qué vamos a cantar, señorita?

La mayoría de los niños se muestran excitados ante la idea, pero Maggie se siente inquieta.

—Pensé en cantarles un popurrí de canciones de Pinocho.

Al oír esto, comienzan a vitorear; a los niños les encantan las canciones y la mayoría de ellos conoce las letras de memoria.

—Maggie quiero que cantes un solo. Pensé que quizás «When you wish upon a star». Esa te gusta, ¿verdad?

No puede creer lo que June le está pidiendo.

—Pero, señorita, no podría.

—Claro que puedes; la cantas todo el tiempo.

—Pero eso es diferente, señorita, estoy con los demás. No podría cantar sola.

—Bueno, la ensayaremos juntos. No te preocupes; estarás bien, ya verás. Ahora vamos, será mejor que nos pongamos a ello, tenemos mucho trabajo que hacer. Calentemos con «Hi-Diddle-Dee-

Dee».

Levanta la tapa del piano y empieza a tocar la introducción.

Al día siguiente Maggie está sentada en la cubierta, detrás de uno de los botes salvavidas cuando escucha la voz de June. Está hablando con Mr. Stevens, el acompañante jefe. No se dan cuenta de que Maggie está allí.

—¿Es verdad? —pregunta June.

Suena como si estuviera llorando.

—Me temo que sí. Lo dijeron en la radio esta mañana. Ha habido solo 158 supervivientes.

—No puedo creerlo. Malditos submarinos.

—Sí, esos pobres niños, de camino a una vida mejor en Canadá. Es inconcebible —dice Mr. Stevens—. Se lo he dicho a los otros acompañantes, pero creo que es mejor no decírselo a los niños. No queremos asustarlos.

—Claro, pero no hay submarinos aquí, ¿verdad? —pregunta June.

—No. Estos niños tienen suerte; la guerra no ha tocado esta parte del océano aún.

Maggie siente que su estómago se contrae de terror. Están hablando de evacuados por mar, está segura. Piensa en la inmensa masa de mar que les rodea e imagina como debe ser caer por la borda. De repente se siente muy sola.

—El discurso del rey es a las cuatro —dice—. Sube a tus niños para escucharlo.

—Sí, Mr. Stevens.

Maggie espera hasta que les escucha alejarse y luego se levanta. Había planeado ensayar su canción, pero ya no tiene ganas. Quiere desesperadamente estar en casa, de regreso con su madre y el nuevo bebé, de regreso con su padre, antes de la guerra. Sí pudiera dar marcha atrás al reloj. Se pregunta si su pequeño hermano todavía está vivo. ¿Y mamá, dónde está mamá? No puede ser cierto que esté muerta. No lo cree. Un día mamá vendrá a buscarlos, sabe que lo hará.

A medida que el barco se acerca a Singapur hay un cambio en la actitud de los soldados; ya no pasan los días holgazaneando en la cubierta principal, fumando y hablando con los niños. Hay tensión en el aire. Todo el mundo sabe que ha llegado la hora de que ellos se marchen y vuelvan a lo que todo el mundo ha conseguido exitosamente aplazar en sus pensamientos durante las relajadas

semanas de viaje. Es hora de que vuelvan a la guerra.

Maggie no tiene tiempo para sentir pena por los soldados; está demasiado ocupada preocupándose por su solo. El concierto es la noche antes de que desembarquen. Ha estado ensayando la letra de la canción hasta que se la sabe del revés, pero todavía le preocupa olvidarla. Su amiga, Janet, le ha explicado lo del miedo escénico.

—Los actores y las actrices lo padecen. Es cuando tu mente se queda completamente en blanco y no puedes recordar ni una palabra. Es terrible. Entonces bajan el telón y alguien tiene que salir al frente y contar unos chistes para que la audiencia no se enfade.

El padre de Janet es un autor teatral y Janet ha estado en muchos teatros del West End con sus padres. Tiene una excelente memoria y una de las cosas que a Maggie le gusta de ser su amiga es que le habla de obras de teatro que ha visto, aunque le parecen un poco aburridas a Maggie, no tan excitantes como «Pinocho» o «El mago de Oz». Le gusta imaginarse a la gente yendo a verlas, las mujeres con sus abrigos de piel y los hombres con traje y sombreros de fieltro.

—Bueno —arguye Maggie—. No hay telón en la sala de baile. ¿Qué sucede si a alguien le entra el pánico escénico allí?

—Supongo que te sacan del escenario y otra persona canta una canción.

—Oh, desearía que June no me hubiera pedido hacerlo —lloriquea—. Sé que va a ser un desastre.

—No seas tonta. Terminará en un instante y después todo el mundo aplaudirá y te entrarán ansias de seguir en el mundo de la farándula y terminarás siendo una famosa cantante en Australia y te casarás con una estrella de cine.

Las chicas se ríen. Algunas veces se permiten soñar, imaginar lo que el futuro les depara. Janet tiene planeado su futuro. Una vez la guerra termine, su padre quiere que vaya a la universidad y estudie Inglés y Teatro, justo como él hizo. La mayoría de las demás chicas quieren casarse y tener montones de bebés, pero Maggie no sabe en realidad lo que quiere ser. Por el momento todo en lo que puede pensar es en que la guerra termine y vuelva a estar con mamá.

Al fin llega el día del concierto. June los hace ensayar una última vez y declara que todos son excelentes.

—Los vais a dejar muertos —les dice con una sonrisa mayor de lo habitual.

Maggie piensa que June está preciosa. Su pelo, normalmente

recogido en un moño en la nuca, está suelto. Es de un precioso tono castaño y le llega hasta los hombros. Lleva un vestido que Maggie no le ha visto antes; es rojo, con un cuello blanco y rojo y un cinturón rojo que ciñe su cintura. Incluso su pintalabios es rojo. Maggie desearía tener algo especial que ponerse. Solo tiene dos vestidos; uno ya le queda un poco pequeño, pero el otro, un vestido de algodón con diminutas flores azules, es bastante bonito. Lleva puesto ese.

—¿Estás bien, Maggie? ¿No tienes nervios de debutante? —pregunta Jane.

Maggie sacude la cabeza. Es demasiado tarde para echarse atrás ahora. No puede fallarle a June, eso sería horrible.

—Buena chica. Te diré cuando empezar.

Maggie se sienta a un lado, con los otros miembros del coro, esperando su turno. La sala de baile está abarrotada. Los niños están sentados en el suelo delante y, detrás de ellos, están los soldados. Los hombres están de buen humor, bromeando y riendo entre ellos. El capitán del barco se levanta y da la bienvenida a todo el mundo, luego le cede la palabra al hombre que Maggie vio hablando con June.

—Bienvenido todo el mundo. Tenemos gente muy especial en la audiencia esta noche —señala a los niños y todo el mundo vitorea y aplaude—. Y gente aún más especial en el escenario.

Mira hacia el coro y de nuevo todo el mundo aplaude. Maggie siente que enrojece. Puede ver a Billy y a Grace sentados en la fila delantera.

—Pero primero vamos a empezar con algunos viejos chistes de Tommy Handley ofrecidos por nuestro viejo amigo el cabo Tim Thomas. Así que sentaos y disfrutad. Aplaudamos a Tim Thomas.

El aplauso es ensordecedor y un desgarbado joven cabo sube al escenario. Maggie apenas puede oír lo que está diciendo por el ruido de los soldados al reírse y animar a su camarada. Su estómago está revuelto y suena; desearía haber comido su comida, pero no ha tenido apetito. Ahora solo quiere escabullirse y esconderse.

El comediante es seguido de un hombre que toca el acordeón y luego dos soldados suben y hacen, lo que llaman la rutina de «Astaire y Roggers», que parece suponer mucho claqueteo, además de deslizarse por el escenario. Luego ve a June levantarse. El presentador está diciendo:

—Ahora, el plato fuerte de la noche, el coro de evacuados por

mar del Orinoco.

Entre estruendosos aplausos el coro desfila hacia el escenario justo como June les ha indicado. El presentador levanta la mano y el ruido cesa. June se sienta al piano y esperan su señal. Primero cantan «Give a Little Whistle» y los soldados se unen con un silbido y cuando el coro tiene que gritar «Pinocho» o «Pepito Grillo», se unen también. Es maravilloso. De repente Maggie ya no está nerviosa; es divertido. Luego cantan «Hi-Diddle-Dee-Dee» y de nuevo todo el mundo se une al coro.

Ya es hora de su solo. El resto del coro se sienta en el escenario y ella se queda de pie sola. Ya no está nerviosa. Mira a Billy y a Grace. Están esperando que empiece con los ojos abiertos, expectantes. Toma un profundo aliento, mira a June para que le dé el pie y empieza. Esta vez los soldados están en silencio. Desde su interior la canción se expande a medida que letra y música se mezclan. Su voz es clara y dulce; se eleva hacia el cielo nocturno y vaga por el océano. En algún lugar, de alguna manera su madre puede escucharla; lo sabe. Está cantando para ella.

Luego termina. Se produce el silencio. Al principio nadie se mueve, luego la aplauden. A ella. Les gusta. Los soldados estampan sus pies y silban. Billy y Grace están dando palmadas. June le está sonriendo y le anima a que haga una reverencia. Se siente eufórica. Es el momento más maravilloso de su vida. No quiere que nunca termine, pero el coro ya se está levantado y June está tocando los compases iniciales de «You Are My Sunshine». Esta vez todo el mundo canta, soldados, tripulación y niños.

Después, tumbada en su litera, escuchando los diminutos ronquidos de su hermana, revive cada momento de la noche. Nunca creyó que pudiera ser tan maravilloso. June estaba encantada con ellos y les dio a todos un abrazo; dijo que habían hecho un magnífico trabajo. Esa fue la mejor parte de todo, cuando June puso sus brazos a su alrededor y la abrazó; olía a rosas y a polvos faciales.

—Tienes una bonita voz, Maggie —dijo—. Lo hiciste realmente bien esta noche. Parecías una señorita de verdad, de pie ahí delante de todo el mundo. Estoy muy orgullosa de ti.

Desde que Maggie llegó a bordo del barco su mundo se está expandiendo de una forma que nunca hubiera pensado posible; después de casi dos meses, los horrores de Londres y el orfanato parecen no ser más que un mal sueño. Y sin embargo, de alguna

forma, aquí, lejos de casa, se siente más cerca de su madre que nunca. Algunas veces, como ahora, incluso cuando se siente feliz, una ola de nostalgia la embarga y puede ver su puerta azul, de pie valiente entre las marrones; puede saborear los pasteles de roca de su abuela calientes del horno; puede oler de nuevo esa mezcla de lavanda y cigarrillos pegada a su madre y desea con todo su corazón que mamá esté allí con ella.

Maggie cierra los ojos y empieza a tararear su canción para sus adentros. Hará eso, cada vez que vea una estrella deseará que mamá venga y la lleve a casa de nuevo.

Después de que los soldados se marchen, el barco parece vacío. Al principio los niños están apagados, pero luego, gradualmente, la excitación de estar aproximándose a su destino crece. Se dirigen primero a Fremantle, en el oeste de Australia.

El maestro les enseña todo sobre Australia. Maggie sabe que Fremantle está en la parte occidental del país y Melbourne, a donde se dirigen, en el este, a otras dos mil millas de distancia. Nombra las diferentes partes del país y los niños las escriben en un mapa en lápiz. Queensland, Victoria, Australia Occidental, Territorio Norte, Sur de Australia, Nueva Gales del Sur. Les muestra dónde están los desiertos y les dice que coloreen esas zonas de amarillo.

Cuando un chico pregunta qué sucedería si se perdieran en el desierto, dice:

—Bueno, a menos que alguien os encontrará rápidamente, morirías de sed.

Esto asusta a los niños, pero luego les explica que la única gente que vive en el desierto son los aborígenes. Son negros, los habitantes originales del territorio, así que saben cómo sobrevivir en un clima cálido y seco. Les asegura que no van a ir a ninguna parte cerca del desierto.

Al fin el día llega; se aproximan a Fremantle. Hace mucho calor; el sol es una bola dorada y brillante en un cielo sin nubes. Todos los niños que tienen que desembarcar están en la cubierta, con las maletas a los pies y sus abrigos de invierno sobre los brazos. Tienen calor y están incómodos con su ropa inglesa. Maggie siente que su camiseta interior se le pega a la espalda. Los acompañantes están en fila cerca de la pasarela, pero los niños no pueden mantenerse quietos; se ponen de puntillas para vislumbrar su nuevo hogar. Maggie está de pie detrás con los que aún tienen que ir más lejos. Grace y Jenny están a un lado, y Billy al otro. La costa que se

extiende ante ellos es accidentada; altos y áridos acantilados bajan hasta el mar, donde olas de cresta blanca chocan contra las rocas en una cascada de espuma. Parece un lugar aterrador y prohibido. Maggie está contenta de no desembarcar en Fremantle.

Entonces sucede lo impensable.

—Billy Smith —Mr. Stevens dice su nombre—. Ah, aquí estás, chico. Ven. Deberías estar allí con los otros chicos. ¿Está tu maleta lista?

—No, señor. No bajo aquí.

—Vamos a Melbourne —interviene Maggie.

Todavía no se da cuenta.

El acompañante jefe mira su lista.

—Sí, eso es correcto, Maggie y Grace Smith. Las Hermanas de Nazaret os esperan en Melbourne. Pero tú, hijo mío, dejas el barco hoy. Vas con los Hermanos Cristianos de Wadene.

Billy lo mira asombrado.

—No —grita—. No, no voy. No voy a ninguna parte sin mis hermanas. No. Eso no es justo.

—Vamos, vamos, hijo. No puedes ir con tus hermans. Van a una escuela de chicas. No puedes ir con ellas. No está permitido.

—Pero yo quiero.

—Lo siento, pero así están las cosas. Ve y coge tu maleta o tendrás que marcharte sin ella.

—Pero…

—Ya.

Billy corre en dirección a su camarote. Maggie lo puede oír sollozar todo el camino.

—Espera aquí —le dice a Grace—. Voy a buscar a June.

Corre a donde ha visto por última vez a la acompañante. June está en la cubierta superior hablando con uno de sus colegas.

—¿Qué demonios sucede, Maggie? —pregunta.

—Es, es, es Billy —consigue decir—. Le hacen desembarcar. Es demasiado pronto. Se suponía que debía bajar donde nosotras. Por favor, deténgalos.

June pone sus brazos a su alrededor y la abraza.

—Es correcto Maggie; es lo que dice el expediente. Tú y Grace vais con las monjas a Melbourne, pero Billy va a una granja escuela en Wadene.

—Pero ni siquiera sé dónde está Wadene —lloriquea Maggie.

Los mira acusadoramente. Se suponía que los cuidaban. Pensó

que June era su amiga.

—Se supone que debemos permanecer juntos. Es mi hermano; tengo que cuidar de él —añade—. Soy la mayor.

—Lo siento, Maggie. Es imposible. Lo esperan en Wadene. Mira, no llores. Estará bien. Hay otros chicos que van allí también. No estará solo, cuidarán de él por ti.

—Pero soy su hermana; yo tengo que cuidar de él. No puedes pararlo, June, por favor. Por favor, habla con alguien. Por favor.

Ahora está desesperada. ¿Por qué June no puede entender que tienen que permanecer juntos?

June la abraza más fuerte.

—Lo siento, Maggie; no hay nada que pueda hacer, nada.

—¿Por qué no podemos quedarnos contigo?

Se está agarrando a un clavo ardiendo. Seguramente hay algo que June puede hacer para ayudarlos.

—Regreso a Inglaterra después de que los niños desembarquen en Melbourne. Todos lo hacemos. Tenemos nuestros trabajos allí.

—No es justo. Solo porque es un chico.

—Sé que no parece justo, pero realmente es lo mejor. Se lo pasará bien en Wadene. Estará con muchos otros chicos.

June acaricia el pelo de Maggie.

—Ahora sé una chica valiente y ve a ayudarle a hacer la maleta. No querrás perderte verlo bajar, ¿verdad?

Maggie no sabe cómo se las arregla para volver a su camarote; camina como si estuviera en un sueño. Para cuando llega, Billy ha metido su ropa en su maleta y está intentando cerrarla. Mira su rostro cubierto de lágrimas y quiere llorar. ¿Cómo se las arreglará solo?

—Trae, déjame ayudarte —dice—. ¿Tienes tu tarjeta de identidad?

—Sí, está donde la pusiste —susurra.

—Ten, toma esto.

Coge el trozo de su vieja puerta y lo rompe en dos. Le da un trozo a él y pone el otro en su maleta.

—Para la suerte —dice.

Él lo pone en su maleta, pero no dice nada. Toda su vida parece habérsele escapado. Maggie empieza a llorar. Pobre Billy. Se suponía que debía cuidarlo; se lo había prometido.

—¿Vendrás a verme, Maggie? —pregunta.

—Si puedo, Billy. Si puedo.

¿Cómo puede prometerle nada? Si eso puede sucederle a Billy, ¿qué les aguarda a ella y a Grace?

—Te escribiré. Lo prometo.

—¿Lo harás?

Asiente con la cabeza.

—¿Todas las semanas?

—Todas las semanas.

—¿Cuidarás de Grace?

—Sí.

—No os separarán a vosotras también, ¿verdad?

—No, Billy. Creo que es porque eres un chico.

—No quiero ser un chico. Quiero ir contigo.

Se seca los ojos; no quiere que la recuerde llorando.

—Estarás bien, ya lo veras. Toma, ponte tu abrigo.

Le ayuda a abotonarse el abrigo, le pone la gorra en la cabeza y la coloca bien. Luego le da un gran abrazo.

—Vamos ya, te están esperando.

Lo sigue a la cubierta y lo observa unirse a los otros chicos que bajan por la rampa de desembarque. Puede distinguir las figuras de dos curas en el muelle; sus túnicas ondean en la brisa como cuervos. El acompañante jefe les está hablando. Le entregan un trozo de papel y mira a la línea de niños y les hace señas. Ve un pequeño grupo de chicos separarse de los otros chicos e ir hacia él. El acompañante jefe estrecha las manos de cada chico y luego se aleja. Los chicos siguen a los dos curas por el muelle. Billy está con ellos; la está mirando. La llama por su nombre. Ella continúa observando, le duelen los ojos por el esfuerzo, hasta que no puede verlos más. Han desaparecido. Vuelve a mirar a los otros niños; están montando en un autobús. Puede escuchar su alegre parloteo. Escucha el motor encenderse y el autobús se aleja. Ya no queda nadie en el puerto. Está desierto.

—Maggie, ¿a dónde se ha ido Billy? —pregunta Grace.

Maggie no puede hablar. La tripulación se está preparando para partir. La rampa de embarque ya ha sido retirada y puede escuchar el fuerte ruido del ancla al ser izada. Es demasiado tarde para hacer nada. Se ha ido. Empieza a sollozar y las lágrimas caen por sus mejillas. Es horrible. Piensa que su corazón se romperá. Esto es lo peor que podría haberles pasado y no puede hacer nada al respecto.

BILLY

Billy se siente como aturdido. Sigue a los chicos que van delante suyo hasta que les dicen que paren.

—Esperad aquí —dice el hombre con la larga túnica negra.

Va vestido un poco como el padre McNally, salvo que lleva una capucha en su túnica. Ninguno de los chicos habla; todos parecen asustados. Billy empieza a llorar de nuevo.

—No llores —le susurra el chico que está a su lado—. Tendrás problemas si te ven llorando.

Traga saliva y contiene las lágrimas. Cómo desearía que Maggie estuviera allí para ayudarlo. No sabe cómo se las arreglará sin ella.

—Bien, vamos chicos, seguidme.

El hombre ha regresado; tiene unos papeles en sus manos. Intenta sonreírle, pero su rostro solo consigue esbozar una mueca.

—Vamos a coger un tren; hay un largo camino que tenemos que recorrer —les dice.

Los chicos no responde. Le siguen en silencio.

No les cuesta mucho llegar a la estación de ferrocarril y subir al tren. Hay en total quince chicos; el grupo de Billy se mete en el primer vagón con uno de los hombres de negro y el resto del grupo se mete en el segundo vagón. El hombre que está con ellos los mira amablemente; su rostro es redondo y brillante y hay hoyuelos en su barbilla.

—Poned vuestras bolsas en la rejilla, chicos y acomodaos —les dice.

Hacen lo que se les dice.

—Hay un largo camino —les explica—, casi trescientas millas.

—¿Cuándo llegaremos? —pregunta uno de los chicos.

—No hasta mañana por la mañana —responde.

Se sienta y se estira. Su túnica está tirante sobre su estómago y se mueve inquieto hasta que se encuentra cómodo. Luego saca unas gafas y mira atentamente una lista.

—¿Damon Stuart?

—Soy yo, padre.

—No deberías llamarme padre, chico. No soy un cura. Solo se le llama padre al reverendo Mooney. Debes dirigirte a todos los hermanos por sus nombres; soy el hermano Anthony.

—Sí, hermano Anthony.

Se produce un fuerte silbido y con una sacudida el tren empieza a salir de la estación.

—¿William Smith?

—Sí, hermano Anthony.

Pronuncia los nombres de lo chicos uno a uno y luego, satisfecho de que todos estén presentes, saca un libro y comienza a leer.

Al principio los chicos no dicen nada luego Damon se inclina y le dice a Billy:

—Te vi en el barco. Siempre estabas con ese chico pelirrojo.

—Eddie. Se ha ido a vivir con su tía y luego irá a casa con su madre cuando la guerra termine.

—Es afortunado; yo me quedo aquí para siempre.

—¿Qué quieres decir con para siempre? ¿Nunca vas a ir a casa?

—No, no tengo casa. Estaba en un orfanato. Ahora voy a aprender a ser un granjero.

—¿Sabes a dónde vamos? —susurra Billy.

—Claro que lo sé; vamos a la Granja Escuela de Wadene. La llevan los Hermanos Cristianos. Yo estaba en un orfanato de los Hermanos Cristianos en Kent —añade—. Decidieron que debía venir aquí y aprender a ser granjero. Incluso puede que termine teniendo mi propia granja.

Parece encantado ante la perspectiva.

—¿Habrá animales en la granja escuela?

—Diría que sí, cerdos y ovejas supongo.

—¿Caballos?

—Probablemente.

—Me gustan los caballos. El lechero solía dejarme montar en su caballo algunas veces.

Billy piensa en el lechero y en su caballo. Era un hombre grande y montaba a Billy en el lomo de su caballo con facilidad como si fuera una pluma. Siente las lágrimas acudir a sus ojos y parpadea rápidamente. No debe llorar. Pensarán que es un bebé si llora.

El chico saca un paquete de sándwiches y empieza a comerse uno.

—¿No tienes ningún sándwich? —pregunta.

—No, no sabía que iba a desembarcar. Pensé que me iba a quedar con mis hermanas.

—Ni hablar, a los Hermanos no le gustan las chicas; tienen que ir con las monjas. De todas formas, no pueden hacer las cosas que hacemos los chicos.

—Supongo que no.

—Toma, ten uno de estos.

Damon le ofrece uno de sus sándwiches; es de queso y encurtidos, su favorito. Apoya su cabeza contra la ventana. El paisaje pasa en flases, campos y campos de nada más que matorrales; la ciudad ha quedado detrás de ellos. Hay poco que ver desde la ventanilla del tren; hay pocos árboles y un paisaje desnudo y vacío se extiende hacia el horizonte. Nunca ha estado en el campo antes; es todo tan diferente de Londres. ¿Dónde están todas las casas? ¿Dónde vive la gente? ¿Dónde están las tiendas? El tren parece atravesar una naturaleza estéril. Piensa que nunca podrá encontrar el camino de regreso y una sensación de pánico lo atenaza.

Se pregunta qué estarán haciendo Maggie y Grace. El barco debe estar de camino a Melbourne ahora. Esta vez no puede evitarlo y una lágrima cae por su mejilla. ¿Volverá a ver alguna vez a sus hermanas de nuevo? June solía decir que todo el mundo volvería a casa cuando la guerra terminara, pero no tiene una casa a donde ir. Fue bombardeada. ¿Y si no pueden encontrarlo? Mira de nuevo al desolado paisaje; no hay ciudades ahí fuera. ¿Cómo sabrá Maggie dónde buscarlo? El tren lo aleja cada vez más de ella. Incluso Maggie no podría encontrarlo aquí.

—¿Quieres jugar a las cartas?

Un chico en frente suyo está barajando unas cartas. Es el mismo chico que habló con el en la cola. Lo mira atentamente; es muy delgado, «necesita una comida decente» es lo que diría la abuela de Billy. Billy se seca los ojos con el borde de su manga y asiente con la cabeza.

—Mi nombre es Louie. ¿A qué jugamos?

—¿Snap?

No conoce muchos juegos de cartas. Papá le enseñó como jugar a Snap y a Happy Families, pero recuerda que se necesitan cartas especiales para Happy Families. Se da cuenta de que no ha pensado en papá desde hace mucho tiempo y se siente muy triste. Desearía que no estuviera muerto.

—Ok. ¿Y tú?

Louie mira a Damon.

—Ok —es la respuesta.

Persuaden a un cuarto chico para que se les una. Billy disfruta con el juego y el tiempo parece pasar más rápidamente. En cierto momento están haciendo tanto ruido que el hermano Anthony levanta la vista de su libro y les dice que jueguen más

silenciosamente. Antes de que Billy se de cuenta es de noche fuera de la ventanilla y no puede ver nada excepto sus propios reflejos. El hermano Anthony cierra su libro y se lo mete en el bolsillo de su sotana.

—Creo chicos que deberías tratar de dormir un poco ahora. Todavía hay un largo camino por delante y estoy seguro de que querréis estar frescos y despiertos cuando lleguéis. Encontrad un sitio donde estiraos y no más cháchara.

Se recuesta y cierra sus ojos; está claro que el juego de cartas debe terminar. Billy está cómodo en la esquina al lado de la ventana, pero uno de los chicos decide echarse en el suelo y uno de los mayores se coloca en la rejilla del equipaje y se estira, sus pies se balancean sobre la cabeza de Billy.

—Buenas noches, Billy —susurra Louie.

Billy cierra los ojos, el movimiento del tren es reconfortante y pronto está dormido.

Una violenta sacudida y el chirrido de los frenos al entrar en la estación pronto despierta a todos los chicos. Billy está entumecido; se levanta y estira sus brazos hacia arriba. Una rápida mirada a la ventanilla del vagón le dice que todavía está oscuro fuera. Se estremece. Hace un tremendo frío.

—Daos prisa chicos. Hemos llegado. Hora de apearse del tren. Moveos. Recoger todas vuestras cosas.

El hermano Anthony está de pie allí sujetando la puerta abierta del vagón. Billy agarra su maleta e ingresa tropezando en el andén. ¿En dónde demonios está? Aparte de una cabaña de madera y un antiguo letrero que dice «Wadene», no hay nada a su alrededor. La oscuridad se extiende en la distancia hasta donde puede ver. Los otros chicos salen al andén a su lado y se alinean en silencio. Todo el mundo está temblando; el frío les cala hasta los huesos.

—Seguidme y manteneos juntos —les ordena el segundo hermano.

Los guía a dos camiones apartados y quita la lona de la parte trasera del primero.

—Bien, los ocho primero chicos aquí —les dice y enfatiza sus palabras con un movimiento de su bastón.

Uno de los chicos salta al camión y los otros le siguen. Billy se une al siguiente grupo. Mientras esperan a que el hermano Anthony quite la lona de su camión, mira al tren. Sale del apartadero, su largo cuerpo brillante es como el de un mítico dragón, moteado con

diminutas luces y envuelto en una nube de humo ascendente. Ruge, resopla y jadea, y ya se ha ido, perdido en la oscuridad. La única luz ahora es la lampara que se balancea sobre el antiguo letrero. El silencio se cierne sobre el grupo. Los chicos se miran los unos a los otros, pero nadie habla. El sonido de un motor al encenderse les dice que uno de los camiones está a punto de partir.

—Ok, chicos, subíos —dice el hermano Anthony echando hacia atrás la lona—. Llegaremos tarde para el desayuno si no nos damos prisa.

Ayuda a los niños más pequeños a subir al camión, pero Billy puede arreglárselas solo; se sube, arañándose una rodilla al hacerlo. Hay unos bancos en el camión y los niños se amontonan en ellos para calentarse. El camión sale con un carraspeo y una sacudida y luego avanza; la segunda parte de su viaje ha comenzado.

—¿Está muy lejos, hermano Anthony? —pregunta uno de los chicos.

—A unas diez millas.

Diez millas, eso suena como un largo camino, piensa Billy. Siente mucha hambre y no puede parar de temblar. Abotona todos los botones de su abrigo y se pone el sombrero. De repente se siente enfadado con el acompañante del barco; les había dicho que hacía calor y sol en Australia. Nadie había dicho nada de que fuera a ser tan frío.

—¿Cantamos una canción? —sugiere Louie—. Mi mamá nos dejaba cantar una canción cuando íbamos en tren.

—No estamos en un tren, estúpido —dice uno de los chicos mayores.

—¿Conocéis Ten Green Bottles? —pregunta otro—. Podemos cantar eso.

—¿Y el hermano Anthony? Puede que nos haga callar.

—No seas tonto; no puede oírnos si está conduciendo.

Nerviosos al principio, los chicos empiezan a cantar:

«There are ten green bottles hanging on the wall.

And if one green bottle should accidentally fall…»

Para cuando solo quedan cinco botellas, los chicos están riendo y cantando como si se conocieran de siempre. Billy todavía tiene frío y hambre, pero ya no está asustado.

El sol apenas se asoma por el horizonte cuando llegan. La Granja Escuela de Wadene está rodeada por una alta alambrada; se pregunta si es para mantener a la gente fuera o para mantenerlos a

ellos dentro. Esperan al lado de unas pesadas puertas de hierro mientras el hermano Anthony se apea y laboriosamente las abre. El camión entra y aparca al lado de un viejo granero. Los chicos, felices por haber llegado al fin, bajan y se quedan de pie a la luz de la fría mañana, estampando sus pies y charlando.

—Aquí estamos, chicos —dice el hermano Anthony—. Justo a tiempo para el desayuno.

Se frota los ojos.

—Ah, aquí está vuestro comité de bienvenida.

Billy se vuelve hacia donde el hermano Anthony está señalando. Una docena o así de los chicos más andrajosos que ha visto corren para saludarlos. Ninguno de ellos lleva zapatos y todos tienen unos cortes de pelo horribles. No parecen muy amistosos.

—Os llevarán al refectorio para tomar una buena taza de cacao —añade el hermano Anthony—. Luego os mostrarán vuestro nuevo hogar.

Los nuevo chicos dan un paso atrás nerviosos; esto no es lo que habían esperado.

—¿A qué estáis esperando, chicos? Moveos, y el resto a vuestros asuntos. ¿Qué pensáis que es esto, unas vacaciones? —dice una cortante voz.

Es el que Billy ahora sabe que se llama hermano Dermot. Obedientemente, cogen sus maletas y salen en pos de los harapientos chicos. Pasan un gran número de edificios de madera con tejados de hierro corrugado; el mayor de estos tiene una veranda cubierta con madreselva y su olor es dulce contra el frío aire.

El refectorio está situado en un edificio bajo de ladrillo, donde un gran número de largas mesas de madera cubiertas con linóleo están dispuestas con cuencos de metal y cucharas. A los nuevos chicos se les dice que se sienten a una de las mesas y esperen. Billy se siente nervioso; los chicos de la granja están mirando a los recién llegados con interés mientras esperan su desayuno, pero nadie dice nada.

—Ah, los nuevos chicos han llegado. Vamos chicos. Sentaos —dice uno de los hermanos sentado en la mesa principal.

Mira a uno de sus pequeños acompañantes y le espeta:

—Willis, trae el cacao y asegúrate de ello.

—Sí, hermano Patrick.

El chico corre fuera y regresa casi inmediatamente con una

bandeja con tazas y una gran jarra de cacao. La pone en la mesa delante de Billy.

—Bueno, sírvelo, chico.

El cacao está caliente y aguado y Billy se lo bebe rápidamente. Un cuenco de gachas de avena gris es colocado delante de cada uno de ellos. Billy lo prueba; es incluso peor que la comida del orfanato de Londres. Piensa en su último desayuno en el barco: magdalenas calientes con mantequilla y miel, y un huevo hervido. Mira a su alrededor; los otros chicos se están comiendo sus gachas de avena en un ávido silencio.

El chico llamado Willis se detiene a su lado y susurra:

—Si no te lo vas a comer, yo lo haré.

Billy coge su cuchara y empieza a comer, pero antes de que tenga tiempo de terminar, suena una campana y todos los cuencos son retirados. Los chicos se levantan y salen en fila del refectorio.

—Daos prisa —dice Willis—. Os mostraré vuestra habitación.

Los guía por un patio hacia otro edificio que parece idéntico al primero. Las paredes son de madera sin pintar y el suelo está desnudo. Billy está en la misma habitación que Louie. Hay seis camas de armazón de hierro a cada lado de la habitación, y Billy y Louie tienen las dos que están en el extremo cercano a una ventana abierta. Billy se sienta en su cama; el colchón tiene grumos y la única manta está raída.

—Tenéis que quitaros vuestra ropa y ponerla en vuestra maleta y luego poneos esto —les dice Willis—. Volveré tan pronto como haya llevado a los otros a su dormitorio. Esperadme aquí.

Desaparece por el pasillo con el resto de su grupo.

Billy mira la ropa colocada sobre la cama, los pantalones cortos y la camisa son de color caqui, como el jersey. Empieza a desvestirse.

—Pareceremos soldados —le dice a Louie y se mete la camisa por la cabeza.

Tiene un agujero en la manga, pero está limpia.

—Y vuestra ropa interior —les instruye una voz.

Es uno de los chicos mayores.

—No se permite llevar ropa interior aquí, no hasta que tengáis doce años —explica.

—¿Ni siquiera mis calzoncillos? —jadea Louie.

—No, ponerlo todo en vuestra maleta y dejarla al pie de vuestra cama.

El chico tiene unos doce años. Es muy moreno y delgado, pero Billy piensa que parece fuerte.

—Tampoco necesitaréis vuestros calcetines.

El chico está descalzo.

—¿Y nuestros zapatos? ¿Podemos dejárnoslos?

—Si queréis, pero transcurrido un tiempo no querréis llevarlos. Nadie lo hace. Se os quedarán pequeños de todas formas.

Billy se quita los calcetines, pero se vuelve a colocar los zapatos; no quiere ir descalzo, no importa lo que el chico diga.

—Mi nombre es O'Malley, por cierto. Estoy encargado de este dormitorio, así que si tenéis alguna pregunta acudid a mí.

Billy sonríe. Tiene tantas preguntas que no sabe por dónde empezar.

—¿Por qué no podemos llevar nuestra ropa?

—Es la norma, todo el mundo tiene que llevar el uniforme.

—Pero ¿qué le pasa a nuestra ropa?

El chico se encoge de hombros.

—Ah, Willis, aquí estás.

—Sí, O'Malley.

—Lleva a estos dos a la escuela cuando estén listos. Y no tardes todo el día.

Billy abre su maleta y coloca su ropa dentro, luego, cuando está seguro de que nadie lo mira, saca su tarjeta de identidad y el trozo de madera que Maggie le dio. Maggie dijo que no debía perderlo; lo esconderá en alguna parte tan pronto como pueda. Mientras tanto se lo coloca todo en el bolsillo de sus pantalones junto con el disco del CORB. Es importante que se aferre a algo del pasado. Tiene la sensación de que todo va a cambiar desde ahora.

Un chico está de pie delante de la clase recitando algo y todos los demás están observándolo. Titubea y comete un error. Billy se horroriza al ver que el hermano se inclina y lo golpea en las piernas con un palo, pero el chico no llora, en lugar de eso continúa con lo que estaba recitando. Esperan hasta que ha terminado y Willis dice:

—Por favor, hermano Dermot, estos son los dos chicos nuevos.

Los deja allí de pie y se va a sentarse a su pupitre.

—Ya era hora Willis, ahora sacad vuestro catecismo —responde el hermano.

Se gira y mira a Billy y a Louie. Entrecierra sus ojos como si no pudiera verlos muy bien; son ojos fríos y parecen mirarlos directamente. Saca un pañuelo y se seca una gota de su larga y fina

nariz, luego dice:

—¿Nombres?

—William Smith.

—Louie Brown.

—Ah, sí, Brown, vienes de St. Patrick.

—Sí, hermano Dermot.

—¿Y tú Smith, de dónde eres?

—Bethnal Green, señor, uh, hermano Dermot.

—¿Bethnal Green? ¿Cuál es el nombre del orfanato, chico?

—St. Margaret, yo y mis hermanas estábamos con las monjas.

—Ya veo. Bueno, Smith, ¿cuántos años tienes?

—Diez, hermano Dermot.

—¿Te sabes el catecismo, chico?

—No lo creo, hermano Dermot.

—¿No lo crees?

Billy está seguro de que todo el mundo lo está mirando. Ha hecho algo mal, pero no sabe qué.

—¿Qué clase de respuesta es esa? —continúa el hermano Dermot—. O lo sabes o no.

—Sí, hermano Dermot.

—Bueno, ¿te lo sabes o no?

—No, hermano Dermot. No sé lo que es. No soy católico.

El silencio en la sala es espantoso. Espera que el hermano Dermot no vaya a golpearlo como golpeó al otro chico. Puede sentir que sus rodillas tiemblan y no sabe si es por el frío o porque está muy asustado.

—Ya nos ocuparemos de eso. Siéntate.

Se vuelve hacia el resto de la clase y dice:

—Guardad vuestros libros y tened vuestras pizarras listas para el hermano Lucius.

Está a punto de marcharse y se detiene en el pupitre de Billy.

—Vendrás conmigo todos los días después de vísperas hasta que alcances a los demás.

—Sí, hermano Dermot.

Cuando la puerta se cierra tras él, los chicos están de pie; se arremolinan en torno a los recién llegados.

—¿De dónde sois? —pregunta uno.

—¿Tenéis algo para comer? —pregunta otro.

Billy sacude la cabeza.

—¿Qué? ¿Nada?

—Somos de Londres —dice Louie.

—¿Cómo os llamáis?

—Está bien, chicos, ya es suficiente. Volved a vuestros asientos y sacad vuestras pizarras.

Otro hermano ha entrado; este es alto y delgado y tiene una calva detrás de su cabeza. Avanza hacia delante de la habitación y los mira con una sonrisa amable.

—Es el hermano Lucius —susurra Willis—. Él está bien; apenas nunca utiliza la correa.

A pesar de sus alentadoras palabras, Willis vuelve a su asiento y saca su pizarra.

El hermano Lucius mira a los nuevos chicos, pero no dice nada. Se vuelve y empieza a escribir algo en la pizarra. Es una lista de sumas.

—Tenéis diez minutos para completar estas sumas. Empezad.

Los chicos hacen lo que se les dice. La habitación está en silencio; todo lo que Billy puede oír es el chirrido de la tiza contra las pizarras. Le gustan las sumas. Las primeras son bastante sencillas. Las hace rápidamente. La siguiente es más difícil; la copia cuidadosamente y la mira un instante. La tiza es vieja y es difícil escribir con ella. Se pregunta por qué no utilizan lápices; no ha usado tiza desde que estuvo en primer año. La memoria de su vieja escuela acude flotando a él con tal fuerza que quiere llorar. Se muerde el labio y se concentra en las sumas.

—Parad —dice el hermano Lucius.

Mira directamente a Billy.

—Tú, el chico nuevo, ¿cuál es tu nombre?

—William Smith, hermano Lucius.

—Bueno, Smith, ¿cuál es la respuesta a 145 + 209?

—Trescientos cincuenta y cuatro, hermano Lucius.

—Correcto.

—Barnes. 623 + 578.

—Mil ciento uno, hermano Lucius.

—Incorrecto.

Una docena de manos se alzan al aire.

—Tú, el otro chico nuevo.

—Brown, hermano Lucius, mil doscientos uno.

—Correcto.

Billy tiene seis sumas bien. Le preocupa que el hermano Lucius le pegue por tener algunas mal, pero en lugar de eso le explica

dónde ha cometido los errores. Muchos de los chicos han cometido errores, pero el hermano Lucius no les pega a ninguno. Billy decide que le gusta el hermano Lucius.

Cuando la lección termina, Willis viene a su encuentro. Billy sabe que Willis ha tenido casi todas su sumas mal.

—Por hoy ha terminado la escuela —dice—. Venid conmigo; os enseñaré donde tenéis que trabajar.

—¿Trabajar?

Billy está sorprendido, pero Louie solo se encoge de hombros.

—Todos nosotros tenemos que trabajar —les explica Willis—. Esto es una granja.

—Yo no sé nada del trabajo en una granja —protesta Billy—. Nunca he estado en una granja. Nunca antes he estado en el campo. Soy de Londres.

—No te preocupes, no tienes que hacer trabajo de granja. Tienes que ayudar a llevar las piedras para el convento, como yo. Daos prisa. Tendremos problemas si llegamos tarde.

Comienza a correr, y Louie y Billy le siguen. Pasan más dormitorios y una gran capilla de piedra.

—Construimos esto —dice Willis orgulloso—. Yo no hice mucho porque solo acabo de llegar, pero ayudé a mezclar el cemento.

Billy lo mira; es pequeño para su edad, pero debe de ser muy fuerte, piensa, si puede construir algo como esto.

—Aquí estamos. Traeré a Richards; él está al mando.

Están de pie en un solar. La tierra ha sido despejada y aplanada, y las paredes de un edifico ha sido construido por una pandilla de chicos pequeños. Las paredes no son muy altas, no mucho más altas que Billy.

—¿Sois los nuevos entonces?

Willis ha regresado con uno de los chicos mayores; es espigado y su piel es del color de la nuez moscada.

Billy asiente con la cabeza.

—Bien. ¿Cuáles son vuestros nombres?

—Smith.

—Brown.

—Bueno, Smith y Brown, esto es lo que quiero que hagáis hoy. ¿Veis esa pila de piedras de allí? Traedlas aquí para que los chicos puedan emplearla.

Billy mira a donde está señalando. En la distancia puede ver un grupo de chicos mayores rompiendo unas rocas con mazas y

poniéndolas en un montón a su lado. Es una enorme pila de piedras las que él y Louie tienen que mover.

—Vamos, chicos, moveos.

—¿Qué estáis construyendo? —pregunta Billy tímidamente.

—Es un convento, o algo así —responde el chico al mando—. Ahora poneos manos a la obra antes de que el hermano Dermot os pille ahí de pie.

El hermano Dermot, Billy lo recuerda a él y a sus crueles ojos. Avanza hacia la improvisada cantera rápidamente. Gracias a Dios que conserva sus zapatos; el suelo es duro y está cubierto con afiladas piedras. No puede entender como todos los chicos son capaces de correr por ahí descalzos. ¿No les duelen los pies?

Los chicos que rompen las rocas levantan la vista cuando llegan, pero no dicen nada y no paran de hacer lo que están haciendo. Billy puede ver el sudor corriendo por sus frentes y cayendo en el suelo. Ahora no hace frío; el sol está por encima de sus cabezas y cae sobre ellos. Se agacha y coge una piedra; es pesada y tiene bordes afilados que cortan sus manos. Apenas puede ir erguido, pero se las arregla para llegar al solar y depositar su carga cerca de Richards.

—Eso es, bien chico. Coge las piedras más pequeñas primero hasta que te acostumbres. No te costará mucho; pronto irás de acá para allá corriendo, ya verás.

Le sonríe y continúa construyendo la pared.

Tienen que estar en la cama tan pronto como oscurece. Billy está de espaldas mirando a la ventana. Hay luna y su fantasmal luz llena la habitación. Puede oír los gritos nocturnos de algunos animales y el ulular de un búho. Se estremece; es todo tan extraño, nada parecido a Londres. Louie está muy quieto; Billy piensa que ya está dormido. Pero Billy no puede dormir, le duele la espalda y tienes cortes y ampollas en sus manos. Willis dice que eso es bueno, las ampollas endurecerán sus manos y ya no le dolerán más. Espera que tenga razón. Willis le hizo lavarse las manos en agua fría con sal y mantenerlas ahí durante cinco minutos, aunque le escocían. Les dice que tienen suerte porque de momento solo tienen que trabajar por las tardes. Cuando tengan once años, tendrán que trabajar todo el día; ya no habrá más escuela. Willis dice que le gusta ir a escuela porque es más fácil que romper rocas, aunque le pegan la mayor parte de los días. Billy se estremece cuando recuerda las ronchas rojo oscuro de la parte posterior de las piernas de Willis.

Cierra los ojos; es importante dormir porque Willis dice que

tendrán que levantarse temprano para hacer sus tareas antes de desayunar. Pero el sueño no llega. Por primera vez en ese día piensa en sus hermanas. ¿Dónde están ahora? ¿Han llegado a su orfanato? ¿Están tan asustadas como él? Siente una lágrima formarse detrás de sus párpados y aprieta sus ojos; no quiere llorar. Tiene que ser valiente, y un día irá y las buscará.

MAGGIE

Maggie se queda en la cubierta hasta que ya no ve tierra, le escuece el rostro a causa de las lágrimas. Se siente impotente, seguramente había algo que podía haber hecho para ayudar a su hermano. Pobre Billy, ¿cómo se las va a arreglar solo? Le ha fallado.

—Maggie, tengo frío. ¿Podemos ir abajo ya? —pregunta Grace.

Maggie mira a su hermana pequeña; se aferra a la falda de Maggie y su rostro está surcado por las lágrimas.

—Claro que podemos, Gracie. Vayamos y veamos que hay para comer.

El rostro de la niña se ilumina ante la perspectiva de la comida, pero Maggie no está hambrienta; en todo en lo que puede pensar es en Billy.

Mientras caminan hacia las cubiertas inferiores se encuentran con June.

—Bien chica, os he estado buscando. Todo el mundo tiene que someterse a un examen médico antes de desembarcar en Melbourne. Maggie, ¿podéis tú y Grace ir a ver al doctor O'Neill a las tres en punto? No hay nada de lo que preocuparse, es solo un examen rutinario.

—Sí, June.

—¿Estáis bien? ¿Habéis estado llorando otra vez?

Maggie asiente con la cabeza y sus ojos se llenan de lágrimas una vez más.

—Vamos, es tonto. Tu hermano estará bien. Se ocuparán muy bien de él y cuando la guerra termine estaréis juntos de nuevo.

Saca un pañuelo de su bolsillo y se lo tiende a Maggie.

—Toma, sécate los ojos.

—Pero ¿cómo lo encontraremos cuando termine la guerra? —se lamenta Maggie.

No quiere ser consolada. Es su culpa; merece sufrir. Debería haberlo protegido.

—Tenemos toda la información; sabemos dónde va cada niño. No se perderá, puedo asegurártelo. Ahora suénate la nariz y no más lágrimas, así, buena chica.

Maggie hace lo que le dice, pero no está convencida. En primer lugar, no entiende por qué están en Australia y no todavía en Londres; no tiene sentido. Quiere a mamá. Mamá sabría qué hacer.

—Idos; están a punto de servir la comida.

Les sonríe.

—Y me huele a fish and chips.

Grace le sonríe.

—Es mi favorita —dice.

Maggie la mira; su pequeño rostro es todo sonrisas ahora. Gracias a Dios que no entiende realmente lo que les está pasando. Maggie le coge la mano y sonríe. Tiene que ser valiente por el bien de Grace.

—Venga entonces, vamos a comer —dice.

Casi no ha pasado el tiempo y ya están ingresando en el puerto de Melbourne. Una flotilla de pequeños botes ha salido a recibirlos; la gente grita y ondea banderas. Hay excitación en el aire.

Esta vez están preparadas; han hecho sus maletas y June les ha dado a ambas sus informes escolares y un informe de su comportamiento. Le ha dicho a Maggie que los informes son excelentes. Maggie está encantada. Los pone a salvo en su maleta con su tarjeta de identidad. Lleva las dos maletas y Grace lleva los sándwiches. Se ponen en fila listas para desembarcar. Ha sido una mañana lacrimógena; todos los niños están tristes por dejar a sus nuevos amigos. Maggie también está triste por dejar a sus amigas, especialmente a Janet. Janet va en tren a Sydney, a vivir con su tío y su tía. Solo hay una chica, Nora, que va con las Hermanas Pobres de Nazaret con ellas.

El capitán hace sonar la sirena del barco. El barco ha echado el ancla, los amarres están tensados y el barco ha atracado a salvo en el muelle. Allí puede ver multitud de gente y una banda militar. Los acordes de «Waltzing Matilda» llegan hasta ellos. Los niños giran los cuellos para ver qué está sucediendo y un murmullo de excitación corre por la fila. Algunos niños salen de ella para apoyarse sobre la barandilla y obtener una mejor vista, pero Maggie se queda donde está. June les ha explicado que habría una recepción oficial para todos los niños así que no le sorprende cuando al salir del barco los conducen a una tarima de madera elevada, decorada con banderas; está la bandera británica, la australiana y algunas otras que no reconoce. Cuando todos están reunidos, casi cien niños expectantes con rostros brillantes e iluminados, el alcalde de la ciudad sube a la tarima y se dirige a ellos.

—Bienvenidos a Melbourne, niños, bienvenidos. Estamos encantados de veros aquí y saber que habéis llegado a salvo a nuestro bonito país. Aquí estaréis a salvo de la terrible guerra que está devastando vuestro país, no más bombas, no más ataques

aéreos. Estaréis a salvo aquí en Australia —repite—. Sé que algunos de vosotros os desplazareis a otras partes del país, pero puedo aseguraos que, sea a donde sea a donde vais, la gente de Australia os recibirá con los brazos abiertos. Vosotros sois nuestra esperanza para el futuro. Bienvenidos a Australia.

Baja y la banda comienza a tocar «God Save the King». Los niños se cuadran y cantan. Maggie conoce la letra porque la ha aprendido en la escuela. Una mujer pasa entre los niños dándoles dulces y alguien les da naranjas. Se siente muy importante; todo el mundo le sonríe a ella y a los otros niños. Pero ¿qué hacen ahora? No tiene que esperar mucho para averiguarlo. June está a su lado con Nora detrás.

—Seguidme, chicas, os presentaré a las señoras que han venido a recogeros y a llevaros a vuestro nuevo hogar.

Maggie se gira justo a tiempo para ver a Janet ser alzada en el aire por un hombre con el mismo pelo rojo que ella. Debe ser su tío. Janet se está riendo y charlando excitadamente. Maggie aparta la vista; desearía que hubiera alguien así esperándola. Puede ver a las monjas de pie pacientemente en la distancia; parecen brujas con sus largos hábitos negros. Todo lo que necesitan es una escoba y sombreros largos. Comienzan a caminar en su dirección. Sus piernas parecen plomo. No quiere ir. No quiere vivir en ese país, no importa lo que diga el alcalde. Quiere volver al barco; quiere volver a Inglaterra con June; quiere que las cosas estén como estaban, pero entonces recuerda a Billy y sabe que aunque pudiera tendría que quedarse allí.

—Buenos días, hermanas. Estas son las chicas para el orfanato de la Hermanas Pobres de Nazaret en Pardy Creek —dice June.

—Buenos días —dicen a coro las brujas.

Es triste decirle adiós a June. Maggie se aferra a ella desesperada, queriendo prolongar su tiempo juntas, aunque solo sea por unos instantes, pero al final las monjas se muestran tan inquietas que está claro que tienen que marcharse.

Las monjas han llegado en una maltrecha vieja furgoneta que la más joven conduce. A las niñas se les dice que monten en la parte trasera. Nora tiene poco que decir y Grace está cansada, así que las chicas se sientan en silencio pensando en su futuro y mirando pasar el paisaje.

Maggie se siente más cómoda estando en una ciudad, aunque Melbourne no se parece a Londres de ninguna forma; hay menos

gente y apenas coches. Todos los edificios son brillantes y están limpios, muchos de ellos están hechos de madera o piedra, con amplias verandas. No hay calles bombardeas, ni montones de escombros; las calles son amplias y las casas están más separadas. No ve soldados ni bomberos; no hay cortinas oscuras colgando de las ventanas y los jardines están plantados con flores, no con nabos. Pasan por un parque donde algunos niños juegan a fútbol y piensa en Billy y traga saliva. Es verdad lo que June ha dicho, no hay guerra en Australia; están a salvo allí. Los alemanes no podrán lanzar bombas sobre su nuevo hogar.

Pronto están dejando la ciudad atrás y atravesando colinas cubiertas de árboles en las que barrancos excavados en la tierra desembocan en un mar brillante en la distancia. ¿Está el barco todavía amarrado en el puerto o se ha marchado? No habrá niños en él ahora. Se imagina a June con los otros acompañantes descansando en la cubierta sin nada que hacer y a nadie a quien cuidar. Hay una acuciante sensación en su estómago cuando finalmente se da cuenta de que están solas. No hay mamá, ni abuela, ni June, ni Billy, solo están las dos, ella y Grace. Mira a su hermana pequeña durmiendo plácidamente a su lado. Tendrá que ser su madre ahora.

—¿Crees que está lejos? —pregunta Nora.

Tiene un fuerte acento irlandés y algunas veces Maggie tiene problemas para entenderla.

—No lo sé —responde.

—¿Está más lejos? —la chica se inclina hacia delante y le pregunta a la monja.

—Pronto lo sabrás, cuando llegues allí —es la respuesta.

La monja continúa mirando delante de ella; no habla con su compañera. Es una mujer mayor. Maggie piensa que casi es tan vieja como su abuela. Su rostro está surcado con finas arrugas y hay dos profundas estrías entre sus cejas. Maná solía llamar a esto arrugas del ceño fruncido. Recuerda a mamá de pie delante del espejo de su tocador combatiéndolas con crema facial.

—Si continúas frunciendo el ceño así, hija mía, también te saldrán —le decía.

Maggie sabe que tiene el hábito de fruncir el ceño cuando está concentrada. Se pasa el dedo entre las cejas; no puede sentir ninguna arruga allí.

—¿Está muerta tu madre? —pregunta Nora.

—No lo sé. Me dijeron que estaba muerta, pero no les creo.

—¿Por qué no les crees? ¿Por qué dirían eso si no fuera cierto?

—No lo sé. Es solo que, bueno mi padre murió y sé lo que se siente cuando alguien muere.

Recuerda el sentimiento de vacío en su interior cuando llegó el telegrama.

—No siento eso por mi madre —añade—. Sigo pensando que volverá a buscarnos.

—Mi madre murió. Fui a la iglesia a decirle adiós.

Piensa que Nora va a llorar, pero en lugar de eso se suena la nariz y dice:

—Por eso es por lo que mi tía me mandó al orfanato.

El autobús está pasando por campos de trigo ahora; Maggie nunca ha vista una expansión de tierra tan grande antes. Es como un mar de oro ondulante, continuo e interminable. Luego se fija en una carretera serpenteante, que se abre paso entre los ondeantes cultivos. Es como en el «Mago de Oz». Tararea un poco de «The Yellow Brick Road» para sus adentros. Nora la mira y sonríe. El movimiento del autobús hace que se sienta un poco somnolienta ahora, así que pone su brazo alrededor de Grace y cierra los ojos.

Algo está perturbando su sueño; está caminando por los campos con el Hombre de Hojalata y el León. Están buscando a Billy. El León dice que ha visto a Billy en el desierto.

—Ya estamos, despierta.

Es Nora sacudiendo su brazo.

—Ya estamos —repite.

Su voz es temblorosa. Maggie no está segura de si su compañera está asustada o excitada. Se frota los ojos y se sienta justo cuando la furgoneta se para. Grace ya está despierta; está jugando con su osito de peluche.

—Esto es Australia —le dice Grace al oso—. Te gustará, el sol brilla todo el tiempo y hay caballos. No tienes que estar asustado de los caballos porque son buenos caballos; no te morderán o cocearán. Y hay montones de cosas ricas para comer, como chocolate o plátanos.

El oso la mira inexpresivamente.

—Vamos, chicas, salid —les dice la monja.

No les sonríe. Maggie se fija en que no tiene arrugas provocadas por la risa alrededor de sus ojos. Quizás nunca sonríe; quizás no pueda sonreír; quizás va contra las reglas sonreír.

—La Madre Superiora está esperando veros.

Bajan del autobús y se quedan de pie, parpadeando por la brillante luz del sol. Ante ellas hay una gran casa de piedra; hay escaleras que llevan a una veranda que corre a todo lo largo de su parte delantera. Detrás de la casa hay varios edificios bajos de madera unidos por pasadizos cubiertos. Es el orfanato. Es su nuevo hogar.

—Vamos, chicas, seguidme —dice la monja.

Su compañera espera hasta que todas han salido y luego se aleja con la furgoneta.

Siguen a la monja subiendo las escaleras. Las maletas son pesadas y a Maggie le gustaría dejarlas en las escaleras, pero le asusta perderlas.

—Daos prisa, no os entretengáis.

Tira de la cuerda de la campana y transcurrido un minuto o dos la puerta es abierta por una joven con un vestido azul descolorido. Su rostro es delgado y famélico y su vestido es demasiado largo y cuelga suelto de su delgado cuerpo.

—Ya era hora, Hawes, no tenemos todo el día —le dice a la chica.

—No, hermana —responde la chica.

—¿Está la Madre Superiora en su estudio?

—Sí, hermana.

La chica desaparece en las sombras y las recién llegadas entran en el recibidor. La monja toca suavemente en una de las puertas.

—Adelante —dice una voz incorpórea.

Maggie piensa que están de vuelta en el orfanato de St. Margaret. ¿Va a ser lo mismo? La monja las empuja dentro de la habitación. La Madre Superiora está sentada detrás de un pulido escritorio de madera. Detrás de ella, colgado de la pared, hay un crucifijo.

—Bueno, debéis ser las chicas Smith —dice.

La Madre Superiora tiene acento irlandés, como Nora. Maggie no sabe de qué color es su pelo porque está escondido debajo de su toga blanca, pero sus cejas son negras y pobladas, como las de un hombre. Lleva unas gafas sin montura que parecen a punto de caérsele de la punta de la nariz. No les sonríe.

—Sí, Madre Superiora. Yo soy Margaret y esta es Grace.

—Es muy pequeña —dice mirando por encima de sus gafas a Grace.

—Tengo tes —dice Grace.

—Claro. Bueno, tendrá que ir a la sección de los bebés —dice y escribe algo en su libreta.

—Y tú, chica, ¿cuántos años tienes?

—Doce, Madre Superiora.

—Bien. ¿Sabes cocinar?

Maggie sacude la cabeza.

—¿Coser?

De nuevo Maggie sacude la cabeza.

—Dios mío. Bueno, supongo que pronto aprenderás.

Se vuelve a Nora y dice:

—Y tú eres Lynch, supongo.

Nora asiente con la cabeza.

—Tengo vuestros informes del orfanato en Inglaterra. Tenéis que tomar la primera comunión, dice. Excelente.

Coge una campanilla y la sacude. Casi inmediatamente la puerta se abre y la monja entra.

—Hermana Angelica, llévese a estas dos. La pequeña puede ir a la sección de los bebés y las otras con la hermana Agnes.

—Sí, Madre Superiora.

La hermana Agnes es la monja que las recogió en el puerto; Maggie ya la odia. Sigue a la hermana Angelica a su dormitorio, una gran habitación con un cuadrado abierto en el medio.

—La Madre Superiora dice que estas chicas tienen que dormir aquí —le dice a la hermana Agnes—. La pequeña viene conmigo.

Coge a Grace de la mano.

—Ven, niña —dice.

—No. No quiero —dice Grace estampando su pie contra el suelo.

—Ya lo veremos —dice la hermana Agnes.

Avanza hacia Grace.

—No, está bien. Solo está asustada —dice Maggie—. No entiende.

Se inclina y le susurra a su hermana:

—Está bien, Grace. Ve con la hermana Angelica; ella cuidará de ti ahora. Tengo que quedarme con las chicas mayores.

—No quiero.

—Estarás bien, de verdad. Estaré aquí, no muy lejos. Te veré todo el tiempo. Ahora sé una buena chica y cuida de Teddy.

Grace abraza a su osito de peluche contra sí y empieza a llorar.

—No llores, cariño. Te veré todos los días. Es solo que las chicas

grandes tienen que dormir aquí y tu estarás en otra habitación con muchas niñas simpáticas de tu misma edad. Estará bien. Ya verás. Solo asegúrate de que Teddy se comporta bien.

Siente pánico de que la hermana Agnes se enfade con Grace por su rabieta. Pero Grace ahora está preocupada de Teddy y sigue dócilmente a la hermana Angelica.

—Esa chica tendrá que aprender que no se puede salir con la suya todo el tiempo —gruñe la hermana Agnes—. Ahora, vosotras dos, quitaos la ropa. Luego meteos a la ducha.

Se meten bajo la ducha juntas mientras la hermana Agnes se queda de pie observándolas. No les dejará salir hasta que esté segura de que están limpias. El agua está helada. Maggie trata de decirle que ya se dieron una ducha caliente aquella mañana en le barco, pero esta le dice que se calle, que hable solo cuando le hablen.

—Vuestra ropa está sobre vuestras camas —dice—. Podéis poner las cosas con las que vinisteis en vuestras maletas. No las vais a necesitar.

Maggie mira su nueva ropa; es horrible. Los zapatos son demasiado grandes y no les han dado calcetines. Se pregunta si puede coger algunos calcetines de la maleta, pero le asusta que la monja la castigue. El vestido es del mismo azul desteñido del de Hawes; la camiseta está llena de agujeros y las bragas son anchas. Suspira. ¿Qué va a pasar con su bonita ropa nueva? ¿Por qué no puede ponérsela? Se siente resentida. ¿Por qué la tratan las monjas así? ¿Por qué las separan a ella y a Grace? ¿Cómo podrá cuidar de Grace si van a separarlas en dos edificios? Es tan cruel. Recuerda la mirada en el rostro de Grace; estaba tan asustada. Pobrecita Grace, es tan pequeña para todo esto.

Espera hasta que la hermana Agnes le está diciendo algo a Nora y apresuradamente coge su tarjeta de identidad y el resto de la madera pintada de azul de la maleta y lo mete todo debajo del colchón. Tiene la sensación de que puede que no vea su maleta de nuevo.

La hermana Agnes le ha dicho a Nora que vaya con ella, así que Maggie se sienta en la cama sola y observa su nuevo hogar. Todas las camas tienen armazones de hierro y colchones de lana de oveja. Su cama tiene una sola sábana que es más gris que blanca y una manta gris oscuro. Algunas de las camas tienen almohadas, pero no la suya. Las paredes han sido pintadas en un tono claro de gris ya

hace muchos años y ahora están mugrientas, con marcas de dedos y rayas. No hay cuadros, solo un gran crucifijo al final de la habitación. Es una habitación sombría y al examinarla quiere llorar. ¿Cuánto tiempo tendrá que permanecer aquí?

La puerta se abre y Nora entra; su rostro está mojado a causa de las lágrimas. Han desaparecido sus coletas. Alguien le ha cortado todo su pelo y lo que queda sobresale de su cuero cabelludo en furiosos mechones.

—¿Qué demonios te ha sucedido? —pregunta Maggie.

Nora está sollozando.

—Dijeron que tenía piojos —escupe finalmente.

Está enfadada.

—Huele esto —dice y se inclina para que Maggie pueda oler el fuerte desinfectante que ha sido aplicado en su cabeza.

—Es horrible. ¿Qué es?

—No lo sé, pero hace que me pique la cabeza.

Pasa la mano tristemente por su cabeza rasurada.

—Dijeron que es un pecado tener el pelo largo, que atrae piojos. Por eso lo cortaron.

Nora va a su cama y se tumba.

—La hermana Agnes dice que tienes que ir a ver al doctor.

Maggie está aterrada. ¿Le van a cortar el pelo también? No tiene piojos. Se tira de sus coletas nerviosa.

—Es allí, en la siguiente cabaña. La hermana Agnes está allí también —le informa Nora—. Fue ella quien me cortó el pelo. Disfrutó haciéndolo.

Ha parado de llorar ahora y está pasando un peine por los mechones restantes de su pelo.

—Pronto crecerá —le dice Maggie a Nora.

Nora está equivocada; no es la hermana Agnes, es la hermana que condujo el autobús, la hermana Bridget. Le sonríe a Maggie y le pide que se quite el vestido para que el doctor pueda examinarla. Maggie hace lo que le dice. No tardan mucho. El doctor mira su pelo y sus dientes y escucha su corazón antes de decirle a la monja que tiene buena salud. Garabatea unas notas en su historial.

—Bueno. Ponte la ropa de nuevo niña y sígueme —dice la hermana Bridget.

La lleva a una habitación lateral y le dice que se siente.

—Lo siento Margaret, pero tenemos una norma muy estricta aquí que significa que nadie puede llevar el pelo largo. Es por

razones higiénicas, entiendes —explica—. Así que voy a tener que cortarte esas bonitas coletas castañas tuyas.

Parece auténticamente apenada al sacar las tijeras de su bolsillo.

—Date la vuelta.

Maggie siente las tijeras cortar sus coletas, un par de tijeretazos y ya no están. La monja peina el resto del pelo y recorta dos puntas aisladas.

—Ya está. No está mal del todo —dice con una sonrisa.

—¿También le cortarán el pelo a mi hermana? —pregunta Maggie.

La monja asiente con la cabeza.

—Es política del orfanato —dice y su sonrisa es más triste esta vez.

Maggie no siente ganas de sonreír; es como si otro trozo más de su identidad hubiera desaparecido. Resiste la tentación de mirar las coletas que sabe yacen a sus pies. June se las había hecho esta mañana. Cuánto tiempo parece haber pasado ya.

BILLY

Está soñando que está jugando a fútbol en la calle fuera de su casa. Allí están todos: Louie, Bob, Damon. Regatea con el balón y se lo pasa a Louie. De repente el hermano Dermot está ahí, le hace una entrada a Louie y este se cae al suelo. El hermano Dermot tiene el balón ahora; corre hacia la portería. Billy corre tras él.

—Falta —grita—. Es falta. Detenedlo. No está en nuestro equipo. Detenedlo. Está en el equipo del Demonio. Está haciendo el trabajo del Demonio.

Una mano áspera lo despierta.

—Ya está bien, Smith.

O'Malley está de pie sobre él.

—Has estado soñando otra vez —dice.

Mete la mano en la cama de Billy.

—Cielo santo y has mojado la cama otra vez. Levántate. Ya sabes lo que sucederá si Dermot se entera y no serás tu solo el que tendrá problemas; yo también los tendré.

Saca a Billy de la cama.

—Date prisa antes de que venga. Retira esa sábana y ayúdame a girar el colchón.

Billy está despierto ahora. Sus dientes castañetean. Retira la sábana empapada y corre a la ducha con ella. No lo puede entender; no ha mojado la cama desde que era un bebé. Se siente humillado y está contento de que mamá no esté allí para ver su vergüenza. El alboroto ha despertado a los demás y todo el mundo se estira y queja por haber sido despertado tan temprano. Abre la ducha y se queda de pie bajo ella, sostiene la sábana en sus brazos. El agua está fría y puede sentir como se torna morado. Se seca precipitadamente en una raída toalla y enrolla la sábana mojada lo mejor que puede. El sol saldrá en una hora y entonces se secará rápidamente. Todo lo que tiene que hacer es asegurarse de que el hermano Dermot no la encuentra primero. La pliega y la mete en una de las taquillas vacías.

La primera campana suena.

—¿Qué tramas, Smith?

Es Barnes. Lleva en la granja escuela años; Willis dice que no es de confianza.

—Nada.

Todos los niños están levantados ahora, apelotonados en las duchas. Billy se abre paso a empujones entre ellos y regresa a su

cama. O'Malley le ha dado la vuelta al colchón y ha sacado una nueva sábana para él. Una mancha marrón en el colchón habla de un episodio anterior, quizás suyo, quizás de otra persona. Cubre la cama con la sábana y tiende una vieja manta del ejército sobre ella. Espera que el hermano Dermot no se entere.

—A trabajar —dice O'Malley.

Parece enfadado. Billy se pone sus pantalones y su camisa y se apresura a salir. Sus pies descalzos apenas hacen ruido mientras corre al gallinero. Llega pronto, la segunda campana aún no ha sonado. Esta es la primera tarea del día: tiene que barrer el gallinero y dar de comer a los pollos. Al principio le asustaban las gallinas, porque corrían a su encuentro cuando entraba en el gallinero y le picaban en las piernas, pero ahora se ha acostumbrado y les ha puesto un nombre a cada una.

—Pitas, pitas, pitas —les susurra—. Molly, ¿eres tú?

Molly es una gallina castaña que lo sigue mientras trabaja.

El sol aún no ha ascendido sobre el horizonte, pero sabe que cuando lo haga la tierra quedará inundada por la luz. El amanecer no se aproxima lentamente allí, como en Londres. Londres, apenas puede recordarlo ya. Algunas veces, como la noche pasada, regresa en sus sueños, pero distorsionado, cambiado, un lugar al que ya no reconoce.

Coge la escoba y empieza a barrer. A los pollos no les gusta eso; aletean y gritan y se apelotonan en un extremo. Algunas veces les deja salir al patio para que puedan escarbar la árida tierra, pero todavía está muy oscuro y las zorras pueden andar merodeando.

Louie solía ayudarle con los pollos, pero eso era antes. Se estremece al pensar en Louie. El doctor dijo que puede que nunca volviera a caminar después del accidente. Accidente. Todo el mundo dice que fue un accidente, pero Billy sabe que no es así porque vio como sucedió. Fue hace casi un mes. Louie había estado preparándose para su comunión con el hermano Dermot. Louie no es muy listo; Billy sabe eso ahora. Louie tenía dificultades para recordar las palabras que tenía que decir y hacía que el hermano Dermot se enfadara. Cuanto más se enfadaba el hermano Dermot, más tartamudeaba y vacilaba Louie. Cada día le pegaba en las manos hasta que sus palmas se ponía rojas y sangraban, pero aún así no podía memorizar las palabras. Un día, el hermano Dermot le dijo que fuera a su habitación después de clase. Louie estaba muy asustado; le pidió a Billy que fuera con él. Así que Billy fue con él

hasta la puerta y esperó fuera. Pudo oír lo que se dijo.

—Te voy a dar una paliza hasta que se te quite esa holgazanería. De una forma o de otra, te aprenderás el catecismo. Fallaría en mi deber como Hermano Cristiano si no pudiera enseñarte la palabra de nuestro Señor. Inclínate. Ahora, repite conmigo: «Creo en Dios, Padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra».

Zasca. Billy oyó el chasquido al descender la vara del hombre sobre Louie y un grito de dolor.

—Repite esas palabras —gritó el hermano Dermot.

Billy escuchó un sollozo y luego a Louie decir: «Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra».

—Bien. Ahora: «creo en Jesucristo, su único hijo, nuestro Señor».

Zasca. Una vez más Billy oyó la vara y los sollozos de Louie. No pudo aguantarlo más, corrió. No vio a Louie después de eso. El hermano Anthony les dijo que Louie estaba enfermo y que estaría en la enfermería hasta que se pusiera mejor.

La segunda campana suena. Amontona los excrementos de los pollos fuera de la puerta; después los llevará al huerto y los esparcirá por los parterres. Abre el saco de comida y mete su mano dentro. Ese es el trabajo que le gusta. Los pollos reconocen la señal y se reúnen a sus pies, piando excitados. Extiende su brazo, esparciendo la comida por el suelo y los observa ir de aquí para allá picando las semillas.

—Ten Molly.

Se inclina y tira unas semillas a los pies de la gallina. Ella picotea delicadamente y él le acaricia la cabeza. Tiene que darse prisa porque tiene que poner los platos en el comedor antes de que suene la tercera campana para el desayuno.

Los chicos se levantan cuando el hermano Dermot entra en el comedor y el silencio se cierne sobre ellos. Nadie se atreve a hablar cuando está de guardia. Inclinan sus cabezas y repiten la bendición matinal.

—Empezad —dice.

Billy coge su cuchara y comienza a comer sus gachas de avena; hay algo retorciéndose en ellas, pero cierra los ojos y se lo come de todas formas. O'Malley está sentado en frente suyo. Se inclina y susurra:

—Lo sabe.

Billy siente que se le revuelve el estómago. Si el hermano Dermot sabe que mojó la cama de nuevo, seguramente le pegará.

Piensa en Louie. ¿Terminará Billy en la enfermería también?

—¿Te vas a comer eso? —susurra Willis.

Billy sacude la cabeza. No está hambriento. El miedo lo paraliza. No sabe qué hacer. No será el habitual azote en la parte trasera de sus piernas; esta vez está seguro de que el hermano Dermot lo matará. Mira a Barnes; tiene una sonrisilla en su rostro. Willis dice que es una serpiente. Quizás Barnes le contó al hermano Dermot lo de la sábana que escondió en la taquilla.

Desfilan dentro de la clase; el hermano Dermot ya está allí. Hay una sábana mojada en su pupitre delante de él. Los chicos se sientan en silencio; todos saben lo que va a pasar. Billy piensa que va a llorar. Se muerde el labio con fuerza. El hermano Dermot lo está mirando directamente.

—Bueno, ¿qué pensáis que tenemos aquí? —pregunta mirando alrededor de la clase.

Al principio nadie responde cuando Barnes levanta su mano.

—Una sábana, hermano Dermot —dice.

—Sí, claro, una sábana. ¿Qué clase de sábana preguntaría?

—Una sábana mojada —continúa el chico.

—Justo eso. Ahora podríais preguntaros qué estoy haciendo con una sábana mojada en mi escritorio.

Uno de los chicos se ríe nervioso.

El hermano Dermot lo mira.

—Bueno, estoy buscando al propietario de esta sábana mojada.

Mira alrededor de la habitación, lentamente y mira fijamente a los chicos. Billy se da cuenta de que todavía no sabe que es su sábana. El hermano Dermot coge una esquina del objeto del delito entre uno de sus dedos y el pulgar ante él como si fuera una serpiente viva a punto de atacar.

—Uno de los chicos de esta clase es el dueño de esta sábana, no será muy difícil descubrir quién. Sin embargo —hace una pausa—, le doy a ese chico la oportunidad de aparecer ahora mismo. Tenéis hasta la hora de comer para decidir. Si el culpable no aparece entonces pegaré con la vara a toda la clase.

Un murmullo de temor recorre la clase. Billy ve a Barnes mirándolo. Así que lo sabe. ¿Qué debería hacer? Willis es su amigo; no quiere que le peguen por su culpa. Y Damon y Bob, son todos sus compañeros. Se supone que tienes que cuidar de tus compañeros, eso es lo que papá siempre dijo. «Afronta tu castigo como un hombre». Pero papá no dijo eso; fue un personaje de una película de

vaqueros. Papá nunca le pegó, ni una vez. Billy toma una decisión; es la decisión más valiente que nunca ha tomado.

Levanta su mano.

—Es mía —dice.

Su voz es apenas un susurro.

El hermano Dermot tira la sábana al suelo.

—¿Es tuya? Bien, tú, O'Malley llévate esto a la lavandería y date prisa. El resto de vosotros sacad vuestros libros y poneos con los Diez Mandamientos —dice.

Luego mira a Billy. Billy desearía estar a cientos de millas de distancia. Ruega por que no vuelva a mearse otra vez, no allí, delante de la clase.

—Smith. En frente de la clase.

De alguna manera Billy consigue levantarse y ponerse delante de la clase. Sus rodillas están temblando. Los chicos están en silencio. Saben lo que va a suceder. Tienen sus libros abiertos delante de ellos, pero nadie está leyendo.

El hermano Dermot coge una silla y la coloca al lado de su escritorio y luego va al armario y saca una correa de cuero.

—Bájate los pantalones e inclínate sobre esa silla —dice.

Su voz es gélida. Las manos de Billy tiemblan tanto que apenas puede desabotonarse los botones. Se inclina sobre la silla. Esto es mucho peor que la vara. Sabe que todos los demás chicos lo están observando, mirando su culo. Está del color de la grana a causa de la humillación.

Zas. El dolor es insoportable. Un grito se le escapa de sus contraídos labios.

—Esto te enseñará a no mojar la cama, asqueroso chico.

Zas. No puede contener sus gritos ahora. Una y otra vez, la correa desciende; piensa que nunca va a parar. Pierde la cuenta de las veces que el hermano Dermot le pega. Siente su trasero como si ardiera. De repente el hermano Dermot para. Ha terminado.

—Levántate y vuelve a tu asiento —dice el hermano Dermot.

El hermano Dermot parece más calmado; ya no parece enfadado. Billy lo ve claramente ahora; el hombre se siente mejor porque ha lastimado a Billy. De eso va todo; disfruta golpeándolos. Le gusta. No tiene nada que ver con romper las normas o mojar la cama; es solo algo que al hermano Dermot le gusta hacerles. Billy está enfadado. Sabe que no hay nada que puedan hacer al respecto; el hermano Dermot siempre encontrará alguna excusa para pegarles,

porque quiere. Mientras Billy se sienta cautelosamente en el borde de su asiento, toma una decisión; va a escaparse. Intenta concentrarse en el libro que tiene delante, pero sus ojos están llenos de lágrimas; pestañea para secárselas. No sabe cómo va a hacerlo o a dónde irá, pero sabe que tiene que dejar la granja escuela.

Las clases de la mañana pasan lentamente. Hoy tienen al hermano Anthony, que les enseña inglés. Normalmente a Billy le gusta esta clase, especialmente cuando el hermano Anthony les lee una historia, pero hoy no puede concentrarse por el dolor; su trasero está en carne viva y pegado a sus pantalones. Es caligrafía y no puede hacer que la tiza le obedezca; sus letras son deformes y se le escurren. Un plan se está formando en su cabeza y la excitación crece en su interior. Su ojo ha empezado a contraerse en un tic de nuevo. Pone la mano en alto para pararlo. Puede sentir el pequeño pulso debajo de las puntas de sus dedos, latiendo, diciéndole que no tiene tiempo que perder. Cuando las clases del día terminen, se escapará. Le pedirá a Willis que le diga a Richards que está en la enfermería. Eso le dará al menos tres horas antes de la hora de comer. Nadie lo echará de menos hasta entonces y, para cuando empiecen a buscarlo, estará muy lejos.

Es más fácil de lo que había supuesto. Uno de los chicos mayores lleva el camión a Wadene para comprar harina. Billy espera hasta que nadie está mirando, se mete en la parte trasera y se esconde debajo de un montón de sacos. Puede oír al chico hablar con alguien; es el hermano Patrick, que trabaja en la cocina.

—Asegúrate de que es un saco entero esta vez; la última vez nos dieron menos por más dinero. Y vigila que no haya gorgojos. Ese hombre os pasa cualquier basura a vosotros, chicos.

El hermano Patrick se ríe. Billy puede imaginar su boca, muy abierta, exponiendo sus dientes podridos. Se estremece. A ninguno de los chicos les gusta. Billy ha oído a los chicos mayores hablando; le llaman pervertido. Billy no está seguro de lo que significa, pero sabe que hay algo malo en el hermano. Tiene el hábito de escurrirse detrás de ti y ponerte la mano en el trasero y cuando te castiga no te pega en las piernas con una vara, como los otros hermanos, te pone sobre sus rodillas y te pega en el culo desnudo con una correa. Richard le previno que tuviera cuidado con él.

—Siempre está jugando con su vieja amiga —dijo—. Y le gustan los chicos nuevos, especialmente los rubios como tú; así que ten cuidado.

Richards siempre está cuidando de Billy y Willis. Tiene dieciséis años; pronto se marchará. Les dijo que iba a trabajar en una empresa constructora en Perth tan pronto como los hermanos le dejaran marcharse. Quizás es allí a donde Billy debería dirigirse, a Perth. De repente se le ocurre que no sabe dónde está Perth, o cualquier otro sitio en realidad. Sin embargo, sea donde sea que termine, será mejor que quedarse allí y soportar las palizas del hermano Dermot. Se pone los sacos por encima de la cabeza y se queda tumbado tan en silencio como puede. Escucha al chico subirse en el asiento del conductor y cerrar la puerta.

—No vayas de paseo; sé a lo que vas a Wadene, a holgazanear todo el día hablando con esas chicas aborígenes.

El chico no responde. Billy lo escucha encender el motor. Al fin están de camino. Espera hasta que está seguro de que están lejos de la escuela y luego se sienta y mira hacia atrás. Puede distinguir la granja escuela en la distancia; está desapareciendo en una nube de polvo rojizo que el camión deja tras de sí. Pronto no podrá verla. A pesar del dolor punzante en su costado una sensación de alegría lo embarga; ya no está asustado. Cruza sus piernas y se recuesta sobre el armazón de la rueda. La carretera es accidentada y está llena de baches. El chico conduce rápido y Billy va de lado a lado, pero no le importa, aunque el ajetreo hace que le duela el trasero. Es excitante. No hay nada que ver, solo la polvorienta carretera menguando tras él y de vez en cuando algún árbol del caucho. No ha llovido en dos meses y la tierra está abrasada. Pasan un grupo de zarzos, sus flores doradas brillan a la luz del sol. Billy se limpia el polvo de los ojos y se adentra más en el camión. Puede oír al conductor cantar para sí; es «Waltzing Matilda». Billy quiere unirse a él, pero le asusta que el chico le oiga. No sabe lo que el chico hará si descubre un polizón; puede que lo lleve directo de vuelta a la granja escuela. Así que permanece sentado en silencio y espera.

Transcurridos unos instantes se fija que han pasado unas cabañas de madera destartaladas y puede ver la línea del ferrocarril corriendo pareja a la carretera; deben estar cerca de la estación ahora. El camión empieza a aminorar la marcha. Viene un tren y el chico tiene que esperar antes de poder pasar el cruce. Esta es la oportunidad de Billy para salir. Espera hasta que el camión ha parado y el tren pasa atronando, luego salta y se esconde tras unas rocas. Las puertas del cruce se abren con un lamento y el camión se aleja. Contará hasta cien antes de moverse por si el chico mira hacia

atrás y lo ve.

—Uno, dos, tres…

No puede esperar hasta llegar a cien; se asoma desde detrás de la roca, pero no hay rastro del camión. Animado se levanta. Solo una pequeña nube de polvo en la distancia le dice que el camión estuvo alguna vez allí.

Deja escapar un grito de júbilo. Apenas lo puede creer; es libre.

HERMANO LUCIUS

El hermano Lucius se pone en pie, le duelen las rodillas a causa del suelo de piedra, pero se niega a usar un reclinatorio. Un poco de dolor no es nada comparado con lo que el señor tuvo que sufrir por nosotros, piensa. Ha estado rezando para obtener consejo. Intenta ser humilde y aceptar como están las cosas, pero cada día le resulta más difícil. Esto no es lo que había esperado.

Cree que es un hombre religioso, entonces, ¿por qué su vida es tan difícil de soportar? Cuando tenía diez años sus padres lo ofrecieron a la Iglesia. Le dijeron que Dios bendeciría a su familia si le entregaban uno de sus hijos y él era el elegido. Al principio se sintió resentido de ser apartado de sus hermanos y hermanas, pero con el tiempo se acostumbró a la vida monástica e ingreso en la Hermandad Cristiana con el corazón abierto. Fue a la Universidad de los Hermanos Cristianos y aprendió a ser maestro. Eso era lo que siempre había querido hacer, enseñar a los chicos que eran menos afortunados que él. Eso era en lo que consistía ser un Hermano Cristiano, proveer de educación religiosa y secular a los pobres desafortunados de este mundo. Al menos, eso es lo que pensaba; por eso se había ofrecido voluntario en venir a la Granja Escuela de Wadene, pero ahora no estaba seguro. Era tan frustrante. Había intentado hablar con el padre Mooney, pero no le había llevado a ninguna parte.

—No debes ponerte por encima de tus hermanos —dijo el padre Mooney—. Recuerda que no se han beneficiado de una educación universitaria como tú; son almas puras y simples, intentando hacer lo mejor que pueden la labor de Dios.

Incluso cuando intentó decirle como el hermano Patrick llevaba a los chicos nuevos a su habitación cada noche, todo lo que dijo fue:

—Hermano Lucius, espero que no tengamos un Judas entre nosotros. —Y no quiso escuchar nada más.

Se estremece cuando recuerda el temor en los ojos azules del chico. Era un niño guapo cuando llegó, pero días de duro trabajo y el abuso nocturno a manos del hermano Patrick lo habían convertido en una sombra asustada que temblaba al más ligero sonido. Cada noche cuando el hermano Lucius se arrodilla para rezar, ruega por que Dios ayude al hermano Patrick y le muestre el error de su proceder.

Saca las lecciones del día. Le gusta preparar el trabajo antes de ir a clase, aunque realmente no es necesario ya que el nivel es muy

bajo. Incluso los niños de tercer año no han pasado de las sumas y las restas simples. Un par de chicos recién llegados parecen ser bastante brillantes; sería bueno si pudiera mantener su interés, pero la experiencia le hace dudarlo.

Escucha la campana del desayuno y se estira la sotana. Se pasa la mano sobre su tonsura; todavía está suave allí donde la ha rasurado recientemente. Siente una sensación de orgullo culpable; es el único hermano al que se le permite llevar tonsura. Ese es el problema, piensa; el resto son solo una panda de irlandeses iletrados. No deberían estar enseñando a niños; son hermanos legos formados solo para hacer trabajo doméstico y agrícola. Antes casi todos sus colegas eran hermanos docentes, pero ahora dejan a cualquiera encargarse de una clase. Ha intentado explicar a los otros hermanos que pegar a los niños en las piernas no les hará aprender más rápido, pero nadie le escucha. ¿Y por qué deberían hacerlo? A todos los hermanos se les anima a utilizar el castigo corporal; es la primera cosa que se les enseña cuando llegan a Wadene. ¿Qué puede hacer para cambiar las cosas? Además, los hermanos legos trabajan a cambio de nada. ¿A quién más podían conseguir para hacer el trabajo? El Padre Mooney tiene razón. No son académicos; no han recibido formación. ¿Qué otra cosa se supone que deben hacer? Incluso él tiene que admitir que algunos chicos son difíciles de controlar; son una panda heterogénea, la mayoría abandonados o ilegítimos y casi todos ingobernables. No habiendo conocido nunca el amor, no lo buscan ni lo esperan, pero esa no es excusa para la severidad con la que alguno de sus colegas los tratan. Suspira. No hay nada que pueda hacer al respecto excepto rogarle a Dios que los ilumine.

Sus colegas están sentados a la mesa cuando llega al refectorio.

—Le hemos estado esperando, hermano Lucius —dice el hermano Dermot.

—Lo siento. Me demoré —responde.

El hermano Dermot se levanta y recita la bendición. Se produce un alboroto mientras los chicos se sientan y comienzan a comer.

—¿Cómo está hoy, hermano Lucius? —pregunta el hermano Anthony metiéndose un trozo de bacon en su boca con el tenedor.

—Estoy bien, gracias.

No tiene ganas de conversar. Algo le está sucediendo; no puede quitarse de encima esos pensamientos negativos. ¿Está sufriendo una crisis de fe o es solo por estar aquí en Wadene? Mira a su

compañero. El hermano Anthony es un buen hombre; solía ser panadero antes de sentir la llamada de Dios. Y sin embargo ayer lo vio pegando a un niño con una correa solo porque su letra no era lo suficientemente recta. Pero ¿quién es él para juzgar? Las palabras del padre Mooney vuelven a él:

—No juzguéis a menos que seáis juzgados.

—¿Café, Lucius?

—Gracias, hermano Dermot.

Mira el rostro duro del hombre; no puede ver una pizca de caridad cristiana en él. Sabe que el hermano Dermot sufre un constante dolor a causa de la artritis en sus rodillas, pero debería recibir con gusto ese dolor al igual que Jesús recibió con gusto su dolor en la cruz. No, el hermano Dermot lleva allí demasiado tiempo; ha ido incrementando su crueldad y ahora no es consciente de lo que hace.

—¿Ha oído lo del chico? —pregunta el hermano Anthony.

El hermano Lucius sacude la cabeza.

—¿Qué chico?

—Smith. Se ha fugado.

Conoce a Smith, un chico tranquilo. Es uno de sus mejores alumnos, un chico nuevo.

—¿Cómo ha sucedido?

—Nadie lo sabe, pero no se le ha visto desde el domingo. Le dijo a Richards que estaba enfermo y nadie lo ha visto desde entonces.

—¿A dónde puede haber ido?

—Dondequiera que esté lo encontraremos. Alguien se topará con él y nos lo enviará de vuelta, y cuando lo hagan, ese chico deseará no haber nacido nunca —dice el hermano Dermot.

—Llevaba aquí casi seis meses, ¿verdad? ¿Por qué se ha fugado ahora?

Normalmente a los nuevos chicos les cuesta un tiempo acostumbrarse a la granja, pero una vez que lo hacen, siguen la rutina como todo el mundo. Nadie se había escapado en años. El último en hacerlo fue Hopkins. Lo recuerda con claridad. Un chico con el pelo rubio color platino y el rostro de una chica. Encontraron su cuerpo en la vía del ferrocarril; su pierna había sido cercenada y se había desangrado antes de que los dingos dieran cuenta de él. Se estremece ante el recuerdo.

—Quién sabe lo que se les pasa a esos chicos por la cabeza. De todas formas pronto deseará no haberse preocupado en hacerlo

—añade el hermano Dermot.

—¿Ha salido alguien a buscarlo? ¿Ha sido informada la policía? —pregunta el hermano Lucius.

—El padre Mooney les telefoneó esta mañana —le dice el hermano Anthony.

—¿Y si está perdido? Podría morir ahí fuera con ese calor.

—Dios cuidará de él —les asegura el hermano Patrick.

—Chico desagradecido —musita el hermano Dermot, poniéndose de pie con la ayuda de su bastón para poder ver mejor a los chicos—. Si escucho otro sonido, no habrá desayuno mañana para ninguno de vosotros —brama.

El hermano Lucius puede ver que su artritis es particularmente dolorosa esta mañana.

La habitación está en silencio.

—Hablan de Smith —explica el hermano Anthony—. Están asustados.

—Les daré algo para que estén asustados —responde el hermano Dermot—. Cuando digo silencio, quiero decir silencio.

Los hermanos saben que no hay que contradecir a su colega.

—¿Ha interrogado alguien a los chicos para ver si saben dónde ha ido? —pregunta el hermano Lucius—. ¿Y sus amigos?

—Sí, siempre está holgazaneando con Willis. ¿Ha hablado alguien con Willis? —añade el hermano Anthony.

—Les he preguntado a todos y estoy seguro de que no saben su paradero.

El hermano Lucius no tiene duda al respecto; no quiere pensar en el método empleado en el interrogatorio del hermano Dermot.

Después del desayuno, camina hacia la capilla. Su primera clase no es hasta dentro de una hora, así que puede pasar algún tiempo en silenciosa contemplación. Quizás una hora de oraciones pueda borrar de su corazón todas esas dudas. Ve a los chicos dirigirse a las clases y sus pensamientos regresan al fugitivo. ¿Qué se le metió a ese chico en el cuerpo para fugarse así? Parecía acostumbrado a su nueva vida. Es cierto que era muy callado, pero trabajaba duro y nunca se había metido en problemas por lo que él sabía. ¿Por qué pondría en peligro su vida fugándose? Wadene estaba a millas de distancia de cualquier parte; sería muy fácil para él meterse en la sabana y perderse. El chico nunca sobreviviría solo. A menos que lo encontraran pronto se moriría de hambre y de un golpe de calor. Pobre niño, rezaría una oración especial por él.

WILLIS

Willis espera hasta que ve al hermano Dermot entrar en una de las clases, luego corre a la enfermería. Mira por la ventana. Nadie parece estar allí. Sabe donde está Louie, es la cama del final. Abre la puerta y entra. El hermano Dermot les ha prohibido a los chicos visitar a Louie. Dijo que estaba demasiado enfermo para visitas, pero Willis no lo cree.

Puede ver a Louie; está echado muy quieto y sus ojos están cerrados.

—Louie —susurra—. ¿Estás despierto?

Los ojos de Louie están abiertos, pero no se mueve.

—Hola, ¿Willis? ¿Eres tú?

—Sí, he venido a decirte algo, pero no puedo quedarme mucho porque el viejo cara de mariquita me matará si me coge aquí.

—¿Qué es?

La voz de Louie es débil, como si sufriera dolores.

—¿Estás bien?

—Me duele la espalda.

—¿Por qué no te sientas?

—No puedo. No puedo mover las piernas. Por eso no me dejan volver a escuela.

—Eso esta bien, ¿verdad? Yo desearía estar aquí. No me importaría quedarme en la cama todo el tiempo.

Parece que Louie va a llorar.

—No nos dejan visitarte —le explica Willis.

—Lo sé. Dice que no puedo ver a nadie hasta que no me haya aprendido el catecismo. Viene todas las noches a enseñarme.

Willis sabe lo que quiere decir.

—¿Todavía te pega?

—No, no me ha puesto una mano encima desde aquella noche.

—Maldito bastardo.

—¿Qué querías decirme?

—Es sobre Billy. Se ha escapado.

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

Louie sonríe débilmente.

—Espero que no lo encuentren.

—Yo también. El viejo cara de mariquita está en pie de guerra, fustigando a todo el mundo. Ha sacado su correa nueva, sabes, la que usa para las ocasiones especiales, con los clavos en su extremo.

Todos la probamos el lunes cuando se dio cuenta de que Billy no estaba aquí.

Se oye un ruido en la habitación trasera.

—Tengo que irme. Solo quería hacerte saber las noticias.

—Gracias, Willis.

Louie cierra los ojos. Parece que estuviera durmiendo. Willis escucha la puerta abrirse y una voz pregunta:

—¿Hay alguien ahí?

Willis se esconde detrás de la pantalla y se dirige a la puerta.

—Hola, Louie, te has despertado.

Es el hermano Anthony; ha venido a leerle una historia a Louie.

Willis sale antes de que el hermano lo vea; todavía puede escuchar su voz sonando al cruzar el patio. Debe darse prisa o llegará tarde. Richards no es demasiado malo; se quejará, pero no se chivará. No puede dejar de pensar en Billy; no puede creer que hiciera eso. Lo encontrarán y entonces será peor que nunca para él.

—Oh, aquí estás. Pensé que habías decidido escaparte también —dice Richards.

Se marchará dentro de unas pocas semanas y está siempre sonriendo estos días. Willis desearía que le tocara marcharse, pero ¿a dónde iría? No tiene familia que conozca y ni siquiera recuerda nada de la época antes de llegar a Wadene. Este es su hogar; nunca ha conocido otro.

—No, alguien tiene que hacer el trabajo ahora que te vas tú —le responde con una sonrisa.

—Bien, continuemos con él.

—¿Qué crees que le sucederá a Billy cuando lo cojan? —pregunta cogiendo una pala.

—Si lo cogen, quieres decir.

—¿Qué, piensas que se saldrá con la suya?

Nunca se le ha ocurrido a Willis la idea de que alguien pudiera escaparse de los hermanos.

—Ya lo veremos. Ahora vamos, ve allí con los demás.

MAGGIE

A Maggie la despierta el sonido de una furiosa campana. Se sienta automáticamente y busca a tientas sus zapatos. Le están bien ahora, pero se pregunta qué sucederá si sus pies continúan creciendo. ¿Le darán un par nuevos? Se sienta mirando sus raspados dedos. Parece que llevara allí toda la vida. Las otras se están moviendo, quitándose sus camisas y corriendo a la ducha, a todo el mundo le gusta entrar y salir de la ducha tan rápido como es posible, antes de que la hermana Agnes llegue. Mira a lo largo del dormitorio; la hermana Agnes está al final hablando con una de las nuevas chicas. Maggie se introduce en el baño y se echa agua fría en la cabeza, no quiere ducharse hoy. Si se da prisa, la hermana Agnes no notará la diferencia. Se peina el pelo mojado y se saca el vestido por la cabeza. Se le está quedando demasiado ajustado, especialmente en el pecho. Odia tener que quitarse la ropa delante de todo el mundo, pero aún más odia la forma en la que la hermana Agnes mira su cuerpo desnudo. No hay lugar en el que pueda esconderse de esos ojos fisgones.

—Moveos chicas, esas vacas no van a ordeñarse solas —grita la hermana Agnes en toda la habitación.

La monja entra en las duchas, pero hoy llega demasiado tarde; casi todas las chicas están vestidas y listas para marcharse.

A Maggie le gusta ordeñar las vacas. Al principio le asustaban, pero pronto aprendió cómo tratarlas. Todas las chicas tienen sus favoritas; la de Maggie es una vaca grande marrón y blanca llamada Daisy. Le habla todo el tiempo que la ordeña. La hermana Bridget le dijo que una vaca satisfecha da una leche más dulce. Espera que sea verdad. Nunca le grita a Daisy, como las otras hacen y a veces le acaricia el lomo y se sienta con la cara contra su cálido costado.

Mientras camina por el cobertizo de las vacas, ve a Grace por primera vez en semanas. Se aleja de las otras lecheras y va a hablar con ella; su hermana está cubierta de parches de pintura violeta.

—¿Qué es eso Gracie? —le pregunta señalando la pintura.

—Es petigo. Tengo petigo.

—Ven aquí, déjame darte un abrazo.

—No, soy tagiosa. No debes tocarme.

—Ok, solo abrazaré las partes buenas.

Rodea con sus brazos el cuerpo de Grace y la abraza. Se siente tan bien al sentir su pequeño brazo en sus brazos.

—¿Duele? —pregunta.

Grace sacude la cabeza.

—Teddy también lo tiene, pero la hermana Angelica no le puso esa cosa violeta y ahora no se mejorará —lloriquea.

Maggie está sorprendida porque todavía tenga a su osito de peluche. Intentaron separarla de él una vez y Grace se puso muy alterada. Ha mojado la cama repetidamente y, aunque la hermana Angelica la ha hecho quedarse de pie con la sábana mojada en su cabeza toda la mañana, no se ha curado de ello. No fue hasta que la hermana Bridget sugirió que le devolvieran el osito de peluche que mejoró. La hermana Bridget es amable; nunca les grita y nunca les pega en las piernas como las otras.

—Supongo que no está tan mal como tú, Gracie, es por eso. ¿Le has preguntado a Teddy si le duele?

—Sí, dice que pica.

—¿Los tuyos pican?

—Un poco.

—No debes rascarte; lo sabes ¿verdad?

Grace asiente con la cabeza.

—Y no dejes que Teddy se rasque los suyos tampoco.

Grace asiente con la cabeza de nuevo, más vigorosamente.

—¿Qué ibas a hacer?

—La hermana Angelica dice que ya estoy suficientemente bien para darles de comer a los pollos hoy, pero Teddy les tiene miedo. Le dije a la hermana Angelica que no paraban de picarle a Teddy en las piernas, así que dijo que debería dejarlo en mi habitación.

—Margaret Smith, ¿qué estás haciendo?

Es la hermana Agnes.

—Tengo que irme, Gracie. Te veo luego. Te quiero.

—Te quiero, Maggie.

Maggie corre detrás de las otras; no quiere hacer enfadar a la hermana Agnes. El castigo preferido de la monja es dejar a las chicas sin comer y hacerles pasar la hora de la comida arrodilladas en la capilla pidiéndole perdón a Dios.

Maggie no tiene una idea exacta de cuánto llevan en el orfanato; puede que sea casi un año, calcula. La única manera de poder enterarse del paso de los meses es contando los festivales religiosos, ha habido una Navidad, una Semana Santa y pronto habrá el segundo Festival de la cosecha. Piensa en Billy y suspira. ¿Cómo le estará yendo? ¿Habrá hecho amigos? ¿Es su vida igual que la de ellas o es peor? No puede imaginarse que sea mejor, pero espera

que no sea peor.

Aplasta un mosquito con su mano y se da la vuelta. A algunas de las chicas se les ha permitido dormir en la veranda esta noche, porque hace mucho calor. Es la única que todavía está despierta; puede oír los suaves ronquidos de sus compañeras mezclado con el áspero chirrido de los grillos y en la distancia algún que otro aullido de los dingos. Se siente muy sola y desearía que mamá viniera y los llevara a casa; echa de menos Londres. Ha intentado adaptarse a la vida en el campo, pero no ha sido fácil. Hay muchas cosas que le producen miedo. Un sapo llama a su compañera y un momento después escucha la respuesta; están abajo al lado del charco pantanoso donde recogen el agua para los animales. Se sienta y mira por la malla la noche. Las lámparas de queroseno que cuelgan en el porche se han apagado y aunque es una noche sin nubes, la luz de las estrellas no es lo suficientemente fuerte para iluminar nada. No hay luna, pero no necesita la luz de la luna para saber qué hay ahí fuera; la hierba está quemada y luce de un color marrón polvoriento y todo está cubierto con un fino polvo rojo. Hasta que las lluvias lleguen, estará así. La noche está en calma. Grandes pájaros duermen en el árbol del caucho y cuando el sol salga extenderán sus alas y volarán en busca de comida, graznando y piando mientras se marchan y haciendo tal ruido que despertarán a todo el mundo. Un repentino movimiento la hace sobresaltarse, pero es solo una lagartija que se ha aventurado a acercarse a la veranda. Toda clase de criaturas viven ahí abajo, varanos, arañas, gecos, sapos y serpientes. Odia a las serpientes. No hay serpientes en Londres, excepto en el zoo, por supuesto. Una lágrima desciende por su mejilla al pensar en su excursión al zoo; aquella era una vida diferente y ella era una chica diferente entonces. Tenía apenas un par de años más de los que Grace tiene ahora y recuerda como tenían que mantenerse juntos, en fila india, cada niño cogiendo la mano del otro. Ann era su mejor amiga y se aferraron a la mano de la otra toda la tarde, al pasar por los animales en sus jaulas, chillando y riendo cuando veían algo que las asustaba, como los babuinos con sus afilados dientes y sus grandes traseros rojos. Miss Jenkins las acompañó todo el día y cuando regresaron a escuela les hizo dibujar su animal favorito. Maggie había dibujado un oso marrón porque se parecía a uno que papá le había regalado por su cumpleaños. Se tumba una vez más y cierra los ojos; tienen que levantarse cuando salga el sol.

No está cansada. Su mente trabaja acelerada y no puede conjurar ese soporífero estado que necesita para ser capaz de dormir. Normalmente, no tiene problemas para dormir; suele estar cansada por el duro trabajo que tiene que hacer cada día después de escuela, pero hoy es diferente. Está preocupada por Grace. Su hermana no se adapta bien y ha hecho pocas amigas. Las monjas no son malas con ella, pero son estrictas y Grace tiene problemas para entender qué se supone que debe hacer. Pasa más tiempo hablando con su osito que con otras personas. Maggie ha intentado hablar con la hermana Angelica de ella, le ha sugerido que Grace se traslade a su dormitorio para estar con ella y cuidarla. La hermana Angelica fue muy comprensiva y dijo que vería lo que podía hacer, pero al final las monjas decidieron que hasta que Grace no tuviera cinco años tendría que quedarse donde estaba. Eso significa otro año al menos.

¿Qué va a pasar con ella cuando Maggie se marche? La hermana Bridget ya le ha dicho que cuando tenga catorce años tendrá que encontrar un trabajo. Tiene que hacer algo para ayudar a su hermana antes de que eso suceda.

A la mañana siguiente después de desayunar va directa a ver a la Madre Superiora. A las chicas no se les permite entrar en esa parte del orfanato; es solo para las monjas. Puede sentir sus rodillas temblar mientras avanza por el pasillo. La habitación de la Madre Superiora está al final a la derecha. Duda por un instante y luego toca ligeramente a la puerta.

—Adelante.

Maggie abre la puerta y entra. La Madre Superiora está escribiendo algo en su escritorio.

—¿Sí? —pregunta sin levantar la vista.

—Perdone Reverenda Madre —empieza Maggie.

La monja levanta la vista sorprendida.

—¿Qué estás haciendo aquí, niña? ¿Quién te envía?

—Nadie, Reverenda Madre.

—¿Nadie?

La Madre Superiora se echa hacia atrás y se quita las gafas; se queda mirando fijamente a Maggie unos instantes.

—Smith, ¿no es así?

—Sí, Reverenda Madre, Margaret Smith.

—Bien, Margaret Smith, ¿qué puedo hacer por ti?

—Por favor, Reverenda Madre, quiero hablarle de mi hermana

Grace.

—Ah, sí, Grace Smith. Sé a quién te refieres; la pequeña callada. ¿Y qué le sucede?

—No es feliz, Reverenda Madre. Era pequeña cuando llegó aquí y todavía no se ha acostumbrado a las otras niñas.

—Ya veo, ¿qué es lo que quieres que haga al respecto?

—Si estuviera en el mismo dormitorio que yo, podría cuidarla; no estaría asustada.

—¿Asustada? ¿De qué tiene que estar asustada?

—Echa de menos a su madre. Nunca ha estado lejos de ella antes.

—Tu madre está muerta si no recuerdo mal.

—Eso es lo que nos dijeron —responde Maggie demasiado firmemente.

Ve que la Madre Superiora se pone rígida.

—Quizás estás malinterpretando esto, niña. Tu hermana lleva aquí un año; debería estar acostumbrada al orfanato ya. Quizás solo está buscando atención; las niñas pequeñas a menudo lo hacen.

—Pero moja la cama y no lo había hecho nunca en casa.

—Ha sido un cambio para ella. Estoy segura de que, llegado el tiempo, se adaptará, como todas las demás niñas.

—Pero...

—No más peros, niña. Es hora de que vayas a tus clases. La próxima vez si tienes algo que se refiera a tu hermana, debes hablar con la hermana Angelica.

La Madre Superiora se vuelve a poner las gafas y coge un trozo de papel de su escritorio.

—Sí, Reverenda Madre.

Maggie vacila y luego dice:

—Su cumpleaños es pronto; cumplirá cinco años en pocos días —añade—. La hermana Angelica dijo que podría trasladarse cuando tuviera cinco años.

La Madre Superiora la mira exasperada.

—Eres una niña muy cabezota, Margaret Smith. Bueno, si tu hermana está a punto de celebrar su quinto cumpleaños, hablaré con la hermana Angelica al respecto, pero no puedo prometerte nada. Dependerá del espacio que haya en vuestro dormitorio. Ahora vete antes de que pierda la paciencia contigo.

—Gracias, Reverenda Madre.

Maggie corre fuera de la habitación antes de que la Madre

Superiora pueda cambiar de opinión. Ahora tiene que hablar con Grace antes de que averigüen que ha mentido sobre la edad de su hermana.

BILLY

Billy piensa en el día en que llegó a Australia. Sabe que desembarcaron en Fremantle. Intenta recordar lo que el acompañante les dijo sobre Australia. Cierra los ojos y se concentra hasta que puede ver el mapa ante él. Fremantle estaba en la parte inferior, recuerda, eso debe significar que está en el Sur. Tiene que ir en dirección sur, pero ¿en qué dirección está el Sur? ¿Qué fue lo que dijo el acompañante? El sol se pone por el Oeste. Dijo que, si te pones de pie con el sol poniente a tu derecha, el Sur está de frente. Billy mira al sol; está justo sobre su cabeza y lo ciega. No podrá decir en qué dirección está el Sur hasta más tarde, pero no hay tiempo para esperar a que el sol se ponga; tiene que marcharse ahora antes de que le echen de menos. Ha trazado un plan. Seguirá la vía del tren hasta llegar a Fremantle. Razona que el tren llegó de allí, así que todo lo que tiene que hacer es caminar en dirección contraria.

Mira a su alrededor cautelosamente. No se ve a nadie, salvo un viejo perro echado a la sombra de un árbol del caucho. Tira de su sombrero para que cubra sus ojos y lo proteja de la áspera luz y comienza a caminar siguiendo las vías. La hierba está quemada y parece paja de un color gris parduzco, pero es más suave bajo sus pies que la carretera. Camina durante lo que parecen horas y todavía no ve a nadie ni nada. Las vías se prolongan interminablemente en la distancia. Está cansado ahora y sediento, pero su miedo le hace continuar; pronto estará allí, se dice a sí mismo. Está comenzando a darse cuenta de que debería haber hecho mejores preparativos. Necesita agua y comida. ¿Y dónde dormirá esa noche? No ha tenido en cuenta esas cosas. Una serpiente se desliza hacia él. Billy se detiene; no debe moverse. Es mejor permanecer completamente quieto; eso es lo que Willis le ha dicho. La serpiente no lo ve y continúa su camino. Billy espera a ver si hay una segunda; a menudo vienen a pares. Cuando no aparece ninguna, continúa. No le preocupan las serpientes; Willis le dijo que solo atacan si las molestas primero. Lo que odia son las arañas; parece haber muchas en Australia. Había arañas en Londres; las recuerda bien, pero eran diminutas criaturas que corrían y se escondían en las esquinas de los armarios o debajo del sofá, no esas grandes cosas peludas que viven en los árboles del caucho. Incluso las arañas del refugio antiaéreo de Mrs. Kelly no eran tan malas como estas. Algunas son incluso venenosas según Willis. La peor es

la araña espalda roja; que puede matarte en diez segundos. Es pequeña; tan pequeña que no siempre la percibes, pero si la pisas, te pica. Mira al suelo cuidadosamente. Hace dos meses que no lleva zapatos; con los que llegó pronto se le quedaron demasiado pequeños y aunque les cortó las puntas, era más doloroso llevarlos que ir descalzo. Y, de todas formas, ninguno de los otros chicos llevaba zapatos y llamaba la atención al llevarlos. Sus pies ahora están bronceados de un color marrón oscuro y las plantas están duras, como el cuero, pero ¿sería eso suficiente para evitar una picadura de araña? No está seguro.

Billy comprueba la posición del sol; se ha movido por el cielo y asola la tierra. Va en la dirección correcta después de todo. Darse cuenta de esto lo complace tanto que siente una nueva inyección de energía. No tiene idea de cuanto le costará llegar a Fremantle, pero continuará caminando hasta que oscurezca. Cuanta más distancia ponga entre él y la granja escuela, mejor.

Parece imposible que pueda hacer más calor, pero lo hace; siente que su sangre está hirviendo y apenas puede poner un pie delante del otro. Está muy cansado y muy sediento. Todo su cuerpo le duele y sus pies sangran allí donde pisó una piedra. Quiere llorar, pero no puede hacerlo; sus ojos están secos y le pican. Las vías del tren parecen no acabar nunca, no hay rastro de una estación, ni casas, ni nada. Ni siquiera le ha pasado un tren. Hay una nieblina en el horizonte delante de él y piensa que puede distinguir la silueta de unas casas. No puede estar lejos ahora. Quizás es una ciudad. Quizás es Fremantle; aunque no sea Fremantle habrá agua y comida allí. Continúa avanzando a tumbos, pero la ciudad parece tan lejos como siempre. Quizás es solo un espejismo; ha leído sobre espejismos. Pueden volver loca a la gente.

Al fin ve un grupo de árboles del caucho en la distancia y abandona la vía para caer extenuado a su sombra. Al caer su cuerpo sobre el suelo, se duerme inmediatamente y su cabeza se llena de sueños.

Billy sueña que está a bordo de un barco y que se dirigen a Inglaterra. Willis está con él. Le dice a Willis que le gustará Inglaterra, que su hermana cuidará de ellos. Están de pie en la cubierta, mirando al mar y un barco se dirige hacia ellos. Puede ver su nombre pintado en el casco, «Wadene». No puede moverse. El barco se acerca cada vez más; viene por él y por Willis. Sus piernas parecen plomo. No puede moverse. No quiere ver sus rostros, pero

ya sabe que uno de ellos es el hermano Dermot. Lleva una jarra de agua que le ofrece a Billy, pero Billy está demasiado asustado para cogerla. Podría estar envenenada. Ve una diminuta araña corriendo por el borde. «—Bebe, bebe —le apremia el hermano».

Algo lo despierta. Salta asustado. Quiere gritar, pero ningún sonido sale de su reseca garganta. Hay un viejo acuclillado a su lado. Es el hombre más negro que Billy ha visto nunca. Su piel es tan oscura que absorbe toda la luz a su alrededor. Billy se lo queda mirando fijamente. El hombre está completamente desnudo, salvo por una pequeña bolsa que cubre su vieja amiga; su pelo es gris y rizado y mira a Billy con unos ojos que son tan negros como la noche. Su rostro es una red de profundas arrugas. Billy está paralizado por el terror. No sabe qué hacer. Ha oído historias sobre los aborígenes. Son salvajes, así los llaman los hermanos; algunos incluso son caníbales. El hombre tiene una lanza hecha de endrino a su lado. ¿Va a matarlo?

El aborigen le tiende una lata. Billy vacila; su sueño persiste en su mente, todavía demasiado fuerte, pero al fin la sed lo supera y extiende los brazos para coger la lata. El agua está caliente y sabe a hierro, pero es buena. La traga ávidamente.

—Gracias —dice.

Su voz le sorprende; no es más que un susurro.

El aborigen saca un pequeño trozo de carne seca de su bolsa. Billy la coge agradecido. Es como masticar cuero. Se pregunta qué es, algún animal muerto, dingo quizás. Mira al cielo; el sol se está moviendo hacia el horizonte. Ha dormido cuatro horas; pronto oscurecerá y todavía tiene un largo camino que recorrer. Está preocupado. No quiere caminar por la noche por si se pierde, pero sabe que no puede quedarse allí solo. Sabe que hay dingos salvajes alrededor; algunas veces podía oírlos desde la granja escuela. ¿Cómo se protegerá?

El aborigen se levanta y coge su lanza. Se marcha. Billy lo observa alejarse. No se dirige al Sur; va hacia el Oeste, hacia el sol poniente, lejos de la vía del tren. Billy vacila. Si lo sigue, nunca encontrará el camino de regreso a la vía, pero si se queda allí, estará solo. Pensar en una noche solo en la sabana le hace ponerse en movimiento; salta y corre tras el hombre. El aborigen no se vuelve a mirarlo. Solo continúa caminando.

Caminan hasta que el cielo se torna escarlata y el sol se esconde a la vista, entonces el aborigen se detiene al lado de un montículo

de rocas. Billy se sienta en el suelo; el trasero todavía le duele por la paliza que le dio el hermano Dermot y sus pies están malheridos de caminar. Observa al hombre negro excavar en el suelo debajo de la roca con su lanza. Excava hasta que ha hecho un hoyo profundo y luego se inclina y bebe, haciendo un cuenco con sus manos. Le indica a Billy que haga lo mismo. El agua surge desde el fondo del hoyo; tiene lodo, pero es agua fresca. Billy la coge en sus manos y bebe. Después el hombre levanta una de las rocas más pequeñas. Billy ve algunas hormigas corriendo a escapar, pero antes de que puedan hacerlo, el hombre coge una y se la mente en su boca, luego le indica a Billy que haga lo mismo. Billy está hambriento, pero no quiere comer hormigas, hormigas vivas no. Se las imagina retorciéndose en la boca del viejo. Sacude su cabeza, no, hormigas no. El hombre se acuclilla y se toma algunas más, atrapándolas con una mano y acercándolas delicadamente a su boca con la otra, como si fueran la mayor delicatessen. Mira a Billy y sonríe. Sus dientes son grandes e irregulares; brillan blancos a la luz menguante. Está disfrutando de su comida y no parece tener prisa por moverse.

Justo cuando Billy piensa que van a pasar la noche al lado de esas rocas, el aborigen se levanta y comienza a caminar de nuevo. Billy no tiene otra opción que seguirlo; se da cuenta ahora de que está completamente perdido. Se mantiene tan cerca del hombre como puede mientras avanza por la sabana. El aborigen parece saber exactamente a dónde va, pero Billy no puede distinguir ningún punto de referencia; ahora está demasiado oscuro. La noche está llena de extraños sonidos y Billy se pregunta cómo los protegerá el aborigen si son atacados por animales salvajes; su lanza no parece muy eficiente. Desesperadamente, intenta recordar lo que el acompañante les dijo en el barco. Ciertamente hay dingos en Australia, pero ¿qué más? Se pregunta si hay leones o tigres, o ¿eso era en África? Un ruido, como un rugido apagado le hace sobresaltarse, suena como un león. Mira al aborigen; si lo ha oído no lo evidencia y continúa moviéndose en la oscuridad.

Después de lo que parece mucho tiempo, llegan a un claro. La luna ha empezado su ascenso y gracias a su acuosa luz Billy distingue unas cuantas improvisadas cabañas; son humpies, nada más que refugios contra el viento hechos de ramas de espino. Sentados en el suelo fuera de esas burdas moradas hay más negros. Billy vacila mientras el hombre va a una de las cabañas y se

arrodilla al lado de una mujer aborigen. Le dice algo y señala a Billy. Billy se siente asustado. Quizás sean caníbales después de todo; quizás lo ha traído allí para matarlo y comérselo. Sus dientes comienzan a castañetear y se detiene, demasiado asustado para continuar.

La mujer avanza hacia él. Dice algo y le toca la mejilla, luego se ríe y tira de su pelo rubio. Él intenta no mirarla fijamente; su piel no es tan negra como la del hombre, pero ella también parece vieja. Está desnuda y cuando se agacha sus pechos quedan colgando contra su estómago. Nunca antes ha visto a una mujer desnuda y siente que enrojece de vergüenza. El hombre se ha sentado en el suelo dentro del humpy. Le dice algo a la mujer y esta coge la mano de Billy y lo conduce hasta otro refugio. Señala dentro y sonríe. Cuatro perros de color pardo están acurrucados dormidos allí dentro. Billy entiende. Puede dormir con los perros. Vacila. ¿Le morderán? Ha oído que los perros saben si les tienes miedo. Cautelosamente, se introduce para ponerse a su lado; uno gruñe ligeramente, pero los demás ni se inmutan. El olor de los perros es fuerte, pero se está caliente allí y Billy se siente sorprendentemente a salvo. No está acostumbrado a los perros; el único perro que conoce es el perro de Mr. Ford y casi es tan viejo como Mr. Ford. Mamá prometió que podrían tener un perro cuando la guerra terminara, pero no cree que eso vaya a suceder ahora. Pone su cabeza contra el costado del perro más cercano y pronto se queda dormido. Esa noche no sueña.

Billy se despierta tan pronto como hay luz. Los perros están despiertos y saltando excitadamente; uno de ellos se aproxima y le lame la cara. Es un lametón húmedo y salado y huele a algo podrido. Billy sale del humpy. El aborigen tiene su lanza en la mano y está hablando con un grupo de hombres. Van a cazar. Billy salta y empieza a seguirlos, pero la mujer lo detiene. Sacude la cabeza y le hace señas para que se siente. Luego le da un trozo de panal. Es muy dulce y bueno, pero no le llena; lame la miel de sus dedos y observa a la mujer. Esta va hacia las otras mujeres y dice algo; todas lo miran y se siente avergonzado de nuevo.

Los hombres y los perros se marchan. Billy espera que el aborigen lo recuerde y le invite a ir con ellos, pero este ni siquiera mira en su dirección. Un chico de unos cinco años viene hacia él con un cachorro del mismo color que los perros de caza y se sienta a su lado. El cachorro es muy gordo y se desprende de las manos del

niño y salta al regazo de Billy. Al principio Billy no está seguro de qué hacer con el cachorro, pero el animal tiene sus propias ideas y empieza a masticar el borde de la camisa de Billy. Él lo acaricia cuidadosamente, suavemente, intentando alejarlo de su ropa, pero ahora el cachorro quiere jugar; coge el brazo de Billy con su boca y tira de él. Los dientes del cachorro son como diminutas cuchillas, finas y afiladas.

—Eh, eso duele —dice riendo.

El chico aborigen se ríe también e intenta hablar con Billy, pero Billy no puede entender ni una palabra de lo que dice. Al final, el chico desiste y coge a Billy de la camisa, tirando de ella hasta que Billy se levanta y lo sigue. Dejan al cachorro jugando con un viejo hueso y se dirigen a un bosque de eucaliptos en donde hay una cascada que cae sobre una pequeña poza. Arriba, sobre unas rocas, una garza color púrpura observa a los chicos.

El niño pequeño tira del brazo de Billy una vez más intentando decirle algo y luego se gira y salta a la poza con un grito de júbilo. Por un instante Billy vacila. Esto debe ser lo que el chico quería decirle; quiere que vaya a nadar con él. El sol ya está ascendiendo en el cielo y Billy sabe que pronto hará mucho calor. Corre al agua y salta. El agua helada le hace ahogar un grito y puede sentir un cosquilleo en su piel. Al principio el trasero le duele, pero el agua pronto acalla el dolor y salta arriba y abajo, chapoteando y gritando. Eso es bueno. Se siente bien. Es libre. La garza profiere un graznido y se va aleteando perezosamente, el débil batido de sus largas alas se difumina entre la alegría de los chicos.

Una vez los hombres han partido a cazar, las mujeres parten en diferentes direcciones, buscando comida. Billy, el chico y la mujer parten en dirección a una formación rocosa para empezar su búsqueda. Lo primero de todo, la mujer le muestra a Billy como mover las rocas cuidadosamente para poder coger los insectos antes de que se oculten de la luz del sol.

Levanta una roca y encuentra unos insectos con púas y mira a Billy y gesticula para dar a entender que es «bueno para comer», metiéndose uno en la boca y frotándose el estómago y sonriendo. Billy quiere reír, pero no quiere ofenderla y sabe que tiene que prestar atención; esto podría salvarlo de la inanición. Al principio, se siente nervioso por tocar los insectos, no sea que le piquen, pero observa al chico atentamente mientras le muestra como agarrarlos correctamente. El chico y la mujer lo miran, esperando que lo

intente. Billy levanta una roca y coge uno. Se retuerce entre sus dedos y piensa que va a soltarlo. La mujer dice algo y señala su boca. Quiere que se lo coma. Billy no sabe qué hacer. Al fin, cierra los ojos y se mete el insecto a la boca; es como comer hierba seca, crocante y crujiente. Cuando abre los ojos, ambos están sonriéndole. La mayoría de los insectos que recogen esa mañana son comidos directamente, pero algunos acaban en la bolsa hecha de hojas de la mujer para llevarlos a casa.

No le lleva mucho tiempo darse cuenta de que, aunque los insectos son considerados un aperitivo apetitoso, lo que realmente quieren encontrar son larvas. Avanzan hacia un grupo de eucaliptos y empiezan a buscar alrededor de las raíces y en los troncos de los árboles. Le preocupa que haya alguna araña allí, así que tiene mucho cuidado con lo que toca.

Un grito del chico alerta a su madre de su descubrimiento y Billy va a investigar. Debajo de un montón de hojas en descomposición hay unos gusanos orondos y blancos. La mujer está encantada; se mete uno en la boca y le sonríe a su hijo, luego pone el resto en su bolsa. Serán muy bien recibidos en casa.

Pasan el resto del día buscando debajo de las rocas y en los troncos de los eucaliptos algo para comer. Billy intenta ayudar todo lo que puede, pero todavía no conoce qué larvas son buenas para comer y cuáles no. Cuando coge algo, la mujer algunas veces se lo coge de la mano y lo mete en su bolsa de hojas y otras veces sacude la cabeza gesticulando «no es bueno para comer» y lo tira. Él no nota la diferencia; para él todos parecen iguales.

Cuando la bolsa está llena, dan la vuelta y se dirigen a casa. Billy todavía tiene hambre. Espera que los hombres hayan tenido un buen día de caza; está cansado de comer criaturas que se retuercen. Entonces los ve, unas pequeñas bayas que parecen tomates y que comieron en el barco, solo que más pequeñas y más verdes. Parecen buenas para comer así que coge una y se la da a la mujer. Ella se muestra muy contenta con su descubrimiento y viene a ayudarle a cogerlas. Han cogido en torno a una docena de las pequeñas frutas cuando se produce un chasquido y una larga serpiente marrón sale de debajo de una roca. Billy deja escapar un grito y salta hacia atrás. La mujer pone una mano en el brazo de Billy y sacude la cabeza. ¿Qué quiere decir? ¿No es buena para comer? Empieza a reír histéricamente mientras observan a la serpiente alejarse deslizándose.

Para cuando los hombres regresan, ha caído la noche y Billy está realmente hambriento. Todo lo que ha comido desde el panal de aquella mañana son unas cuantas larvas, algunos insectos y una clase de raíz que tenía un sabor amargo. Los hombres están complacidos consigo mismos; han abatido con sus lanzas un canguro y un emú. Arrastran los cadáveres hasta el claro donde el resto de la tribu espera. A Billy y al chico les encargan hacer un fuego con broza mientras las mujeres se disponen a quitarle la piel, desplumar y limpiar la caza. Los perros yacen tumbados esperando pacientemente a que las mujeres les tiren las sobras y entonces, gruñéndose entre sí, devoran su parte tan rápido como pueden.

El fuego arde con tanto vigor que uno de los hombres le echa hierba para mitigarlo antes de poner la carne encima para que se ase. Pronto el olor de la carne asada se mezcla con el humo de la madera. Billy está hambriento; nunca ha olido algo tan bueno en toda su vida. Quizá la vida no sea tan mala pasándola con los aborígenes.

MAGGIE

La cama de Grace está al final de la habitación, al lado de la ventana; es la cama en la que durmió Maggie cuando llegó por primera vez al orfanato. Ahora duerme cerca de la puerta, un privilegio por ser la mayor de las chicas. Quiere que Grace duerma a su lado, pero la hermana Agnes no quiere oír hablar de ello. Se molestó mucho cuando le dijeron que Grace iba a unirse a ellas. Ahora Maggie tiene que tener cuidado o tendrá problemas por la menor falta que cometa, pero no le importa; lo importante es que Grace es mucho más feliz. Una vez las luces se apagan y se cierra la puerta, la pequeña corre a la cama de Maggie y se mete a su lado y allí se queda hasta la mañana.

Maggie escucha el gallo cantar y sacude a su hermana para que se despierte.

—Hora de levantarse, Gracie, date prisa.

Grace conoce la rutina; corre a su fría cama y empieza a preparase para enfrentar el día.

—Smith Uno —grita la hermana Agnes al entrar en el dormitorio—. Ve a la cocina tan pronto como estés lista. La hermana Bridget quiere que alguien le ayude a cargar la miel.

—Sí, hermana —responde Maggie.

Ella es «Smith Uno» y su hermana es «Smith Dos».

Solo le cuesta unos cuantos minutos ponerse su vestido y correr a la cocina. Este es el día en que viene el hombre del pueblo a recoger la miel que las monjas hacen. Su trabajo será cargar las jarras en su carreta. Tiene que tener cuidado porque si tropieza y se derrama la miel, el hombre no pagará a las monjas.

La carreta ya está en el patio y el caballo del hombre está atado a la barandilla cerca del cobertizo de las vacas. Sabe que el hombre estará sentado en la cocina hablando con la hermana Bridget y bebiendo té en su vieja taza.

—Aquí estás, Smith, justo a tiempo. Ayuda a Bruce a cargar las jarras. Hoy tengo una sorpresa para ti —añade—. Vas a la ciudad.

Una visita a la ciudad. Maggie apenas puede creer en su suerte. Nunca la han escogido para ir con la hermana Bridget antes. Coge una de las jarras de barro y la lleva a la carreta. Ya hay veinte jarras vacías en la parte de atrás esperando que las coja y las meta en la cocina. Incluso vacías son pesadas y no puede llevar más de una a la vez. Le cuesta un rato vaciar y cargar la carreta, pero finalmente termina y va a la cocina a decírselo a la hermana Bridget. Sus

manos están pegajosas y huelen a la dulce miel. Se pone el dedo en la boca y lo chupa. Deliciosa. Le gusta la miel, pero las chicas nunca la comen; lo que las monjas no utilizan, va al mercado y es vendido.

La hermana Bridget tiene su sombrilla y está sentada delante al lado de Bruce. A Maggie se le dice que se monte detrás y se haga un hueco entre las jarras de miel. Apenas hay luz aún, pero las moscas ya zumban alrededor de los botes pegajosos. Maggie coge una hoja e intenta ahuyentarlas. El hombre aguijonea a su caballo y por un instante las moscas acuden en grupo al caballo, pero pronto desisten y regresan a los recipientes de la miel.

—Arre —grita el hombre y golpea al caballo en el anca con su látigo.

La carreta parte y están de camino. Ni las moscas molestan a Maggie hoy; está tan excitada. Nunca se ha alejado del orfanato desde que llegó; no tiene idea de lo que hay detrás de esas puertas, pero sabe que no se dirigen hacia Melbourne. Van al mercado de la ciudad que está al norte. Pronto la carreta deja el sendero de piedras e ingresa en una carretera de asfalto atravesando campos y campos de nada más que hierba; el paisaje no cambia, millas interminables de pasto seco. Se recuesta contra las jarras de miel y dormita bajo el cálido sol. Hay una fuerte brisa y pronto hará un insoportable calor. Está contenta de haber traído su sombrero con ella.

La sacudida al pararse la carreta la despierta y mira a su alrededor para ver si ya han llegado a la pequeña ciudad. Unos pequeños puestos se alinean a un lado de la carretera y la gente está sacando sus verduras y frutas. Así que este es el mercado. Siente una amarga decepción. No es como los ajetreados y ruidosos mercados del East End. Una vez más una ola de nostalgia amenaza con engullirla y traga saliva.

—Abajo, señorita. Descarguemos estas jarras de miel antes de que las moscas las devoren.

Se apea y ayuda a Bruce a descargar la carreta. Una vez las jarras están cuidadosamente colocadas en el puesto y la hermana Bridget ha recogido su dinero, se vuelve hacia Maggie y dice:

—Necesito comprar unas verduras y luego iremos a ver si alguien nos puede llevar de vuelta al orfanato. Permanece cerca de mí; necesito que me lleves la compra.

—Sí, hermana.

No hay muchas tiendas por lo que puede ver Maggie: una

carnicería, una oficina de correos y una tienda de ultramarinos, eso es todo. En consecuencia, no le cuesta mucho a la hermana Bridget hacer sus compras y persuadir al cartero de que las lleve de vuelta al orfanato en su furgoneta.

—Tendré que hacer unas cuantas paradas de camino —explica este—, pero no tardaré mucho.

Tiene un fuerte acento y a Maggie le resulta difícil seguir lo que dice.

—Está bien —dice la hermana Bridget montando en el asiento a su lado y dirigiendo a Maggie a la parte trasera de la furgoneta.

Este viaje no es tan cómodo; no hay ventanas en la parte trasera de la furgoneta y el suelo está frío y duro. Se sienta encima de una saca de correo y se hace un sitio contra el asiento detrás de la monja. El cartero charla alegremente con la hermana Bridget; parece estar contento de tener compañía.

—Tengo que ir a casa de Biddy Jameson con medicinas de parte del doctor —explica.

—¿Qué le pasa ahora? —pregunta la hermana Bridget.

—Ni idea, lo habitual, supongo. Está tan delgada como el perro de un pastor, lo sé. El doctor solo me pidió que me pasara por él.

—Eso está por Rainy Creek, ¿verdad?

—Sí se desvía un poco de su camino, pero no me llevará mucho tiempo.

Maggie oye a la monja quejarse irritada; sabe que está pensando en la comida que tiene que preparar cuando regrese.

Pronto dejan la ciudad tras ellos y avanzan por la carretera; la furgoneta viaja mucho más rápido que la carreta tirada por un caballo y Maggie siente que está volando.

—¿Puede oler eso? —pregunta el cartero aminorando la marcha de repente—. Humo.

Maggie se inclina hacia delante y se asoma por la ventanilla. Puede ver una nube de humo negro en el horizonte. Viene hacia ellos.

—La sabana arde —dice—. Dios mío, ¿qué vamos a hacer?

—No hay necesidad de blasfemar —dice la hermana Bridget agriamente.

La furgoneta se para y el cartero baja; Maggie y la monja lo siguen.

—Sí, fuego en la sabana —dice y señala los campos.

Maggie puede verlos ahora. Los canguros huyen del fuego;

saltan por los campos resecos, desesperados por correr más rápido que las llamas. Una bandada de pájaros tiene la misma idea y vuela por encima de ellos. El cielo se oscurece al pasar; el batido de sus alas y sus frenéticos gritos llenan el aire.

—¿Qué haremos? —gime la monja—. No podemos quedarnos aquí.

—Tendremos que volver a la ciudad. Está bien, no preocuparse, el viento lleva las llamas en dirección norte. Lo rodearemos y pronto estaremos fuera de peligro —dice, pero no parece muy convencido.

Maggie no está tan segura; la nube de humo es más espesa y negra ahora y ve flases de llamas rojas y doradas ascendiendo hacia el cielo. Tose; el aire tiene un sabor amargo y acre.

—Bueno, una cosa es segura; no podemos quedarnos aquí. Está carretera no va a durar mucho —añade.

El asfalto ya está caliente y arde formando pequeñas burbujas. Estampa su pie fuerte sobre el suelo y deja una huella en el asfalto; pequeñas gotas de alquitrán se pegan a su suela.

—Eh, chica, vuelve a la furgoneta —le dice el cartero.

Sabe que está asustado; su voz lo delata. Da marcha atrás rápidamente y da la vuelta con la furgoneta. Pronto van de vuelta por donde han venido. El miedo del cartero es contagioso y Maggie se da cuenta de que está temblando.

—Necesito volver al orfanato —se queja la hermana Bridget—. Tengo que ocuparme de la comida. ¿No puede conducir directamente hasta allí?

—Lo siento, hermana, no tenemos elección. Estaría más loco que una cabra si conduzco a través de eso. Otra persona tendrá que hacer la comida hoy.

La furgoneta avanza a toda velocidad por la carretera, lanzando a Maggie de un lado a otro. Se aferra a la parte trasera de los asientos y ruega por que el fuego no los alcance. La hermana Bridget ha parado de quejarse ahora y está rezando en voz alta:

—Padre nuestro, que estás en el cielo…

Maggie está eufórica; no sabe si es el miedo o la excitación lo que hace que su corazón se acelere.

—Sabía que esto iba a suceder —musita el cartero—. Solo se necesita una chispa para que todo se prenda. Ha estado tan seco como un polvorín durante semanas. Sabía que iba a suceder.

La monja continúa rezando, sus ojos están cerrados y sus manos

unidas a modo de súplica.

Un avión de vientre prominente los sobrevuela. Está bajo en el cielo y Maggie sabe que está a punto de rociar el fuego con agua.

—Bien por vosotros, chicos —dice el cartero—. No os ha costado mucho llegar aquí.

Puede oír el alivio en su voz. Un camión de bomberos les pasa a toda prisa, seguido por dos camiones llenos con gente local que portan algunas herramientas improvisadas.

—Pronto estará bajo control ahora —les dice el cartero a sus pasajeras.

Espera que tenga razón. La excitación disminuye y ahora se siente asustada. Hace un calor insoportable en la furgoneta; el cartero ha bajado todas las ventanillas y no hay manera de escapar del aire abrasador. Pedazos de paja seca se cuelan en la furgoneta y pronto están cubiertos de polvo y hollín. Le preocupa que no alcancen la ciudad a tiempo.

—Por favor, Dios, que no vaya a ser otro como el del Viernes Negro —continúa el cartero.

—¿Qué es el Viernes Negro? —pregunta Maggie. La curiosidad es más fuerte que su timidez.

—El peor incendio de la sabana que se recuerde —responde—. Dos millones de hectáreas de tierra destrozadas, casi cuatrocientas casas quemadas y setenta personas muertas. No queremos otro como ese.

La monja continúa rezando, esta vez con renovado vigor.

Para cuando llegan, las noticias ya han alcanzado la ciudad y todo es un caos; los puestos del mercado han sido desmontados y la gente está tapiando sus casas y rociándolas con cualquier agua que puedan encontrar.

—Quédense aquí —les dice el cartero—. Averiguaré que carretera está despejada para que puedan volver al orfanato.

Maggie y la monja salen de la furgoneta y se quedan de pie a la sombra de un gigante árbol del caucho a esperarlo.

—No estés asustada, niña; Dios cuidará de nosotras —la monja la tranquiliza, pero Maggie en realidad no la cree.

Maggie sabe que incluso la gente buena muere en los incendios de la sabana. La gente de la ciudad está preocupada, pero no dan muestras de pánico; están acostumbrados a estos acontecimientos. La mayoría de los hombres han ido a combatir el incendio y han dejado a las mujeres y a los niños para que protejan sus hogares.

Puede que no estén asustados, pero los animales lo están. Los caballos en particular se están poniendo nerviosos; relinchan y gimotean preocupados e intentan liberarse de sus arneses. Maggie ve al hombre que compró la miel; está volviendo a cargar la carreta con las jarras, mientras que su caballo patea e intenta huir todo el tiempo.

—Sooo, viejo amigo —dice—. Solo un minuto y partiremos. Tranquilo.

El caballo no está convencido. Al fin el hombre tiene la carreta cargada y cuidadosamente desata el caballo y toma las riendas; el caballo se encabrita y Maggie piensa que la carreta va a volcar, pero el hombre está preparado y tiene su mano en el cuello del animal, acariciándolo y calmándolo. Al fin puede alejar al caballo y partir en dirección opuesta al fuego.

—Hermana Bridget, ¿por qué no le preguntamos al hombre de la miel si podemos ir con él? —dice Maggie.

La monja levanta la vista y abandona su meditación. La carreta va en la dirección del orfanato.

—Corre tras él, niña y mira si puede llevarnos.

—Eh, señor, señor —grita Maggie—. Espere un minuto.

El hombre de la miel se para y la mira.

—¿Todavía estáis aquí? Pensé que os habíais marchado con la furgoneta del correo.

—Lo hicimos, pero cuando vio el fuego quiso volver. La hermana Bridget quería saber si podía llevarnos al orfanato.

—Por supuesto, pero tenéis que daros prisa. No quiero quedarme aquí toda la noche si no consiguen controlar el fuego.

—Hermana Bridget, dice que sí —grita Maggie haciéndole señas a la monja—. Hermana Bridget.

—No hay necesidad de comportarse como un gamberro, niña.

Se vuelve hacia el hombre.

—Es muy amable de tu parte, Bruce. Dios te bendiga.

Le tiende la compra a Maggie.

—Ahora ayúdame a subirme, niña, y tú ponte en la parte trasera.

Una vez más Maggie está en la parte trasera de la carreta entre tarros de miel.

El viaje de regreso es considerablemente más rápido que el de ida. Maggie siente pena por el caballo. Trota a toda velocidad, pero el conductor no tiene necesidad de animarlo con su látigo esta vez;

el caballo sabe qué dirección es segura. La carretera está más transitada ahora, la gente con granjas se apresura a volver a protegerlas.

El conductor tiene poca conversación; está concentrado en la carretera y la hermana Bridget continúa con sus oraciones. Maggie mira a su alrededor; la tierra aquí permanece inalterable, pero el cielo detrás de ellos está negro por el humo y puede todavía oler la vegetación que arde. Las moscas han desaparecido. Quizás ellas también saben que algo está sucediendo y han volado lejos para estar a salvo. Mete su dedo en un diminuto charco de miel que el hombre ha derramado cuando estaba volviendo a cargar la carreta. Es dulce y deliciosa. Por un momento, el sabor la transporta de vuelta a su infancia. Se imagina que es un oso al que le gusta la miel, como Winnie the Pooh. Cuando era pequeña, su maestra solía leerles historias de Winnie the Pooh, cada tarde justo antes de que fuera hora de ir a casa. Casa, ya no tiene casa ahora; las bombas destruyeron todo y las únicas historias que las monjas les cuentan son historias de la Biblia.

Ya casi han llegado. Con la más breve de las despedidas, Bruce las deja al principio del camino que conduce al orfanato.

—Tengo que volver a mi granja —explica—, a asegurarme de que las ovejas están a salvo.

Todos los granjeros están preocupados por su ganado; si el viento cambia de dirección, quién sabe qué puede suceder. Maggie ha oído hablar de animales atrapados en un incendio y quemados vivos. Se estremece al pensarlo.

—Gracias, Bruce, eres un buen hombre. Que Dios te bendiga —dice la hermana Bridget.

—Arre —le grita al caballo y se marchan, el sonido de los cascos del caballo reverbera en la carretera empedrada.

Maggie coge la compra y sigue a la monja por el camino. El calor es abrasador y puede sentir el sudor corriendo por su espalda.

La hermana Angelica las está esperando al lado de la puerta.

—Oh, gracias a Dios que ambas estáis a salvo —grita poniendo las manos juntas y mirando hacia el cielo—. El cartero telefoneó para decirnos lo que había sucedido. Dice que no nos preocupemos; tienen el fuego casi bajo control.

—La comida, ¿qué se ha hecho con la comida? —pregunta la hermana Bridget.

—Está todo bien; algunas de las chicas mayores nos echaron una

mano. Todo el mundo está en el refectorio ahora.

La hermana Bridget se vuelve hacia Maggie.

—Bueno, niña, será mejor que vayas corriendo o no te quedará nada. Deja la bolsa, nos las podemos arreglar ahora.

Maggie deja la compra y corre al refectorio. El suelo normalmente seco y arenoso está mojado; han estado regando los costados de los edificios.

BILLY

El hombre abre la puerta y se queda mirando al aborigen.

—¿Quién es, Henry? —grita su esposa desde la cocina.

—Es ese viejo aborigen del que te hablé, sabes, el que vemos fuera al lado del abrevadero algunas veces. Tiene un chico con él.

—¿Qué es esto?

La mujer viene a la puerta para ver qué está sucediendo. Se seca las manos cuidadosamente en la parte frontal de su delantal dejando manchas de harina entre las rayas verdes y rosas.

—Bueno, recórcholis, ¿qué está haciendo este pequeño aquí?

—¿De qué va esto, amigo? ¿De dónde viene el chico? ¿Qué estás haciendo con él? —el hombre le pregunta al aborigen.

El aborigen lo mira; su rostro no deja entrever nada. Luego se vuelve y camina de nuevo en dirección a la sabana dejando a Billy de pie en el quicio de la puerta. Billy no sabe qué hacer. Está claro que lo aborígenes no quieren que se quede con ellos más. Están recogiendo su campamento para trasladarse a otro sitio y él no sabe a dónde irán. Mira a la pareja de ancianos nervioso. ¿Lo mandarán de vuelta a la granja escuela? ¿Debería correr tras el aborigen?

—¿Cuál es tu nombre, chico? —pregunta el hombre.

Vacila; quizás es mejor no decir nada por ahora.

—No asustes al chico ahora, no en la puerta. Entra, chico, entra. Caramba, mira su estado, es todo un pequeño salvaje. Diría que no se ha bañado en semanas. Y está hambriento también, sin duda. Vamos, chico, no seas tímido. No te morderemos. Parece fiero, pero es todo corazón, mi Henry.

La mujer sonríe, una gran y cálida sonrisa que dibuja arrugas en sus mejillas y alrededor de sus ojos.

—Ven a la cocina y puedes contárnoslo todo sobre ti. Acabo de sacar unos bollos frescos del horno. Puedes comerte uno.

Billy no responde, pero no rechaza el bollo caliente con mantequilla y miel que ella le coloca delante.

—Debe estar hambriento. Eso apenas le dio para un diente. ¿Quieres otro? —pregunta.

Billy asiente con la cabeza; ya se está sintiendo mejor. El hombre al que ha llamado Henry se sienta en frente suyo.

—Bueno, chico, ahora es hora de que nos cuentes algo sobre ti.

Billy mira a la mujer.

—Más tarde, Henry. Mira, cuando se termine esto, llévalo a la bomba de agua y lávalo y yo veré si puedo encontrarle ropa vieja

de nuestro Jack.

Le da a Billy una taza de leche y otro bollo. Cuando Billy la coge, se da cuenta de lo sucias que están sus manos; hay lodo rojo y espeso debajo de sus uñas y la piel está cubierta de polvo. De repente piensa en su madre; estaría avergonzada de él. Si cierra los ojos está de vuelta en su cocina y puede escucharla decirle que vaya a lavarse las manos. Una lágrima corre por su rostro.

—Vamos, vamos, hijo, no te pongas así; puedes hablarnos de ti luego. Vamos, come y te quitaremos esa mugre de encima —dice Henry.

—Y ponle de eso en el pelo; ya sabes esa cosa que te dieron para las ovejas.

Billy engulle los restos de la leche y sigue a Henry hasta el patio.

Sabe que tiene que decir algo pronto. Son gente agradable. La mujer le ha dado un par de pantalones y una camisa a cuadros; los pantalones son un poco grandes, pero la mujer también le dio unos tirantes para sujetarlos. Lo mejor de todo es que le ha dado unos calzoncillos de algodón y un par de viejas botas. Siente extraño llevar botas. No ha llevado nada en sus pies en siglos. Decide ponérselas solo en ocasiones especiales y las deja en el porche.

—Bien entonces, chico, es hora de que tú y yo tengamos una charla —dice Henry.

Billy lo sigue hasta la veranda. Henry se sienta en una desvencijada mecedora y le indica a Billy que se siente en el banco en frente de él. El hombre se mece suavemente en silencio. Ha encendido una pipa y la fuma perezosamente. No parece tener prisa por empezar su interrogatorio. Mira al chico y asiente con la cabeza en señal de apreciación.

—Te has dado un buen refregón, amigo.

Billy no sabe qué decir. Henry continúa.

—Este es un buen sitio para sentarse, sabes, cuando quieres fumar. Hace un poco de calor ahora, pero cuando llega la noche se está bien.

Da unas caladas satisfecho a su pipa.

—Me he estado diciendo que este chico tiene una buena historia que contar. ¿Tengo razón?

Le sonríe a Billy.

—Para empezar, ¿cómo fuiste a parar con ese aborigen? No es un aborigen normal, sabes; son una panda de salvajes desnudos. Pintupi, así es como se llama su tribu. Viven en la sabana y comen

larvas y cosas. No se puede hacer de ellos buenos peones ganaderos; no tienen tiempo para el hombre blanco. Son nómadas. Siempre moviéndose de un lugar a otro.

Hace una pausa y mira a Billy.

—Eso es lo que es tan raro, que hayas estado con ellos.

Espera.

—Me perdí —dice Billy al fin.

—Ah, entonces puedes hablar. Por un minuto pensé que eras un maldito wombat. ¿Y cuál es tu nombre, amigo?

—Billy.

—Billy. ¿Algo más?

—Smith.

—Billy Smith. ¿Y de dónde eres Billy?

Siente un nudo en el estómago; ya está. Averiguarán lo de la granja escuela y lo mandarán de vuelta con los hermanos.

—No me envíe de vuelta —llora—. Por favor, no me envíe de vuelta, me matarán.

—Vaya, ¿cómo puedo enviarte de vuelta cuando no sé a dónde?

Lo mira y luego pregunta:

—¿Eres un inmigrante inglés?

Billy asiente con la cabeza.

—¿Uno de eso refugiados de guerra?

De nuevo Billy asiente con la cabeza. Tiene calambres en el estómago. Sabe que lo mandará de vuelta a la granja escuela.

—Dios, ¿cómo demonios llegaste aquí? Estamos a millas de distancia de cualquier parte. La única gente que hemos visto por aquí son esos aborígenes cuando van de paso y algún que otro loco vagabundo buscando trabajo.

—Me perdí —repite Billy—. El hombre negro me encontró y me llevó con él.

—Bueno puedes pensar que fuiste afortunado cuando decidió traerte con nosotros. La vida en la sabana no es vida para un chico blanco.

No le pregunta a Billy dónde estaba antes de encontrar al aborigen.

El metálico sonido de un gong los llama a la mesa.

—Esa es Sarah —explica—. La comida está lista.

Da unos golpecitos a la pipa contra su bota y la mete en su bolsillo superior.

—Vamos, amigo.

Hay cinco personas para cenar. Además de Henry y Sarah, hay un viejo con una barba gris y a su lado un hombre negro, otro aborigen. Este aborigen no es como el que trajo a Billy al rancho; este lleva un mono azul y un sombreo de ala ancha que se quita y deja en el suelo a su lado.

—Siéntate aquí, hijo —le dice la mujer.

—Se llama Billy —le dice su marido.

—Billy. Eso está bien. Bueno, Billy, este de ahí es Arthur.

El viejo gruñe y continúa metiéndose la sopa en la boca con la cuchara. Ha caído en su barba y el hombre se limpia con la manga.

—Y este joven es John Tjapanangka. Lo puedes llamar John T.

El aborigen le dedica a Billy una amplia sonrisa enseñándole todos sus dientes.

La mujer sirve algo de sopa caliente en el cuenco de Billy. Él la mira; huele bien.

—Sopa de canguro—explica la mujer.

Le tiende a Billy un trozo de pan. Instintivamente este busca los gorgojos. No hay ninguno. La sopa es deliciosa. Se la come rápidamente y rebaña su cuenco con el pan.

—Eh, ¿dónde está el fuego? —le pregunta Henry riéndose.

—Deja al chico en paz; tiene hambre, eso es todo.

—¿Hambre? Yo diría que se muere de inanición. ¿Quieres más, campeón?

Billy asiente con la cabeza. Esta vez intenta comer más despacio.

Una vez Arthur y John T han terminado su comida y salido al patio a fumar, Henry se vuelve hacia su esposa y dice:

—Es uno de esos refugiados de guerra.

—Oh, el pobre corderito, ¿cómo demonios llegó aquí?

—Yo que sé. Dice que el aborigen lo trajo aquí.

—¿Eres de Londres entonces? —le pregunta Sarah a Billy.

—Sí, de Bethnal Green.

—Bien. ¿Y dónde están tus padres? ¿Todavía están en Londres?

—Mis padres están muertos.

—Eres un pobre huérfano —dice ella.

Billy asiente con la cabeza. ¿Qué harán con él ahora?

—¿Y cuántos años tienes, Billy? —le pregunta ella dulcemente.

Billy trata de pensar. Recuerda que tenía diez años cuando llegó a Australia, pero ¿cuántos meses han pasado desde entonces? Cada día es lo mismo, algunos días hace más calor, otros más frío, pero la rutina en Wadene es siempre la misma. Solo en Navidad cambiaron

las cosas. Los chicos fueron invitados a hogares de familias católicas para tener una digna cena de Navidad. La última Navidad, su primera en Australia, él y Louie fueron en tren y pasaron el día con Mr. and Mrs. Connor. Les dieron pavo y dulces y los acompañaron al tren de nuevo por la noche. Había sido un día tan agradable.

—Diez —responde—. O quizás once ahora.

—No eres demasiado grande para tener diez años —comenta ella casi para sí misma.

—Será mejor que le muestres dónde dormir —dice Henry.

—Puede quedarse en la habitación de Jack.

—¿Es Jack vuestro hijo? —pregunta Billy.

La sopa lo ha hecho sentirse con más confianza.

La mujer parece triste.

—Sí, chico, está en el ejército.

—Se enroló en el 39, fue uno de los primeros en ir —añade Henry.

—Mi padre estaba en el ejército —les dice Billy—. Estaba en Francia, pero lo mataron.

La mujer saca un pañuelo del bolsillo de su delantal y se suena la nariz ruidosamente.

—Vamos, te llevaré a tu habitación.

La habitación de Billy está en la parte trasera de la casa. Es pequeña y estrecha, pero hay una cama y un lavabo dentro.

—El agua se obtiene de la bomba—le dice—, y el retrete está en la parte de atrás. Métete en la cama ahora y hablaremos sobre qué vamos a hacer contigo por la mañana.

Billy se sube a la cama. Hay una gran cruz de madera en la pared sobre la cama.

—¿Sois católicos? —pregunta nervioso.

—Dios mío, no, niño, somos metodistas. No es que vayamos a misa muy a menudo. Algunas veces el párroco viene a vernos, pero ni él viene mucho en estos días, no desde que la guerra empezó.

Billy cierra los ojos; está muy cansado. La cama está mullida y es cómoda. Se duerme enseguida.

SARAH

Henry está todavía en la mesa cuando Sarah regresa.

—¿Todo bien? —pregunta su marido.

—Sí, el pobre corderito apenas podía mantener los ojos abiertos. Se quedo dormido en cuanto su cabeza tocó la almohada.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué hacemos con él?

Sarah no responde a su marido; en lugar de ello se ocupa de retirar la mesa. Coloca los platos en el fregadero y va a la bomba a sacar algo de agua. Henry la sigue.

—Es un refugiado. Alguien debe estar buscándolo —dice él—. Quizás deberíamos ponernos en contacto con la policía.

Ella recuerda el terror en el rostro de Billy cuando les rogó que no lo enviaran de vuelta. Enviar de vuelta, pero ¿a dónde? No hay otros ranchos alrededor de allí ni tampoco escuelas.

—¿Viste esas marcas en la parte trasera de sus piernas? Alguien ha estado pegándole con un palo o algo —dice Sarah.

—Sí y parece como si alguien le hubiera dado una buena paliza en el trasero también.

—¿Quién puede haber hecho eso? ¿Los aborígenes no?

—No. Quizás ha estado en uno de esos orfanatos —responde su marido.

Le coge el cubo de agua.

—Podría ir a Maroo y ver si Bert sabe algo de un niño perdido.

—No queremos a la policía husmeando —dice ella—. ¿Por qué no esperamos un poco a ver si alguien le está buscando?

—¿Y qué pasa si lo están haciendo?

—Nos preocuparemos de eso cuando sepamos más de lo que le ha sucedido al niño.

—Bueno, puedo decirte una cosa, algo anda mal aquí. Un chico inmigrante deambulando con los Pintupis, tengo que reconocer que es extraño.

—Déjale estar aquí un poco al menos hasta que averigüemos qué ha sucedido —dice Sarah—. Puede ayudarte en la granja.

Henry pone el cubo en el suelo de la cocina y regresa a su asiento en la mesa.

—Dios sabe que me viene bien una ayuda desde que Jack se fue. Arthur se está volviendo viejo y ese John T es un gigante inútil.

Saca su pipa y se ocupa de apisonar el tabaco e intentar

encenderla.

—¿Bien? —pregunta Sarah echando el agua en el fregadero y salpicando por la impaciencia.

—Podía ayudar con el trabajo del campo.

—Y con los pollos.

Henry asiente con la cabeza. La pipa está encendida ahora y fuma satisfecho.

—Podemos dejarlo quedarse un tiempo, si quieres. Veamos cómo se adapta.

—Bien.

Sarah lava el último plato y lo coloca con los otros. Será agradable tener un jovencito por allí.

MAGGIE

El olor de la carne picada hirviendo en la estufa le hace sentir náuseas; es siempre lo mismo. Guisantes y carne picada, guisantes y carne picada, lo sirven todos los días y se lo come porque a la hora de comer normalmente está hambrienta; se comería cualquier cosa. Si fuera con alguna patata. Saca los últimos guisantes de sus vainas y le lleva la olla a la hermana Bridget.

—Ponla allí —le dice—. Y ve a traerme algo más de agua.

Maggie coge el cubo y se dirige a la bomba; odia tener que traer agua. El suelo está húmedo y cubierto de barro alrededor de la bomba y lleno de ranas. Saltan cuando aparece, pero no le gustan. Peor que eso es que a menudo hay serpientes al lado de la bomba. Le aterran las serpientes. La hermana Bridget le ha dicho que si ve una serpiente tiene que quedarse muy quieta y gritar «serpiente» con todas sus fuerzas y entonces alguien irá a su rescate. La primera vez que lo hizo nadie vino. Se quedó de pie, temblando de miedo, y observó a la serpiente deslizarse por el sendero delante de ella y desaparecer por un agujero en el suelo. Ahora no se molesta en gritar; se queda quieta y espera hasta que pasa el peligro.

Llena el cubo y lo lleva a la cocina intentando no derramar demasiada agua en el suelo. Si no está lleno hasta los bordes, la hermana la hará volver a llenarlo.

—Smith, la Madre Superiora quiere hablar contigo. Deja ese cubo y ve a su oficina de inmediato —dice la hermana Bridget.

—Pero tengo que hacer la colada ahora —protesta Maggie.

—Tendrás que hacerla más tarde. Date prisa.

Maggie vierte el agua en el fregadero y se seca las manos. Espera que la Madre Superiora vaya a decirle que se puede marchar. Ahora ya tiene catorce años; todas las otras chicas de su edad ya se han ido a trabajar. Quizás es su turno. Su corazón late excitado ante la perspectiva. Si va a ir a trabajar, podrá ahorrar algo de dinero y podrá llevarse a Grace de allí.

La oficina de la Madre Superiora está en el edificio principal, justo al lado de la capilla. La última vez que estuvo allí fue cuando fue a verla por Grace. Se pregunta qué quiere. Está casi segura de que no ha infringido ninguna regla, así que debe ser acerca de su marcha. Una parte de ella está excitada y quiere desesperadamente escapar del orfanato, pero la otra está preocupada por Grace. No quiere dejarla sola.

Toca tímidamente a la puerta.

—Adelante.

La Madre Superiora está sentada en su escritorio; está vestida con su habitual hábito negro, con un velo y una toga blancas. Las gafas le cuelgan precariamente de la punta de la nariz mientras lee los papeles que tiene ante ella en su escritorio. Cuando levanta la vista, los ojos de Maggie se posan inmediatamente en su barbilla, de la que brotan una docena más o menos de pelos grises. Parece una bruja más que nunca.

—¿Smith?

Vuelve a mirar sus papeles.

—Sí, Reverenda Madre.

La Madre Superiora le sonríe revelando una hilera incompleta de dientes amarillentos. Maggie mira al suelo; es de mala educación mirar fijamente.

—Hoy es tu último día en el orfanato. He decidido que es hora de que te marches y vayas a trabajar. Después de todo eres una mujercita ya. Hemos encontrado una familia en Ballarat que necesita una empleada doméstica de confianza; se han ofrecido a darte un trabajo.

Consulta sus papeles una vez más y continúa:

—Sí, un buen trabajo. Te pagarán £1,17 por seis días de trabajo a la semana más la manutención. Mucho más que generoso, si me preguntas.

Maggie continúa mirando fijamente el suelo. Suena mucho dinero, seguramente podrá ahorrar algo, y luego ella y Grace podrán volver a estar juntas.

—¿Bien, niña? ¿Qué tienes que decir?

—Gracias, Reverenda Madre.

—Cogerás el autobús en Pardy Creek; la hermana Bridget te llevará a la parada del autobús. Aquí está el dinero para el billete.

Coloca el dinero en el escritorio delante de ella.

—¿Cuándo me marcho? —pregunta Maggie.

—Justo después de comer.

—Por favor, ¿puedo ir a la escuela infantil a decirle adiós a mi hermana?

—¿Tu hermana?

—Grace Smith.

La Madre Superiora suspira y parece a punto de negarse, pero luego cambia de pensamiento y dice:

—Por qué no. Dile a la hermana Agnes que te doy permiso para

hablar con tu hermana.

—Gracias, Reverenda Madre.

—Ahora corre a prepararte; tienes un viaje excitante ante ti. Y antes de que te vayas quiero que vayas a la capilla y le des gracias a Dios por tu buena suerte.

—Sí, Reverenda Madre.

Se acomoda en el asiento al lado de la ventana; su estómago está revuelto, con una mezcla de excitación y miedo. Su bolsa está en la rejilla del equipaje encima de su cabeza. No pesa casi nada. Todo lo que tiene es la ropa que lleva puesta y una muda de ropa interior. Nunca supo lo que pasó con su bonita ropa nueva. Suspira. Bueno, ahora no le quedaría bien de todas formas; incluso la que lleva le aprieta.

El autobús solo va medio lleno, mayormente con gente de las granjas ubicadas en el trayecto a Maroona, le explica la mujer que se sienta a su lado. Hoy es día de mercado. Maggie le dice que va a Ballarat para trabajar. La mujer quiere saber más sobre Maggie, pero Maggie no quiere hablar del orfanato. ¿Qué puede contarle? ¿Que las monjas le pegan por la más mínima cosa: dejar caer un plato, tener un agujero en tu desgastada falda, olvidarte de las palabras de una oración? ¿Debería decirle que comen pan infestado de hormigas para cenar y unas insípidas gachas para desayunar? ¿Que si llegas tarde a desayunar porque llevas levantada desde las cinco de la mañana rezando en la capilla y haciendo tus tareas, te quedas sin comer? ¿Entenderá si Maggie le dice que no le gusta la forma en la que la hermana Agnes se queda de pie observando a las chicas desnudas duchándose? ¿Pensará que está bien que la monja les azote en su trasero desnudo con una toalla mojada al salir? ¿Debería decirle que hasta hoy su vida ha sido una interminable sucesión de trabajo, oración y sueño? La mujer le sonríe, esperando oír su maravillosa vida con las monjas.

—Mi hermana todavía está allí —dice Maggie al fin—. Su nombre es Grace.

—Oh, eso debe haber sido bueno para ti, querida. No habrás estado tan sola con tu hermana allí.

Maggie sonríe.

—Cuando ahorre algo de dinero mi hermana vendrá a vivir conmigo.

—Bueno, eso estará bien para ambas. ¿Eres de Inglaterra?

A Maggie le sorprende esa pregunta, piensa que su acento inglés

ha desaparecido.

—Sí.

La mujer sonríe; parece complacida consigo misma.

—Eso pensaba. ¿Una de esas pobres refugiadas de guerra?

Maggie asiente con la cabeza. La mujer se vuelve a hablar con su amiga del otro lado del pasillo y deja a Maggie mirando por la ventana. Han cortado el maíz y los campos ahora están llenos de hojarasca seca. Pasan un alto montón de heno y un arado tirado por un caballo abriendo largos y marrones surcos en la tierra polvorienta. Piensa en Londres y en sus ajetreadas calles, con autobuses de dos pisos y tranvías, gente yendo de aquí para allá, de camino al trabajo o haciendo cola para obtener comida, la gente del mercado pregonando sus mercancías, acosando a los viandantes para que les compren, los viejos con sus uniformes de la Guardia Nacional desfilando, y soldados de permiso, corriendo a coger trenes que los llevarán a ver a sus familias. Un calidoscopio de flases de imágenes recordadas ante sus ojos. Recuerda el hedor de la curtiduría; otra vez está agazapada en el refugio de Mrs. Kelly, respirando el húmedo olor de la tierra y la pólvora. Ahora está caminando rumbo a la escuela con Billy y los sonidos de las voces de sus amigos vienen a ella del pasado: «Madre, madre, me siento mal, manda a buscar al doctor, rápido, rápido, rápido» cantan las chicas.

El autobús está entrando en la ciudad y las mujeres se preparan para recoger sus posesiones, todas las conversaciones en suspenso mientras se organizan. Entran en la estación de autobuses y el autobús se para con un tremulante rugido. El conductor del autobús, un viejo con una barba canosa, baja para ayudar a sus pasajeros a apearse.

—Adiós, querida —dice la mujer cogiendo su cesta de la compra y sonriendo a Maggie—. Buena suerte con el trabajo.

—Adiós —responde Maggie.

Las mujeres bajan del autobús una a una, cada cual con una sonrisa y un chiste para el conductor. Maggie mira al autobús; una pareja de jóvenes con mono de trabajo y una mujer elegantemente vestida permanecen en sus asientos.

—¿Alguien más para Maroona? —grita el conductor del autobús.

Nadie se mueve.

—Ok, siguiente parada, Ballarat.

Justo como la hermana Bridget prometió, Mrs. Brookes está allí

para recibirla en la estación de autobuses. Es una mujer alta con el pelo negro que ha retirado de la cara con dos peinetas de carey y lleva encima un montón de maquillaje. Maggie piensa que es preciosa; le recuerda a June.

—¿Tú debes ser Margaret? —dice la mujer.

Tiene un acento australiano que es mucho más refinado de lo que Maggie ha oído antes. Ella asiente con la cabeza e intenta sonreír, pero está muy nerviosa. Siente un nudo en el estómago.

—Esta es mi hija Annabel —continúa la mujer empujando hacia adelante a una adolescente flacucha.

—Hola —dice la chica.

Tiene el pelo y los ojos oscuros de su madre y el mismo acento refinado.

—Vamos entonces.

Mira la maltrecha bolsa de Maggie.

—¿Ese es todo tu equipaje? —pregunta.

—Sí. La mayoría de la ropa se me ha quedado pequeña —responde Maggie.

—Bien, no importa, llevarás uniforme la mayor parte del tiempo de todas formas.

Avanza a grandes pasos y las dos chicas se apresuran a seguirle el ritmo.

—¿Está lejos tu casa? —le pregunta Maggie a la chica.

Annabel sacude la cabeza; parece ser bastante tímida.

La casa es grande; hay muchas habitaciones que limpiar. Maggie tiene su propia habitación en el piso superior, con vistas al jardín trasero; es preciosa. Se sienta en la cama y mira a su alrededor. La habitación está sencillamente amueblada en tonos azules y blancos. Hay una estrecha cómoda para su ropa y una mesa y una silla en la que se puede sentar a escribir a Grace. Alguien ha puesto un jarrón de margaritas amarillas sobre la mesa. Pero lo mejor es la cama; no puede resistirse al impulso de saltar en ella por unos instantes, de sentir la elasticidad del colchón y de enterrar su cabeza en la mullida almohada. Esto es el paraíso. Se tumba y mira al techo. Tiene toda la habitación para ella sola; ya no la tiene que compartir con otras veinte chicas. Al fin, podrá continuar con su plan: va a ahorrar dinero para que Grace pueda venir a vivir con ella y luego irá a buscar a Billy. June dijo que tenían en sus archivos recogido a dónde iba todo el mundo, así que no será muy difícil dar con él. Conseguirá un trabajo mejor y vivirán todos juntos hasta que

puedan regresar a Inglaterra. Tocan suavemente a la puerta y despierta de su ensoñación. Se sienta sorprendida; no está acostumbrada a la privacidad.

—¿Puedo pasar?

Es Annabel.

—Sí, por favor.

Maggie se levanta de la cama y alisa el cobertor con la mano.

—Mamá tiene que salir, pero dice que no tienes que empezar a trabajar hasta mañana. Quiere que te enseñe la casa y te diga lo que ha de limpiarse —le dice Annabel.

—Está bien.

—¿Sabes cocinar? —pregunta.

—No muy bien, sé cómo preparar verduras, sin embargo.

Piensa en el picadillo de carne con guisantes que sus amigas tendrán para comer hoy. No va a mencionar eso.

—Normalmente mamá hace la comida, pero a veces necesita ayuda en la cocina —explica Annabel—. Pelar las patatas y esas cosas.

Está de pie en el quicio de la puerta sosteniendo el peso de su cuerpo nerviosamente primero en un pie y luego en el otro.

—¿Ayudas a tu madre? —pregunta Maggie.

—No, todavía estoy en el colegio.

—¿Quieres que vaya contigo ahora? —sugiere Maggie.

Annabel sonríe.

—Sí, por favor, hagámoslo antes de que mamá y papá regresen.

Maggie sigue a la chica a la cocina. Están tan feliz de estar fuera del orfanato, que incluso el hecho de estar allí sola, sin su hermano y hermana, no dan al traste con su ilusión. Va a ser mucho más fácil ayudar tanto a Billy como a Grace de lo que lo era antes. Por primera vez desde que dejó Londres se siente libre. Tiene un trabajo y tiene donde vivir. Eso es suficiente por ahora. Trabajará duro y ahorrará tanto dinero como pueda. Luego buscará algo mejor.

BILLY

Billy y Henry salen afuera para unirse a John T en el redil de las ovejas; es tiempo de esquilar y Henry quiere que aprenda a esquilar a las ovejas. El año pasado se le permitió recoger los vellones y llevarlos al cobertizo.

—Supongo que un día tendrás tu propia granja, hijo, así que tienes que aprender todo lo que puedas —dice Henry.

A Billy le gusta cuando Henry lo llama hijo; le hace sentirse parte de la familia. Ha pasado un año desde que llegó y disfruta trabajando en la granja; la idea de tener la suya propia le atrae. Recuerda lo que su amigo Damon le dijo aquel día en el tren, que quería ser granjero y tener su propia granja. Damon no ha aprendido mucho sobre el trabajo en una granja en el orfanato; pasaba la mayor parte de sus días como Billy, transportando piedras y mezclando cemento. Se pregunta qué estará haciendo ahora, probablemente todavía construyendo ese maldito convento.

—Hola, Billy. Aquí.

John T está inclinado; una de las ovejas está entre sus piernas, balando furiosa. Las tijeras están en su mano. Media oveja ya está esquilada y un montón de vellones sucios yacen a sus pies.

—Tú haces la siguiente —dice sin levantar la vista hasta que ha terminado.

Libera al animal y la oveja se pone en pie de un salto y corre al final del redil; parece calva y rosada sin su espeso abrigo.

—¿No les hace daño? —pregunta Billy a Henry.

—No, les gusta que les quiten el abrigo, especialmente en verano.

—Justo como a nosotros —bromea Billy.

Se siente nervioso. No quiere cortar a las ovejas por error.

—Me gusta tenerlas listas antes de que paran, entonces hay tiempo para que les crezca la lana un poco antes de que nazcan los corderos —continúa Henry.

—Enséñamelo una vez más —le dice Billy a John T.

—Ok.

Coge otra oveja y continúa. Billy se concentra; John T hace que parezca tan sencillo.

—Bien, ahora inténtalo tú —dice Henry—. Recuerda sujetarla bien antes de empezar y no te pongas nervioso. Las ovejas se quedarán quietas si te muestras seguro.

—Ok, jefe.

Le gusta llamar jefe a Henry, aunque sabe que le puede llamar Henry. Le hace sentirse mayor. Coge una de las ovejas y le da la vuelta poniendo su cabeza entre sus piernas. Bala de un modo patético.

—Así es.

John T le tiende unas tijeras.

—Corta el vellón tan cerca de la piel como puedas sin herirla, y no tengas prisa, tómate tu tiempo —le indica Henry.

Billy empieza a cortar el vellón cerca del estómago y luego se mueve hacia el lomo, justo como vio hacer a John T.

—Eso está bien. Intenta sacar el vellón de una sola pieza.

No levanta la vista. Está concentrado en su trabajo y el sudor corre por su espalda por el esfuerzo.

—No te apresures. Mantén un ritmo constante.

Sus manos se resbalan y corta la piel de la oveja.

—Oh, lo siento —dice.

La oveja bala sorprendida y luego intenta ponerse de pie.

—Agárrala fuerte Billy; no la dejes ir.

Agarra al animal por su vellón y la vuelve a colocar en posición.

—Bien, ahora continúa desde donde lo dejaste —le dice Henry.

Continúa cortando y en poco tiempo tiene todo el vellón a sus pies y deja que la oveja se reúna con el rebaño.

—Muy bien para ser la primera vez, chico. Bueno pronto haremos un criador de ovejas de ti, ya puedo verlo.

Billy trabaja toda la mañana con John T; esquila otras cuatro ovejas, luego el peón ganadero le dice que se tome un respiro. Se desploma en la sombra del cobertizo y observa a John T. Es tan rápido con las ovejas que apenas tienen tiempo de darse cuenta de lo que está sucediendo. Billy se frota la espalda. Le duele por estar inclinado y hay una ampolla formándose en su mano derecha. John T lo ve examinándola.

—Pronto te acostumbrarás, amigo. Ven, recoge los vellones y ponlos en el cobertizo luego iremos a por algo para comer.

Como es habitual se sientan alrededor de la mesa en el patio. Sarah ha hecho guiso de conejo y le sirve una generosa ración.

—¿Cómo ha ido, Billy? —pregunta Sarah pasándole un trozo de pan.

—Ok. Creo.

Mira a Henry para que se lo confirme.

—Sí, no lo hiciste mal, hijo. Dale un poco más que hacer esta

tarde, John T —dice—. Probablemente las tengas todas listas al final de la semana, con Billy para ayudarte.

John T no parece muy convencido, pero gruñe:

—Ok, jefe.

Arthur eructa.

—Ha sido una buena comida, señora.

Sarah asiente con la cabeza y le sonríe.

—Iré a mirar ese abrevadero esta tarde, jefe, a ver si puedo limpiarlo un poco —dice el viejo.

—Buena idea, Arthur. Billy puede llevarte en el camión cuando termines.

Billy levanta la vista sorprendido. Casi se le atraganta la comida y hace que Henry se ría.

—¿No quieres coger el camión? —le pregunta Henry.

—Sí, jefe. Lo llevaré.

—Buen chico.

Henry nunca le ha dejado coger el camión solo antes. Le enseñó a conducirlo no mucho después de que Billy llegara a la granja, pero hasta el momento Billy solo lo ha conducido cuando Henry quería descansar o si necesitaba que fuera marcha atrás para descargar algo. Esta es la primera vez que confía en él para que lo haga solo. Engulle el resto de su comida tan rápido como puede.

—Estoy listo cuando lo estés tú, Arthur —dice.

—Para el carro, jovencito. Quiero un poco de la tarta de manzana de Sarah antes de volver a trabajar.

—¿Quieres un trozo, Billy? —pregunta Sarah colocando una humeante tarta de manzana sobre la mesa.

Viene directa del horno y huele a canela y nuez moscada. Asiente con la cabeza.

—Sí, por favor.

La tarta de manzana de Sarah no es algo que rechazarías, no importa que otra cosa te ofrezcan.

Henry le ha pedido a Billy que ayude a John T con los corderos; han nacido ya seis y John T le dice que hay al menos otros veinte en camino. Normalmente Henry y John T se las arreglan solos, pero este año Henry tiene problemas con su espalda y por eso quiere que Billy ocupe su lugar.

Una de las ovejas ha muerto inesperadamente, así que Sarah le ha pedido que alimente a su cordero con un viejo biberón; se ha levantado super temprano cada mañana para hacerlo antes de

empezar con sus otras tareas. Ha llamado al cordero Snowy porque es tan blanco y suave; puede meter sus dedos en su suave lana y sentir su corazón latir. Una vez el cordero es lo suficientemente fuerte para ponerse en pie solo tiene que devolverlo al rebaño y asignarlo a otra oveja; una madre subrogada, la llama Henry. Eso es lo que es Sarah para él, piensa Billy, una madre subrogada. Les tiene mucho cariño a Sarah y a Henry; lo tratan como a su propio hijo.

Al principio siempre estaba temiendo que averiguaran lo del orfanato y lo mandaran allí, pero nunca lo hicieron. No parece importarles de dónde venga; lo aceptan como es.

—¿Por qué no vemos nunca a los Pintupi por aquí? —le pregunta a John T.

El peón ganadero lo mira. Están fuera buscando una de las ovejas; tiene que parir cualquier día y se ha perdido. Henry piensa que un dingo la puede haber cogido.

—Los Pintupi nunca se acercan al hombre blanco —dice.

Está mascando una brizna de hierba.

—¿Y dónde están? —pregunta Billy.

John T agita su brazo.

—Al norte, al sur ¿quién sabe? Recorren grandes distancias. Siguiendo las líneas sonoras.

Billy mira la amplia expansión de matorrales; no hay nada que ver en el horizonte excepto las ovejas pastando lo mejor que pueden.

—¿Qué son las líneas sonoras? —pregunta.

—Todos los aborígenes tienen líneas sonoras —explica John T—. Son nuestras rutas ancestrales; nos unen con nuestro pasado. Nos sirven para orientarnos.

—¿Tú tienes líneas sonoras?

Está pensando en los aborígenes Pintupi que cuidaron de él; siempre estaban cantando extrañas canciones y haciendo música rara. También recuerda como el hombre le guio por la sabana sin vacilar, como si hubiera letreros todo el camino.

El peón ganadero se encoge de hombros. Le silba a los perros.

—¿Por qué vives aquí John T? —pregunta Billy.

—Este es mi hogar.

—Pero ¿dónde está tu familia?

Se vuelve a encoger de hombros.

—¿Vivías con tu familia cuando eras pequeño?

John T se detiene y se acuclilla en la sombra de una acacia. Billy se acuclilla a su lado. El ganadero saca una botella de agua y le ofrece.

—Cuando era un niño vinieron unos hombres, me separaron de mi familia. Solo era así de alto.

Señala con su mano lo pequeño que era.

—Estaba en la sabana con mi madre y mi hermano, cazando varanos. Los hombres blancos llegaron en un gran jeep, me agarraron a mi y a mi hermano y se marcharon. Dijeron que era por nuestro bien, que iríamos a escuela y aprenderíamos cosas. Creceríamos como los blancos. Fuimos a vivir a un hogar para niños con otros chicos aborígenes.

—¿Qué le sucedió a tu hermano?

John T se encoge de hombros.

—Estará haciendo lo mismo que yo en alguna pare, supongo.

—¿Lo ves alguna vez?

Sacude la cabeza.

—¿Volviste a ver a tu madre? —pregunta Billy.

—No. No sé dónde está ahora. Hace mucho tiempo.

—Quizás está siguiendo las líneas sonoras —sugiere Billy.

John T lo mira y resopla. Saca un paquete de cigarrillos y enciende uno.

—¿Me das uno? —dice Billy.

El peón ganadero le tiende uno y se ríe cuando Billy se esfuerza por encenderlo. Billy succiona el cigarrillo; el humo es crudo y le quema la garganta, pero insiste. Intenta controlar el humo y hacer anillos en el aire como hace John T, pero tose y el humo se le escapa en un súbito estallido.

Así que John T tampoco tiene familia.

—¿Por qué hicieron eso, John T? —pregunta—. ¿Por qué te apartaron de tu familia?

—No lo sé.

—¿Qué hizo tu madre?

—No pudo hacer nada; los hombres blancos eran demasiado fuertes para ella. Esperaron hasta que mi padre se fue a cazar con los otros hombres, así sería más fácil para ellos. La vi correr detrás del camión llamándonos, pero no pudo mantener nuestro ritmo. La dejamos atrás y nunca la volví a ver.

Billy piensa en los días en los que salía a buscar larvas con la mujer aborigen y su hijo; si alguien hubiera venido y los hubiera

agarrado a él y al chico, la mujer no habría podido protegerlos.

—Vamos, tenemos que encontrar a esa maldita oveja antes de que los dingos lo hagan —dice John T.

Se levantan y se ponen bajo el calor del sol. El perro está sentado observándolos, esperando sus instrucciones.

—¿Echas de menos a tu familia? —pregunta Billy.

—¿Qué piensas tú?

—¿Por qué no intentas encontrarlos?

John T no responde. Quizás es demasiado tarde. Se pregunta cuántos años tiene John T, veinte, quizás treinta. Es difícil de decir.

—¿Y tu familia? —pregunta el peón ganadero—. ¿Dónde están?

Billy no responde. Nadie aquí sabe que se escapó del orfanato.

MAGGIE

Maggie ha estado trabajando para los Brookes seis meses. Trabaja duro y su jefa no ha tenido razón para quejarse. De hecho, le dice a Maggie que está muy contenta con ella y que va a escribirle a la Madre Superiora para contárselo.

Maggie está satisfecha, ya ha ahorrado tres libras de su salario. Habría ahorrado más, pero necesitó comprarse unos zapatos y un vestido para ponerse en su tarde libre. Disfruta teniendo dinero que gastar. Le gustaría comprarle algo bonito a Grace, pero sabe que no vale la pena mandarle nada porque se lo quitarán. Esperará y le comprará un bonito vestido rosa cuando abandone el orfanato.

Maggie se lleva bien con Mrs. Brookes, que es una jefa justa, y le gusta Annabel. Annabel todavía está en el colegio, pero tiene la misma edad que Maggie y se llevan bien, aunque algunas veces Maggie se pregunta si hay algo que preocupa a Annabel. Está muy nerviosa cuando está en casa y habla poco. Se comporta como las chicas del orfanato, como si estuviera asustada de algo; salta al más ligero sonido y no te mira directamente, sino que se sienta con la cabeza gacha. Maggie no lo entiende. ¿Qué puede asustarla? Nunca ha oído a Mrs. Brookes gritarle y ni siquiera la castigó cuando dejó caer su jarrón de porcelana favorito y lo rompió. Todo lo que su madre dijo fue:

—Intenta no ser tan patosa.

Y luego:

—Será mejor que lo recojas; no dejes que lo haga Margaret.

El domingo es la tarde libre de Maggie y al principio solía quedarse en su habitación o ir a pasear sola al parque. Luego un día Annabel sugirió que se reuniera con ella y sus amigas y fueran al cine. Ahora las ve con regularidad. Está Sandra, que va al colegio con Annabel, y Barbara y su hermano gemelo, Greg, que viven en la casa de al lado. A Maggie le gusta Greg, le recuerda a Billy y la hace reír. Annabel es una persona diferente cuando está fuera de casa, ríe y habla como cualquier otra chica de catorce años.

Maggie ve muy poco a Mr. Brook, excepto cuando le lleva el desayuno a la habitación del jardín. Normalmente se levanta temprano y le gusta comer antes que su esposa y su hija se levanten. Hoy, sin embargo, ha entrado en la cocina justo cuando ella le estaba preparando su tostada.

—Buenos días, Mr. Brookes —dice con una sonrisa.

—Buenos días, Margaret.

—Le llevaré su tostada —dice—. No tardaré.

Ya ha puesto en la mesa mantequilla y mermelada.

—No hay prisa —dice él—. ¿Por qué no te sientas un minuto?

Ella lo mira sorprendida.

—¿No llegará tarde al trabajo? —pregunta ella.

Normalmente tiene prisa y mira constantemente su reloj. Algunas veces le hace pensar a Margaret en el Sombrerero Loco de «Alicia en el País de las Maravillas».

—Hoy no voy. Siéntate y dime si te estás adaptando.

Ella no sabe qué hacer; no puede desobedecerle, pero tiene tanto que hacer esa mañana. Es lunes y hay que cambiar las sábanas de las camas, lavarlas, plancharlas además del resto de tareas habituales como limpiar los baños y pasar la aspiradora por el salón. A regañadientes se sienta a la mesa a su lado.

—Eso está mejor.

Ella no sabe qué decir.

—Eres una chica muy bonita, Margaret. ¿Lo sabes?

Ella sacude la cabeza.

—Bueno lo eres.

Alarga la mano y le aparta un mechón de la mejilla; ella siente como sus dedos se detienen en su piel. Inconscientemente se aparta con la silla de la mesa.

—Margaret, ¿eres feliz trabajando aquí? —le pregunta.

—Sí, señor —responde.

Su voz no es más que un susurro. No le gusta la forma en la que la está mirando.

—Mi mujer te trata bien, espero.

—Oh, sí, señor, Mrs. Brookes es muy amable conmigo.

—Eso es bueno.

Él la está mirando fijamente. Sus ojos están tristes, pero sus labios sonríen. Vuelve a alargar la mano y antes de que la pueda retirar, le coge la mano.

—Si hay algo que necesites, Margaret, puedes acudir a mí. Lo sabes, ¿verdad?

Ella asiente con la cabeza. Puede sentir que se sonroja por la vergüenza. Quiere retirar su mano, pero no sabe cómo hacerlo sin ofenderlo. Le está acariciando suavemente con su pulgar. Sus uñas están perfectamente cortadas y el dorso de su mano está cubierto con pelos negros.

—¿Cuántos años tienes, Margaret? —pregunta.

—Catorce.

Él suspira.

—Catorce, qué bonita edad, tan fresca, tan joven —murmura para sí mismo.

—Señor, su tostada se enfriará —dice ella—. ¿Le hago otra?

—¿Qué? Sí, Ok.

Se levanta abruptamente; él también puede escuchar los sonidos de su familia moviéndose. Pronto estarán abajo para desayunar.

—No, déjala. Desayunaré con mi mujer esta mañana.

—Muy bien, señor.

Cuando abandona la cocina, Maggie se sienta de nuevo; sus rodillas están temblando. ¿Qué le pasa esta mañana? En algún momento parecía como si estuviera a punto de llorar. Qué bien que Mrs. Brookes no le ha visto cogiendo su mano así. Habría sido despedida inmediatamente.

Maggie no ve a Mr. Brookes de nuevo hasta la hora de la cena cuando lleva el estofado al comedor.

—Gracias, Margaret. Cuando hayas traído las verduras, puedes ir a cenar. No hay postre esta noche —le dice Mrs. Brookes.

Se vuelve hacia su marido.

—Esta noche es mi noche de bridge —añade.

—¿A qué hora llegarás a casa? —le pregunta.

—No tarde, sobre las nueve, supongo.

Mr. Brookes se sirve el estofado; no mira a Maggie.

—No tengo hambre, mamá. ¿Puedo levantarme? —pregunta Annabel.

Está muy pálida.

—Tienes que comer, querida. Prueba un poco.

—Quizás coma algo más tarde. Le pediré a Margaret que me reserve un poco.

—Ok, si eso es lo que quieres.

Mrs. Brookes mira a Maggie, que asiente con la cabeza. Algo le pasa a Annabel; está tan pálida como un fantasma.

Siempre hay una comida simple el lunes, normalmente sobras del fin de semana, así que no habrá mucho que fregar. Después de eso tiene la tarde libre. Piensa que podría ir a pasear y enviar la carta que le ha escrito a Grace; es una bonita y fresca tarde. Va arriba a lavarse la cara y peinarse.

—¿Vas a salir, Margaret? ¿Puedo ir contigo?

Es Annabel.

—Claro.

Las chicas siguen la ruta larga hasta el parque para que Maggie pueda echar la carta al correo. Caminan una al lado de la otra en silencio por un instante.

—¿Es bonito tener una hermana? —pregunta Annabel.

Maggie la mira; nunca ha pensado en ello antes.

—Sí, supongo que sí, pero es mucha responsabilidad —añade pensando en Grace sola en el orfanato.

—Yo solo he tenido hermanos. Tom es el mayor. Es simpático. Fui dama de honor en su boda y llevé un bonito vestido. Era azul con capullos de rosa rosas alrededor del cuello.

—Yo también tengo un hermano —dice Maggie—. Tiene…

Hace una pausa y calcula la edad de Billy en su cabeza.

—Tiene doce años.

—¿Está todavía en Inglaterra?

—No, está en algún lugar de Australia, pero no sé exactamente dónde.

Tiene ganas de llorar, pero en lugar de eso toma un profundo aliento y le cuenta a Annabel la historia de como fueron separados.

—Oh, eso es terrible —dice Annabel y Maggie puede ver que de verdad lo siente.

Annabel toma la mano de Maggie en la suya y la aprieta.

—Debes haber estado muy asustada.

—Lo estuve. Todos lo estuvimos. Cuando tenga suficiente dinero voy a sacar a Grace del orfanato y luego vamos a ir a buscar a Billy —le dice.

—Tan pronto como tenga la suficiente edad voy a ir a Melbourne a vivir con mi hermano —dice Annabel.

Esta noticia sorprende a Maggie. ¿Por qué querría dejar a su padre y a su madre y a su bonita casa? Espera a que Annabel le diga más, pero en lugar de eso esta dice:

—Estoy de vacaciones ahora, seis semanas sin colegio.

No parece particularmente feliz ante la perspectiva.

—Creo que es hora de que volvamos —le dice Maggie.

—Oh, quedémonos un poco más; no hemos estado en los columpios aún. De todas formas, mamá no regresará hasta las nueve.

—Ok, un poco más.

Si le preguntaran, Maggie diría que es demasiado mayor para andar montando en los columpios, pero una vez se sienta en ese

asiento duro de madera y toma impulso para alejarse del suelo, solo quiere subir cada vez más alto. Es excitante. Siente que sus preocupaciones se alejan de ella; con cada empujón de sus piernas desaparecen, una a una. Cierra los ojos e imagina que está volando en el aire, el viento contra su rostro.

—Chicas, tened cuidado, podríais caeros. Sois un poco grandes para estos columpios —dice una voz.

Abre los ojos. Un viejo con un perro negro y blanco atado a una cuerda los está observando. Mira a Annabel y las dos empiezan a reírse.

—Vamos —dice—. Creo que es hora de que nos vayamos.

Cuando llegan a casa hay luz en el salón, pero no está el coche en el camino de entrada.

—Mamá aún no ha llegado —dice Annabel.

Parece decepcionada.

—Bueno supongo que tu padre está dentro.

Annabel no responde; su rostro vuelve a mostrar su aspecto hermético. Su «aspecto de puertas adentro» lo llama Maggie. Piensa en que es mucho más bonita cuando está fuera de casa, sonriendo y charlando como las demás chicas. Cierran la puerta principal suavemente tras ellas.

—¿Annabel, eres tú? —llama Mr. Brookes desde el salón.

—Sí, papá. Me voy a la cama.

—Ven y dale a tu viejo padre un beso de buenas noches entonces.

Annabel mira a Maggie y suspira.

—Hasta mañana, Maggie.

Maggie va a la cocina a asegurarse de que todo está recogido para la mañana siguiente. Cuando vuelve, la puerta del salón está cerrada, pero puede escuchar el murmullo de voces. Está cansada, sube la escalera y pronto está en la cama y casi dormida.

Está soñando que vuela entre las nubes. Puede mirar abajo y lo ve todo debajo como un mundo en miniatura. Ahora podrá encontrar a Billy y a mamá; todo lo que tiene que hacer es volar por el cielo hasta que los vea.

De repente se despierta. Hay alguien en su habitación. Se incorpora agarrando las cobijas contra su pecho.

—¿Quién hay ahí? —pregunta.

Su voz está ronca.

—Shh. Soy yo, Margaret. Te oí gritar y vine a ver si estabas bien.

Comienza a temblar. Es Mr. Brookes. ¿Por qué está en su habitación? ¿Qué quiere?

—Estoy bien, Mr. Brookes. Gracias.

Agarra las cobijas con más fuerza. A medida que sus ojos se acostumbran a la penumbra puede ver que él lleva puesto su pijama. Se sienta en la cama. Puede sentir su peso tirar de las cobijas. Huele a whisky. Una débil luz proveniente de las farolas de la calle cae contra el cobertor. No puede moverse. El hombre la mira y sonríe.

—No tengas miedo, Margaret.

Lentamente le quita las sábanas de las manos y las aparta. Está aterrada. Quiere levantarse y salir corriendo, pero no puede moverse.

—Eres una chica preciosa, Margaret. Una chica muy bonita.

Alarga la mano y le toca la mejilla. Sus dedos se detienen un momento y luego se mueven hasta su cuello para venir a descansar en los botones de su camión. Suavemente desabotona el primer botón, luego el otro y luego un tercero. Ella lo observa aterrada. ¿Qué está haciendo?

—Una chica tan bonita y tan provocadora.

Su mano se cuela dentro de su camisón y siente sus dedos sobre su pecho; se cierran sobre él y lo aprietan. Quiere gritar, pero la sensación no es desagradable. No sabe lo que le está sucediendo.

—¿Te gusta, mi niña? —pregunta frotándole el pezón.

No responde. Su cuerpo es un hervidero de emociones mezcladas.

Él traslada su mano y empieza a acariciar su otro pecho.

—Sí, sé que te gusta, mi preciosa provocadora.

Se inclina más sobre ella y empieza a besarla. Su aliento está cargado, sabe a whisky y a cigarrillos. Su bigote le raspa la piel. Todo el tiempo su mano continúa masajeándole los pechos. Empieza a gemir suavemente. ¿Le duele algo? Coge su mano y tira de ella hacia sí.

—Vamos, sabes qué hacer, mi preciosa —dice.

¿Qué quiere? Empuja su mano hacia abajo, hacia la abertura de su pijama. Puede sentir algo duro.

De repente escucha pasos. Tocan a la puerta.

—Maggie, ¿va todo bien?

Es Annabel.

Mr. Brookes se aleja de ella y se levanta. Se inclina sobre ella y

le coloca la mano en la boca. Ella no puede respirar.

—No digas ni una palabra —susurra él.

—¿Maggie? ¿Estás despierta?

Escuchan girar el picaporte de la puerta, pero él ha cerrado. Ahora Maggie está mucho más asustada. ¿Qué sucederá si descubren a Mr. Brookes en su habitación? La despedirán instantáneamente. La mandarán de vuelta al orfanato. Está paralizada por el terror. Ninguno de los dos se mueve hasta que escuchan alejarse los pasos de Annabel y luego lentamente él le quita la mano de la boca.

—No le cuentes ni una palabra de esto a nadie —dice—. Este será nuestro pequeño secreto.

Se inclina y la besa de nuevo.

—Túmbate y duerme —le dice.

Maggie hace lo que le dice, pero sabe que no dormirá. Tan pronto como se ha ido se levanta y cierra la puerta con llave tras él, luego arrastra la cómoda y la empuja contra la puerta. No va a volver a su habitación, ni esta noche ni cualquier otra noche.

Vuelve a meterse en la cama y se queda allí tumbada temblando. ¿Qué estaba haciendo, tocándola así? No puede soportar pensar qué hubiera sucedido si Annabel no hubiera venido y la hubiera salvado. Tira de las cobijas y se tapa con ellas. No es justo. No es justo. Empieza a llorar y entierra su cabeza en la almohada para ahogar el sonido de sus sollozos. ¿No hay ningún sitio en el que pueda estar a salvo?

Le gusta ese lugar; ha hecho amigas y ha empezado a tener una vida normal de nuevo. Le gusta Mrs. Brookes; es muy amable con ella y le gusta Annabel, pero sabe que no puede quedarse allí más. Tiene que encontrar otro sitio donde vivir, un lugar donde nadie pueda herirla.

A la mañana siguiente Maggie se queda en la cama hasta que escucha la puerta principal cerrarse y Mr. Brookes sale a trabajar. No le importa que haya tenido que hacerse el desayuno hoy; está segura de que no se quejará a su mujer de ella. Por un instante experimenta una sensación de poder sobre sus jefes, pero rápidamente se disipa. Ha decidido lo que hará; se marchará a Melbourne a buscar otro trabajo. Se siente mal por dejar a Mrs. Brookes, pero es imposible quedarse aquí ahora. No puede ni siquiera avisarle de que se marcha. ¿Qué excusa le daría? Está segura de que Mrs. Brookes no la creería si le contara el

comportamiento de su marido y su instinto le dice que incluso si la creyera de alguna manera la culparía.

Se viste apresuradamente, baja a la cocina justo cuando escucha a Mrs. Brookes entrar en el baño. Les hará el desayuno, recogerá el salón y luego, cuando Mrs. Brookes salga a hacer la compra, se marchará. Con el plan claramente trazado en su cabeza se dispone a hacer el café.

—Buenos días, Margaret.

—Buenos días, Mrs. Brookes.

—Solo una taza de café para mí hoy. Voy a encontrarme con unas amigas en la ciudad y seguramente tomemos un aperitivo.

Se da unas palmaditas en su plano estómago y hace una mueca. Maggie sonríe. No entiende por qué Mrs. Brookes siempre está insistiendo en su peso; está muy delgada.

—¿Annabel?

—Un huevo hervido, por favor, Maggie.

Maggie no la mira.

Tan pronto como el desayuno termina y ha hecho sus tareas, va a su cuarto y saca su bolsa de debajo de la cama. Pliega su ropa cuidadosamente, la deposita en la bolsa y cierra la cremallera. Aunque tiene el doble de posesiones que cuando llegó, todavía no llena su bolsa. La deja debajo de la cama, se sienta y escribe una nota para Mrs. Brookes. No quiere que piense que algo malo le ha sucedido, por eso le escribe:

«Querida Mrs. Brookes:

Lo siento, pero me voy a buscar otro trabajo. Por favor, no me busque; estaré bien. Gracias por todo. Margaret.»

La dobla y la coloca dentro de un sobre. Escucha a su jefa decirle algo a Annabel y luego la puerta se cierra. Espera hasta que escucha el coche salir de la entrada y coge su bolsa y el sobre y baja. No quiere toparse con Annabel.

—Maggie, ¿a dónde vas?

Annabel está de pie en la cocina; ha estado esperándola. Maggie siente que enrojece.

—Te vas, ¿verdad?

La chica parece horrorizada. Maggie siente miedo de que vaya a llorar.

—¿Es por papá? Es por eso, ¿verdad? Estuvo en tu habitación la noche pasada, ¿verdad? Lo sabía. Oh, ¿cómo pudo? Oh, Maggie, lo siento mucho.

—Tengo que irme —dice Maggie—. No puedo quedarme aquí más; tengo que buscar a mi hermano.

Una débil excusa, pero ¿qué otra cosa puede decir?

—Pero no puedes irte, aún no. Apenas acabas de llegar. Por favor, no te vayas.

Maggie pasa a su lado y deja el sobre contra el hervidor de agua donde Mrs. Brookes lo encontrará cuando regrese.

—Lo siento.

No sabe qué otra cosa decirle. Entiende por qué Annabel ha estado siempre tan nerviosa; su padre probablemente ha estado yendo a su habitación por la noche también. Vacila y luego pregunta:

—¿Por qué se fue la chica que estaba antes que yo? ¿También la tocó?

—No lo sé. Honestamente. No estuvo aquí mucho tiempo, solo unos pocos meses y luego un día dijo que tenía que marcharse.

—Entonces pudo haber sido a causa de él.

Annabel asiente con la cabeza; está a punto de llorar.

—Déjame ir contigo —le ruega—. Por favor, llévame contigo.

—No, ¿cómo podría? Tienes que volver al colegio. Y de todas formas tus padres te encontrarán y te traerán de vuelta. Se lo dirán a la policía y estaré en problemas.

—Pero no me puedo quedar aquí ahora —lloriquea.

—Cuéntale a tu madre lo de tu padre —dice Maggie.

—¿Cómo? No me creería.

Maggie deja su bolsa en el suelo y sirve un vaso de agua.

—Toma, bebe esto —dice tendiéndoselo a Annabel.

Siente lastima por Annabel, pero no hay manera de que vaya a llevársela consigo; no quiere que la policía la busque y la mande de vuelta al orfanato.

—Cierra tu puerta con llave por la noche —le indica.

—Lo hago. Por eso fue a tu habitación.

—Bueno, entonces amenázale con decírselo a tu madre si no para.

—Él diría que es culpa mía —solloza Annabel—. Siempre me está llamando descarada provocadora. No es cierto. Yo no hago nada.

—Mira, seca tus lágrimas.

Maggie le tiende su pañuelo.

—Solo te quedan unos pocos años más, luego dejarás la escuela

y encontrarás un trabajo en alguna parte —añade—. Puedes ir a vivir con tu hermano.

Annabel se anima un poco con esta sugerencia.

—Sí, pero ¿qué hago mientras tanto?

—Por qué no le preguntas a tu madre si puedes pasar las vacaciones allí, en casa de tu hermano.

—Esa es una buena idea; podría quedarme allí hasta que tenga que volver al colegio en septiembre.

Annabel bebe algo de agua y Maggie puede ver que está mucho más calmada ahora.

—¿A dónde planeas ir, Maggie? ¿Vas a ir a Melbourne? —pregunta.

Maggie asiente con la cabeza.

—¿Tienes donde quedarte?

—Aún no. Encontraré un sitio cuando llegue allí.

—Ve a casa de mi hermano. Su mujer es muy simpática; seguro que te ayudarán si se lo pides.

De repente Maggie ve un lado diferente de Annabel. Ya no es una adolescente llorona; es alguien que quiere ayudar a su amiga.

—Espera aquí. Le escribiré una carta y puedes llevársela. Le diré que iré a quedarme unas cuantas semanas también.

Va al estudio de su padre y coge un poco de papel de su escritorio.

—Estará bien, ya verás. Incluso puede que pueda ayudarte a encontrar a tu hermano. Es muy inteligente, ¿sabes?

—No lo sé. ¿Y si no me quiere allí? ¿Y si se pone en contacto con tu padre? —dice Maggie.

—No hará eso; no habla con papá. Tuvieron una discusión terrible sobre algo las pasadas Navidades —añade.

Termina la carta con besos y la pone en un sobre.

—Mira, esta es su dirección. No tendrás problemas para encontrarla.

Ahora está sonriendo.

—Será fantástico; estaremos juntas todo el verano —dice.

Maggie le coge el sobre. Esto ciertamente le facilitará la vida, pero no está segura de si es una sabia decisión. No conoce a esa gente. Y si deciden informar al orfanato de que se ha marchado.

—Annabel, sabes que tengo que encontrar un trabajo primero. Yo no estaré de vacaciones como tú.

—Sí, lo sé, pero mi cuñada te ayudará; conoce a todo el mundo

en Melbourne —le dice sonriéndole.

Su confianza en su hermano y su esposa es contagiosa.

—Mira, tengo que irme ya. Tu madre volverá pronto —dice Maggie—. Tengo que irme antes de eso.

Quiere estar lo más lejos posible cuando Mrs. Brookes vuelva de la compra.

—Te acompañaré a la parada del autobús —se ofrece Annabel.

Está más alegre ahora, y se inclina y coge la bolsa de Maggie.

—Voy a echarte de menos, Maggie —dice, sus ojos se llenan de lágrimas de nuevo.

—Yo también te echaré de menos, Annabel, pero nos veremos de nuevo pronto. Te escribiré y te contaré qué sucede.

—Sí y yo iré a visitarte.

—Ahora, vamos, tenemos que irnos.

Cuando la puerta se cierra tras ellas, Maggie ya no se siente asustada; se siente eufórica. Este es otro paso en su vida y va a llevarla más cerca de volver a reunir a su familia, está segura.

MAGGIE

Maggie no puede creer su buena suerte. El hermano de Annabel, Tom, y su esposa, Alice, viven en una tranquila urbanización a las afueras de Melbourne. Cuando tocó a su puerta estaba segura de que leerían la nota de Annabel y le dirían educadamente que no podían ayudarla, pero en lugar de eso la recibieron en su casa y en cuestión de días la ayudaron a encontrar un trabajo en una fábrica local, y una habitación en la casa de una viuda que acogía inquilinos para llegar a fin de mes.

—Maggie, hay alguien en la puerta que te busca —Mrs. Robinson su casera grita por las escaleras.

Maggie deja su boli y se apresura a bajar. Tiene que ser Annabel; Tom prometió que le diría donde estaba Maggie tan pronto como llegara.

—Annabel.

—Hola, Maggie.

Las dos chicas se abrazan. Hace tres semanas desde que se vieron por última vez.

—Entra. Vamos a mi habitación.

La guía por dos tramos de escaleras hasta que alcanzan su dormitorio; es pequeño, pero cómodo y barato.

—Pensé que nunca vendrías —dice Maggie.

—Mamá dijo que tenía que esperar hasta que consiguiéramos alguien para ayudarnos.

—¿Qué sucedió?

Maggie está desesperada por saber cómo reaccionó Mrs. Brookes ante su desaparición.

—Bueno, le molestó mucho que te fueras. Leyó tu nota y dijo que no la entendía. Quería acudir a la policía, pero papá la persuadió para que no lo hiciera. Dijo que no era asunto para la policía y si querías marcharte era cosa tuya.

—¿Eso es todo?

—Bueno, recorrió la casa para ver si te habías llevado algo, pero cuando descubrió que no faltaba nada se calmó.

Maggie siente que su estómago se contrae. ¿Cómo pudo pensar Mrs. Brookes que era una ladrona? Se siente decepcionada por su exjefa.

—¿Y no le importó que vinieras a quedarte con Tom?

—No, pero es solo por dos semanas, después tengo que volver a casa.

—¿Y tu padre?

—Él no quería que yo viniera, pero mamá lo persuadió.

—¿Y qué hay de la otra cosa?

No quiere preguntarle directamente por el abuso.

Annabel mira hacia abajo evitando su mirada.

—Ahora está bien —musita—. Mantengo mi puerta cerrada.

Maggie espera que sea verdad, pero es obvio que Annabel no le va a contar nada más; está demasiado avergonzada para hablar sobre ello.

—Tom dice que me ayudará a averiguar si mi madre todavía está viva —le dice Maggie—. Tienen un amigo en el gobierno que sabe de estas cosas.

—¿Eso significa que volverás a Inglaterra?

—Quizás. No lo sé. No puedo irme a ninguna parte sin Billy y sin Grace.

No se atreve a pensar en el futuro, pero su corazón late más rápido ante la perspectiva.

—Bueno, al menos sabes dónde está Grace.

Maggie asiente con la cabeza.

—Pero no Billy.

—No te preocupes, alguien te ayudará a encontrarlo —la tranquiliza Annabel—. Ahora háblame de tu nuevo trabajo. ¿Has hecho amigas? ¿Hay algún chico simpático?

Las chicas se ríen. Maggie piensa en lo agradable que es ver a Annabel de nuevo; la ha echado de menos. Hay muchas mujeres trabajando en la fábrica, pero hasta el momento no ha conocido a ninguna chica de su misma edad. Las mujeres se sientan y charlan durante el descanso para comer mientras dan cuenta de sus sándwiches, pero normalmente lo hacen de sus niños o sus maridos. Maggie no tiene nada con lo que contribuir. De todas formas, no quiere hablar del orfanato o de por qué se ha trasladado a Melbourne, así que normalmente se sienta en silencio.

Maggie llega a su alojamiento a las seis en punto; está exhausta. El trabajo es muy agotador y tan repetitivo, pero el dinero es bueno. Gana tres veces más de lo que Mrs. Brookes le pagaba. Hay ruido y huele mal y tiene que estar de pie allí, todo el día, metiendo latas en cajas cuando salen de la línea de producción. Algunas veces son latas de guisantes, otras de judías, de la mayoría no se da cuenta, su mente está en otra parte, normalmente pensando en cómo podrá volver a Londres.

—Hola, Maggie. ¿Has tenido un día duro? Parece que te hayan dado una paliza.

—No, estoy bien, gracias Mrs. Robinson.

—¿Cómo está esa amiga tuya, Annabel?

—Me pasaré a verla esta noche; se marcha el domingo.

—Es una pena. Parecéis llevaros tan bien —dice Mrs. Robinson mientras se inclina y saca un pastel de carne del horno.

—Eso tiene buena pinta. Me muero de hambre —dice Maggie.

—Bueno, ve y siéntate con los demás. Estoy a punto de emplatar.

Hay cuatro inquilinos viviendo en la casa de Mrs. Robinson; Maggie es la única chica. Los otros tres ya están sentados a la mesa del comedor, esperando su comida. Se sienta al lado de Fred Barrett, un comerciante de mediana edad que lleva viviendo allí desde que Mrs. Robinson empezó a acoger inquilinos. En frente de ella hay un joven soldado que fue herido en la guerra y un neozelandés. El soldado tiene algo mal en su mandíbula y apenas habla con nadie y el neozelandés es un recién llegado. Los cuatro permanecen sentados guardando un silencio incómodo hasta que Mrs. Robinson aparece con el pastel.

—Caramba, es una belleza —dice Fred—. Me muero de hambre.

—Tienes razón en eso, amigo —dice el zelandés—. Es una buena comida.

Mrs. Robinson sonríe complacida. Les tiende un plato a cada uno.

—¿Verduras? —pregunta.

—Claro, un montón —dice Fred.

Es un hombre corpulento con un bigote pelirrojo. A Maggie le gusta; siempre está bromeando con Mrs. Robinson y una vez Maggie lo vio dándole una palmadita en el trasero. Maggie pensó que Mrs. Robinson se enfadaría, pero solo se rio y dijo:

—Mantén esas grandes manos tuyas quietas, Fred Barrett o te echaré a la ley encima.

Mrs. Robinson siempre se une a ellos en la cena, aunque come muy poco; solo le sonríe a todo el mundo y bebe un vaso de cerveza.

—¿Más, Maggie? —pregunta.

—No, gracias.

Maggie se termina lo que queda de su pastel de carne y hace el plato a un lado.

—Creo que me pasaré por la casa de Tom ahora —dice.

—Ok, querida, vete.

—Que bueno ser joven y sin compromiso —dice Fred riéndose—. ¿No tengo razón, Mrs. R?

—Hace tanto de eso para que lo recuerde —responde la casera bebiendo su cerveza y sonriéndole coquetamente a Fred.

—No llegaré tarde —dice Maggie.

—Ok, querida, procura estar de vuelta a las nueve; eres demasiado joven para ir deambulando por ahí por la noche —le dice antes de volverse hacia los otros y preguntar—. ¿Quién quiere tarta de fresa?

Alice está en la cocina fregando y Tom está echado en el sofá leyendo el periódico cuando Maggie llega.

—Hola, chica, pensé que vendrías esta noche —dice Tom.

—¿Está Annabel?

—Se está lavando el pelo. Annabel —grita—, Maggie está aquí.

Maggie se quita el abrigo y se sienta en el sofá. Se siente como en su casa allí.

—¿Has averiguado algo sobre mi madre? —le pregunta a Tom—. ¿O sobre Billy?

Él sacude la cabeza.

—Lo siento, chica, nada hasta el momento. Parece que no pueden encontrar ningún rastro de tu madre. Desde que dejaste Londres, los alemanes han bombardeado el lugar hasta arrasarlo, sabes. Imagino que cualquier registro de datos que haya, está sumido en un caos. Tienes que afrontar el hecho de que tu madre pueda estar realmente muerta. ¿Hay alguien más con quien podamos ponernos en contacto?

Sacude la cabeza. No mamá no está muerta. No se lo cree. No siente que sea cierto. Está convencida de que mamá todavía vive. No sabe por qué, pero lo cree; solo sabe que no siente lo mismo que cuando le dijeron que papá estaba muerto. Entonces era una certeza. Nadie ha presenciado en realidad la muerte de su madre. Podría ser todo un error.

—¿Y mi abuela? Quizás podrías encontrarla.

—¿Crees que tu abuela todavía vive? —pregunta Tom.

—Podría ser.

—¿Y cuál es su nombre?

—Lil.

—¿Lil qué?

—Lil Rogers, y mi abuelo es Les Rogers. Sé, porque Mrs. Kelly me lo dijo, que mi madre llamó al bebé como mi abuelo. El nombre del bebé es Leslie.

Tom apunta los nombres.

—Bien, ¿hay algo más que puedas decirme? ¿Algo que puedas recordar sobre dónde vivías o dónde vivía tu abuela?

—Vivíamos en Bethnal Green, pero nuestra casa fue bombardeada.

Piensa durante unos minutos.

—La calle se llamaba Stanlet Street.

—¿Y tu abuela?

Sacude la cabeza.

—Sé que era en algún lugar de Islington.

—Bueno eso es algo por donde seguir. ¿Recuerdas en donde te quedabas antes de dejar Inglaterra? ¿Estabas con una familia?

—No, estábamos con monjas.

—¿Monjas? ¿Sois católicos entonces?

—No. El padre McNally nos llevó a St. Margaret cuando Mrs. Kelly murió.

Ve a Tom fruncir el ceño. La historia suena complicada, lo sabe; espera que la crea.

—Mrs. Kelly era nuestra vecina; nos estaba cuidando mientras nuestra madre estaba en el hospital, pero murió en el bombardeo.

—Dios, pobres criaturas —dice Alice que se ha unido a ellos en la sala de estar.

—Bueno, veré qué puedo hacer. Mañana me reuniré con mi amigo para tomar una cerveza, hablaré de nuevo con él al respecto. Trabaja en el Departamento de Inmigración y Asuntos Interculturales, así que puede que pueda ayudarnos.

—¿Phil? —pregunta Alice.

—Sí, si alguien puede ayudar, es él.

—Tengo esto —dice Maggie y le tiende su disco de identidad del CORB—. ¿Ayudará?

—¿Es así como vinisteis aquí, con el CORB? —pregunta.

—¿Qué es el CORB? —pregunta Alice cogiéndole el disco.

—Es el Comité de Recepción de Niños en el Extranjero. Mandaron un montón de niños a Australia. Así que, ¿así es como llegasteis aquí?

—Sí, nos enviaron en un barco.

—Bueno eso nos da algo con lo que trabajar.

Mira a su esposa que le sonríe y dice:

—Eso sería maravilloso, Tom. Quizás alguien pueda llegar hasta sus abuelos.

—Bueno, veré lo que puedo hacer, Maggie, pero no te hagas ilusiones. Recuerda que es época de guerra; muchos registros se pierden o se destruyen.

—¿Y Billy? —pregunta ella.

—¿Llegó en el mismo barco?

—Sí, estábamos juntos, pero lo hicieron desembarcar en Fremantle. Unos hombres con capuchas negras se lo llevaron; parecían curas.

—Eso puede ser más fácil. Haré que alguien compruebe los orfanatos de esa zona y veré si fue enviado a alguno de ellos.

—Oh, ¿lo harás? Eso sería maravilloso.

Maggie no puede creer su suerte. Tom está siendo de tanta ayuda. Ahora encontrará a su hermano.

—Veré lo que puedo averiguar. Pero, aunque tengan registro de él, no es seguro que todavía esté allí y, si está allí, no sé lo que podemos hacer al respecto.

—Hola, Maggie.

Annabel está apoyada en la barandilla de la escalera, su pelo mojado recogido con una toalla de baño blanca.

—Ve arriba, Maggie —dice Alice—. Acabo de hacer una gran jarra de limonada fresca. Os subiré un poco.

Maggie sube corriendo las escaleras. Qué maravilloso sería si el amigo de Tom pudiera encontrar a Billy. Entonces podría venir a quedarse con ella en Melbourne; está segura de que Mrs. Robinson le encontraría una habitación.

Ha telefoneado al orfanato para preguntar cómo está Grace y si puede ir a verla. Para su sorpresa dicen que puede. Como es casi Navidad, se le permite hacerle una corta visita. Decide escribirle a Grace primero y avisarla de que va a ir.

«Mi querida Gracie», comienza.

«Espero que estés bien. Tengo muchas cosas que contarte desde la última vez que te escribí. Estoy viviendo en Melbourne ahora, en la casa de una simpática mujer llamada Mrs. Robinson y tengo un nuevo trabajo. ¡Estoy trabajando en una fábrica empaquetando latas de guisantes! ¡Qué asco! Sabes que odio los guisantes. Me hace pensar en el orfanato. La próxima vez que tengas guisantes y carne picada para comer puedes pensar en mí de pie allí todo el día

empaquetándolos.

Mrs. Robinson tiene una pensión y yo tengo una habitación para mí sola. La comida es buena y tenemos tostadas para desayunar y algunas veces helado casero. Es bastante barata y estoy ahorrando algo de dinero para cuando podamos estar juntas de nuevo.

Le he escrito a la Madre Superiora y dice que puedo ir a verte en Navidad. Eso es dentro de unas pocas semanas. Será divertido. Podrás contarme lo que has estado haciendo. Será tan agradable verte de nuevo. Te he echado de menos, Gracie. Hasta pronto.

Con mucho amor de tu hermana

Maggie besos

Pdta: un beso para Teddy también.»

Pliega la carta cuidadosamente y la mete dentro de un sobre. Espera no estar cometiendo un error regresando al orfanato. Por un instante un irracional miedo se apodera de ella, piensa que la harán quedarse allí.

El día de Navidad es un sábado. La fábrica está cerrada por tres días y le ha dicho a Mrs. Robinson que va a ir a ver a Grace. No hay nada que la detenga. Ha comprado unos regalos para Grace: galletas de chocolate, plátanos, un cuento de canguros y un medallón pequeño de plata. No está segura de si el medallón ha sido una buena idea, pero quiere darle algo a Grace con lo que pueda recordarla mientras lo sujeta. Se levanta temprano, antes de que haya suficiente luz y sube a un autobús en el centro de Melbourne. El conductor le desea una feliz Navidad y le dice que va directamente a la pequeña ciudad de Pardy Creek; no hay necesidad de hacer trasbordo. El autobús está casi vacío a esa hora, pero una vieja señora sentada al otro lado del pasillo le dice que estará lleno de regreso, con gente que va a visitar a sus familias.

El conductor del autobús la deja tan cerca del orfanato como puede. Nada ha cambiado; la carretera es todavía una senda polvorienta y el paisaje a la pálida luz de la mañana parece lúgubre y desolado. Un estremecimiento la recorre. Pensaba que nunca regresaría, pero allí está. Avanza por la carretera hasta que ve los bajos y grises edificios del orfanato en la distancia y tras ellos el amenazante edificio de piedra que alberga a las monjas. Su corazón comienza a acelerarse. Quizás no debería haber venido aquí. Se siente abrumada por el deseo de darse media vuelta y volver, pero se obliga a parar y a tomar un profundo aliento; las monjas no pueden hacerle nada ahora, se dice a sí misma.

Camina hasta el edificio principal y toca a la puerta. La hermana Bridget abre.

—Bien, Margaret. La Reverenda Madre dijo que vendrías hoy. A ver a tu hermana pequeña, ¿verdad?

—Sí, hermana Bridget. Le he traído un par de pequeños regalos.

La monja asiente con la cabeza. No parece haber cambiado en absoluto en todo el tiempo que Maggie ha estado lejos.

—Sígueme. Acaban de salir de la capilla. Supongo que Grace está dándole de comer a las gallinas —dice.

Por supuesto, todavía tienen que trabajar, incluso el día de Navidad. No hay días libres en el orfanato. Una chica viene corriendo hasta ellas.

—Hermana Bridget, la hermana Agnes la necesita en la cocina —dice.

La monja mira a Maggie.

—¿Estarás bien sola? —pregunta—. ¿Recuerdas dónde está el gallinero?

—Sí, estaré bien —dice Maggie.

¿Cómo podría olvidarse? Siente como si nunca se hubiera ido; cada edificio, cada brizna de hierba, cada desolado trozo de tierra está grabado en su mente para siempre. Nunca podrá borrarlo de su memoria.

—Bien. Bueno, es agradable volver a verte, Margaret.

La monja parece aliviada de librarse de ella y se va detrás de la chica.

Maggie sigue el camino hasta que llega al gallinero. Puede ver a Grace. Es tan pequeña que todavía puede meterse dentro con los pollos. Les está hablando en voz baja mientras esparce el maíz.

—Grace, soy yo; soy Maggie.

La chica deja caer el cuenco de maíz y se da la vuelta. Es su hermana, sin duda, pero ha cambiado en el tiempo que Maggie lleva fuera. Su rostro es más delgado y no hay gracia en sus pasos.

—Maggie —grita y baja del alambrado y se echa a los brazos de Maggie.

Abraza a la frágil niña contra ella, incapaz de hablar por la emoción que ahoga su garganta.

—¿Es Navidad hoy? —pregunta Grace.

—Sí, cariño, es Navidad. Por eso he venido a verte.

—¿Lo saben las monjas? —pregunta mirando alrededor nerviosa.

—Sí, está bien. Tengo permiso. Mira, te he traído unos regalos.

Los ojos de Grace se iluminan y luego dice:
—Pero tengo que hacer mis tareas.
—Lo entiendo, pero estoy segura de que podemos ir a algún lugar y hablar un momento primero. ¿Por qué no vamos detrás de la capilla?
Grace sonríe. Ese es el lugar donde todo el mundo va para alejarse de las monjas. Hay un gran árbol del caucho allí, y si subes a sus ramas, nadie puede verte. La misma Maggie fue allí a esconderse muchas veces.
A Grace no le cuesta mucho subir al árbol. Se sientan allí, la una al lado de la otra, mientras Grace abre sus regalos.
—Es precioso —dice Grace mientras abre la caja con el medallón.
Parece preocupada.
—Sé que no podrás ponértelo, pero pensé que podrías esconderlo en algún lugar. Mira, tiene una foto mía dentro —le dice Maggie.
Abre el medallón y se la muestra. Le hubiera gustado poner una de Billy también, pero no tiene una.
—Lo guardaré con mis cartas —dice Grace—. Debajo de la cama con Teddy. Teddy lo vigilará por mí. Vigila mis cartas. Se las leo todas las noches.
—Eso suena como una buena idea.
Observa como Grace coge una galleta de chocolate y se la come apresuradamente. Aunque le ha estado escribiendo a Grace cada mes, no estaba segura de si Grace podría leer sus cartas o no. Solo tiene clases por la mañana, como Maggie bien recuerda, y la mayor parte del tiempo se ocupan de aprender el catecismo.
—¿Le enseñas las cartas a alguien más? —pregunta.
—Susie. Ella me las lee —dice.
—¿Quién es Susie? ¿Es tu amiga?
—No. Es una niña mayor. Está encargada del dormitorio.
—Eso es amable por su parte. ¿Es buena con las chicas?
Grace asiente con la cabeza y se come otra galleta.
—Voy a guardar algunas para Freda y Teddy —dice.
—¿Es Freda tu amiga? —pregunta Maggie.
—Sí. Freda y yo hacemos la colada juntas. Yo paso la ropa por la calandria. Y plancho.
Maggie recuerda como era eso. Grace no parece lo suficientemente fuerte para arreglárselas con esas sábanas y toallas

mojadas. Piensa en los días en los que solía ayudar a mamá con la calandria; entonces parecía divertido. Pero mamá no tenía que lavar y planchar para ciento cincuenta chicas, más diez monjas.

—Freda nunca recibe ninguna carta —dice Grace—. Nadie le escribe.

—Eso es triste. Pero te tiene como amiga ¿verdad?

Grace asiente vigorosamente con la cabeza y coge otra galleta.

—¿De verdad vas a llevarme de vuelta a Inglaterra? —susurra.

—Sí, un día. Tenemos que encontrar a Billy primero, pero tengo a alguien que me ayuda con eso. No será muy tarde; te lo prometo.

—Echo de menos a Billy —dice Grace y una lágrima desciende por su rostro.

—Eh, vamos, hoy no se llora. Es Navidad.

—Papá Noel no vino —dice sollozando.

—Bueno supongo que ha perdido tu dirección.

—Ahora todos estamos perdidos, ¿verdad, Maggie?

—No, tonta, no estás perdida. Estás conmigo y tan pronto como pueda, saldrás de aquí y vendrás a vivir conmigo.

Grace se anima con esto.

—¿Y Teddy?

Claro.

—¿Recuerdas a mamá, Gracie? —pregunta Maggie.

Grace la mira y sacude la cabeza.

—¿E Inglaterra, recuerdas Inglaterra?

—Recuerdo las bombas y que íbamos en un barco —dice—. Me gustaba el barco; había una mujer muy simpática allí.

—Eso es cierto, June.

Quizás esté bien que Grace no recuerde mucho, así no estará tan triste. No le atormentarán los recuerdos de su madre y no pasará el tiempo preguntándose si está viva o muerta, como Maggie hace.

—Tengo que ir a hacer mi trabajo ahora —dice Grace—. Freda dice que tengo que planchar hoy; es mi turno. No será mi amiga si no voy.

—Claro, cariño. Iré contigo.

Bajan del árbol y se dirigen a la lavandería. Freda ya está allí. Es más alta que Grace, pero igual de delgada. Sus manos están rojas y en carne viva a causa de la sosa que usan para lavar la ropa.

—Esta es mi hermana —le dice Grace a Freda.

Freda sonríe tímidamente, pero no responde. Coge las planchas de la estantería y las coloca en la estufa al calor. Maggie sabe que

necesitarán al menos quince minutos para calentarse. Se quedará allí un poco más.

—Hola, Freda. Grace me lo ha contado todo sobre ti.

Tiene mucho tiempo para esperar al autobús, pero al final llega. Le hubiera gustado quedarse un poco más, pero la hermana Agnes dijo que no era una buena idea; era molestar a las otras chicas, ya que estas no tenían visitas. Se sienta cerca de la parte delantera, al lado del conductor.

—¿Y a dónde te diriges, jovencita? —le pregunta.

—A casa —dice y se siente feliz al pensar que Mrs. Robinson la estará esperando.

El pavo estará en el horno y su casera estará inclinada sobre la estufa, con las mejillas rojas y brillantes.

—No hay ningún lugar como casa —continúa él—. Especialmente en Navidad.

Pobre Grace, si pudiera haber venido con ella, aunque solo fuera por una noche. Se recuesta en el asiento y mira fijamente pasar el campo. Las lágrimas nublan su visión. Tiene que hacer un esfuerzo mayor para reunir de nuevo a su familia.

MAGGIE

Hoy está ocupada empaquetando latas de estofado de cordero. Hay una imagen de un corderito en la etiqueta que es tan dulce y mimoso que está segura de que no podría comer el estofado, aunque se estuviera muriendo de hambre. Dice Mrs. Robinson que es demasiado sensible con estas cosas.

Su mente vaga hasta Grace. Ha ido a verla dos veces ya. Le gustaría ir más, pero es imposible. Cuando lo sugiere, las monjas dicen que resulta perturbante para Grace y las otras chicas si va tan a menudo, pero le permiten verla cada Navidad. Quería llevarla a donde Mrs. Robinson con ella la última vez, pero no lo permitieron. Suspira. A sus planes les está llevando mucho tiempo llevarse a cabo. Todavía no ha localizado a Billy y las monjas no quieren ni oír hablar de que Grace abandone el orfanato.

De repente la música de los altavoces de la fábrica es interrumpida por el sonido de campanas de iglesia y el sonido de gente vitoreando. Todo el mundo para y se mira. La cinta transportadora de la fábrica se para súbitamente. Luego una voz anuncia:

«Este es el servicio mundial de la BBC. Londres hace un llamamiento. La guerra en Europa ha terminado. El Alto Mando de las Fuerzas Armadas Alemanas se ha rendido incondicionalmente a los Aliados».

Se produce por un instante una pausa mientras asimilan esta histórica noticia y luego todo el mundo vitorea y alguien ha puesto la sirena de la fábrica. Es un caos.

—Silencio, compañeras; es Churchill —dice su jefe.

Las trabajadoras se paran para escuchar las palabras del Primer Ministro británico.

«Que Dios os bendiga a todos. Esta es nuestra victoria. Victoria por la causa de la libertad en todos los países. En toda nuestra larga historia nunca habíamos visto un día tan grande como este...».

Pero ya no puede escuchar más; es demasiado excitante. Nadie puede mantenerse callado. Las mujeres gritan de júbilo y los hombres van de acá para allá dándose palmaditas en la espalda y estrechándose las manos. La guerra ha terminado al fin. Después de cinco largos años, ha terminado. Ahora todo lo que quieren saber es cuándo regresarán los soldados a casa. La amiga de Maggie, Helen, la agarra por la cintura y la hace girar y girar. Está riendo y Maggie también está riendo. Ahora la guerra ha terminado; ahora pueden

irse todos a casa.

El jefe les dice que va a cerrar la fábrica más temprano y que les deja ir a casa. Nadie, ni siquiera él, tiene ánimos para trabajar hoy.

—Es fantástico. Saldremos a celebrarlo —dice Helen—. Te veo en el pub a las cinco.

—Sí, allí estaré.

Camina hacia casa como en una nube. No puede creer que todo haya terminado. Ahora sus vidas cambiarán. Ahora averiguarán si mamá todavía está viva, si no lo está, Maggie formará un hogar para Grace y Billy. Tiene mucho dinero ahorrado ahora y si continúa haciendo regularmente horas extra debería poder alquilar un pequeño apartamento para ellos. Billy tendrá ahora quince años. Podrá trabajar pronto y entonces tendrán más dinero para vivir de él. Se detiene. Está dejando que el entusiasmo la embargue; primero tiene que averiguar dónde está viviendo Billy. Tom no ha tenido suerte con sus investigaciones, pero lo achaca a la guerra. Ahora que la guerra ha terminado debería tener más éxito; está segura de ello.

Helen ya está esperando fuera del pub cuando ella llega. Lleva una nueva chaqueta con un ribete de terciopelo en el cuello. Helen trabaja en la línea de empaquetado con ella y una vez a la semana van al cine juntas.

—Hola, siento haber llegado tarde. Mrs. Robinson quería que tomara el té con ella antes de salir.

—Kylie y Jimmy están dentro, pidiendo las bebidas —dice.

Maggie ha conocido a Kylie con anterioridad; es la prima de Helen y a menudo va al cine con ellas. Nunca antes le había oído mencionar a Jimmy.

—¿Quién es Jimmy? —pregunta—. ¿Es el novio de tu prima?

Helen se ríe a carcajadas.

—Cielos, no. Es mi hermano mayor. Acaba de volver a casa; ha estado trabajando en los astilleros en Perth.

Coge del brazo a Maggie y entran en el pub. Está abarrotado. Todo Melbourne parece haberse comprimido en este diminuto y ahumado pub. Es una típica y estridente celebración australiana y la cerveza corre por el lugar.

—Hola, hija —dice un joven mientras se inclina y besa a Helen.

Tiene que ser Jimmy. Parece un par de años mayor que Maggie y es muy guapo. Como Helen, tiene el pelo negro y muy rizado y rasgos regulares. Pero donde Helen es diminuta, él es alto y

larguirucho. Cuando se vuelve para hablarle, puede ver que tiene las mismas maneras relajadas que su hermana y al instante se siente cómoda.

—Hola, ¿así que tú eres Maggie? —dice—. He oído hablar mucho de ti.

Maggie no puede evitar ponerse colorada con esto y aunque Helen se ríe y le propina a su hermano un golpe en el brazo, se siente avergonzada.

—Encantada de conocerte —dice y de verdad lo piensa.

Maggie llega tarde; había horas extra inesperadas hoy. Espera que Mrs. Robinson no haya servido la cena aún. Cuando abre la puerta principal le llega el aroma de algo delicioso flotando desde la cocina. A través de la puerta de cristal puede ver a Fred ya sentado a la mesa; el soldado está a su lado, en su habitual lugar.

—Hola, Mrs. R —grita—. Siento llegar tarde.

Entra en la cocina primero para coger prestado el periódico de Mrs. Robinson; le gusta comprobar si hay noticias sobre si los niños de guerra están siendo repatriados.

—No hay nada ahí hoy —le dice su casera—. Pero estaban diciendo en la radio que algunos de los refugiados de guerra volverán a sus hogares a finales de mes. Uno de los ministerios se está ocupando de eso.

—¿Sabe cuál? —pregunta Maggie.

—No, no me enteré de lo que dijeron. Quizás ese amigo tuyo sabrá algo más al respecto.

Mrs. Robinson se pone en pie. Está sacando algo del horno y su rostro está sonrosado por el calor.

—¿Qué es eso? Huele bien.

Mrs. Robinson sonríe y se da un golpecito en la nariz.

—Es un pastel de conejo —dice guiñando el ojo—. Pero no se lo digas a los otros. Les voy a hacer pensar que es pollo.

—Sea lo que sea, tiene una pinta maravillosa. Dios, me muero de hambre.

—Vamos. No he conocido a una chica con tanta hambre. Si sigues así, serás más gorda que yo para cuando cumplas los veinte.

Maggie se ríe. Mrs. Robinson es lo que su madre solía llamar una matrona. Tiene mejillas gordas y sonrosadas y al menos tres barbillas; su estómago se extiende delante de ella como un cojín y hay hoyuelos en sus regordetes brazos. Su espalda es tan amplia que le gusta sentarse al borde de la silla en lugar de recostarse en ella.

Maggie nunca podría imaginarse ponerse tan gorda como Mrs. Robinson; aunque comiera pastel de conejo todos los días.

—Hubo un problema en el trabajo —le dice—. Tuvimos que trabajar una media hora extra.

—Bueno eso será dinero extra para ti.

Coloca el puré de patatas en una bandeja.

—Toma, cógeme esto. Oh, por cierto, esa cuñada de tu amiga se pasó por aquí antes. Dice que su marido tiene noticias para ti. Algo sobre tu hermano.

Maggie piensa que va a dejar caer la bandeja; cuidadosamente la coloca en la mesa.

—¿Dijo qué era?

—No, solo que deberías pasarte esta noche, cuando su marido esté en casa.

Maggie siente contraerse su estómago. De repente ha perdido el apetito.

—Vamos, coge las patatas antes de que se enfríen.

Obedientemente, lleva las patatas al comedor.

—¿Qué te sucede, little Miss Muffet? —pregunta Fred—. Estás más blanca que la pared.

—Piensa que han encontrado a su hermano —explica Mrs. Robinson mientras coloca el pastel en la mesa.

Coge un gran cuchillo y empieza a cortarlo en generosas porciones.

—Bueno, eso en una gran cantidad de comida —dice Fred—. Es lo que llamo una auténtica cena para un hombre.

Maggie lo observa ponerse patatas en su plato.

—¿Maggie?

Asiente con la cabeza. Mrs. Robinson se toma como un insulto personal si alguien rechaza su comida. Espera que no le sirva mucho. Tiene la garganta cerrada por la preocupación y no piensa que pueda tragar.

—¿Una pequeña porción para empezar? —pregunta Mrs. Robinson con una sonrisa.

Entiende cómo se siente Maggie.

—Solo un poco —responde.

Le gusta Mrs. Robinson; es una mujer alegre siempre amable con ella. Se da cuenta de que nunca se ha sentido tan en casa desde que dejó Inglaterra.

—Gracias —dice y sabe que Mrs. Robinson entiende que no está

hablando solo del pastel de conejo.

Alice abre la puerta. Está sonriendo, así que deben de ser buenas noticias.

—Pasa. Tom acaba de llegar a casa. Está en la cocina —le dice.

La excitación baila en el estómago de Maggie como mariposas enjauladas.

—Hola Maggie —dice.

Ella se queda en el quicio de la puerta con miedo a hablar.

—No estés tan preocupada; no son malas noticias.

Tom Sonríe.

—No tan buenas, sin embargo. Conseguimos, al fin, averiguar dónde enviaron a Billy, pero ya no está allí.

Intenta no parecer demasiado decepcionada.

—Está bien —dice él—. Paso a paso.

—¿Qué le sucedió?

—Bueno, me puse en contacto con la Granja Escuela de los Hermanos Cristianos en Wadene, Australia Occidental. Dios sabe en lo que andarán en ese lugar, pero ciertamente les costó su tiempo responderme. Resulta que Billy estuvo allí. Pero solo por seis meses y luego se escapó.

—Pero ¿no intentaron encontrarlo?

—Lo hicieron, pero había desaparecido. Dijeron que la policía lo estuvo buscando, pero no había rastro de él en ninguna parte.

—Entonces, ¿nadie sabe dónde está?

—Es una zona grande y gran parte es desierto. Podría estar en cualquier parte.

Piensa que su corazón va a romperse al pensar en Billy solo en la sabana. Incluso podría estar muerto.

—Alégrate, aún no hemos terminado. Continuaremos buscando. Oh, y otra cosa, mi amigo ha visto la lista de los niños que van a devolverse a Inglaterra y tu nombre no está en ella.

La decepción carcome el estómago de Maggie.

—¿Y los de mi hermano y hermana? Su nombre es William, no Billy.

—Lo sé, me lo dijiste. Ninguno de vosotros estáis en la lista. Pero encontró vuestros nombres en el manifiesto de partida de Inglaterra; dice que estabais inscritos como huérfanos y fuiste enviados a orfanatos católicos.

—Eso te lo dije; Billy fue a ese lugar en Wadene y Grace y yo fuimos enviadas a las Hermanas de Nazaret.

Se siente frustrada.

—Mira, lo siento, niña, no hay planes para enviaros a ti o a tus hermanos de vuelta a Inglaterra. Si sois huérfanos no hay sitio al que enviaros excepto a otro orfanato y me imagino que estarán llenos. Tú estarías bien, pero no habría nadie para cuidar a tu hermano y hermana; está mejor que se queden aquí. No querrías que fueran a otro orfanato, ¿verdad?

—Yo podría cuidar de ellos.

Tom sacude la cabeza.

—No funciona así, me temo.

Es imposible. A cada lado que se vuelve, encuentra un muro vacío. Aunque la guerra ha terminado parece no haber forma de encontrar a su hermano o de volver a Inglaterra.

—No te preocupes Maggie; algo surgirá. Tom continuará buscando; ¿verdad, Tom? —dice Alice mirando a su marido.

—Por supuesto que lo haré. Mantén la barbilla alta, niña.

—¿Te apetece un vaso de limonada? —pregunta Alice.

—No, gracias. Tengo que regresar.

Siente sus pies como de plomo al volver a su alojamiento. Espera que no haya nadie en casa; solo quiere subir las escaleras y meterse en la cama. Pero la luz está encendida en la sala de estar y puede oír voces. Cierra la puerta silenciosamente tras ella.

—¿Eres tú, Maggie? —grita Mrs. Robinson.

—Sí, Mrs. Robinson.

—Entra querida y cuéntanos qué ha sucedido.

Mrs. Robinson y Fred Barrett están disfrutando de un vaso de cerveza juntos; tienen la radio encendida y están escuchando música de baile. Se giran y la miran expectantes. Es demasiado; no puede retener más las lágrimas.

—Oh, pobre pequeña. ¿Qué demonios ha sucedido? —dice Mrs. Robinson levantándose y envolviéndola en su enorme pecho.

Maggie toma un profundo aliento y le cuenta lo que le ha dicho Tom.

—Entonces, ¿no tienes idea de dónde puede estar? —le pregunta.

Maggie sacude la cabeza.

—Toma, suénate la nariz. Nada bueno se saca de llorar. Deja que te haga una buena taza de té.

—Algo cuanto más fuerte mejor —añade Fred.

—No, nada, gracias. Me voy a la cama.

—Debe haber algo que podamos hacer —dice Mrs. Robinson.

Bebe despacio su cerveza.

—¿No me dijiste que tenías familia por allí, Fred? —dice al fin.

—Un hermano —responde—. En la policía, de hecho.

—Bueno, ahí lo tienes entonces, apuesto a que podría ayudarnos a encontrar a ese Billy tuyo —dice sonriéndole a Maggie.

—Podría. ¿Cuándo dices que desapareció? —pregunta Fred.

—En algún momento del 41 —dice Maggie.

—Eso es hace cuatro años. Un montón de cosas pueden sucederle a un jovencito en cuatro años.

—Pero vale la pena intentarlo, ¿verdad? —insiste Mrs. Robinson.

Maggie ve que Fred mira a su casera; sabe que no va a dejar pasar esto.

—Haré lo que pueda, pero no prometo nada, jovencita. Telefonearé a su puesto mañana. Será mejor que me des todos los detalles.

Mrs. Robinson revuelve en el cajón buscando un trozo de papel y un lápiz.

—Su nombre es William Smith, Billy —comienza Maggie y le cuenta todo lo que ha averiguado sobre el último paradero de su hermano.

Mrs. Robinson lo apunta todo cuidadosamente.

—Tenía el pelo rubio y rizado y los ojos azules —continúa.

—¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que lo viste? —pregunta Fred.

—Cuatro años y cinco meses.

—Bueno, supongo que habrá cambiado un poco desde entonces —dice Mrs. Robinson con una risa—. No será el mismo niño que conociste.

Maggie nunca ha pensado en esto. Siempre se ha imaginado a Billy igual que cuando estaban todos juntos. Incluso puede que no lo reconozca ahora.

—No te lo tomes así, Maggie. Estoy segura de que no habrá cambiado tanto —la tranquiliza Mrs. Robinson—. Solo estaba bromeando.

La rodea con su brazo de nuevo y la abraza.

—Déjaselo a Fred y a su hermano; ellos lo encontrarán por ti.

Maggie piensa que Fred parece dudar de esta explosión de optimismo por parte de su casera, pero dice:

—Gracias, Mr. Barrett, de verdad aprecio su ayuda.

—Fred, querida, llámame, Fred.

—Corre a la cama ahora Maggie y nos veremos por la mañana —dice Mrs. Robinson.

Se vuelve hacia Fred.

—¿Otra cerveza fría?

—No le importa si me la tomo.

—Buenas noches —dice Maggie.

Se siente un poco más optimista ahora. Como dice Tom, paso a paso; quizás el hermano de Fred pueda encontrar a Billy por ella.

BILLY

Al principio todo lo que Billy puede ver es una nube de polvo amarillo serpenteando en el horizonte; piensa que es un torbellino, pero luego recuerda que no es época de tornados. Puede oír el ruido del motor antes de ver el coche, pero ya ha decidido qué es. Desde que supo que la guerra terminó, Sarah ha estado esperando este día. Luego la carta llegó. Billy no recuerda haberla visto nunca tan feliz. Clava los últimos clavos en la plancha que está colocando a un lado de los establos y recoge sus herramientas. Todo lo que tiene que hacer ahora es lijar los bordes romos y darle una capa de cresol. Lo hará más tarde. El coche se acerca. Puede ver que es el viejo Ford de Ralph Carey. Corre hacia la casa.

Sarah está en la cocina desplumando el pollo que Henry mató esta mañana; el olor de pan damper fresco pende empalagosamente del aire. Sarah ha estado limpiando y cocinando frenéticamente. Todas sus latas de almacenamiento están llenas con los postres favoritos de Jack: bollitos de calabaza, Lamingtons cubiertos de chocolate y bocaditos de brownies de la sabana. Billy siente que su boca se hace agua al pensar en ellos.

—Ya viene —dice.

Es difícil evitar mostrar la excitación en su voz. Toda la granja ha estado en un estado de agitación desde que recibieron la noticia de que Jack había sido desmovilizado. Es como el día de la Victoria otra vez.

Henry quería ir a Fremantle y recogerlo, pero Jack especificó en su carta que quería estar con los demás un rato para celebrar una reunión informativa o algo así dijo. Prometió venir al rancho tan pronto como pudiera; eso fue hace tres semanas. Henry se sintió decepcionado, Billy lo sabía, pero todo lo que dijo fue:

—Gracias a Dios que está a salvo. Gracias a Dios que ha salido de esta maldita guerra de una pieza.

Luego plegó la carta cuidadosamente y la colocó en la repisa de la chimenea al lado de la foto de Jack.

Sarah deja caer el pollo en la mesa; apenas le ha quitado la mitad de las plumas.

—Oh, Dios, no estoy ni casi lista —se queja.

Se limpia las manos en su delantal y corre a la parte de atrás hasta la bomba. Se echa algo de agua sobre la cara y alisa su pelo, luego se vuelve y mira a Billy. Sonríe.

—Estás bien —dice este—. ¿Voy a buscar al jefe?

—Sí, hazlo. Dile a Henry que Jack estará aquí en cualquier minuto. Corre al prado; creo que está con los caballos.

Se atusa el pelo.

—Eres un buen chico, Billy.

Para cuando el coche para fuera de la casa con un jadeo, ya están reunidos; incluso Arthur ha venido cojeando para unirse al comité de bienvenida. Hay un momento en el que el tiempo parece contener su aliento mientras esperan a que la puerta del coche se abra y el aire caliente y seco se regodea en ellos cargado con la anticipación, luego Henry avanza hacia adelante y está allí ayudando a su hijo a salir del coche y John T le coge la bolsa al conductor y se la echa al hombro. Padre e hijo se abrazan; Billy puede ver lágrimas en los ojos de Henry.

—Bienvenido a casa, hijo. Gracias a Dios que estás de vuelta sano y salvo. Hemos rezado por este momento cada día desde que te marchaste.

Se separa de su hijo y lo sostiene a un brazo de distancia. Lo mira sin hablar y Billy puede ver el horror en los ojos de Henry, aunque todavía está sonriendo.

—¿Dónde está mamá? —pregunta el hijo de Henry.

Y Jack se gira para buscar a su madre. Ella no se ha movido. Está anclada en su sitio. Las lágrimas corren por su rostro mientras mira al demacrado esqueleto que se yergue delante de ella. Billy no puede dar crédito a sus ojos. ¿Es realmente su hijo? Jack tiene veintisiete años. Sarah se lo dijo la última vez que celebraron su cumpleaños con uno de sus pasteles favoritos. Este hombre parece de sesenta; parece más viejo que Arthur.

Sarah lo espera para envolverlo en sus brazos; no puede hablar.

—Bueno, mamá, ¿no tienes nada que decirle a tu hijo largo tiempo perdido? ¿No estás contenta de verme?

Le sonríe a su madre y Billy se da cuenta de que le faltan algunos de sus dientes.

—Claro que lo estoy, querido; es solo que hace tanto tiempo.

Lo abraza de nuevo y las lágrimas caen por su rostro.

—Entra y tómate una cerveza, amigo —le dice Henry al taxista—. Maldito calor que está haciendo.

—Reconozco que tienes razón, hace un auténtico calor —dice el hombre.

Lo sigue hasta la veranda. Sarah está todavía aferrada a su hijo. Le está susurrando algo al oído.

—Ya está bien Sarah, deja al chico ir. Lo vas a desgastar. Vamos, hijo, lo que necesitas es una buena cerveza fresca.

—Ciertamente, papá.

Su voz es profunda y agradable. Se vuelve hacia Billy y sonríe. Cuando se quita la gorra Billy puede ver el contorno de su cráneo brillando a través de su cabeza rasurada; sus mejillas están hundidas y la piel cuelga suelta de sus huesos. Le tiende a Billy una mano esquelética para que se la estreche.

—Encantado de conocerte, amigo; tú debes de ser Billy.

—Bienvenido a casa —dice Billy agarrando la mano cautelosamente, asustado de que se vaya a desintegrar bajo su presión.

La voz de Billy se quiebra. Eso no es lo que había esperado. Pensaba que Jack sería como el hombre de la fotografía de la repisa de la chimenea. Este hombre parece que no vaya a vivir mucho.

—Debes estar hambriento, hijo. Te traeré algo para comer —dice Sarah.

—Solo la cerveza por ahora, mamá. Quizás más tarde.

—Has perdido algo de peso, chico —observa Henry verbalizando lo que todo el mundo está pensando.

Jack se mira a sí mismo y dice:

—Esto está bien. Deberías haberme visto cuando nos recogieron. La mayoría estábamos tan débiles que no nos podíamos sostener.

Billy piensa que todavía parece muy frágil mientras emplea el pasamanos para subir las escaleras de la veranda. Quiere ayudarle, pero el instinto le dice que Jack no quiere ninguna ayuda.

—Toma, bébete esto —le dice Henry tendiéndole a su hijo una cerveza.

Le pasa una al taxista y coge otra para él. Mira a Billy.

—¿Quieres una?

Billy asiente con la cabeza.

—Toma, aquí tienes, pero solo una.

Billy ve como Sarah mira reprobatoriamente a su marido, pero él se encoge de hombros y dice:

—Es una ocasión especial.

—Y, ¿qué te ha retenido? Leímos en los periódicos que tu grupo volvió en enero.

—Pasé un tiempo en el hospital, eso es todo, papá.

—¿Estás bien ahora?

—Sí, dijeron que estaría bien.

—Bueno, una vez tomes la comida casera de tu madre, te recompondrás.

—Eso calculo.

Sarah regresa con un plato de brownies de la sabana.

—Bueno señora, tiene muy buena pinta —dice el taxista.

—Sírvase —le dice ella.

Mira a Billy.

—Tú también, Billy.

Billy no necesita que se lo digan dos veces. Le encanta la comida de Sarah. El pastel especiado cruje en su boca. Le ha dado buena cuenta en un instante. Se lame las migas de sus labios saboreándolo, luego lo riega con el resto de su cerveza. La cerveza es fuerte y hace que le dé vueltas la cabeza, pero no se lo dice a Henry por si acaso se ríe de él.

—¿Arreglaste el agujero en la pared del establo? —le pregunta Henry.

—Sí, solo tengo que pintarlo ya.

—Bueno, ve y hazlo ahora, para que esté terminado antes de que caiga la noche.

—Ok, jefe.

—Hasta luego, Billy —dice Jack.

Billy asiente con la cabeza. John T ya ha vuelto con los caballos y Arthur ha regresado a su barracón. Aunque trabaja tan duro como John T, Sarah y Henry lo tratan como a uno de la familia. Hasta esta semana había estado durmiendo en la habitación de Jack. Ahora, por supuesto, Jack tiene que tenerla de vuelta; eso lo entiende. Sarah se mostró muy avergonzada cuando le dijo que tenía que trasladarse.

—Lo siento Billy, pero ¿lo entiendes? ¿Verdad? Tengo que dejarle su vieja habitación a Jack. Hay una cama de sobra en el barracón con Arthur y John T, puedes dormir allí.

Pero Henry tuvo una idea mejor.

—Eres demasiado joven para dormir en el barracón con esos dos —le dijo a Billy—. ¿Qué pensarías si te hiciéramos una habitación encima de los establos? No se tardaría mucho en terminarla y entonces tendrías tu propio espacio.

Billy está encantado con esta solución, aunque ha significado trabajar horas extra durante las tres últimas semanas para tenerla lista a tiempo. Arreglar el agujero en la pared fue la última reparación importante, así que ahora está casi terminada. Henry le

ayudó a sacar la cama de sobra del barracón y Sarah le ha hecho una colcha de retazos para ella y le ha dado una alfombra para el suelo. La habitación huele a caballos, pero a él no le importa. De hecho, ni siquiera lo nota ahora.

Coge el bote de cresol y una brocha y sube la escalera para pintar la nueva plancha. No le cuesta mucho y luego va a la bomba a lavarse para la cena. El cresol ha manchado sus dedos y se los restriega fuerte, pero no se va. Puede oler el pollo asándose y se da cuenta de lo hambriento que está. Puede visualizar la comida ya. Sarah habrá cocinado patatas con el pollo y estarán doradas y crujientes; habrá platos con maíz dulce, nadando en mantequilla y puré de calabaza y guisantes. Luego para postre está seguro de que habrá hecho trifle y quizás un pudín de ciruelas con natillas frías también.

Se detiene. Algo de repente se le ocurre que no ha pensado antes. Henry y Sarah no van muy bien de dinero, a menudo oye a Henry quejarse del coste de las cosas. ¿Y si no pueden permitirse que se quede allí ahora que Jack ha regresado? Arthur es tan viejo ahora que todo lo que puede hacer son trabajos ligeros, los que Billy solía hacer, como alimentar a los pollos y barrer el patio. Henry siempre ha estado contento de la ayuda de Billy, eso le ha dicho. Pero ahora con Jack y John T para trabajar en la granja, quizás Henry no quiera que se quede. ¿Qué sucederá con él? ¿A dónde irá? Por primera vez en cuatro años está asustado.

IRENE

Irene mira el reloj; son casi las tres. Tendrá que salir pronto para recoger a Leslie de la escuela. Pone un poco más de agua en la tetera y remueve el té con una cuchara; casi puede ver a su través, es tan flojo. Las cosas parecen estar peor que nunca desde que la guerra terminó; no hay nada en las tiendas y cuando lo hay se necesitan cupones para comprar. El racionamiento tendrá que continuar en el futuro próximo les dice el Primer Ministro; tenemos que continuar aunando esfuerzos, dice. Eso está muy bien, piensa, pero ¿qué pasa con los que son como ella y su madre? Ambas son viudas y ahora ella también está desempleada. Puede entender por qué quieren darle el trabajo a los soldados que regresan de la guerra, pero ¿qué hay de las mujeres que han estado manteniendo el país todo ese tiempo? Nadie se preocupa de ellas. No pudo creerlo cuando Mr. Levin le dijo que tenía que marcharse; echó a la calle a seis mujeres aquel día. Protestó, pero no sirvió de nada.

—No podemos fallarles a nuestros chicos —dijo—. No después de todo por lo que han pasado, arriesgando sus vidas por nuestro país. Después de todo, son los cabeza de familia; necesitan el trabajo.

Fue inútil protestar que ella también era la cabeza de familia de su casa desde que su padre había muerto tratando de sofocar un fuego en Reddish Street. Su pobre padre, quería hacer algo por el país, decía, pero realmente era demasiado viejo y demasiado débil para ser de mucha ayuda. Cuando escuchó que la bomba había caído en Reddish Street, se había puesto su uniforme de bombero y había ido directo allí. De acuerdo con sus colegas, el edificio había sufrido un impacto directo, pero él no había dudado y había ido a comprobar que no había nadie todavía en el interior. El techo se caía encima de él, minutos más tarde. Así que ahora solo están los tres: su madre, Leslie y ella. Se da cuenta de que todas las otras mujeres tienen razones similares para querer mantener sus trabajos, pero eso no lo hace más fácil de aceptar. Mr. Levin no va a hacer ninguna excepción con ella. No sabe qué puede hacer; tendrá que encontrar algún trabajo pronto.

Se une a las otras madres que esperan fuera del colegio. Su amiga Liz está de pie cerca de la puerta, fumando.

—Llegas tarde; están saliendo —dice Liz sofocando su cigarrillo con el tacón de su zapato.

Irene se da cuenta de que lleva medias nuevas. Liz tiene un

trabajo de mecanógrafa ahora, en una compañía que hace relojes de pulsera en Clerkenwell. Irene ha ido también, esperando obtener un trabajo en la fábrica. Pensó que favorecerían a las mujeres porque sus dedos son más ligeros que los de los hombres, pero fue la misma historia: tenían que mantener los trabajos para los chicos que regresaban a sus hogares de la guerra.

Liz está casada ahora y tiene una hija, Janice. Solo tiene cinco años, un año menos que Leslie, y su abuela la trae a escuela por las mañanas mientras que Liz está en el trabajo. Irene ve a Leslie correr hacia ella, con Janice trotando detrás de él.

—Aquí están, los últimos como de costumbre.

—Hola, mamá; ¿tienes algo para comer? —le pregunta su hijo en cuanto la ve.

Le tiende un sándwich de jamón.

—Siempre hambriento, este chico —dice afectuosamente.

—Bueno, está creciendo —responde Liz.

Como es costumbre caminan por la carretera juntas, cada una cogiendo a su retoño de la mano.

—¿Algún trabajo? —pregunta Liz.

—No, nada. Todos los trabajos en las fábricas o están cogidos o reservados para los soldados desmovilizados.

—¿Por qué no lo intentas en una oficina o en una tienda?

—Me gustaría, pero ¿cómo podría? No soy pija como tú.

Se ríe de su amiga, entorna los ojos y cita, en una perfecta copia de Celia Johnson, las palabras de la película que vieron el fin de semana.

Liz se ríe.

«Breve encuentro» es la película favorita de Irene; la ha visto innumerables veces desde su estreno el año anterior y cada vez ha derramado lágrimas por la pareja enamorada. Se imagina conociendo a alguien como el héroe, Alec, pero si alguna vez lo hace, se dice, no lo dejará ir como Celia Johnson hace en la película.

—En serio, estoy segura de que podrías conseguir un trabajo si te arreglaras y pusieras un acento pijo. Puedes intentar en una de esas tiendas situadas en el oeste.

—Pero me costaría todo el día llegar allí. Y, de todas formas, ¿qué podría hacer en una oficina? No sé mecanografiar.

—Bueno, te podría enseñar.

Mira a Liz.

—¿De verdad?

—Sí, claro, tengo una vieja máquina de escribir marca Remington en casa; la podrías tomar prestada. Está un poco maltrecha, pero funciona. Le cogerás el tranquillo en nada.

Irene sonríe.

—Bueno supongo que podría intentarlo, querida —dice con un impecable acento inglés.

Liz se ríe de nuevo.

—Bien, pásate por mi casa esta noche y comenzaremos.

—¿Qué, esta noche?

—No hay tiempo como el presente. Si quieres conseguir un trabajo, necesitas comenzar ya.

—Está bien. Lo intentaré.

Llegan a la tienda de ultramarinos.

—Tengo que comprar algo de harina; si hay. Mamá prometió que le haría a Leslie unos bizcochitos para merendar —explica Irene.

—Ok, te veo esta noche. Adiós.

La cabeza de Irene es un torbellino. ¿Está siendo demasiado ambiciosa al pensar en un trabajo de oficina? Liz no parece pensar eso. Dice que le cogerá el tranquillo a escribir a máquina fácilmente. Bueno, no hay nada que perder por intentarlo; tiene que hacer algo, se recuerda a sí misma cientos de veces.

Su madre está sentada al lado de la radio bebiendo una taza de té. Parece cansada, cansada y vieja; su pelo está completamente blanco ya y se sienta echada para adelante, como si no tuviera energía para sentarse recta.

—¿Todo bien, mamá?

—Han estado hablando de los evacuados —dice—. Que los están enviando a todos a casa.

—¿Qué evacuados? Pensé que todos habían regresado ya.

—No. Parece que enviaron a algunos niños a Canadá y a Australia, justo al principio de la guerra. Ahora vuelven a casa de nuevo. Ha habido quejas porque estaba llevando mucho tiempo.

Mira a Irene. Están pensado lo mismo. Irene siente que su garganta se seca.

—¿Piensas que...? —pregunta.

—¿Qué?

—¿Los niños? ¿Quizás es eso lo que les sucedió?

—Bueno, no tiene sentido ¿verdad? Cinco años sin rastro de

ellos. Ni rastro de sus cuerpos. Incluso los muertos aparecen finalmente.

—Nunca creí que estuvieran muertos —dice Irene desafiante—. Nunca.

—Bueno, ¿dónde están entonces? —persiste su madre—. No pueden haber desaparecido de la faz de la Tierra.

—Bueno, lo han hecho. De todas formas ¿quién está enviando a esos niños de regreso?

—No lo sé. Lo dijeron, pero no lo escuché. Quizás salga más tarde a las seis. ¿Conseguiste harina?

—Sí, pero solo me dejaron traer media libra.

—Eso es suficiente para unos cuantos bizcochitos y quizás un par de bollos. ¿Qué dices tú, Les?

Se vuelve hacia su nieto y sonríe.

—¿Has sido un buen chico en escuela hoy?

—Sí, abuela.

El niño no quita la vista de su dibujo. Es un niño tranquilo; Irene piensa que es debido probablemente a su enfermedad cardíaca. Apenas sale a jugar fuera y prefiere quedarse tranquilo dentro y dibujar con sus ceras. No puede evitar comparar a este tierno jovencito con su el bullicioso Billy. Siente una punzada de nostalgia por su hijo mayor y sus hermanas. ¿Dónde pueden estar? Sabe que están vivos en alguna parte. Pero ¿dónde? Está convencida de que, si algo les hubiera pasado, lo sabría. Su instinto de madre se lo diría, está segura.

—Me voy a echar un rato, mamá. No me siento muy bien.

—Ok, te subiré una taza de té más tarde.

Irene necesita algo de tiempo para pensar. Es como si estuviese en un estado de limbo; no puede concentrarse en nada. Necesita encontrar un trabajo; ese es el punto más importante en su lista, de otra manera no podrá sustentar a Leslie y a su madre. Son su responsabilidad ahora, pero pendiendo de ella, ensombreciendo cada paso está la necesidad de encontrar a sus hijos. Le ha preguntado a todo el mundo en que ha podido pensar si saben algo, pero no ha conseguido nada. Sus amigos le dicen que es inútil; los niños están muertos, otras diminutas víctimas de esta maldita guerra. Pero ella no puede aceptarlo. Incluso cuando intenta enfrentarse a esta posibilidad, una débil voz en su interior le dice: «no, están vivos». Algunas veces piensa que sería mejor si estuvieran muertos. Recuerda como su amiga recibió un telegrama

de la Oficina de Guerra sobre su marido. «Desaparecido, presumiblemente muerto», decía. Desaparecido, presumiblemente muerto. Qué frase para rondarte. No saber, estar siempre esperando, rogando por un milagro, sobresaltándote cada vez que tocan a la puerta. Mejor saber si lo uno o lo otro. «Muerto en combate» es lo que decía su telegrama. Oh, Ronnie, si estuvieras aquí para ayudarme.

Sus ojos, que habían estado secos por tanto tiempo, empiezan a llenarse de lágrimas. No había sido perfecto, qué marido lo es, pero lo había amado. Le duele el cuerpo solo de pensar en él. Pensaba que envejecerían juntos, verían a sus hijos crecer y casarse, tendrían nietos que cuidar, pero todo les había sido arrebatado. Su Ronnie yace en algún lugar de una playa francesa, sus huesos sacudidos por la marea. Murió combatiendo por su país, se dice a sí misma, combatiendo por ella y sus hijos, pero eso es poco consuelo.

Tocan a la puerta.

—Mamá, ¿estás bien?

Es Leslie. Se incorpora y se seca los ojos.

—¿Qué pasa, corazón?

—La abuela dice que ha hecho té y que hay alguien hablando en la radio sobre los evacuados.

—Ahora bajo, díselo.

Su madre está sentada al lado de la radio, con un lápiz y un trozo de papel en las manos.

—Se llama la Oficina de los Dominios —dice—. Son ellos.

—¿La gente que envía a los niños a casa?

—Sí, esos. Escucha.

«Los niños evacuados a la seguridad de nuestros amigos coloniales durante la guerra están regresando a casa con sus familias. Esta semana niños excitados se reunirán con sus personas queridas. Cuántas aventuras tendrán que contar sobre su vida en las colonias. Bienvenidos chicos».

—¿Y ya está? ¿No dan sus nombres?

Su madre sacude la cabeza.

—Eso es todo, lo mismo que dijeron antes. Pero puedes ir y preguntar sobre esa oficina.

—Sí, mamá. Trae, dame el papel. Iré a la comisaría de policía y veré que pueden hacer para ayudar.

—¿Qué ese engreído agente de policía? No hará nada. No, necesitas acudir a alguien de más rango; ve al Ayuntamiento. Ellos

deben saber cómo ponerse en contacto con esa gente.

—Iré mañana después de llevar a Leslie a la escuela.

Va a la trascocina y coge su falda marrón de la cesta de la plancha. Quiere parecer elegante mañana. Alisa la falda y la sostiene contra sí. Quizá siga el consejo de Liz y finja ser un poco más pija. Pobre pero elegante, esa es la apariencia por la que apuesta. Pone la plancha en la estufa para que se caliente.

—¿Vas a salir? —pregunta su madre.

—Sí, voy a pasarme por casa de Liz; me va a enseñar a mecanografiar.

—No lo puedo creer.

—No puede ser difícil, ¿verdad?

JEREMY ACTON-DUNN

Jeremy Acton-Dunn se pasa una mano por su decreciente pelo; el montón de papeleo en su escritorio no parece menguar. Como estuvo en el Comité de Recepción de Niños en el Extranjero desde sus comienzos alguien pensó que era una buena idea que él atara los cabos cuando clausuraron el comité en 1944. Desde entonces, y especialmente desde que la guerra terminó, ha sido inundado con peticiones de padres ansiosos y desesperados por tener a sus hijos de regreso. Puede entender su impaciencia. Él mismo ha echado de menos a sus hijos mientras han estado en Sudáfrica. Ahora están en casa, crecidos y cambiados de muchas formas, es cierto, pero seguros en casa. Se pregunta si resienten el hecho de haber sido enviados lejos durante cinco años de sus jóvenes vidas. Sabe que su mujer lo resiente; ha echado de menos verlos crecer y nunca para de decirlo. Aceptó su decisión en aquella época, pero nunca estuvo en realidad de acuerdo con él, eso lo sabe ahora. Sin embargo, los tiene al fin de vuelta.

—Jeremy, siento molestarte. Hay una mujer que quiere verte.

Levanta la vista. Victoria está mirando por la puerta ansiosa.

—Hay una tal Mrs. Smith. Está buscando a tres de sus hijos; desaparecieron en 1940.

No otra mujer buscando a miembros desaparecidos de su familia; no puede seguir el rastro de todos.

—¿Por qué piensa que podemos ayudarla?

—Oyó algo sobre nosotros en la radio. Pienso que se está agarrando a un clavo ardiendo.

—Pero todos nuestros evacuados han regresado ya, ¿no es cierto?

—Todos los que querían regresar.

—Ocúpate de ella. Estoy atrapado en esto.

Hace una mueca.

—Está bien, hablaré con ella —accede a regañadientes. Sale y puede oírla pidiéndole a la mujer que la acompañe. Mira la fotografía que hay sobre su escritorio. Es de su mujer con los brazos alrededor de cada uno de sus hijos; le están sonriendo a la cámara. La tomó justo después de llegar a casa. Los chicos están bronceados y en forma. Suspira. Sí, es afortunado de tener todavía a su familia intacta.

La puerta se abre y entra una mujer; es atractiva de una forma elegante, con una agradable sonrisa que contrasta con la tristeza de

sus ojos. Es difícil ubicarla; parece una mujer educada, pero su abrigo está un poco desgastado y el suave sombrero marrón que yace elegantemente sobre su pelo castaño y ondulado parece haber conocido días mejores. Una mujer que pasa por malos tiempos, quizás.

—Buenos días, Mrs. Smith. Por favor, siéntese.

La mujer se sienta en frente de él y cruza sus piernas ajustándose cuidadosamente la falda de manera que puede ver apenas sus medias de nilón. Le sonríe recatadamente.

—Gracias.

Él sonríe animándola y pregunta:

—¿Cómo puedo ayudarla?

La mujer le explica cansadamente la desaparición de sus hijos y cómo los lleva buscando cinco años. Tiene la sensación de que lo ha dicho muchas veces.

—No he podido averiguar nada sobre ellos, a dónde han ido, con quién están, nada en absoluto. Entonces, cuando escuché que algunos niños habían sido enviados a Canadá, me pregunté si eso es lo que les había sucedido a mis hijos.

—Ya veo. Bueno es improbable, pero supongo que posible. Por qué no me da todos los datos: nombres, edades, cuándo los vio por última vez, etcétera y veré lo que puedo averiguar.

Apunta los detalles en una hoja de papel y luego dice:

—Bien. ¿Hay algo más que pueda decirme? ¿Qué hay de esa tal Mrs. Kelly? ¿Tiene más información sobre ella? ¿Podría haber dejado a los niños con un familiar, por ejemplo?

—No, no lo creo. Vivía en la puerta de al lado desde que yo recuerdo. No creo que tuviera familiares en Londres, solo sus amigos de la iglesia.

—¿Qué iglesia era?

—Nuestra Señora de la Asunción.

—¿Y eso está en Bethnal Green?

—Sí.

—¿Era católica?

—Sí.

—¿Y ustedes?

—No, nosotros somos anglicanos.

—Bien. Bueno creo que tengo suficiente para empezar. Estaré en contacto si doy con algo.

—¿Vengo mañana?

La mira sorprendido.

—No, creo que eso es un poco pronto. ¿Por qué no se pasa la semana que viene y le digo cómo voy?

Ella se muerde el labio y ve que se está esforzando por mantener la compostura, luego le sonríe:

—La semana que viene entonces.

Él le tiende la mano y ella la agarra con gratitud.

—Haremos todo en nuestro poder, Mrs. Smith —dice y cuando se marcha va a la oficina de su asistente.

—Victoria, esta es la información de los niños Smith desaparecidos. Abre un expediente, y mira qué más puedes recabar sobre ellos. Debe haber un registro de su paradero en algún lugar.

—Ok, Jeremy, lo haré.

La verdad es que siente pena por esta mujer. ¿Y si sus propios hijos hubieran desaparecido? ¿Cómo se lo hubiera tomado su mujer? ¿Cómo se lo hubiera tomado él?

BILLY

Billy engancha los caballos a la carreta de heno. Henry va a llevar una carga de heno a la granja de sus vecinos; estará fuera la mayor parte del día y quiere que Jack vaya con él. Quiere que su hijo conozca a la hija de sus vecinos, Emily. Billy lo sabe aunque Jack no es consciente de los planes de sus padres para él; Billy los escuchó hablando en la cocina. Sarah dijo que le haría bien a Jack conocer a gente de su edad y especialmente a Emily que es una chica muy dulce. Billy no ha conocido a Emily antes, pero suena agradable. Se imagina que es como su hermana Maggie, con una suave voz y una cálida sonrisa.

El sonido de madera serrándose para abruptamente y el silencio pende brevemente del aire. Jack aparece desde detrás del granero, sus brazos cargados de leños. Billy no puede creer lo mucho que ha cambiado en los seis últimos meses; no guarda semejanza con el soldado medio muerto que llegó de la guerra. Al principio Jack no estaba lo suficientemente fuerte para hacer mucho trabajo en la granja e incluso cuando se ofrecía a ayudar con algo simple, como traer agua fresca o echarles de comer a los pollos, Sarah no se lo permitía. Gradualmente su fuerza ha regresado y con la ayuda de los guisos de Sarah su peso se ha incrementado. Ahora, aparte del dolor y el horror que puede verse todavía en sus ojos, es otra vez de nuevo el hombre de la fotografía de la repisa de la chimenea.

—Jack, aséate; vamos a casa de los Cartwrights con el heno —dice Henry.

Jack lo mira sorprendido.

—Entonces, ¿por qué necesito asearme? —pregunta.

—Bueno…

Henry no sabe qué decir.

—Porque hay una chica preciosa allí —dice Billy.

Henry le dedica una de sus miradas.

—¿Una chica? ¿Y qué?

—Probablemente nos pidan que nos quedemos y comamos con ellos —dice su padre luciendo avergonzado porque su subterfugio ha sido descubierto.

—Bueno, estoy seguro de que tienen una bomba de agua; me lavaré allí.

Mira a su padre.

—No tienes que venir papá; me las puedo arreglar solo.

—Bueno…

Henry vacila. Billy sabe que el jefe odia dejar la granja esos días; prefiere estar en sus propios predios.

—Ok, eso estará bien. Hay mucho que hacer aquí. Billy, ve tú con él. Será más fácil apilar el heno si sois dos.

Billy está encantado; no ha ido a ninguna parte desde el día que apareció hambriento y asustado en su puerta. Salta a la carreta y coge las riendas.

—Estaré contigo en un minuto, Billy. Solo cogeré mi sombrero —dice Jack.

Sarah sale con una cantimplora de agua.

—No olvidéis esto —dice pasándosela a Billy.

Se inclina y susurra:

—Cuida de él, Billy, ¿lo harás?

Billy sonríe; sabe lo mucho que se preocupa por su hijo. Se siente muy importante por estar a cargo. Los temores iniciales que experimentó cuando Jack regresó se han disipado; Henry parece necesitarlo tanto como siempre y sabe que el corazón de Sarah es lo suficientemente grande para quererlo a él también como a Jack. Le gusta su hijo; trata a Billy como un hombre y nunca ha cuestionado por qué está viviendo con Henry y Sarah.

Avanzan en silencio durante unos instantes; el calor es opresivo y las moscas zumban constantemente a su alrededor. Billy se divierte intentando ahuyentarlas de los lomos de los caballos con la punta del látigo, pero solo tiene éxito irritando a los animales. Jack parece estar perdido en sus propios pensamientos.

—¿Estuviste en Francia? —pregunta Billy al fin.

Jack nunca ha hablado de sus experiencias en la guerra; Billy siente curiosidad por saber qué sucedió.

—No.

—Mi padre estuvo en Francia —dice Billy—. Lo mataron los alemanes.

Desearía saber más sobre lo que le sucedió a su padre. En aquel tiempo había sido suficiente con saber que estaba muerto y nunca regresaría. Ahora no hay nadie a quién preguntar:

—Siento oír eso. Se suponía que íbamos a ir allí, pero para cuando nuestro entrenamiento terminó y estuvimos listos para embarcar, Francia ya se había rendido. Nos enviaron al Norte de África en su lugar.

—¿Es allí donde fuiste prisionero, en el Norte de África? —pregunta Billy.

—No, eso fue mucho más tarde.

Enciende un cigarrillo y le da una lenta calada. Billy se pregunta si podría pedirle uno y luego decide que no. Podría decírselo a su madre y la última cosa que Billy quiere es meterse en líos con Sarah.

—¿Estuvieron los alemanes en el Norte de África entonces? —pregunta Billy.

Su conocimiento de la guerra es muy esquemático; la mayoría viene de lo que los otros chicos en el barco le contaron.

—Y los italianos. Combatíamos a los italianos, no a los alemanes.

—Y ganamos, ¿verdad? —añade Billy—. Los Aliados ganaron.

Eso es todo lo que sabe seguro. Hubo comunicados en la radio y Henry y Sarah se habían puesto verdaderamente contentos. Sarah había horneado un pastel de celebración especial y todos habían brindado por los Aliados.

—Finalmente. Pero eso fue más tarde y para entonces nos habíamos trasladado. Nos trajeron de vuelta para defender a Australia.

Billy está confundido. ¿Qué sentido tenía eso? No había habido guerra en Australia. Por eso fueron enviados allí, para alejarse de la guerra.

—Mi unidad fue enviada a Singapur para luchar contra los japoneses —continúa Jack.

—Yo he estado en Singapur —se le escapa a Billy antes de recordar que nadie sabe de dónde viene.

Jack lo mira, pero no dice nada. Se aparta una mosca de la cara y espera a que Billy continúe.

—Bueno, en realidad no estuve allí —explica Billy—. El barco se detuvo allí cuando vinimos de Inglaterra, pero no bajamos. Algunas veces nos dejaban bajar, pero esa vez no. Eso fue cuando los soldados se fueron.

Mira a Jack; está fumando y mirando la carretera delante de él.

—Uno de esos soldados era mi amigo; su nombre era Owen y era de Gales. Solía enseñarnos trucos de cartas. Todavía recuerdo algunos; si tuviera unas cartas, te lo mostraría —continúa Billy.

Jack sonríe.

—Creo que tenemos una baraja de cartas en casa en alguna parte. Las buscaré cuando regresemos y puedes enseñarme a mí también.

—¿Quizás conociste a Owen? —dice Billy—. Si también tú fuiste a Singapur.

Jack se ríe.

—No, amigo, no recuerdo a ningún Owen. Había un galés y un escocés y unos cuantos ingleses, pero no recuerdo a ningún Owen.

—¿Y fueron los japoneses los que te hicieron prisionero?

—Sí, eso es, amigo. Fue a finales del 41, justo después de Pearl Harbour cuando nos enviaron a Singapur.

Mira a Billy para ver si sabe de qué está hablando. Billy asiente con la cabeza; les ha escuchado hablar de ello en la radio. Los japoneses bombardearon Pearl Harbour y Henry dijo que ahora los americanos se unirían a la guerra.

—Solo estuvimos allí un par de meses antes de que Singapur se rindiese. Los japoneses estaban por todas las partes; se llevaron prisioneros a quince mil soldados australianos, incluido yo.

—¿Te metieron en una cárcel?

La curiosidad de Billy se ha despertado.

—Algo así, pero no era el tipo de prisión habitual. Nos pusieron en campos de prisioneros de guerra y nos hicieron trabajar.

Billy espera, pero el rostro de Jack se ha contraído y le da caladas furiosas a su cigarrillo. Al final dice:

—Nos hicieron construir una maldita carretera.

Billy se da cuenta de que no va a contarle nada más sobre la guerra. Sabe que Jack lo pasó mal en el campo de prisioneros de guerra; su demacrado cuerpo contó su propia historia cuando regresó. Las cosas que ha escuchado contarle a Henry hacen que la vida en el orfanato parezca fácil.

Avanzan en silencio durante un rato y luego pregunta:

—¿A cuánto está la casa de los Cartwrights?

—A otra media hora. ¿Por qué? ¿Tienes hambre?

Billy asiente con la cabeza.

—Toma, cómete esto.

Jack saca una manzana de su bolsillo y se la lanza.

Billy ha conocido a Mr. Cartwright antes porque algunas veces viene a la granja de Henry a pedir prestado algo. Normalmente trae unas cuantas botellas de su cerveza elaborada en casa con él, y él y Henry se sientan en la veranda a charlar durante horas hasta que Sarah sale para mandarlo a casa.

Hoy está en el prado con sus caballos. Tiene al menos una docena de yeguas y dos jóvenes sementales y está orgulloso de ellos.

Henry dice que tiene los mejores caballos en millas a la redonda.

—Hola, Mr. Cartwright —dice Billy—. Hemos traído el heno.

—Bien por vosotros, chicos. Estaba pensando justamente en ir a caballo a ver a Henry para encargarle otra carga. Me habéis ahorrado el viaje.

—Papá dijo que os estabais quedando escasos —dice Jack bajando de la carreta—. ¿Dónde quieres que te lo dejemos?

—Seguidme. Podéis descargarlo directamente en el granero.

Billy tira de las riendas y los caballos aminoran el paso. Los guía hasta las puertas abiertas del granero.

De acuerdo con Sarah, Joe Cartwright es más joven que Henry, aunque su jefe siempre lo niega. Es un hombre alto y fornido con anchas espaldas, tango como las puertas del granero. Su rostro está curtido y es del mismo color que el suelo marrón rojizo que rodea su rancho y su pelo, que sobresale por debajo de su amplio sombrero de bosquimano, es de un gris parecido al hierro.

—Allí, en esa esquina, estará bien. Luego, cuando hayáis terminado, venir y a comer con nosotros —dice.

—Lo haremos, Joe. Gracias —dice Jack.

Todos comen en la gran y espaciosa cocina de los Cartwrights: los ayudantes de la granja, Joe, su mujer, Bella, sus tres hijas y Jack y Billy. Hay más de una docena de ellos alrededor de la mesa y todo el mundo parece estar hablando a la vez. Hay un momento de silencio mientras Joe da las gracias por la comida y luego el alboroto empieza de nuevo. La comida es buena: una especie de carne y una olla caliente de verduras con judías, pero no tan buena como la comida de Sarah. Mientras come, Billy encuentra difícil mantener sus ojos apartados de las chicas Cartwright. Hace mucho tiempo desde que vio a una chica por última vez; no había ninguna en el orfanato, ni tampoco hay ninguna en la granja. Las únicas personas que vienen a visitarlos son los amigos de Henry, normalmente hombres viejos. Particularmente le gusta la hermana menor, Adaline; es como una versión mayor de su hermana pequeña, Grace. Tiene los mismos rizos rubios y redondos ojos azules. Intenta no mirarla fijamente. Las otras chicas también son bonitas, pero no tan bonitas como Adaline. Emily es una chica seria, con ojos grises y una bonita y sonriente boca; no es muy alta y solo le llega a Jack por el hombro. La hija mediana, Julie, se parece a su padre y es una chica grande y fuerte. Mr. Cartwright dice que es su principal ayuda con los caballos; monta mejor que cualquier

hombre. Obviamente está muy orgulloso de sus hijas.

—¿Cerveza? —pregunta, y tanto Billy como Jack asienten con la cabeza.

Está elaborada en casa y es fuerte. Después del primer sorbo, Billy puede sentir su cabeza dando vueltas. Coge un trozo de pan y lo moja en su estofado. Le gustan los Cartwrights; está encantado de haber venido con Jack. Lo mira; está hablando con Emily y sonriendo. Ella le está hablando de la feria de la ciudad. Se pregunta si Jack irá. Quizás le pida acompañarlo también. Eso estaría bien y podría ver a Adaline de nuevo.

IRENE

Hace un mes desde que habló con Jeremy Acton-Dunn; cada semana vuelve a ver si hay más noticias y cada semana se siente decepcionada. Sin embargo, no está tan mal; ahora está más convencida que nunca de que sus hijos están vivos. Él ha encontrado sus nombres en la lista de pasajeros del «HMS Orinoco». Fueron enviados a Australia bajo el programa del Comité de Recepción de Niños en el Extranjero. Todavía no puede creerlo. Enviados al otro lado del mundo sin su permiso. ¿Cómo demonios pudo suceder algo así? Ha encarado a Jeremy para que se lo explique, pero este no ha podido.

—Eran tiempos de guerra —dijo—. Suceden cosas en tiempos de guerra. Supongo que pensaron que lo hacían por el bien de los niños. Los consideraban huérfanos.

Siente que esto le hiela la sangre. Pero no vale la pena discutir con él; no fue su culpa. Solo estaba haciendo su trabajo. En la oficina todos son muy agradables con ella. Un día Victoria la invitó a tomar una taza de té con ella. Irene le habló de Ronnie y de que murió en Dunquerque.

Hoy no va a la oficina; se reúne con Victoria en the Lyons Corner House. Al apearse del autobús la puede ver sentada al lado de la ventana.

—Hola Irene.

—Lo siento, llego tarde; tuve que esperar siglos a que llegara el autobús.

—¿Té?

—Por favor.

Espera mientras Victoria pide una tetera de té.

—¿Alguna noticia? —pregunta.

Sacude la cabeza.

—En realidad no. Estamos intentando dar con la lista de direcciones a la que fueron enviados los niños. El papeleo es un lío.

—¿Pero debe estar en alguna parte? —pregunta.

—Sí, aparecerá, estoy segura.

—¿Seguiréis buscando?

—Por supuesto.

Sabe que el jefe de Victoria piensa que está dedicando demasiado tiempo a este caso; ruega por que ella no se rinda.

—¿Ya has encontrado trabajo? —pregunta Victoria.

—Nada.

—Bueno, en ese caso, puede que tenga algo para ti.

Le pasa a Irene un papel.

—Un amigo de mi madre tiene una librería en Finsbury. No está muy lejos de donde vives, ¿verdad?

—No, está bastante cerca.

—Está buscando a alguien que trabaje en la tienda, pero que también pueda ayudarle a catalogar los libros. Dijiste que sabías escribir a máquina, ¿verdad?

—Sí. Eso suena perfecto.

—Bueno, pásate y dile que la hija de Molly Bell te envía. No lo aplaces mucho, sin embargo.

—No, iré esta tarde.

—Ah, aquí está el té. ¿Quieres servirlo?

Irene asiente con la cabeza. Mira el papel en sus manos y por primera vez en mucho tiempo se siente esperanzada. Quizás las cosas vayan a mejorar a partir de ahora.

—Gracias, Victoria.

Irene está esperando al autobús. Al principio no lo reconoce con sus ropas de civil.

—¿George? ¿George Wills?

—Ese soy yo —dice alegremente mientras se apea del autobús—. Irene, no te había reconocido; tienes un aspecto distinto.

Enrojece y su mano automáticamente alisa su falda a cuadros. Está de camino a casa del trabajo.

—¿Qué haces aquí? Pensé que todavía estabas en el ejército —pregunta.

—Vamos, vosotros; ¿os bajáis, subís o qué? —pregunta impaciente el revisor del autobús.

—Está bien, cogeré el siguiente —le dice Irene—. Tengo mucho tiempo.

—Como quieras, querida.

Mira a George; es agradable verlo. Siente un afecto inesperado por ese soldado larguirucho que, despojado de su uniforme, parece necesitar mucho más una buena comida.

—Al fin he sido desmovilizado.

—Eso son fantásticas noticias.

Pero George no parece muy alegre ante la perspectiva de una vida como civil.

—¿Y qué estás haciendo aquí? —repite—. ¿Por qué no estás en Yorkshire?

Espera que le diga que ha venido a verla, pero en lugar de eso dice:

—Como todos los demás ingleses desempleados, buscando un trabajo.

—Pero ¿qué hay de la empresa de autobuses? ¿No puedes volver allí?

—No. Para cuando llegaron los papeles de mi desmovilización, no quedaban trabajos. Por eso es por lo que he venido a la gran ciudad.

—Bueno estoy segura de que con tus habilidades encontrarás algo. Deben estar pidiendo a gritos mecánicos.

—Eso piensas, ¿verdad? Llevo tres meses buscando trabajo. La vida civil no es para tomársela a broma.

Se da cuenta de que lleva un petate.

—¿Acabas de llegar? —pregunta.

—Más o menos; pasé la última noche en el Ejército de Salvación.

—Vente conmigo; puedes dormir en el sofá hasta que encuentres algo. A mamá no le importará. Solo somos tres.

—¿Tres?

—Leslie.

—Claro. ¿Así que los niños no han vuelto?

Sacude la cabeza tristemente.

—¿Entonces? —pregunta.

No quiere que se marche. Le ha escrito cada mes mientras estuvo fuera. Algunas veces ni siquiera estaba segura de que recibiera las cartas, pero aún así continuaba escribiéndole, contándole noticias y cómo transcurrida su vida en casa. De vez en cuando, él le enviaba unas cuantas líneas, pero obviamente escribir no era realmente su fuerte. Ahora quiere tener la oportunidad de hablar con él. Le asusta que, si se sube a ese autobús sin él, nunca más vuelva a verlo. No quiere perder a nadie más de su vida.

—Por qué no. Me vendría bien una noche decente de sueño —dice con una agradecida sonrisa.

—Aquí está nuestro autobús —dice ella.

—¿Y qué has estado haciendo? —pregunta una vez se han sentado en el piso superior.

—He conseguido un trabajo en una librería —le dice apenas escondiendo su orgullo.

—Eso suena estupendo.

—Lo es; solo llevo un par de semanas, pero realmente me gusta.

—¿Y qué ocurrió con tu otro trabajo?

Con todo el tacto que puede, le explica como Mr. Levin se había deshecho de su mano de obra femenina.

—¿Y los niños? ¿No hay noticias de ellos? ¿No has sabido nada de donde pueden estar?

—Están vivos; estoy muy segura de ello. Fueron enviados a Australia por error.

George la mira asombrado.

—¿Enviados a Australia por error? —repite—. ¿Qué clase de error es ese?

—Pensaron que estaba muerta; pensaron que los niños eran huérfanos.

Le habla de Victoria y de cómo le ha estado ayudando.

—Cree que han averiguado a donde fueron Grace y Maggie. Ha escrito al orfanato para preguntar qué les sucedió. Estamos esperando una respuesta.

—Eso son fantásticas noticias.

—Sí, si todavía están allí. Hace casi seis años, sabes.

Se muerde el labio. Intenta no esperar demasiado; intenta seguir el consejo de Victoria de tomarse cada día como llega, pero es difícil. Al menos sabe que los niños están vivos y sabe dónde fueron; el siguiente paso es averiguar dónde están ahora. Pero los encontrará algún día; de eso está segura.

—Y eso sobre Grace y Maggie. ¿Qué hay de Billy?

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Nada. No pueden encontrar nada de Billy, más que desembarcó en Fremantle.

George alarga la mano y acaricia la de Irene.

—No te preocupes, Irene; aparecerá, estoy seguro.

—Nunca me imaginé que estuviera solo. Siempre que pensaba en ellos, los veía juntos, a los tres. Nunca soñé que pudieran estar separados. ¿Cómo se las habrá arreglado Billy todo este tiempo solo? Solo tenía diez años cuando se lo llevaron.

—Estoy seguro de que está bien —dice George, pero su voz no es convincente—. Al menos ahora sabes más de lo que sabías antes.

—Sí, eso es verdad.

Se aferra a este hecho; poco a poco está acercándose a la verdad. Encontrará a sus hijos y los traerá a casa, aunque le cueste toda la vida.

BILLY

El apetito de Jack ha regresado y aparte de las cicatrices que lleva en su espalda, parece completamente recuperado, pero Billy sabe que todavía tiene pesadillas; ha oído a Sarah contárselo a Henry.

Billy se come el estofado lentamente. Le gusta prolongar las comidas para poder sentarse a escuchar a Henry y a Sarah hablar. Una vez ha terminado, sabe que tendrá que regresar a trabajar.

—Estaba pensando —empieza Sarah.

Cuando dice esto, Billy sabe que va a decir algo que a Jack o a Henry no le gustará.

—Estaba pensando que podría ser una buena idea invitar a los Cartwright a cenar una noche, ya sabéis, ser buenos vecinos y todo eso.

—¡Uhm!

—Mamá, déjalo, por favor —dice Jack.

Todos saben que está pensando en él y Emily.

—A mí me suena como una buena idea —dice Billy mirando maliciosamente a Jack.

Jack lo fulmina con la mirada.

—¿Henry? —pregunta Sarah.

—Lo que quieras, querida. Vamos Billy; come; tenemos trabajo que hacer.

—Bien, entonces está decidido —continúa Sarah—. Jack, ¿quizás podrías ir hasta allí y preguntarles? El próximo domingo estaría bien.

Jack se ha puesto como la grana. No responde a su madre, solo coge algo de pan y rebaña su plato, empapándolo en la salsa.

—Yo puedo ir, si quieres, Sarah —sugiere Billy.

—Gracias, Billy.

—¿Quieres que los invite a todos? —le pregunta.

Está pensando en Adaline.

—Claro. ¿Qué pensabas, que solo se lo iba a decir a Emily? —dice con una sonrisa solapada a su hijo.

Jack no responde; está concentrado en su comida.

Billy engulle el resto de su comida y parte a alcanzar a John T, que ya está de camino de regreso al trabajo.

De alguna manera se siente un poco celoso de Jack. Sarah obviamente ama mucho a su hijo. Intenta recordar a su propia madre, pero cada vez le es más difícil recordar su rostro y cada vez

que lo intenta, es la cara de Sarah la que ve. Sarah es su madre ahora; ella incluso lo dijo una vez. Darse cuenta de eso lo hace sentir culpable. ¿Cómo ha podido olvidar a su propia madre? No parece posible, pero hace tanto de que murió que se ha convertido en un débil recuerdo para él.

Más tarde aquella noche, se lava con el agua de la manguera, sacándose toda la lanolina de las ovejas que cuelga de sus brazos y pecho. Él y John T han estado esquilando a las ovejas; hoy él ha conseguido hacer treinta. Henry dice que pronto será tan rápido como John T. Pero no puede ni siquiera imaginarse ser tan rápido como él; el peón ganadero esquiló cincuenta hoy. Billy se seca con la toalla y sube a su habitación. Jess lo sigue. Jess es su sombra; siempre está a su lado, aunque Henry dice que debería estar fuera con las ovejas. Da unas palmadas.

—Vete, Jess.

La perra lo mira apenada y se da la vuelta y se dirige al corral de las ovejas.

Una vez está seco, Billy se pone sus mejores pantalones y una camisa limpia; quiere estar elegante para ir a casa de los Cartwrights. Se queda de pie delante del espejo, un trozo asimétrico de cristal que Henry le ha colocado, y mira su reflejo. ¿Qué ve?

Un chico flaco, alto para su edad y fuerte, flexiona su bíceps y los admira en el espejo. Su pelo es rubio platino a causa del sol y su cuerpo está bronceado de un color marrón dorado de trabajar a la intemperie. Se pasa un peine por su pelo húmedo. La mayor parte de los rizos de su niñez se han ido, se complace en ver; parece más maduro con el pelo liso. Pronto tendrá quince, casi un hombre. Mira de reojo su reflejo. Hay cierta pelusilla en su labio superior; la acaricia cuidadosamente y se pregunta si un bigote le quedará bien.

—Billy, ¿ya estás listo?

Es Jack. Al final ha decidido ir con Billy a casa de los Cartwrights.

—Enseguida bajo.

Se ajusta el cinturón, flexiona sus músculos una vez más, y dedica una última mirada a su reflejo y baja la escalera. Espera que Adaline esté en casa.

Los Cartwrights se mostraron encantados de recibir la invitación de Sarah y todos vendrán a casa a cenar el siguiente sábado por la noche. Adaline estaba allí cuando llegó y consiguió decirle hola, pero eso fue todo; su madre la mandó a hacer sus tareas. Así que se

fue al establo con Julie para ayudarle a atender a los caballos mientras Jack se queda sentado en la cocina y bebe cerveza con Mr. Cartwright.

Echa a Jess de la cama y se tumba. Lo estaba esperando fuera del granero a que llegara a casa y, tan pronto como el camión apareció por la curva, estaba a su lado.

—Tendrás problemas, chica, si Henry lo averigua —le dice acariciando su cabeza.

Le gusta ir a casa de los Cartwright. Le recuerda a su casa de alguna manera. Sabe que no se parece a su casa en Bethnal Green y que los Cartwrights no son como mamá y papá, pero, sin embargo, le recuerda todo lo que ha perdido.

Yace tumbado en la cama sobre la espalda y mira al techo. Nada de esto hubiera pasado si papá no hubiera muerto. Habría estado allí para protegerlos. Siente una rabia olvidada revolverse dentro de él mientras piensa en cómo fueron arrancados de sus felices y normales vidas y lanzados a unas completamente nuevas, unas que no escogieron. Sabe que tiene suerte de estar allí con Henry y Sarah. Su vida podría ser mucho peor. Se estremece al pensar qué podría haberle sucedido si se hubiera quedado en la granja escuela o si los Pintupi no lo hubieran encontrado. Pero, a pesar de lo amables que son Henry y Sarah con él, no son realmente su familia. Solía tener padres propios; tenía una abuela y dos hermanas. Ahora no tiene a nadie. Se pregunta qué habrá sucedido con Grace y Maggie. ¿Están todavía en el orfanato o han sido tan afortunadas como él? Eso espera. Abre el cajón de su armario y saca un trozo de madera. Es el trozo que Maggie le dio, el trozo que cogió de su vieja puerta azul, hace todos esos años en Londres. La pintura ya casi se ha desconchado, pero el color es reconocible. Se seca una lágrima y le dice a Jess:

—Vamos Jess, tenemos que dormir. Un gran día mañana. Voy a mejorar mi marca de ovejas esquiladas. Qué piensas, ¿treinta y cinco?

Jess lo mira sin parpadear y luego se marcha. Billy mete el trozo de madera en el cajón.

—O quizás no.

JEREMY ACTON-DUNN

El montón de papeles en su escritorio parece no disminuir; cada día surge alguien preguntando por el paradero de sus hijos.

—¿Quieres una taza de té? —pregunta Victoria.

—Sí, por favor.

—Oh y hay una respuesta del orfanato en tu escritorio. La puse encima de todo —continúa ella.

—¿A qué orfanato te refieres? —dice él cogiendo la carta.

—Al de Melbourne, sobre los niños Smith.

Su corazón se encoge. Esa mujer ha estado incordiándolo cada día durante semanas. Le ha explicado que la contactará cuando tenga alguna noticia, pero eso no la satisface.

—Espero que sean buenas noticias.

—Han encontrado a uno de ellos —dice.

Jeremy coge la carta y la lee.

—Así que tuvieron a las dos chicas, pero una de ellas se ha marchado y no saben dónde está —resume tendiéndosela a ella.

—Sí, así que puedes darle a Mrs. Smith las buenas noticias cuando venga.

—Apenas son buenas noticias, solo una de tres.

—Es un comienzo.

—Creo que es mejor que tú la llames. Hay un número en el expediente; es la librería en la que trabaja.

—¿Qué hacemos respecto a la otra?

—Escribe al orfanato y pídeles que indaguen. Deben tener alguna idea de dónde está. Seguramente no dejan que las chicas se alejen y desaparezcan.

—Bien.

—Sí y será mejor que yo vea cómo podemos conseguir que esta chica regrese a Inglaterra; no hay dinero en el presupuesto para ello. Conciértame una cita con Sir Percy, tan pronto como sea posible.

—¿En su oficina?

—No, mejor en su Club, estará más receptivo.

El Club Ratan parece estar muy ajetreado esta mañana; el salón principal está lleno de caballeros ancianos leyendo periódicos y el aire está cargado con el humo de los puros. Hay una sensación de satisfacción en el aire ahora que la guerra ha terminado, la vida vuelve a la normalidad. Ve a Sir Percy en una esquina, resguardado por un amplio sillón de cuero. Su antiguo jefe lo ve aproximarse,

apartando su periódico, se levanta para saludar a su exasistente.

—Jeremy, que bueno verte. Siéntate, viejo amigo. ¿Cómo está la familia?

—Están bien.

—Bueno, bueno.

Chasquea el dedo al camarero y pregunta a Jeremy:

—¿Una bebida?

Jeremy mira su reloj, apenas las once treinta.

—Un poco temprano para mí, señor.

—Ah, está bien. Whisky, por favor Tompkins —le dice al barman y luego pregunta:

—Bueno, ¿y de qué se trata?

—Se trata de unos niños evacuados en 1940.

—1940, dices. Justo a mitad de año.

—Sí. ¿Recuerda que le hablé de una tal Mrs. Smith? Le escribí sobre ella, antes este mismo año; sus tres niños están desaparecidos.

—Vagamente. ¿No llegaste a un callejón sin salida en este caso?

—Sí.

—¿Entonces?

—Bueno, sé que el caso estaba oficialmente cerrado, pero últimamente nueva información ha salido a la luz.

Espera la reacción de Sir Percy.

—Continúa.

—Bueno, hemos encontrado a uno de los niños.

—De verdad. ¿1940? Eso deben haber sido el último grupo de evacuados por mar enviados.

—Sí. Fueron en el «Orinoco». Pero miramos en los archivos y no eran en realidad parte del programa del CORB. Creo que es por eso por lo que no pudimos encontrar ningún dato de ellos que indicara que regresaban a Gran Bretaña después de la guerra.

—El «Orinoco», dices. Ese fue un trabajo precipitado si no recuerdo mal, el Primer Ministro estaba a punto de clausurarlo todo. Pensó que era demasiado peligroso enviar a niños al extranjero sin la protección de un convoy, pero nosotros ya teníamos planes para que partieran dos barcos más. Sí, lo recuerdo, el «Orinoco» era uno de ellos. ¿Y qué sucedió con esos niños Smith?

—Le pregunté a Victoria si podía recordar los detalles y pensó que había contactado con una de las organizaciones privadas para ver si tenían candidatos apropiados.

—¿Y?

—Resultó que las chicas fueron enviadas a un orfanato católico en Melbourne.

—Pero, dijiste que habíais encontrado a una de ellas ya.

—Sí, la más joven; está todavía en el orfanato.

—¿Y los otros?

—Es difícil seguirles el rastro.

—Siempre lo es.

Sir Percy coge su periódico; parece estar perdiendo interés en lo que Jeremy tiene que decir.

—¿Y qué quieres que haga yo? —pregunta.

—Su madre quiere que repatriemos a la niña.

—Pero está en un orfanato, dices. Normalmente no nos involucramos con niños en orfanatos, particularmente católicos.

—Sí, pero no debería habérsela ingresado allí; no es una huérfana.

—Bueno, tuvo que habérsela ingresado allí por su propio bien. ¿Estaba su madre en la indigencia?

—No, nada de eso. Estaba en el hospital teniendo un bebé. Fue un error. Para ser honesto no puedo creer que esto pudiera suceder. Se supondría que el orfanato tendría que haber tomado medidas para asegurarse de que realmente eran huérfanos antes de enviarlas tan lejos.

Sir Percy abre su periódico.

—Debimos de haber tomado por buena la palabra de la persona a cargo del orfanato —responde sin levantar la vista—. No era el trabajo del CORB comprobar la procedencia de cada niño que evacuábamos y especialmente en este caso, niños de una sociedad benéfica. Me suena como si los hubiéramos cogido solo para maquillar las cifras.

—Pero ¿el Secretario de Estado no tenía que aprobar la emigración de niños?

Baja el periódico y mira a Jeremy.

—No si están al cuidado de una organización benéfica. La ley de Custodia de los niños de 1891 permite que cualquier agencia benéfica tome medidas con respecto a niños que considere que están abandonados.

—No estaban abandonados; solo se vieron atrapados en el Blitz.

—Probablemente no lo pareciera así en aquella época. De todas formas, no veo qué podemos hacer al respecto ahora. No habrían mandado a los niños a Australia si alguien no hubiera pensado que

era lo mejor para ellos. No era nuestra decisión, recuerda; nosotros solo facilitábamos el transporte.

—Pero seguramente podemos ayudar a esta mujer a traer a su hija de vuelta.

—Mira, Jeremy, he visto esto antes. La madre no puede permitirse alimentar a sus hijos y espera que alguien lo haga por ella. Luego cuando le conviene los quiere de vuelta. No funciona así. Esa chica es responsabilidad del orfanato ahora. Su madre no puede esperar que paguemos para que se la envíen a casa así.

—Pero hemos repatriado cientos de niños.

—Pero fueron a las colonias sabiendo que finalmente regresarían con sus familias. No es lo mismo en absoluto. Muchos padres pagaron para que sus hijos regresaran.

—Pero debe haber algo que podamos hacer para ayudarla.

Jeremy se esfuerza por controlar su rabia. Sir Percy puede ser muy inflexible cuando quiere.

—¿Cuántos años tiene la niña? —pregunta.

—Tiene ocho, casi nueve.

—Y lleva allí ¿cuánto tiempo, cinco años? Bueno, ¿has considerado que puedes estarle causando más mal que bien al apartarla de un entorno estable? ¿Y la madre? ¿Está casada?

—Es viuda; su marido murió en Dunquerque.

—¿Y cómo mantendrá a la niña si la hacemos regresar? La niña probablemente termine en otro hogar.

Jeremy piensa en Mrs. Smith, con sus torneadas piernas y sus grandes ojos marrones; nunca pondría a sus hijos en un hogar de acogida.

—Tiene un trabajo y vive con su madre. De hecho, es el sostén de su familia —dice.

—Sin embargo, a mí me parece que la chica está mejor donde está.

El camarero reaparece.

—Discúlpeme, Sir Percy, hay un caballero que quiere verle.

—Gracias, Tompkins, hazle pasar.

Pliega su periódico y se vuelve hacia Jeremy.

—Lo siento, Jeremy, quizás podamos hablar de esto más tarde, aunque tengo que decirte que no albergo muchas esperanzas; no es política del gobierno repatriar a esos niños. Por supuesto, la mujer es perfectamente libre de hacer sus propias gestiones con el orfanato, pero mi consejo es que tú dejes a la niña donde está.

Sabe que la conversación ha terminado. Sir Percy no cederá.

—Gracias por verme, de todas formas, Sir Percy.

—Continúa con el buen trabajo, Jeremy, pero una advertencia, no te involucres demasiado.

Cuando Jeremy llega a casa, su mujer está sentada en el salón escuchando la radio.

—Hola, querido —dice inclinándose hacia él para que la bese—. ¿Has tenido un buen día?

—Interesante, fui a ver a Sir Percy.

—¿Cómo está el viejo carcamal?

Se ríe y se sirve un Scotch de la licorera del aparador.

—¿Una bebida, querida?

—Un jerez sería delicioso —dice.

Le da unas palmaditas al cojín que tiene a su lado.

—Ven, siéntate y cuéntamelo todo.

Alguien en la radio está hablando de los evacuados por mar.

—Un segundo, me gustaría escuchar esto —dice subiendo el volumen.

«Más niños evacuados han regresado esta semana. Barcos de Canadá y Sudáfrica han traído a casa a más de nuestros jóvenes, todos con excitantes relatos de su tiempo en las colonias. Bienvenidos a Inglaterra, niños».

Su esposa bebe su jerez y le sonríe.

—Estoy tan contenta de que la guerra haya terminado —dice—, y de que tengamos a los niños de regreso.

—No todos los niños han regresado a casa —le dice y le habla de los niños Smith—. Su madre está angustiada. Nos contacta cada día para ver si tenemos alguna noticia de ellos.

Su esposa asiente con la cabeza; él sabe que empatiza con esa mujer desconocida.

—¿Y qué estás haciendo para ayudarla? —pregunta.

—Ha sido difícil, pero hoy hemos sido capaces de darle buenas noticias al fin; hemos dado con su hija menor.

—Oh, eso es maravilloso. Sabes que estuve en el Ladies' Luncheon Club hoy y una de las conferenciantes hoy estaba hablando de eso mismo, de los evacuados. Dijo que en su opinión era mucho mejor para los niños quedarse con sus padres, aunque las condiciones en casa no fueran las ideales.

—¿Evacuados o niños internados en instituciones? —pregunta él.

—Las dos cosas. Esa idea de que un niño está mejor en una institución que viviendo con sus padres está desfasada.

—¿Incluso cuando los padres son incapaces de proporcionarle al niño un buen hogar? —pregunta.

—Hay obviamente niveles, pero en general, sí. Y yo coincido con ella.

—Las actitudes están cambiando, lo sé, pero en la época de las evacuaciones por mar, estábamos en guerra. La gente hizo lo que pensaba que era mejor para los niños.

Desde que conoce a Mrs. Smith ha empezado a tener dudas sobre la idoneidad del programa, pero la realidad, independientemente de eso, es que miles de niños fueron salvados de los estragos de la guerra en Gran Bretaña. Puede que hubieran echado en falta a sus familias, y que algunos errores se cometieran, pero al menos han sobrevivido. Y no todo el mundo quería regresar a Gran Bretaña. Muchos niños han elegido quedarse en sus nuevos hogares.

—¿Y cuándo regresará la niña a su hogar? —pregunta su esposa—. ¿Cuándo verá a su madre de nuevo?

—Ah, bueno, eso no está tan claro; nadie quiere asumir el coste de la repatriación de la niña. Por eso es por lo que fui a ver a Sir Percy; pensé que él podría autorizarlo, pero no lo ve como responsabilidad nuestra.

—Eso es terrible. ¿Y el Departamento de Migración, pueden ayudar ellos? ¿O el Secretario de Estado?

—No, hemos intentado con todos; dicen que corresponde a las sociedades benéficas solventarlo y, desafortunadamente, todo lo que quieren hacer es deshacerse de niños, no traerlos de vuelta.

—¿Así que la pobre mujer no puede tener a su hija de vuelta, aunque sabe dónde está?

—Así es como están las cosas por el momento.

—Bueno, creo que es vergonzoso.

Le dedica una mirada que dice que no se está esforzando lo suficiente para resolver este asunto.

BILLY

Billy está en el prado, cepillando el pelo de Lady; resplandece como la miel al sol. La yegua relincha de placer cuando ve a Jack salir de los establos.

—Estás haciendo un buen trabajo ahí, amigo. Es una verdadera belleza.

Billy le da una última cepillada a su yegua y luego le da unas palmaditas afectuosas en el cuello.

—Buena chica —susurra restregando su nariz contra el hocico del animal.

—Voy a llevarla a la casa de Joe Cartwright para coger unos sacos de simiente de patata. ¿Quieres venir? —pregunta Jack.

Billy sonríe, Jack aprovecha cada oportunidad para pasarse por la casa de los Cartwright últimamente. Para gran deleite de sus padres, se ha enamorado de Emily, una chica menuda con ojos que siempre parecen estar riendo. Pero nunca va solo; siempre tiene una excusa, como llevar heno para sus caballos o pedirle prestado algo que Billy sabe que ya tienen escondido detrás del granero. Hoy es la simiente de patatas.

—Sí, iré si el jefe está de acuerdo.

Ambos se ríen de esto. No hay nada que a Henry le gustaría más que ver a su hijo sentar cabeza con una esposa. Si ello significa que necesita el apoyo de Billy mientras se aproxima a su meta, que así sea. Henry aprueba la amistad que ha surgido entre este joven huérfano y su hijo herido por la guerra.

Escuchan un coche acercarse por el camino de entrada. Los caballos están nerviosos; no tienen muchos visitantes en la granja. Billy conduce a Lady de vuelta al establo, mientras Jack va a ver quién es.

—Hola Bert, no te veo a menudo por aquí —oye decir a Henry—. ¿Recuerdas a mi hijo Jack?

—Claro que sí. ¿Cómo estás, amigo? Escuché que lo pasaste muy mal.

—Me alegro de estar en casa, eso es seguro— responde Jack.

—¿Qué podemos hacer por ti?— pregunta Henry.

—Ese muchacho que tienes trabajando aquí, es un emigrante inglés, ¿verdad?

—¿Billy? Sí. ¿Por qué?

Henry suena cauteloso. Billy se acerca a la puerta de los establos, pero se queda en las sombras. Es la policía. ¿Qué hace la policía preguntando por él después de todos estos años?

—No hay nada de qué preocuparse. Alguien quiere ponerse en contacto con él, eso es todo. Si es él, por supuesto; todo lo que se nos ha dicho es que busquemos a un chico inglés de unos quince años llamado Billy. Pensé en tu muchacho de inmediato. Nunca dijiste dónde te encontraste con él.

—Un viejo lo dejó aquí.

—Entonces, ¿está aquí ahora?

—¿Billy?

—Sí, ¿puedo hablar con él?

—Sería más feliz si supiera quién te envió.

—Mira amigo, solo estoy haciéndole un favor a alguien. Tiene un hermano en Melbourne cuya mujer lo presiona para que encuentre al chico. Dije que preguntaría por ahí, eso es todo.

—Bueno, podría ser él.

—¿Está aquí?

—Billy —llama Henry—. Billy, ven aquí un minuto. Hay alguien que quiere hablar contigo.

A regañadientes Billy se traslada al patio soleado. Espera que no lo vayan a echar.

—Hola —dice el policía.

Se quita el sombrero de ala ancha y se limpia la frente con un pañuelo moteado. Tiene el pelo castaño y entradas; su rostro alegre está cubierto de pecas y rojo por el sol. Por un momento Billy recuerda a papá.

—Bien hijo, ¿te llamas Billy Smith?

Billy asiente con la cabeza.

—Eres de Inglaterra, ¿verdad?

Vuelve a asentir con la cabeza.

—Bueno, Billy, hay una señora en Melbourne que dice que es tu hermana. Te está buscando. ¿Tienes una hermana?

El corazón de Billy da un brinco.

—Sí, señor. Tengo dos, Maggie y Grace. Maggie es la mayor y yo soy el siguiente. Grace es la bebé.

El policía mira a Henry.

—Bueno, ahí lo tienes, es él. Se lo haré saber y puedes estar esperando una carta de tu hermana.

—¿Eso es todo? —pregunta Billy.

—Eso es todo, hijo. Suficiente si me preguntas, encontrar a tu hermana de nuevo. Es una dama decidida, según todos los indicios.

El policía se quita el polvo del sombrero antes de ponérselo en la cabeza. Billy ve a Sarah de pie en la puerta de la granja; ha salido para ver quién es el visitante.

—Caramba, Bert Parker. No te he visto en mucho tiempo. No te quedes ahí al sol, entra y tómate una cerveza.

—Hola, Sarah. Bueno, no me importaría; hoy hace mucho calor.

El policía sigue a Sarah y a Henry a la casa. Billy y Jack se miran el uno al otro.

—Bueno, toda una verdadera sorpresa —dice Jack—. No sabía que tenías hermanas.

Billy asiente con la cabeza. No sabe qué decir. ¿Qué significa todo esto? ¿Va a venir Maggie a llevárselo de aquí? Antes solía acostarse en la cama y rezar para que ella viniera a por él, pero ahora no. Se da cuenta de que no quiere salir de aquí. Le encanta la granja. Ama a Henry y a Sarah. Esta es su casa ahora. Incluso con su propio hijo de vuelta lo tratan como a un segundo hijo. Una sensación de pánico lo embarga. Si Maggie viniera por él, ¿a dónde irían? La guerra ha terminado. Tal vez Maggie quiera llevarlos a casa. Trata de recordar cómo era en Londres, pero ya no puede ver su antigua casa con claridad; todo está borroso y nebuloso. Recuerda el bombardeo; recuerda la calle donde vivía; recuerda a mamá, aunque no puede concentrarse en su cara. Lo que evoca es más un sentimiento que una imagen; comienza a preguntarse si la reconocería de nuevo. Entonces recuerda que mamá está muerta y que su casa ya no existe. Sus ojos se llenan de lágrimas.

—¿Vienes a casa de los Cartwrights? —pregunta Jack.

—Sí. Traeré a Lady —dice, frotándose los ojos, subrepticiamente.

—Entonces podrás contarme todo sobre tus hermanas.

Billy asiente con la cabeza, pero no quiere hablar de su pasado, todavía no, no hasta que sea mayor y no haya posibilidad de que lo envíen de vuelta al orfanato. Se siente mal por guardarle secretos a Jack; es su compañero. Cuando Jack volvió de la guerra no habló mucho de lo que le había pasado, pero últimamente ha empezado a abrirse. Le ha contado a Billy que los soldados fueron obligados a marchar kilómetros y kilómetros en la selva, que no tenían comida, ni medicinas y apenas agua, que muchos de ellos murieron de enfermedades, que sus captores los pusieron a trabajar en la

construcción de una carretera. Le contó las amistades que hizo y cómo se sintió cuando vio a sus compañeros morir a causa de las palizas o la malnutrición. Confesó que pensaba que moriría allí, en ese campo, y está seguro de que solo el final de la guerra lo salvó.

Billy puede entender su ira. Le recuerda la vida en la granja escuela, solo que cien veces peor. Tal vez le hable de Grace y Maggie; no habrá peligro en eso.

IRENE

Está catalogando una nueva entrega de libros cuando suena el teléfono. Es Victoria.

—¿Tienes tiempo para hablar? —pregunta.

—Sí, la tienda está vacía en este momento —responde Irene—. ¿Qué es? ¿Has encontrado algo?

Su estómago comienza a revolverse y no puede contener la emoción en su voz.

—Tal vez. Por fin he recibido una respuesta del orfanato. ¿Puedes reunirte conmigo para almorzar?

—Sí, por supuesto.

—¿Digamos a la una en punto en the Lyon's Corner House en Piccadilly?

—Mejor que sea a la una y media; no salgo hasta la una.

—Bien, a la una y media. Hasta luego.

La llamada termina. Irene cuelga y automáticamente coge el siguiente libro, pero no puede concentrarse. Lo único en lo que puede pensar es en que han recibido una respuesta. Han recibido una respuesta. Pero ¿qué será? Su estómago está hecho un nudo. Mira el reloj de la pared; son las once y media. Dos horas de espera; parece toda una vida. Gime.

—¿Están hechos?

Patrick Donovan, el dueño de la librería, coge una pila de libros y la mira.

—Sí. Solo me quedan unos pocos. Pronto terminaré.

—Tranquila esta mañana —dice, hojeando uno de los libros.

—Siempre es así los miércoles —dice.

—Creo que iré al banco. ¿Estarás bien por tu cuenta?

—Sí. ¿Volverás antes de la hora del almuerzo?

—Probablemente no. ¿Por qué?

—Voy a encontrarme con Victoria Bell; tiene noticias para mí.

—Eso es bueno. Bueno, cierra cuando te vayas. Probablemente almorzaré en casa y volveré esta tarde para ver algunas cosas.

—¿Quieres que vuelva más tarde?

El miércoles se cierra a medio día.

—No, vete a casa después de haberla visto. Te veré mañana.

Vuelve a poner la pila de libros en el escritorio y deambula distraídamente de vuelta a la tienda. Es un buen hombre, pero no una persona con la que sea fácil trabajar. Su mente siempre está en otra parte. Está acostumbrada a que los jefes le den instrucciones

claras y cortas. La mayor parte del tiempo Patrick espera que ella lea su mente y esto no es fácil porque su mente suele estar sumido en alguna nueva obra literaria. Ella teme que no sea un muy buen hombre de negocios. Hace más de una semana que el gerente del banco llamó por teléfono pidiéndole que fuera a verlo. Espera que la tienda no cierre. Aparte de unos pocos académicos regulares, no han estado haciendo muchos negocios últimamente. Mete otra tarjeta en la máquina de escribir y escribe el nombre del siguiente libro.

Victoria ya está sentada en una mesa, comiendo un sándwich de jamón ahumado, cuando llega.

—Hola Irene. Lo siento, tuve que empezar; estoy hambrienta y tengo que estar de vuelta a las dos.'

—Está bien. Llegué aquí tan pronto como pude.

La mira expectante. Ahora que ha llegado el momento, no está segura de querer oír las noticias.

—No te preocupes, no son malas noticias.

—Oh, gracias a Dios.

Se sienta y se quita el sombrero y los guantes. Su pelo castaño cae sobre sus hombros.

—El orfanato nos ha respondido por fin. Teníamos razón; Maggie y Grace estaban allí. Llegaron en algún momento hacia el final de 1940. Grace sigue con ellos, pero Maggie se fue el año pasado. Se fue a trabajar como empleada doméstica para una mujer en Ballarat.

Mira a Irene. Irene no dice nada, está esperando a oírlo todo.

—Las monjas le escribieron a esta mujer, pero ella dice que Maggie ha dejado su empleo; no está segura de adónde ha ido. Todo lo que pudo decirles fue que se fue a trabajar a otro lugar, no sabe dónde.

—¿Así que no tienen ni idea de dónde está?

Victoria sacude la cabeza.

—No, lo siento. Pero Grace sigue en el orfanato y está bien —añade.

—Bueno, si Grace sigue ahí, Maggie no estará muy lejos —dice Irene—. Conozco a mi hija; no dejaría a su hermana.

—Bueno, es bueno saberlo. Debería hacernos más fácil encontrarla.

—¿Cuándo puedo recuperar a Grace? —Irene pregunta.

Victoria duda. Parece avergonzada por la pregunta.

—Bueno, no creo que sea tan fácil como eso.

—¿Qué quieres decir? Han estado enviando a los otros niños a casa. Sale en la radio todo el tiempo.

—Sí, lo sé, pero eso es diferente.

—¿En qué se diferencia?

—Bueno, verás, tus hijos no salieron realmente con el programa del CORB. Ya estaban al cuidado del orfanato y fue como un favor a la Madre Superiora que se fueran en el mismo barco. Era entonces o habrían tenido que esperar hasta el final de las hostilidades. Técnicamente eran niños emigrantes, no evacuados por mar.

Irene no sabe qué decir. ¿Qué distinción está tratando de hacer Victoria? ¿Es más burocracia?

—Sabes que hace muy poco que han vuelto a enviar a niños migrantes —añade Victoria.

Irene no entiende lo que está diciendo. ¿Cuál es la diferencia entre un evacuado y un migrante? ¿Por qué siguen enviando niños a Australia? ¿Para qué? La guerra ha terminado.

—Mira Irene, puedo ver que estás desconcertada; déjame intentar explicarte. Tus hijos estaban siendo cuidados por las Hermanas Pobres de Nazaret. Las monjas pensaron que los niños eran huérfanos y decidieron enviarlos a uno de sus orfanatos en Australia. Pensaron que tendrían una vida mejor allí.

—Pero ¿cómo pudieron hacer eso sin permiso? Seguramente alguien tuvo que dar permiso para que los niños salieran del país.

—Sí, tienes razón. Fue la Madre Superiora; la ley le permite encontrar hogares para los niños a su cargo. Ella actuó in loco parentis. Todo lo que tenía que hacer era firmar los formularios y los niños podían ser enviados a Australia.

—¿Así que esa es la ley? —Irene pregunta, con una voz apenas audible.

No puede creerlo. ¿Para eso murió Ronnie, para que la ley pudiera enviar a sus hijos a Australia? Con el trazo de una pluma una mujer que ni siquiera conocía, había destruido a su familia; había cambiado sus vidas para siempre.

—Sí, me temo que sí. Los organismos benéficos pueden llevar a cabo disposiciones respecto a los niños que consideran abandonados.

—Abandonados. Nunca abandonaría a mis hijos —grita.

No puede mantener la compostura por más tiempo y estalla en lágrimas. Es consciente de que Victoria le ha puesto un pañuelo

frente a la cara; lo coge y se suena la nariz.

—Lo siento; solo pensar en que alguien podría pensar que he abandonado a mis propios hijos.

Ve a Victoria mirar a su alrededor con nerviosismo; está avergonzada por el arrebato de Irene.

—Ocurre —le dice Victoria.

Espera hasta estar segura de que Irene está más tranquila y añade:

—Haré lo que pueda para averiguar dónde ha ido Maggie. Escribiré al orfanato de nuevo y les pediré que hagan indagaciones.

Pero Irene está más interesada en la situación de Grace. Eso es mucho peor, saber que su hija está viva, saber dónde está y sin embargo no poder recuperarla. ¿Por qué la vida es tan cruel?

—Pero les dirás que Grace no es huérfana, ¿verdad? ¿Les dirás que estoy viva?

—Por supuesto.

—¿Y cuando se den cuenta de que no es huérfana la enviarán a casa?

—No lo sé, Irene. Haré lo que pueda, pero estas organizaciones no suelen tener dinero para repatriar a los niños inmigrantes.

—Entonces, ¿cómo va a volver? No tengo dinero para ir a Australia —dice—. Ni siquiera puedo permitirme enviarle el billete.

Su voz se eleva de nuevo. Victoria cruza la mesa y le da una palmada en la mano a Irene.

—Mira, una cosa detrás de la otra; primero averigüemos dónde está Maggie.

Una camarera está de pie junto a su mesa, con un bloc de notas en la mano.

—¿Quieres pedir? —pregunta.

—Solo una taza de té —responde Irene.

Mira a Victoria.

—Mi estómago está demasiado revuelto para comer algo ahora —explica.

—Por supuesto. Trae una tetera para dos —le dice a la camarera.

—¿Y qué pasa ahora? —Irene pregunta—. ¿Y si no podemos encontrarla? Al menos traigamos a Gracie a casa.

—Creo que deberíamos esperar un par de semanas más hasta que tengamos noticias de Maggie antes de intentar repatriarlas —responde Victoria.

Irene quiere volver a llorar y no sabe si es por alegría, rabia o

frustración.

—Podríamos escribir a la policía —sugiere—. O la Embajada Británica.

Victoria asiente con la cabeza.

—Sí, podríamos hacer todo eso. Déjamelo a mí y veré qué puedo hacer, pero recuerda que hubo miles de niños enviados allí; no sé qué tan buenos sean sus registros.

—Pero tú dijiste.

Suena como una niña petulante.

—Lo sé. Haré lo que pueda, Irene, pero no te hagas ilusiones.

—Por lo menos habla con tu jefe sobre Grace —ruega.

—Está bien, veré lo que puedo hacer.

La camarera regresa con el té e Irene permanece sentada mientras Victoria lo sirve.

Su madre está en la cocina cuando llega a casa. Ha estado horneando y un plato de bizcochos especiados se está enfriando en la mesa.

—Has estado ocupada —comenta Irene.

—Llegas tarde —dice su madre—. Tu cena está en la estufa. Cuidado, el plato está caliente.

Irene toma un paño y levanta el plato de la cacerola; la comida se ha secado por el vapor y tiene un aspecto poco apetecible, pero sabe que debe hacer un esfuerzo para comerla.

—No tengo hambre, mamá —dice, pinchando las patatas con su tenedor.

—Tonterías. Necesitas comer, chica; estás en los huesos.

—Hoy vi a Victoria. Sabe dónde está Grace.

Su madre la mira con asombro.

—Bendito sea Dios. Nunca pensé que escucharía esas palabras. Nunca pensé que encontraríamos a ninguno de esos pobres niños de nuevo.

—Ha estado en un orfanato en Australia todo este tiempo.

—¿Y los otros?

Irene sacude la cabeza.

—Hasta ahora, nada.

Explica que Maggie y Grace habían estado juntas, pero ahora nadie sabía dónde estaba su hija mayor.

—Pero Gracie puede volver a casa, ¿no?

Irene no ha visto a su madre tan animada desde hace mucho tiempo; sus mejillas están brillantes y hay un brillo en sus ojos.

—Victoria está investigando.

No quiere decir demasiado a su madre, quiere ahorrarle una posible decepción.

—Hoy son todas buenas noticias —dice su madre.

Va al fregadero en la cocina y llena la tetera, tarareando para sí misma. Irene reconoce la melodía; Maggie solía cantarla todo el tiempo. Irene comienza a cantar suavemente y, a medida que el recuerdo de su hija se apodera de ella, ya no puede retener sus lágrimas. ¿Qué le ha pasado a su bella Maggie? ¿Dónde está ahora?

—¿Estás bien, Irene? —pregunta su madre—. No sirve de nada llorar. Sé que es difícil, pero tienes que mantener la barbilla en alto. Los recuperarás, ya verás.

—Lo sé, mamá. Es solo que a veces es muy difícil, no saber dónde están o si volveré a verlos.

—Lo sé, cariño.

La tetera empieza a silbar.

—Te prepararé una buena taza de té —dice y vuelve a la cocina.

Irene se limpia los ojos. Su madre tiene razón, no se gana nada con el llanto.

—George estuvo por aquí antes; ha encontrado un trabajo —dice su madre, volviendo con dos tazas de té.

—Eso es bueno.

—En Hackney Wick, en el almacén de madera. No es a lo que está acostumbrado, por supuesto, pero es trabajo. Dice que vendrá más tarde a verte.

George se aloja en el número 26 con los Arnold, cuyo hijo murió en Tobruk.

—Creo que voy a acostarme, mamá, y luego iré a buscar a Leslie.

Echa su cena a medio comer a un lado.

—Tómate el té primero. Y dime otra vez lo que Miss. Bell tenía que decir sobre Grace.

George está de buen humor cuando viene a ver a Irene.

—Coge tu abrigo, te llevo al pub —dice—. Vamos a celebrarlo.

—Mamá me dijo que habías conseguido un trabajo.

—No es genial, pero servirá por ahora, hasta que aparezca algo mejor.

—Entra y saluda a mamá mientras me maquillo —le dice.

Sube corriendo y se sienta en el tocador. Estudia su cara en el espejo. No está tan mal, pero hay sombras bajo sus ojos y el

comienzo de unas patas de gallo que tienen más que ver con la preocupación que con la risa. Se aplica en la nariz un poco de polvo para la cara, se aplica con cuidado el lápiz labial y luego se aplica un punto de lápiz labial en cada mejilla y se lo restriega bien. Eso está mejor; ahora no se ve tan pálida. Se da una última pasada del peine por el pelo y se levanta. ¿Por qué se toma tantas molestias solo para ir al pub con George? Se ve a sí misma en el espejo y se ruboriza. No ha salido con un hombre desde que Ronnie murió; no ha habido tiempo ni oportunidad. Ahora se siente como una adolescente tonta en su primera cita. Lo que comenzó como una amistad entre ellos está empezando a convertirse en algo más en lo que a ella respecta. Ver a George le ha hecho darse cuenta de cuánto echa de menos la compañía de un hombre y se ha vuelto muy aficionada a tenerlo cerca. Se dice a sí misma que está siendo tonta; ¿por qué George se interesaría por ella, una viuda con cuatro hijos? Un joven agradable como él podía conseguir a quien quisiera. Podría casarse con una joven y tener una familia propia.

—Vamos Irene, pronto cerrarán —dice desde las escaleras.

—Enseguida estoy contigo —responde.

Se pone sus mejores zapatos y su abrigo. Leslie ya está dormido; se inclina sobre su cama y le da un ligero beso en la frente.

BILLY

El viernes por la mañana Henry se cae de la escalera al heno y se rompe el tobillo. Lo llevan a la casa y luego Jack va al pueblo a buscar al doctor. No es una rotura seria les dice el doctor, pero le costará al menos un mes sanar. Enyesa el tobillo y le dice que se acueste con la pierna levantada tanto como pueda. Así que Henry se acuesta en la veranda e imparte sus órdenes desde allí. No es el más paciente de los pacientes, como Sarah le recuerda repetidamente. Jack, Billy y John T. se sienten agobiados tratando de hacer su propio trabajo, así como el suyo.

Cuando la carta llega, Billy casi se ha olvidado de la visita del policía; ha estado demasiado ocupado para pensar en ello.

—Es el cartero —grita Henry desde su mirador en la terraza— Sarah, correo.

—De acuerdo, espera un minuto.

—Lo traeré —dice Billy.

Corre hacia abajo para encontrarse con la camioneta de correos que llega en una nube de polvo. La vieja camioneta se tambalea hasta quedar parada y el cartero se baja. Mete la mano en su bolsa y selecciona cuidadosamente el correo que quiere darle. Billy espera a que le dedique a las cartas su habitual escrutinio antes de entregarlas.

—Aquí tienes. Dos facturas para Henry, eso será el fertilizante y las simientes, sin duda —añade.

—Una de la Oficina de Guerra para Jack y... —se detiene y mira a Billy—. Y una para un tal William Smith, de una dama creo, por la letra.

Guiña el ojo y le entrega el correo a Billy.

—Así que, te has conseguido una amiga, ¿verdad, Billy?

—Es de mi hermana, espero —dice Billy.

Puede sentir que se ruboriza.

—Sarah dice que vas a venir a tomar una taza de té —Billy dice.

—No, hoy no, tengo que ir a la casa de los Cartwrights y luego a Bladon Creek. Agradéceselo a Sarah de todas formas.

—OK.

Billy espera hasta que el cartero se haya ido y luego lleva las cartas a Henry.

—Tengo carta de mi hermana —le dice.

—La tienes, en efecto. Debes estar muy contento con eso, Billy.

—Sí, jefe —dice y va a su habitación a leer su carta en paz.

No sabe lo que siente al recibir carta de Maggie; su hermana y su antigua vida parecen ahora tan lejanas.

Beth lo sigue. Beth es una perra pastora australiana de seis meses y ella y Billy son inseparables. Cuando Jess, la perra ovejera, tuvo cachorros en la primavera, Henry dijo que Billy podría quedarse con uno de ellos, así que eligió a Beth. Era la más pequeña de la camada, pero la más vivaz; se fue a explorar mucho antes que sus hermanos y hermanas, que preferían quedarse cerca de los flancos cálidos de su madre. No sabe por qué la ha llamado Beth. Es un nombre con un sonido dulce y suave y parece que le va bien. Henry dice que debe entrenarla para ayudar con las ovejas, pero aún es demasiado joven. Primero dice que Billy tiene que aprender a controlar al perro, enseñarle a ser paciente, a esperar sus órdenes y luego pueden presentarle a las ovejas. Dice que será fácil; es el instinto natural de esta raza de perro el de cuidar de las ovejas. Así que Billy pasa todo su tiempo libre con Beth, creando un vínculo entre ellos.

Se sienta en su cama y mira la carta durante mucho tiempo antes de abrirla.

«Querido Billy:

Espero que esto te llegue bien. No te enfades por haber tardado tanto en escribir. He estado tratando de encontrarte desde que te sacaron del barco en Fremantle. He dejado el orfanato ahora y trabajo en una fábrica. Grace sigue en el orfanato, pero espero sacarla de allí pronto. Tengo algunos nuevos amigos y me han ayudado a localizarte. También nos ayudarán a todos a volver a Inglaterra. No puedo ir por ti todavía, pero lo haré tan pronto como pueda. Espero que estés bien.

Tu amada hermana Maggie».

Dobla la carta y la pone sobre la mesa. Beth lo está mirando, expectante. Se estira y le da palmaditas en la cabeza. ¿Qué le pasará a Beth si se va?

—Vamos chica, tenemos trabajo que hacer —dice.

Le complace que Maggie y Grace estén bien, pero no quiere volver a Inglaterra con ellas. Su vida está aquí ahora. Quiere tener su propia granja algún día. Tal vez debería escribir a Maggie e intentar explicarle; Sarah le ayudará, está seguro.

Sarah quiere que le excave el huerto de verduras, ella tiene

demasiado trabajo en estos días y normalmente consigue que Henry lo haga. Al cavar en la tierra seca se pregunta cómo se las arreglarán si se va. La granja es demasiado para que Jack la maneje solo. Está John T pero pasa todo el tiempo con las ovejas y Arthur murió hace un par de meses de un ataque al corazón. Tendrán que contratar a alguien más si Billy se va. No le gusta la idea de que alguien ocupe su lugar. No, aquí es donde quiere estar, no quiere volver a estar sin hogar. Tal vez pueda persuadir a Maggie y a Grace para que vengan a vivir con él cuando sea mayor.

—¿Qué dijo entonces? —pregunta Sarah—. Tu hermana.

—No mucho. Quiere que vuelva a Inglaterra con ella.

Sarah no dice nada de esto. Empieza a tender las sábanas en el tendedero.

—No sé qué decirle —continúa—. No soy muy bueno escribiendo cartas.

—Te echaré una mano si quieres —dice, quitándose una pinza de la boca.

—OK.

Clava la azada en el suelo y observa cómo la tierra desmenuzada cae a sus costados.

—¿Después del té?

—OK.

—Henry quiere hablar contigo cuando termines aquí —le dice.

Henry tiene los ojos cerrados, pero Billy sabe que no está dormido.

—¿Querías algo, jefe?

Abre los ojos y lo mira.

—Sí, Billy.

Billy se sienta en el porche; hace frío allí a la sombra. Espera a que Henry hable.

—He tenido mucho tiempo para pensar estos últimos días, estando así de tullido.

Señala su pierna.

—Fue una maldita estupidez subir esa escalera de todos modos. Deberías haber escuchado a Sarah. Debió habérselo dejado a los jóvenes, dijo. No es un trabajo para un viejo cabrón como tú.

Se ríe.

—La verdad es que Billy todos envejecemos y hay cosas que ya

no podemos hacer. Pero el trabajo no desaparece, la vaca aún necesita ser ordeñada, las ovejas tienen que ser cuidadas. Hay mucho maldito trabajo en esta granja.

Suspira y aspira de su pipa. Billy puede ver que se ha apagado, pero Henry aspira de todos modos.

—¿Quiere que le dé fuego, jefe? —pregunta, levantándose.

—Más tarde. Déjame terminar lo que quiero decir.

Le pide a Billy que se siente de nuevo.

—Nunca te he preguntado esto antes, Billy —comienza—. Probablemente porque ya sabía la respuesta.

Billy espera.

—Nosotros, Sarah y yo, es decir, ¿queremos saber si eres feliz aquí?

—Claro que sí, jefe. Ha sido muy bueno conmigo.

—Bien.

Vuelve a aspirar su pipa.

—La cosa es que Billy, conmigo así de tullido, Jack no puede arreglárselas solo. Sé que tienes a tus hermanas y espero que quieras verlas, a tu familia y todo eso, pero el asunto es que te necesitamos aquí.

Billy lo mira fijamente.

—Eso es, eso es todo lo que quería decir.

—No voy a ninguna parte, jefe. Este es mi hogar ahora.

Ha tomado su decisión. Maggie se enfadará con él, pero no puede evitarlo. Esta gente lo necesita. Ahora son su familia.

—¿Eso es todo, jefe?

—Sí, ya he dicho lo que me tocaba.

—¿Quiere que pruebe a Beth con las ovejas esta semana? —pregunta.

—Sí, ¿por qué no? Habla con John T sobre ello; él te mostrará qué hacer. Llévala allí mañana; Jack se las arreglará por aquí.

—Bien, jefe.

—Y tráeme las cerillas, ¿quieres?

—Bien, jefe.

MAGGIE

Ha recibido una carta de Annabel; se está quedando con su hermano por unos días y quiere verla. Dice que tiene algo que decirle. Qué misterioso. Maggie se pregunta qué es. Tal vez Annabel tiene un nuevo novio.

Después del trabajo, en lugar de ir a casa, Maggie va directamente a casa de Tom y Alice. Es Alice la que abre la puerta.

—Justo a tiempo —dice.

Huele a humo y a algo sabroso y especiado. Hay una mancha negra en su mejilla.

—Ven al jardín; estamos todos allí. Tom ha encendido la barbacoa.

Maggie la sigue a través de la casa y hacia el jardín.

—Maggie.

Annabel salta cuando la ve.

—Es genial estar aquí. Te ves fantástica —dice—. Tan delgada y alta.

Le da un abrazo. Las chicas no se han visto desde Navidad porque Annabel está en la universidad ahora. Maggie cree que su amiga también parece mayor y más segura.

—Hola Tom —dice Maggie, saludándolo.

Tom se esfuerza por mantener las llamas bajo control; Maggie puede oler la carne quemándose.

—Echa un chorro de cerveza —dice Alice, entregando a su marido una botella de cerveza.

—Recibí tu carta —le dice Maggie a Annabel—. ¿Cuál es el misterio?

—No es ningún misterio. Solo quería decírtelo en persona y fue una buena excusa para venir.

—¿Y bien?

—No seas tan impaciente; te dije que no es nada de lo que preocuparse. Es solo que mamá ha recibido una carta del orfanato que dice que quiere que te pongas en contacto con ellos. Escribió diciendo que te habías ido y que no sabía dónde estabas. Pensé que debía decírtelo.

—¿Qué crees que quieren?

—No tengo ni idea.

—¿Podría tener algo que ver con Grace? ¿Crees que le ha pasado algo?

—Pero tú lo sabrías, ¿no? Le escribes todo el tiempo.

—Sí, pero nunca responde. No tengo ni idea de cómo está.

Lo ridículo de la situación la golpea. ¿Qué sabe ella sobre el estado de Grace? Nada. Solo la ha visto un par de veces. Podría estar enferma o moribunda. ¿Cómo lo sabría Maggie?

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. ¿Y si es un truco? ¿Y si estoy en problemas por haberme escapado de tu casa?

—Pero mamá nunca les dijo que te habías escapado. Acaba de decir que tienes un nuevo trabajo. No, no puede ser sobre eso.

—Así que tiene que ser sobre Grace.

—Será mejor que les escribas.

—¿Tú crees?

—Sí y dales tu dirección para que puedan escribirte.

—De acuerdo, lo haré.

—Ahora dime, ¿qué más ha estado pasando? ¿Cómo está Jimmy?

Maggie se ruboriza.

—Está bien. Ahora tiene un trabajo aquí en Melbourne.

—¿Así que no va a volver a Perth?

—No, ahora que la guerra ha terminado, va a volver a su antiguo trabajo en la fábrica.

—¿Y bien?

—¿Bueno qué?

Maggie sabe que Annabel quiere más detalles sobre su romance, pero es demasiado tímida para decirle lo mucho que está enamorada. Se llevaron bien desde la primera noche en que se conocieron en el pub y han estado saliendo desde entonces.

—Sí, todavía lo estoy viendo.

—¿Es serio?

Maggie se ruboriza de nuevo; Annabel es tan persistente.

—Creo que sí. Dijo que no volvería a Perth, no sin mí. Pero no puedo irme de aquí, no ahora, con Grace todavía en el orfanato.

Entonces Maggie le dice que ha encontrado a Billy. Puede ver que su amiga está impresionada.

—Así que pronto estaréis todos juntos de nuevo —dice Annabel—. Entonces podrás volver a Inglaterra.

—No estoy tan segura de eso; no he sabido nada de Billy todavía. Y, de todos modos, no sé si quiero volver a Londres, ahora.

Oh, es todo un desastre. Amo a Jimmy. No quiero dejarlo, pero tengo que cuidar de Grace y de Billy.

Tiene ganas de llorar mientras lo dice.

—Mira, no es tan malo. Al menos sabes dónde están. Billy puede venir a Melbourne y entonces todo lo que tienes que hacer es esperar hasta que Grace pueda dejar el orfanato.

Tom se les acerca con un plato de salchichas. Parecen un poco quemadas por los bordes.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo charla de chicas.

—¿Cómo están las cosas en casa? —le pregunta a su hermana.

—Igual que siempre.

Maggie mira a Annabel. ¿Ha pasado algo?

—Es papá, ha tenido un derrame cerebral. Está paralizado del lado izquierdo. Mamá tiene que alimentarlo y todo eso —explica.

—Es terrible —dice Maggie educadamente.

—Por lo tanto, está confinado a su habitación en estos días —añade Annabel—. Mamá ha tenido que traer una enfermera para que la ayude. Es terrible; la pobre mamá no puede arreglárselas sola.

—¿Puede hablar?

—Apenas. Mamá entiende lo que dice, pero yo no puedo entender nada. Me alegro de estar fuera la mayor parte del tiempo.

Maggie coge una salchicha y la mordisquea con precaución.

—¿Buena? —pregunta Tom.

—Mmm —dice para mostrar su acuerdo.

No ha pensado en el Sr. Brookes en mucho tiempo; no quiere recordar lo que pasó esa noche. Ahora que es mayor, comprende exactamente lo que él buscaba y que se escapara de milagro, gracias a la intervención de Annabel. Trata de sentir lástima por él, pero no puede.

La noche siguiente escribe a la Madre Superiora. Lo ha hablado con Mrs. Robinson y está de acuerdo con Annabel; es una buena idea hacerles saber dónde está.

—Después de todo, querida, alguien podría estar buscándote también —dice Mrs. Robinson.

Maggie no ha pensado en eso. Saca un papel y una pluma bastante agujereada que Mrs. Robinson le ha prestado y comienza:

«Querida Madre Superiora:

Supe que me estaba buscando. Estoy viviendo con Mrs. Robinson

en Melbourne. La dirección es 55, Long Way, Melbourne. Estoy bien y trabajando en una fábrica. Espero que mi hermana Grace esté bien.

Margaret Smith».

Se lo da a Mrs. Robinson para que lo mire.

—Está bien, querida. No dice mucho. Si necesitan ponerse en contacto contigo, bueno, ahora pueden hacerlo.

—No cree que me llevarán de vuelta allí, ¿verdad?

—No, ¿por qué querrían hacer eso? Ya tienen suficientes chicas pobres sin hogar para alimentar; no van a salir a buscar más.

Maggie pone la carta en un sobre y escribe la dirección.

—Creo que iré y echaré al correo de inmediato, antes de que cambie de opinión —dice.

—Bueno, no tardes mucho, pronto será la hora de la cena.

—No, no lo haré. Voy a ir al cine más tarde, con Jimmy.

—Suena como si los dos fuerais novios —dice Mrs. Robinson, con un guiño.

El ruido de algo hirviendo en la estufa salva a Maggie de cualquier pregunta mientras su casera se apresura a entrar en la cocina. Maggie puede oírla maldecir en voz baja para sí misma. Recoge su sombrero y abre la puerta; si se da prisa, volverá antes de que se sirva la cena.

JEREMY ACTON-DUNN

Puede oír el carrito de la señora del té mientras chirría a lo largo del rellano hacia su oficina; mira su reloj, ya son las diez. Mrs. Smith ha quedado en venir a las once y aún no tiene idea de lo que le dirá.

—Por cierto, Jeremy, hay una carta para ti de Australia. Está marcada como Privado y Confidencial, así que no la he abierto —dice Victoria mientras le trae su taza de té matutina.

Coloca una carta de aspecto oficial en el escritorio; el sobre lleva el sello del Gobierno australiano en relieve y debajo está inscrito «Departamento de Inmigración y Asuntos Internacionales».

—Interesante —dice, recogiéndola y abriéndola—. No hemos tenido ningún contacto con la DIAI desde antes de la guerra.

Empieza a leerla y luego frunce el ceño.

—Es de Philip Shepherd. No he sabido nada de él en años. ¿Qué es lo que quiere?

Después de unos momentos mira a Victoria y dice:

—Nunca creerás esto; hemos encontrado a la otra. Ha estado tratando de ponerse en contacto con su abuela.

—¿La chica Smith?

—Sí, Margaret, la mayor. Está trabajando en Melbourne; incluso hay una dirección. Le han dicho que su madre está muerta, así que está intentando localizar a su abuela.

—Qué maravillosa noticia. Podrás decírselo a Mrs. Smith cuando llegue. Estará muy contenta.

—Aparentemente un amigo de Phil ha tomado un interés particular en el caso. Le pidió que se pusiera en contacto con alguien aquí en Inglaterra —dice—. Aunque no hay noticias del chico. Resulta que lograron localizarlo en una granja escuela en Australia Occidental, pero se escapó; no están seguros de dónde está ahora.

—Bueno, al menos tiene a sus hijas.

—Tráeme su expediente, ¿quieres? y trae a Mrs. Smith a mi oficina cuando llegue. Necesitamos darle copias de toda esta información, para que pueda hacer un seguimiento.

—¿Qué hay de la ayuda financiera? ¿Sir Percy sugirió algo?

Sacude la cabeza.

—No, no parece que podamos ayudar. Por lo que a nosotros

respecta, el caso está cerrado.

Ve la mirada en la cara de Victoria. Entre ella, su esposa y la madre no tiene paz. Todos esperan que haga milagros. No puede conjurar el dinero de la nada.

—No podemos hacer más. Sé que quieres ayudar a esta mujer. Yo también, pero hemos hecho todo lo posible. Tendrá que encontrar su propia manera de traerlos a casa —dice.

—Tal vez los australianos paguen para enviarlos de vuelta —sugiere.

—Lo dudo mucho.

—No estaría mal preguntar, ¿verdad? —le sonríe.

—Oh, está bien. Ponme a Phil al teléfono y veré lo que tiene que decir.

—No estará allí. Son las nueve de la noche en Australia. Se habrá ido a casa.

—Por supuesto. Bueno, envíale un telegrama y dile que le llamaré mañana por la mañana a las nueve. Puede enviarme el número de su casa si lo prefiere.

—Al menos habrás cubierto todas las posibilidades entonces.

—Muy bien, Victoria. No hay necesidad de seguir con esto.

El teléfono suena unas cuantas veces y luego una voz profunda dice:

—Aquí Shepherd.

—¿Phil? Buenas noches. Es Jeremy Acton-Dunn de Londres. Siento molestarte en casa, pero quería hablarte de la chica Smith.

—Hola Jeremy. No es problema, amigo. ¿Cómo puedo ayudar?

—Hemos localizado a Mrs. Smith, la madre de los niños.

—Caray. No está muerta después de todo. La chica se pondrá como loca cuando oiga eso. Siempre ha dicho que fue un error, que su madre estaba viva todo el tiempo. ¿Y tú qué sabes? Ella tenía razón. ¿Dijo dónde ha estado todos estos años?

—Buscando a sus hijos. Aparentemente estaba en el hospital teniendo un bebé cuando las bombas cayeron. Cuando llegó a casa, su casa había desaparecido y no había rastro de su familia. Ha estado buscándolos desde entonces.

—Suena un poco como su hija, nunca se rinde.

—Sí, tienes que admirar su determinación.

Jeremy piensa en la mujer delgada de grandes ojos marrones; se ha encariñado con ella.

—Naturalmente la madre quiere reunirse con sus hijos, pero ahí

es donde tenemos un problema —continúa.

—Nadie quiere pagar —dice Phil.

—Exactamente. No hay manera de que podamos encontrar el dinero para repatriarlos. He intentado con las agencias benéficas, departamentos del gobierno, nadie está interesado.

—Así que te preguntaste si podíamos pagar para enviarlos a casa —Phil pregunta.

—Exactamente. ¿Qué posibilidades hay de que vuelvan a Inglaterra?

—¿Bajo un programa gubernamental? Nada. Estamos más interesados en traerlos aquí, no en enviarlos de vuelta. Buena sangre británica, ¿no lo sabes? Y, de todos modos, no es solo una cuestión de dinero. Hay una nueva ley del gobierno.

—¿La Ley IGOC? ¿No tiene eso algo que ver con la tutela legal de los niños inmigrantes?

—Sí, ahora están bajo el mando del Ministro de Inmigración.

—¿Y qué significa eso exactamente? —Jeremy pregunta.

—Es para el beneficio de los niños, para protegerlos. Cualquier niño que venga aquí en el futuro estará bajo la tutela legal del Ministerio hasta que cumpla veintiún años.

—¿Qué pasa con los niños que ya están allí, como Maggie?

—Sí, ella también, todos los evacuados.

—¿Así que es el Ministerio es el que toma todas las decisiones?

—En teoría. El Ministerio tiene la tutela de los niños, pero ha delegado parte de la responsabilidad a las autoridades del Estado. A su vez, han delegado el papel de supervisión y bienestar a organizaciones privadas, la Iglesia y organizaciones caritativas principalmente.

—¿Y no hay planes de enviar a ninguno de ellos de vuelta?

—No que yo sepa. Es justo lo contrario. Ahora que la guerra ha terminado, el gobierno australiano quiere tantos inmigrantes como pueda conseguir, especialmente británicos. Los niños son los mejores, es más fácil conseguir que se adapten —dice Phil.

—Moldearlos, más bien.

—Supongo que sí, pero también es para su beneficio. Los niños tendrán una gran vida aquí. La mayoría de ellos están desesperados por alejarse de Gran Bretaña. Hemos visto los noticieros sobre la vida allí en este momento... Ciudades bombardeadas, racionamiento, desempleo; es una vida dura para los niños.

—Es una vida difícil para todos —le dice Jeremy—. Acabamos

de pasar seis años de guerra.

—Lo sé, amigo.

—Entonces, ¿cómo afecta esto a Maggie y a su hermana? ¿Cómo pueden volver a Inglaterra? —Jeremy pregunta.

—Es difícil. Cuando tenga veintiún años puede hacer lo que quiera, pero hasta entonces está atrapada aquí.

—¿No hay nada que pueda hacer?

—Bueno, ella siempre podría apelar al ministro. Si le da permiso por escrito, puede irse.

—¿La más joven también?

—En teoría. Tiene que estar seguro de que no es perjudicial para su bienestar. Pero incluso si consiguiera permiso para salir, tendría que pagar su propio pasaje a casa; el Ministerio no lo financiaría.

—Así que es poco probable que obtengamos ayuda del gobierno australiano para repatriar a esta familia.

—No. Lo siento, amigo. Ojalá pudiera ser de más ayuda. Tal vez la madre tenga que venir aquí.

—Bueno, gracias por tu ayuda Phil. Te lo agradezco.

—No hay problema, Jeremy. Un placer hablar contigo de nuevo. Como dije, siento no poder ser más positivo. Si me entero de algo que pueda ayudar, te escribiré.

MAGGIE

Maggie no puede creerlo. Por fin ha encontrado a Billy. Debería estar feliz, pero en cambio está decepcionada; él no quiere irse. Ella lee su carta de nuevo en caso de que haya entendido mal lo que dice. Pero no, está bastante claro; quiere hacer su vida en Australia. Quiere ser un granjero y tener su propia granja algún día. Está feliz, dice, y no quiere dejar a sus amigos. Vuelve a leer el último párrafo:

«Quiero verte Maggie, pero Melbourne está muy lejos. Un día iré a visitarte. Lo prometo. Dale a Grace un gran beso de mi parte, tu amado hermano Billy».

Una lágrima cae en el papel y mancha algunas de las palabras. Debería estar feliz por él; ha encontrado lo que quiere. Intenta ser positiva, pero la decepción es demasiado grande. Después de todos estos años separados, pensando en él, preocupándose por si está bien, sin saber dónde está y ahora que lo ha encontrado él no la quiere. Está enfadada con él y se siente más sola que nunca.

—Vamos Maggie, al menos sabes dónde vive ahora —dice Mrs. Robinson—. Suena como si fuera muy feliz. Eso es bueno, ¿no?

Maggie solloza y asiente con la cabeza. Mrs. Robinson tiene razón. Tal vez sea Maggie la que está siendo egoísta. Después de todo no es como si supiera con certeza que mamá está viva. Lo que está sugiriendo es que Billy renuncie a una vida feliz y segura para ir a vivir con ella. ¿Y cómo podría cuidarlo de todas formas?

—Piensa en ello así, ahora solo tienes que preocuparte por esa pequeña Grace.

Mrs. Robinson tiene razón, pero ni siquiera eso va a ser tan fácil como ella pensaba. Tom le ha dicho que Grace no puede dejar el orfanato hasta los quince años; no la dejarán vivir con Maggie porque tiene menos de veintiún años. Cuando llegue a la mayoría de edad puede ser diferente, pero mientras tanto Grace sigue siendo huérfana y la responsabilidad es del orfanato. La única forma de que Grace se vaya antes es que Maggie encuentre a su madre o a su abuela. Así que eso es lo que tendrá que hacer.

Pone la carta de Billy en su sobre. Irá a darle la noticia a Tom después de la cena.

El orfanato no responde a su carta. Al principio busca el correo todos los días, pero luego se da cuenta de que no va a llegar nada. Las semanas pasan y el invierno se convierte en primavera. Deja de preguntarse por qué la buscaban en primer lugar; obviamente no era tan importante. Cuando le escribe a Grace, pone su dirección en

la carta, pero Grace nunca responde. No está sorprendida. Las monjas no permitirían tal tontería. Puede imaginar la indignación de la Hermana Agnes si Grace le pidiera un sello para enviar una carta.

Maggie se está adaptando a su nueva vida en Melbourne. Sorprendentemente la noticia de que Billy no quiere volver a Inglaterra con ellos es casi un alivio. Ahora solo es responsable de Grace. Billy ha encontrado un nuevo hogar. Le escribe cada mes y le dice cómo está, pero solo ocasionalmente recibe una breve respuesta. Esto no le preocupa; ella sabe muy bien que él no escribe las cartas por sí mismo. Mientras él esté feliz, ella está contenta.

Ahora solo ve a Annabel en las vacaciones. Annabel está demasiado ocupada durante el trimestre para visitarla y pasa el tiempo libre que tiene con su nuevo novio. Es sábado y ella y Jimmy van a ir al cine como de costumbre. Se quita las horquillas del pelo y lo cepilla con cuidado para que las ondas enmarquen su cara. Solo los sábados se toma tantas molestias; normalmente lo retuerce alrededor de una vieja media para formar un Liberty roll, como solía hacer su madre. Le gustaría ser rubia, como su estrella favorita de Hollywood, Verónica Lake, pero Mrs. Robinson dice que la haría ver más tostada. De todas formas, Jimmy dice que le gusta su pelo tal y como está.

—Maggie, ¿estás ahí arriba?

—Sí, Mrs. Robinson.

—Baja, niña, aquí hay una carta para ti de Inglaterra.

Maggie se detiene; por un momento está congelada, el cepillo del pelo suspendido sobre su cabeza. La cara que la mira en el espejo tiene una expresión que no puede explicar. Su estómago comienza a agitarse. ¿De quién puede ser?

—Ya voy.

Se apresura a ver quién ha enviado la carta, el cepillo para el pelo todavía está en su mano.

—Llegó esta mañana, pero Fred lo puso en la repisa de la chimenea y se olvidó de mencionarlo.

Frunce el ceño con desaprobación a su inquilino.

Maggie recoge la carta. Su nombre está escrito a máquina en el sobre. Parece oficial.

—Ábralo usted, Mrs. R —dice—. No puedo hacerlo.

—Muy bien, querida. Siéntate ahora, antes de que te caigas.

Se pone las gafas y abre cuidadosamente el sobre.

—Querida Maggie —comienza.

—¿De quién es? —pregunta Maggie—. ¿Quién lo ha enviado?

¿Quién en Inglaterra la llama Maggie?

Mrs. Robinson le da la vuelta a la carta. Mira a Maggie y sonríe.

—Es de tu madre, querida. ¿Estás segura de que no te gustaría leerla tú misma?

Le muestra la carta. Maggie no puede moverse. Esto es lo que ha estado soñando durante tanto tiempo; esto es lo que ha estado esperando. Siempre supo que mamá no estaba muerta; lo sabía.

—La llevaré arriba —dice.

Vuelve a su habitación y se sienta en la cama, agarrando la carta. Se siente desmayar de excitación. Todo lo que puede pensar es que mamá está viva; su madre está viva. Sus manos tiemblan cuando abre el sobre y saca la carta.

«Querida Maggie:

Por fin te he encontrado. No te imaginas cuánto tiempo he estado esperando para enviarte esta carta. Te he escrito cientos de veces en mi cabeza, ahora por fin puedo escribirte de verdad. Me pregunto cómo estás y si eres feliz. Espero que te hayan cuidado en el orfanato. Me dicen que ya has empezado a trabajar. Ojalá pudiera verte; debes ser muy madura, toda una señorita.

Te he echado tanto de menos Maggie, no saber si tú y Billy y Grace estabais vivos o muertos ha sido difícil de soportar. La gente seguía diciéndome que todos habías muerto en el Blitz, pero yo no podía creerlo».

Maggie se detiene y se limpia los ojos; apenas puede leer por las lágrimas. Así que mamá sintió lo mismo que ella; nunca creyó que estuvieran muertos.

«Por favor, perdóname por no encontrarte antes. Hice lo que pude, pero nadie me dijo nada. Kate estaba muerta (¿lo sabías?) y la casa había desaparecido. Fue horrible, no sabía qué hacer. Era un caos aquí en Londres, con el Blitz y luego con los V-1, empecé a creer que la guerra nunca iba a terminar. Al menos estoy agradecida por que no hayas tenido que pasar por todo eso.

Me he casado de nuevo, con George. ¿Recuerdas a George? Era

un amigo de tu padre. Ha sido muy bueno con nosotros y trata a Leslie como a su propio hijo. Tu abuela murió en marzo. Era bastante vieja y tuvo un derrame cerebral. Y el abuelo murió el año después de que desaparecieras. Recuerdas que era guardián de incendios. Bueno, murió cuando un techo se derrumbó encima de él mientras intentaba rescatar a alguien. Los extraño a ambos.

Es difícil, nadie tiene mucho dinero hoy en día, pero yo gano un poco en mi trabajo en la librería y George tiene un trabajo en la estación de autobuses. Al principio trabajé en una fábrica, haciendo uniformes para los soldados. No ganaba mucho, pero sentí que estaba haciendo algo para contribuir con los esfuerzos de la guerra.

Cuando la guerra terminó y los soldados volvieron a casa, muchas mujeres fueron despedidas, incluyéndome a mí. Puedo entender que quisieran devolver los trabajos a los hombres, pero yo necesitaba mi trabajo. De todos modos, me hice amiga de la madre de uno de los amigos de Leslie y ella me enseñó a escribir a máquina y me persuadió para ir a por este trabajo en una librería en Finsbury. Dijo que solo necesitaba arreglarme un poco y poner una voz elegante y no tendría problemas. Tenía razón. El dueño es un poco pijo y me sorprendió cuando me ofreció el trabajo, pero realmente lo disfruto».

Maggie sonríe a través de sus lágrimas. Eso es tan típico de mamá. Los recuerdos de ella vuelven a inundarla: Mamá cantando, mamá leyéndoles cuentos y fingiendo ser todos los personajes, mamá imitando a la directora de su escuela. Sí, se imaginaba a mamá fingiendo ser una dama elegante.

«Déjame hablarte de tu hermano; es un buen chico, le va bien en la escuela y se parece a su padre. Ya sabes, el pelo rojo y todo eso. Todavía tiene algunos problemas con su corazón, por lo que no puede jugar al fútbol y cosas así, pero por lo demás lleva una vida normal. Es muy bueno dibujando y te he enviado uno de sus dibujos. Fue duro cuando era un bebé; no sabía si sobreviviría o no, pero es un luchador, como tú Maggie. No sé qué habría hecho sin él.

Ahora todo lo que quiero es tener a mi familia reunida, teneros a todos juntos de nuevo. No sé cómo lo haré, pero lo intentaré. Le escribo a Grace, pero no me responde. Tal vez puedas hacerme saber cómo está. ¿Y Billy? Nadie parece saber dónde está. Mi pobre Billy. He hablado con muchos departamentos del gobierno sobre tu regreso a casa, pero todos dicen que es responsabilidad de otros.

Pero no voy a perder la esperanza. Te traeré de vuelta de una forma u otra.

Por favor, escríbeme ,Maggie y dime cómo estás. Si tienes una fotografía me encantaría ver cómo es mi querida niña ahora.

con mucho, mucho amor de mamá besos».

Maggie mira el dibujo de Leslie; es de un tren, con humo saliendo por la chimenea. Ha escrito «Para Maggie de Leslie besos».

La pobre mamá no sabe lo de Billy. ¿Qué dirá cuando Maggie se lo diga? Tal vez le escriba a Billy en persona y lo convenza de que vaya con ellas a Londres. Lleva la carta y el dibujo abajo para mostrárselos a Mrs. Robinson.

Maggie no puede explicarle a Helen lo feliz que está al saber de su madre; es como si todas sus oraciones hubieran sido contestadas. Helen, que vive en una casa ruidosa, caótica y abarrotada con sus padres, su abuela, cuatro hermanos y dos hermanas, una de las cuales solo tiene seis meses, no puede entender lo que es estar sola. Se queja constantemente de sus hermanos, incluso de Jimmy, y se queja cuando su madre la obliga a cuidar del bebé; le dice a Maggie que quiere mudarse tan pronto como tenga suficiente dinero. A veces Maggie intenta decirle cómo era vivir en el orfanato, lo infeliz que había sido, pero puede ver que Helen no puede imaginar una vida así, así que se rinde.

Al principio no puede responder a la carta de mamá; solo la saca y la sostiene. Se la lleva a la nariz e inspira, esperando un indicio de esos olores familiares que asocia con su madre. Se dice a sí misma que puede oler el olor de sus cigarrillos, de su polvo para la cara, de su pelo, de la lavanda. Cierra los ojos y puede verla allí delante de ella; la imagen que se ha difuminado a lo largo de los años se hace más nítida y allí está la cara sonriente de mamá. Luego lee la carta de nuevo y la relee hasta que tiene las palabras grabadas en su memoria.

Dios ha respondido a sus oraciones. Ha encontrado a su madre. No está muerta. Está viva y ha estado buscándolos. Maggie siempre creyó que sucedería, que un día estarían todos juntos de nuevo. Hubo días en los que tuvo sus dudas, en los que lloró hasta dormirse, días en los que se dijo a sí misma que era mejor olvidarse de Londres y labrarse una vida en Australia, días en los que dudaba de si volvería a ver a Billy. Ahora ya no es solo un sueño, es una realidad. Aún no se han reunido, pero ese momento está al alcance de la mano; están en contacto una vez más. Ese es el primer paso.

Cuando finalmente le escribe a su madre le habla primero de Billy, que está bien y feliz, y luego le habla de ella misma. Hay tanto que decir, que no sabe por dónde empezar. Le habla de junio y del viaje a Australia; le habla del orfanato; le habla sobre el trabajo. No menciona a Mr. Brookes o a la hermana Agnes; no quiere ver esos recuerdos escritos en blanco y negro. En cambio, le habla de sus nuevos amigos, de Annabel y Tom, de Helen y su hermano Jimmy, de Mrs. Robinson, que la ha tratado como a una hija, de Fred y su ayuda para encontrar a Billy. Luego, le duele la muñeca de tanto escribir, le dice cómo la ama y que la extraña.

—¿Ya terminaste esa carta? —Mrs. Robinson pregunta.

Tiene el sombrero y el abrigo puestos, una bolsa de compras cuelga sobre su brazo.

—Sí, acabo de terminar. ¿Va a salir?

—Sí, a la tienda. ¿Quieres que te la envíe por correo?

—Por favor.

—¿Qué hay de ese hombre, ha encontrado la manera de hacerte volver a Inglaterra?

—¿El amigo de Tom? No, ha sido genial, pero ni siquiera él sabe lo que puedo hacer para conseguir el dinero.

—¿Entonces es solo el dinero para los pasajes?

—No, no solo eso. Tenemos que conseguir un permiso escrito del Ministerio.

—Pero ¿qué tiene que ver con ellos?

—Es porque somos niños inmigrantes; tienen que darnos permiso para volver a casa.

—Si consigues este permiso, ¿te pagarán para que vuelvas a Inglaterra?

Maggie sacude la cabeza.

—No, no lo creo.

—¿Así que vas a escribir a este Ministerio de todos modos?

—Ya lo he hecho. He estado esperando una respuesta durante años. Tom dice que no me preocupe porque estos ministerios están muy ocupados y les lleva mucho tiempo hacer las cosas.

—Necesitan mover sus traseros y hacer un trabajo realmente duro, si me preguntas —dice Mrs. Robinson—. Bueno, querida, sigue escribiéndoles cartas y un día tendrás la respuesta que esperas. Dios cuida de los suyos, ya sabes.

Maggie sonríe y le entrega la carta. Se siente como si un enorme peso se hubiera quitado de sus hombros. Sin embargo, nada ha

cambiado realmente. Todavía están abandonados en Australia, a miles de kilómetros de casa, pero al menos ahora sabe que tienen un hogar y, lo que es más importante, una madre. Solo tienen que encontrar una manera de volver con ella.

IRENE

Irene termina de escribir la dirección y saca el sobre de la máquina de escribir; dobla la carta y la mete dentro. Hay un sentimiento de fatalismo en sus acciones; nada va a salir de ello, está segura. Ha escrito docenas de cartas pidiendo ayuda para recuperar a sus hijos, pero las respuestas son siempre las mismas; no hay nada que nadie pueda hacer. Ni siquiera Victoria se pone en contacto con ella tan a menudo como antes; ella también parece haber renunciado. Irene sigue llamándola por teléfono, pero nunca tiene nada que decir. Bueno, al menos ahora Irene sabe que sus hijos están todos vivos e incluso donde están. Si tan solo pudiera llegar a verlos.

Le escribe a Grace y a Maggie cada semana, diciéndoles que las ama y prometiendo traerlas a casa tan pronto como pueda. Duda de que le crean; ella misma apenas lo cree. Necesita ganar unas quinielas de fútbol se dice a sí misma.

Y luego está Billy; ella no sabe qué hacer para convencer a Billy. Maggie dice que ha hecho una nueva vida y no quiere irse. Puede entenderlo; ha pasado por un momento traumático y ahora se siente seguro. Por supuesto que no quiere dejar su nuevo hogar. Irene ha empezado a escribirle cien veces y cada vez ha roto la carta; no quiere molestarle ahora que está instalado, sobre todo si es sincera consigo misma, porque no tiene nada que decirle. ¿Cómo puede prometerle que las cosas volverán a la normalidad? ¿Cómo puede prometer que irá a por él cuando no tiene el dinero? ¿Por qué lo perturba con falsas promesas si al final tiene que quedarse donde está? Ya han pasado seis años. Su hija mayor cumplirá pronto los dieciocho años; Irene ha estado separada de ella durante gran parte de su joven vida. Le duele pensar en lo que se ha perdido, cuánto de su crecimiento no ha podido compartir. Bueno, ahora quiere estar cerca de ellos; quiere recuperar el tiempo perdido. No se va a rendir, tiene que haber algo que pueda hacer para reunir a su familia.

Trabajar con Patrick Donovan en la librería ha ayudado; le señala artículos de periódicos sobre la emigración y los cambios en la política del gobierno. No siempre entiende de qué tratan los artículos, pero puede ver que ha habido un cambio de actitud en cuanto a separar a los niños de sus padres. Patrick suele aconsejarle si algo es relevante y si vale la pena escribir a las personas afectadas. Dice que cuanta más gente contacte, más probable es que

avergüence a alguien para que la ayude a que sus hijos regresen a casa. Parecía una buena idea cuando lo dijo por primera vez, pero no parece funcionar. Ese es el problema con Patrick; es demasiado idealista. Es un buen hombre y cree que todos los demás están tan dispuestos a ayudar como él; pero sabe que no lo están.

Las respuestas que recibe a sus cartas van desde: «Lamentamos mucho su difícil situación, pero este es un asunto del Departamento de Migración», hasta «Aunque la Ley de Niños de 1948 ha reforzado el control sobre las regulaciones de migración, en la práctica tenemos que confiar en la experiencia de las organizaciones benéficas». Patrick traduce esto como «Lo siento, no puedo ayudarte, querida». Le explicó que, aunque el Secretario de Estado es quien legalmente da el permiso para que los niños emigren, en realidad deja la práctica y la toma de decisiones a personas como la Iglesia Católica y The Barnados. La respuesta más común que recibe está en la línea de: «Sentimos no poder ayudarle, pero estamos seguros de que la migración de sus hijos en 1940 fue por su bien». Nadie parece estar interesado en traer niños a Gran Bretaña. Ni siquiera lo mencionan en sus respuestas; es como si pidiera algo tan inaudito que están seguros de que la han malinterpretado.

—¿Otra carta? —Patrick pregunta.

—Sí, pero servirá de mucho.

—No pierdas la esperanza, querida, algo surgirá.

Él le dice esto todos los días y cada día ella le responde:

—Nunca perderé la esperanza.

—Ese es la actitud.

Vuelve a entrar en la tienda; una anciana ha entrado. Irene puede oír su voz aguda; está buscando una copia de «Rebecca» de Daphne De Maurier.

Pone la tapa de su máquina de escribir; son casi las tres. Tendrá que darse prisa si quiere llegar a casa antes que Leslie.

La casa está vacía; un aire de desolación se cierne sobre el lugar. Abre la ventana de la cocina para que entre aire fresco y enciende la radio. Una de las grandes bandas está tocando música de baile. Tararea mientras comienza a preparar la cena. Es en momentos como este cuando más extraña a su madre; siempre estaba en la cocina por las tardes horneando. Incluso cuando había poco que comprar en las tiendas su madre se las arreglaba para hacer algo para el té: pasteles de roca, bollos, cuando tenía huevos, un bizcocho Victoria, si tenía algunos retazos de cheddar, palitos de

queso, cuando había manzanas en el árbol del patio, un pastel de manzana. Irene saca un paquete de galletas de jengibre y nuez del armario; servirán para satisfacer a Leslie hasta que su cena esté lista. Irene no tiene tiempo para hornear, aunque ahora solo trabaja a tiempo parcial.

—¿Mamá? —una pequeña voz la llama.

—En la cocina, Leslie.

—Mira lo que tengo, mamá.

Sostiene su libro de ejercicios para que ella lo vea.

—Una estrella dorada. Bien hecho.

—Miss Wise dijo que era la mejor historia de toda la clase —dice con orgullo.

—Eres un chico muy inteligente.

Se inclina y lo besa la frente.

—¿Qué hay para comer?

Le entrega el paquete de galletas.

—Solo dos. Tu cena estará lista pronto.

Hace cuatro meses que su madre tuvo un derrame cerebral; la habían llevado directamente al hospital, pero no había nada que pudieran hacer por ella. Murió al día siguiente. Se estremece cuando recuerda ese día; no sabe lo que habría hecho si no fuera por George. Ha sido maravilloso.

Saca el cuello del refrigerados y comienza a cortarlo en pequeños trozos. Será un buen guiso; tiene unas patatas, una cebolla y zanahorias. Lo dejará hervir a fuego lento durante un par de horas y luego la carne estará bien tierna. Recuerda la época en que su padre cavó su pequeño césped y plantó patatas y cebollas en él; esas verduras habían sido un salvavidas en aquel entonces. Su madre había intentado mantener el huerto después de la muerte de su marido, pero no estaba preparada para ello. A veces le daban seis peniques al chico de al lado para que lo cavara con la azada, pero las malas hierbas pronto se apoderaban de él. Últimamente George ha sugerido que lo cave y cultive algo, pero ninguno de los dos sabe mucho de jardinería. Es mejor dejar que vuelva a ser un césped, ella le dice, así Leslie puede tener un lugar para jugar.

Ella y George llevan casados casi tres meses; gira su nuevo anillo de bodas una y otra vez, sacándole brillo mientras lo hace. Solo un viejo aro de cortina, en realidad, piensa, pero promete mucho. Nunca pensó que él le pediría que se casara con él; después de todo, ella es cuatro años mayor. Pero lo hizo y habían pasado su luna de

miel llevando a Leslie al zoológico.

Con el guiso preparado e hirviendo a fuego lento en la cocina, Irene se hace una taza de té y se sienta. Le escribirá a Grace piensa y saca la última carta de su hija del cajón de la cocina. Es una carta triste que le dice muy poco sobre su hija o su vida.

«Querida mamá», lee. «Estoy bien. Dios me está cuidando. Espero que tú y el bebé estén bien».

Ella sigue llamando a Leslie el bebé, aunque Irene le sigue recordando que ahora tiene cinco años.

«Teddy ha sido un oso malo y he tenido que encerrarlo en el armario hasta que diga que lo siente. Debe decir 100 Ave Marías entonces Dios lo perdonará.

Tu amada hija Grace».

Irene sabe del apego de Grace a su osito de peluche porque Maggie se lo ha contado, pero está muy preocupada por la actitud de su hija menor hacia el pobre Teddy. Parece que un minuto derrocha amor sobre él y al siguiente lo castiga sin razón aparente. Irene se pregunta de dónde saca Grace esas ideas tan extrañas. ¿Por qué encerrar su osito de peluche en el armario, por ejemplo? No dice qué acto atroz ha cometido Teddy para merecer esto; solo que es un Teddy malo. No puede imaginar que su risueña Grace se haya convertido en una abusona.

Coge su bolígrafo y escribe:

«Mi querida Grace:

Gracias por tu encantadora carta. Siento que Teddy se haya estado comportando mal».

Se detiene. Eso es ridículo; es un oso de peluche después de todo. Tal vez Grace necesite un amigo de fantasía, pero esto es ir demasiado lejos. Arruga el papel y empieza de nuevo:

«Mi querida Grace:

Gracias por su encantadora carta. ¿Has sabido algo de Maggie últimamente? ¿Ella puede verte? Leslie está bien; hoy recibió una estrella dorada por su historia. Se trata de los trenes».

Duda; es difícil saber qué escribirle a Grace. Escribirle a Maggie es fácil porque le habla sobre sus amigos y lo que ha estado haciendo, pero Grace no revela nada. Maggie le ha explicado que las monjas leen todo lo que escribe Grace, pero no puede ver que esto sea un problema. Escribió y le contó a Grace sobre George, pero la niña no lo ha mencionado ni una sola vez en sus cartas. Se pregunta si está enfadada con ella por no haberse puesto en

contacto antes; ha intentado explicarle que la ha estado buscando durante años, pero de nuevo Grace no ha respondido. Coge el bolígrafo otra vez; escribirá sobre Leslie y lo que ha estado haciendo. Tal vez Grace esté más interesada en eso. Aún no le ha dicho a Grace que su abuela ha muerto; no quiere molestarla mientras esté tan lejos. Se pregunta si se acuerda de su abuela.

Cuando termina la carta llama a Leslie:

—Leslie, estoy escribiendo a tu hermana Grace; ¿quieres enviarle uno de tus dibujos?

Un par de minutos después Leslie baja, con un dibujo del zoológico en su mano.

—¿Qué hay de este?

—Es encantador, pero es uno de los mejores. ¿Estás seguro de que quieres enviarle este?

Asiente con la cabeza.

—Está bien —dice y vuelve a subir.

Irene dobla el dibujo con cuidado y lo pone en el sobre. Mañana le escribirá a Maggie; solo desearía tener alguna buena noticia que contarle. Por sus cartas es obvio que Maggie también está intentando desesperadamente que vuelvan a estar todos juntos, pero, como ella, no está teniendo mucho éxito. Ese viejo sentimiento de desesperación regresa; ¿cómo diablos va a traer a sus hijos a casa de nuevo?

JEREMY ACTON-DUNN

Victoria pone una taza de té en el escritorio frente a él.

—Buenos días —dice con una sonrisa alegre—. ¿Hablaste con Mr. Shepherd? ¿Tenía algún consejo sobre cómo podemos reunir a la familia Smith?

—Sí, lo hice, pero no fue muy alentador. No creo que vaya a haber ninguna reunión en un futuro próximo. De hecho, pintó un cuadro bastante sombrío de sus posibilidades. Nadie quiere ayudar a traer a los niños de vuelta. Le dije que habíamos intentado todo esto: la Iglesia, otros organismos benéficos, el Ministerio. Es imposible. Hay demasiados niños y no hay suficiente dinero para todos. Otras cosas tienen mayor prioridad que repatriar a un par de niños británicos. De todos modos, como he dicho antes, y Phil está de acuerdo, los australianos quieren más inmigrantes, no menos.

—¿Y la embajada australiana?

—He hablado con el embajador australiano. No está interesado.

—Si no podemos traerlos de vuelta aquí, ¿por qué no ver si hay alguna manera de hacer que la madre vaya con ellos? —sugiere Victoria.

Toma su té y la mira.

—Es curioso, eso es lo que dijo Phil. Es una idea interesante. ¿Crees que Mrs. Smith consideraría emigrar?

—La última vez que la vi me dijo que se había vuelto a casar. Ahora es Mrs. Wills. Se ha casado con un viejo amigo de su marido, un tipo con el que estuvo en el ejército.

—Ah. Eso podría ser un problema. Hay que tener en cuenta al marido. Puede que no quiera emigrar. ¿Qué hace ahora que está de nuevo en la sociedad civil?

—No estoy seguro, pero según lo que ella dijo, es un hombre hábil. Estoy segura de que no tendrá problemas para ser aceptado —dice Victoria.

—Si quiere ir, por supuesto.

—Sí, puede que no quiera desarraigarse y emigrar a Australia.

Jeremy toma su té y lo bebe lentamente.

—Es una idea —dice por fin—. Cuando hablé con Bruce Masterstone el otro día, mencionó que estaban estableciendo un plan de asistencia para animar a la gente a emigrar.

—¿El embajador australiano?

—Sí. Sabes, esta podría ser la respuesta. Déjame investigar un poco más y mientras tanto, llámala y pregúntale si puede venir a

verme.

—Lo haré. ¿Algo más?

—Sí, ponme en línea con la embajada australiana.

Irene Smith, o Mrs Wills como se llama ahora, está sentada en su oficina. Su rostro está tranquilo; la tristeza se marca en su boca, causando que sus labios delicadamente curvados se vuelvan hacia abajo. Mira hacia arriba cuando él abre la puerta y sonríe. Su rostro se transforma y él entiende por qué no ha tenido problemas para encontrar otro marido, a pesar de tener cuatro hijos. Es una mujer muy atractiva.

—Mrs Wills. Me alegro de que haya podido venir.

—¿Hay alguna noticia? —pregunta con entusiasmo.

—No es del tipo que espera, no. Lo siento.

—¿Es una mala noticia?

La sonrisa se desvanece de sus labios.

—No. No. Es solo que he tenido una idea de cómo podemos reunirla con su familia. Solo quería ver lo que piensa de ello.

Ella lo mira expectante.

—¿Cree que su nuevo marido consideraría mudarse a Australia para vivir? —pregunta.

—¿A Australia? Bueno, no lo sé. Nunca hemos pensado en ello. George nunca ha dicho nada. De todos modos, no veo cómo podríamos. Si tuviéramos el dinero para ir a Australia los tres, tendríamos suficiente dinero para traer a las chicas a casa. No, nunca ha sido una posibilidad. Incluso con los dos trabajando, apenas tenemos suficiente dinero para vivir.

—Pero si pudiéramos conseguirle pasajes, ¿cree que lo consideraría?

—Realmente no lo sé.

—¿Y qué hay de usted? ¿Le gustaría ir a Australia?

—Si eso significa que puedo ver a mis hijos de nuevo, sí que iría. Iría a cualquier parte para tenernos a todos juntos de nuevo.

—Su marido era un soldado, creo.

Ella asiente con la cabeza. Un rizo de pelo marrón cae sobre su frente y lo aparta con una mano enguantada.

—¿En qué regimiento estaba?

—Estaba con mi Ronnie. Ambos eran zapadores.

—¿Ingenieros Reales?

—Sí, eso es.

—¿Y qué tipo de trabajo hace ahora, desde que lo

desmovilizaron?

—Tiene un trabajo en un depósito de madera. Es todo lo que pudo conseguir. Pero antes de eso era un mecánico de motores. Trabajó con una compañía de autobuses en el norte.

—¿Así que tiene un oficio?

—Sí.

—El gobierno australiano está buscando hombres capacitados. Creo que tendría una buena oportunidad de incluirse en este nuevo plan.

—Bueno, hablaré con él sobre eso, pero no sé qué dirá. Después de todo, ahora tiene un trabajo estable. No es lo que ha estado acostumbrado a hacer, pero el dinero es regular y cubre las facturas.

Parece dubitativa

—Háblele de ello —dice Jeremy.

Le entrega un póster. Tiene «AUSTRALIA, TIERRA DEL MAÑANA» impreso en la parte superior y debajo hay dibujos de caballos, ovejas y tractores. Un gran sol amarillo brilla sobre todo.

—No lo entiendo —dice.

—Este es el nuevo cartel de reclutamiento. El gobierno australiano quiere inmigrantes. Es un país grande y no tienen suficiente gente. Es tan simple como eso. Pensé que si usted y su marido eran elegibles para el plan sería una buena manera de reunirlos con su familia.

Ella le quita el póster y lo mira fijamente.

—Se supone que es un país muy hermoso —añade—. De todos modos, aquí hay más información sobre la elegibilidad y cómo funciona el plan. Consúltelo y a ver qué le parece, a ver qué piensan los dos.

—Lo haré.

—Puede que sea la única manera de que poder volver a ver a sus hijos —le recuerda.

En cuanto la puerta se cierra detrás de Mrs. Wills, Victoria entra.

—¿Y bien? ¿Qué dijo? —pregunta.

—Va a hablar con su marido sobre ello.

—¿Crees que se irá?

—No tengo ni idea. Espero que lo haga. Será su única oportunidad. Es una gran oportunidad para ellos, pero al final dependerá de su marido.

IRENE

La cena está en la mesa cuando George llega a casa. Sin esperar a quitarse la chaqueta, viene directamente y la besa.

—Huele bien —dice.

—¿Yo o la comida? —pregunta.

—Ambas.

Quiere darle la noticia de inmediato, pero tiene miedo de que él no esté tan entusiasmado como ella. Pensar en la decepción le amarga la boca.

—Leslie, la cena —grita.

Observa a George tomar su cuchillo y tenedor y comenzar a comer. Tal vez debería esperar, sondearlo primero, introducir la idea gradualmente.

—¿Qué es? —pregunta.

—¿Qué?

—Tú, tienes algo que decirme; puedo jurarlo. ¿Qué es?

Intenta sonreír, pero su boca está llena de patatas.

—Hola, papa —dice Leslie, sentado a su lado.

Se ha acostumbrado a llamar a George, papá; ella nunca se lo ha pedido y ahora no ve ninguna razón para no hacerlo. Después de todo, nunca conoció a su verdadero padre. Todos estos años ha sido uno de esos chicos cuyo padre murió en la guerra; ahora le dice a todo el mundo que tiene un padrastro. Es un chico tan tranquilo que ella nunca sabe realmente lo que pasa por su cabeza, pero parece feliz de que ella y George estén casados. Le gusta tener un hombre en la casa.

—Tu madre tiene algo que decirnos —dice—. ¿No es así, Irene?

Le da una juguetona palmadita en las costillas.

—¿Qué pasa, mamá?

—Deja que tu padre coma su cena en paz

—No hasta que nos digas lo que tramas —dice George, dejando su cuchillo y tenedor y mirándola.

—¿Te gustaría ir a vivir a Australia? —pregunta.

—¿Qué?

Su marido la mira, atónito. Lo que sea que esperaba que le dijera, no era esto.

—¿Australia? —Leslie ahoga un grito—. Eso está muy lejos. Es el otro lado del mundo. Ahí es donde están Maggie, y Grace, y Billy. Están en Australia.

Irene saca el póster del cajón del aparador y lo pone delante de

ellos.

—Hoy fui a ver a Mr. Acton-Dunn. Me habló de este plan de ida con el pasaje asistido a Australia. Están tratando de reclutar gente para emigrar a Australia; quieren hombres en forma y sanos y a sus familias. Pensó que podría ser la respuesta a nuestras plegarias.

George coge su cuchillo y su tenedor y continúa comiendo su comida.

—Bueno George, ¿qué piensas? ¿Iremos a Australia? —pregunta.

Su estómago está agitado por la ansiedad. ¿Qué dirá? Esta podría ser su única oportunidad de volver a ver a sus hijos.

—Pero ¿qué sabes acerca de irte a Australia? —George pregunta.

—Es la oportunidad de una nueva vida —dice débilmente.

—Sugieres que nos levantemos y demos la vuelta al mundo solo porque este tipo dice que es una buena idea. ¿Cómo sabe lo que es bueno para esta familia?

Él no está enojado, pero ella puede decir que no está tan emocionado por la perspectiva de emigrar como ella. Parece más preocupado que enfadado.

—No es que esté tratando de decirnos qué hacer; solo quiere ayudar. Dice que, si no podemos hacer que nos devuelvan a los niños, podemos ir con ellos. Tiene sentido.

—Para ti, tal vez. Pero me estás pidiendo que deje mi trabajo y vuelva a la búsqueda de empleo, solo que esta vez en un país extraño. No estoy seguro de estar listo para eso. ¿Y si no encuentro trabajo? ¿Cómo viviremos? Ya era bastante malo cuando me desmovilizaron, yendo de puerta en puerta buscando un trabajo, pero al menos solo estaba yo. Ahora os tengo a ti y a Leslie para cuidaros.

—Pero necesitan hombres capacitados en Australia. Mr. Acton-Dunn dijo que no tendrías problemas para encontrar trabajo. Busca el trabajo antes de irte. Estuve hablando con Liz sobre ello; su hermano va a ir. Tiene un trabajo en una fábrica de muebles. Tiene todos los papeles y todo; se embarca a fin de mes, para Victoria.

—¿Victoria? Melbourne es la capital de Victoria —dice Leslie—. Ahí es donde vive Maggie.

George vierte un poco de té en su taza.

—Pero ¿cuál es la diferencia? No tenemos el dinero de todas formas.

Su sonrisa es aún más amplia ahora. Está decidida a convencerlo.

—Eso es lo bueno; ellos pagan nuestros pasajes. Es lo que llaman un pasaje asistido. Tenemos que pagar algo, pero no mucho, diez libras o algo así. Tengo todos los detalles aquí.

Le entrega los folletos que Mr. Acton-Dunn le dio.

—¿Estás segura de que podré conseguir trabajo? —pregunta mientras hojean los periódicos.

—Mira George, esto es lo que siempre hemos querido, recuperar a los niños. Tú mismo dijiste que las perspectivas de trabajo aquí no son buenas en este momento. Ahí fuera podrías conseguir un trabajo mucho mejor; están pidiendo a gritos ingenieros. Con tu experiencia en los zapadores y en la corporación de autobuses no tendrás problemas para encontrar trabajo. Todos podríamos tener una vida mejor —añade.

—¿Crees que podría conseguir un trabajo antes de que nos vayamos?

—Sí, te asesoran en todo.

—Pero ¿qué pasa con todo esto?

Agita la mano, es decir, los muebles.

—Cogeremos lo que realmente necesitamos: ropa, cosas que nos gustan mucho, como fotos, cosas así. No necesitaremos mucho; alquilaremos un lugar amueblado al principio hasta que te vaya bien.

—¿Puedo llevarme mis libros? —Leslie pregunta.

—Por supuesto, pero solo los que realmente te gustan. Seguro que hay un límite de peso.

—¿Qué hay de tu trabajo? —pregunta.

—Conseguiré otro trabajo si lo necesito.

Él toma su mano en la suya. Le está gustando la idea.

—Bueno, no me esperaba esto —dice—. Has tenido algunas ideas muy ingeniosas en tu tiempo, pero esto lo supera todo.

—¿Y? ¿Qué piensas? —le pregunta—. Será una nueva vida para nosotros.

—¿Iremos en un barco? —Leslie pregunta.

Ella puede ver que él, al menos, está emocionado ante la perspectiva de esta aventura.

—Sí, un gran transatlántico —le dice.

—¿Veremos canguros? ¿Y koalas?

—Sí y sí —responde—. Verás todo eso y más.

—Supongo que vale la pena pensar en ello —dice George, mirándola y sonriendo.

—Sí, y siempre puedo encontrar algo de trabajo por ahí —dice Irene—. Aunque me entristecerá dejar mi trabajo en la librería.

—Estoy seguro de que lo harás, deben necesitar mecanógrafas en Australia también.

—¿Y qué dices? —pregunta.

—Bueno, no puede hacer daño hacer averiguaciones, ¿verdad? —dice por fin.

—Sabía que estarías de acuerdo. Ya verás; será genial para todos nosotros —dice, rodeándolo con sus brazos y abrazándolo.

—De acuerdo, entonces, iremos y lo averiguaremos mañana. Me tomaré una hora extra de descanso y nos iremos en mi hora del almuerzo.

Quiere llorar. Tal vez ahora pueda volver a ver a sus hijos.

MAGGIE

No puede esperar a que Mrs. R. vuelva a casa; se muere por darle la noticia. El sonido de la apertura de la puerta principal le dice que ha llegado. Maggie baja las escaleras para saludarla.

—Hola. ¿Qué te pasa? —pregunta su casera, mientras pone sus compras en la mesa de la cocina—. Pareces muy emocionada por algo.

—Tengo algunas noticias.

—Espero que sean buenas. Pon la tetera, querida, estoy sedienta.

—He recibido otra carta de mama —comienza Maggie, mientras llena la tetera en el grifo—. Viene a vivir a Australia, ella y Leslie y George.

—Bueno, caramba. Será mejor que te sientes antes de romper algo y me lo cuentes todo.

Maggie apenas puede contener su excitación.

—Nunca podrían habérselo permitido, pero hay un plan especial; se llama... —se detiene y se refiere a la carta—. Pasaje asistido. Es nuevo. Serán los primeros en venir aquí con él. George ha tenido que dejar su trabajo y ya ha tenido una oferta de uno nuevo aquí.

—Eso ciertamente me suenan a buenas noticias.

La tetera empieza a silbar y Maggie vierte el agua hirviendo sobre las hojas de té.

—Dice que quieren hombres en forma y sanos y a sus familias para emigrar a Australia y el gobierno australiano va a pagar sus pasajes.

Pone la tetera en la mesa y se sienta.

—Es maravilloso, ¿no es así Mrs. R.?

—Así es, Maggie.

Maggie coge unas tazas del estante.

—¿Qué más dice tu madre? ¿Sabe adónde irán? Australia es un lugar grande —pregunta Mrs. Robinson.

—Victoria. Eso es aquí, ¿no? Primero van a alquilar un lugar para los tres y luego buscarán un lugar donde todos podamos vivir. Mamá dice que George puede conseguir un trabajo mucho mejor aquí; dice que están desesperados por ingenieros. Él estaba en los Ingenieros Reales, ya sabe, como papá.

—Así que por fin podrás ver a tu madre.

—Sí, será maravilloso. No puedo esperar a decírselo a Grace.

—¿Dice cuándo van a venir?

—Tienen que esperar a que termine todo el papeleo, pero ella cree que será antes de Navidad.

—Muy pronto entonces.

—Sí, ¿no es una noticia maravillosa? —repite.

Está tan emocionada que no puede quedarse quieta.

—¿Entonces te irás? —Mrs. Robinson pregunta.

—Cuando hayan encontrado un lugar para que vivamos.

Mrs. Robinson da un suspiro; parece triste.

—¿Por qué, qué pasa, Mrs. R?

—Te extrañaré Maggie, estoy tan acostumbrada a tenerte en la casa, que será extraño sin ti. Te has convertido en una hija para mí.

Maggie se inclina y la abraza.

—Volveré a verla, lo prometo.

—Cuidado con lo que haces ahora.

—¿Sirvo el té?

—Sí, hazlo querida, y no lo ahogues en leche esta vez.

Maggie está impaciente por darle la noticia a Grace. Sabe que no tiene sentido escribirle, es mejor ir a ver a su hermana por sí misma. No ha dejado que las monjas sepan que va a venir esta vez; solo va a aparecer y pedir verla. Recuerda cómo las monjas solían correr por ahí haciendo que las chicas se limpiaran antes de que llegaran los visitantes; quiere ver cómo está realmente Grace y, para ello, es mejor llegar sin avisar.

Mientras camina por el familiar camino de tierra hacia el orfanato espera que sus actos no vayan a repercutir sobre su hermana. Abraza su paquete fuertemente contra su pecho y sigue caminando. La puerta está abierta y es fácil entrar. Decide ir directamente a buscar a Grace. Si las monjas la pillan, dirá que estaba buscando a la hermana Bridget.

Las chicas ya se dirigen a la capilla para las oraciones de la mañana; espera poder pillar a Grace antes de entrar. Sabe que Grace estará en el dormitorio de las mayores, así que se abre camino a lo largo de la pared del dormitorio, esperando que nadie la vea. Ve a Freda, la amiga de Grace, saliendo del edificio.

—Freda —susurra.

—Maggie. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quiero ver a Grace. ¿Dónde está?

—Está en la enfermería. No está bien.

—¿Qué le pasa?

—Mira, tengo que irme; la hermana Agnes está en pie de guerra

otra vez. Realmente me tiene en sus manos estos días.

Freda se sube el vestido y le muestra a Maggie las cicatrices parcialmente curadas en la parte posterior de sus piernas.

—Ten cuidado de que no te coja —advierte antes de salir corriendo hacia la capilla.

Maggie se siente mal. Ver las piernas cicatrizadas de Freda le ha traído de vuelta todo otra vez; puede sentir el dolor y la humillación como si fuera ayer. Las monjas las golpeaban por la menor falta: por no conocer sus mesas, por equivocarse en la ortografía y sobre todo por equivocarse en el catecismo. Espera que Grace no esté en la enfermería porque le hayan pegado también. Espera a la sombra del porche hasta que ve a la última de las chicas entrar en la capilla y la puerta se cierra, entonces se dirige a la enfermería. Sabe que ninguna de las monjas estará allí hasta después del desayuno.

Hay tres chicas en la enfermería; Grace está en la cama del fondo. No mira hacia arriba cuando Maggie entra.

—Grace.

Grace se da la vuelta y la mira con indiferencia.

—Grace, soy yo, Maggie.

Se agacha y la besa.

—Maggie, ¿eres realmente tú? ¿Qué estás haciendo aquí? —Grace pregunta al fin.

Mira alrededor de la habitación con nerviosismo.

—¿Sabe la hermana Agnes que estás aquí?

—No, nadie sabe que estoy aquí.

—Dicen que no estoy bien.

Grace se sienta en la cama. Maggie se da cuenta de que ha crecido mucho desde Navidad, pero todavía está muy delgada. Toma su mano; los huesos son como los de un pequeño pájaro y sus uñas están mordidas. Lleva un camisón descolorido que es demasiado grande para ella y eso acentúa su fragilidad. Maggie quiere llorar de desesperación. Acaricia el pelo de su hermana; está seco y quebradizo como la paja. Sus rizos dorados han desaparecido, su pelo está cortado y quemado por el sol.

—Estás muy delgada, Grace. ¿Estás comiendo lo suficiente? Te he traído algo. Mira, unos plátanos. Te gustan los plátanos.

Se da cuenta de que, aunque Grace tiene casi nueve años, se ha dedicado a hablar con ella como solía hacerlo cuando era una niña.

—Gracias, pero no tengo hambre.

Maggie no puede creer lo que está escuchando. Todas las chicas están medio muertas de hambre. Nadie rechazaría nunca unos plátanos frescos.

—¿Cuál es el problema, Gracie? ¿Por qué no quieres comer?

Grace se encoge de hombros.

—No tengo hambre.

—¿Estás enferma? ¿Han dicho las monjas qué te pasa?

Sacude la cabeza.

—Bueno, algo debe andar mal, de lo contrario no estarías aquí.

—Me desmayé —admite Grace por fin.

—Es probablemente porque no estás comiendo, cariño. Tienes que comer para mantener tus fuerzas.

Grace asiente con la cabeza.

—Eso es lo que dijo la hermana Bridget. Me trajo un poco de miel de la cocina.

—¿Lo hizo? ¿Fue agradable?

La hermana Bridget era la única monja que no se esforzaba por hacer de la vida de las niñas una miseria.

—Estaba muy dulce. Las abejas la hacen.

—¿Mamá te ha escrito?

—Sí.

—¿Te las arreglas para leer sus cartas bien?

—Sí, ahora puedo leer bien. Susie ya no tiene que ayudarme. Ya se ha ido.

—Bueno, eso es bueno, ¿no?

Grace no responde.

—¿Entiendes que mamá nos ha estado buscando todo este tiempo, no Gracie? Ha estado tan preocupada como nosotras.

—Ella no viene a verme.

—Bueno, no puede, no todavía. Todavía está en Londres. Te acuerdas de Londres, ¿no? Está muy lejos. Pero la veremos pronto.

—Quiero ir a casa. No me gusta estar aquí.

—Irás, cariño. Irás. Tengo una noticia muy especial para ti hoy. Mamá viene a Australia. Viene a vivir con nosotros. Podrás dejar el orfanato e irte a vivir con ella otra vez.

—Ella no me quiere. Tiene una nueva familia ahora —dice Grace.

—¿Qué? No, por supuesto que te quiere. No seas tonta. Nos quiere a todos. Por eso viene aquí. Todos vienen, George y Leslie también.

—Ahora tiene una nueva familia —repite Grace—. Ella ya no me quiere.

No mira a Maggie; tiene la cabeza baja y está sentada ahí retorciendo las manos, una y otra vez.

—Eso no es verdad Grace, por supuesto que te quiere.

Maggie toma su mano en la suya otra vez.

—Tiene a Leslie —murmura Grace.

—Sí, lo sé, pero Leslie es nuestro hermano. No es una nueva familia. Es nuestro hermano pequeño.

—Freda dice que ahora que mamá se ha vuelto a casar, tendrá más bebés y entonces ya no me querrá.

—Bueno, Freda se equivoca. Freda no conoce a mamá. Mamá nunca te abandonaría. Te dije que nos ha estado buscando durante años. Nunca se rindió. Y ahora nos ha encontrado.

—Entonces, ¿por qué no manda a alguien a buscarme?

Maggie no sabe qué decir. ¿Cómo puede explicarle a su hermana que su madre ha estado haciendo todo lo posible para recuperarlas? ¿Cómo puede explicar el muro de burocracia con el que se ha enfrentado? ¿Cómo puede explicar que a nadie, excepto a su madre, le importa si se van a casa o no?

—Ella quería, Gracie, pero al final decidió venir aquí a buscarte ella misma.

Grace la mira y por un momento la sombra de una sonrisa cruza su rostro.

—¿Ella viene a buscarme?

—Sí.

—¿En serio?

—Sí, de verdad. Muy pronto.

—¿Me va a llevar lejos de aquí?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Hoy?

—No, cariño, hoy no. Todavía está en Londres, pero pronto, muy pronto. Debes ser paciente, Gracie. Dice que estará aquí antes de Navidad. Mira, tengo una carta de ella. ¿Quieres que te la lea?

Grace asiente con la cabeza.

«Mi querida Maggie:

Tengo noticias maravillosas para ti. Estaremos todos juntos de nuevo muy pronto. Como no pudimos encontrar la manera de que tú y Grace y Billy regresaran a Inglaterra, decidimos ir a Australia. Estaremos juntos y podrás conocer a tu hermano pequeño por

primera vez ...»

Lee la carta a Grace y luego la vuelve a leer solo por la alegría de escuchar lo que dice. La pesadilla pronto terminará. Se reunirán. Incluso Grace parece un poco más feliz con las noticias.

—¿Billy?

—Sí, Billy. Sabemos dónde está ahora.

—¿Es feliz?

—Sí, está aprendiendo a ser un granjero.

No le ha escrito a Grace sobre la nueva vida de Billy en la granja porque no quería que las monjas se enteraran; le preocupaba que enviaran a alguien a buscarlo.

—¿Sabe Billy que estoy aquí? —Grace pregunta.

—Sí. Le escribo todos los meses.

—Dile que lo extraño —dice Grace y empieza a llorar.

—Por supuesto que lo haré, cariño. No llores, Gracie. Pronto saldrás de aquí. Debes ser fuerte. Por favor, Gracie, prométeme que serás una chica fuerte.

Pone sus brazos alrededor de su hermana y la abraza. Puede sentir sus costillas sobresaliendo a través del camisón.

—Todo estará bien, ya ves. Mamá estará aquí pronto y luego te llevará a casa.

Ambas están sollozando ahora.

—Estaremos todos juntos de nuevo, como antes —susurra Maggie, limpiándose los ojos subrepticiamente.

No quiere que Grace la vea alterada, pero es difícil controlar sus emociones; su hermana ya no es la niña saltarina que vivía en Bethnal Green. ¿Qué hará mamá respecto a su cambio?

Poco a poco los sollozos de Grace paran y ella se sienta, tirando de la sábana. Maggie toma una esquina de la sábana en una mano y le limpia los ojos a Grace con ella.

—Y comerás. Prométeme eso.

—Sí.

Pela la piel de uno de los plátanos y se lo entrega a su hermana. Tímidamente Grace comienza a comerlo. Tiene problemas para tragarlo.

—¿Está bueno?

Asiente con la cabeza.

—¿Puedo darle uno a Jilly? —pregunta.

Jilly está en la cama de al lado.

—Por supuesto. Toma, Jilly, ¿quieres un plátano?

Una pequeña niña de piel oscura, que ha estado acostada mirándolas todo este tiempo, extiende su mano y toma con entusiasmo la fruta. Maggie mira a la tercera ocupante de la enfermería; es una niña de apenas cinco años. Está mirando y escuchando todo lo que está pasando.

—¿Quieres uno? —Maggie pregunta.

—Sí, por favor.

—Bueno, deja uno más para ti, Grace, para más tarde. Escondámoslo bajo la almohada —dice Maggie.

Suena una campana.

—Esa es la campana del desayuno —dice Grace—. Tienes que irte.

Parece un poco más alegre ahora.

—¿Estás segura de que estarás bien?

—Sí.

—Recibes mis cartas, ¿no?

—Sí. Las tengo todas.

—Bueno, seguiré escribiéndote y en cuanto sepa que mamá está en el barco, te lo haré saber. Ya no tardará mucho.

—Por favor, vete —dice.

Grace se está poniendo nerviosa. Maggie sabe por qué está tan asustada y eso la hace enojar, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Si la atrapan en la enfermería, será Grace la que sea castigada.

—Bien, Gracie. Adiós, cariño. Cuídate ahora y come.

—Lo haré. Prometido. Adiós, Maggie.

Se desliza por debajo de las sábanas y cierra los ojos. Maggie no quiere dejarla, pero sabe que debe hacerlo; solo causará más problemas si la atrapan aquí con ella. No es por mucho tiempo más, se dice a sí misma. Pronto tendrá a Grace en casa. Pestañea para enjuagarse las lágrimas de los ojos y se apresura a salir. Todas se dirigen al refectorio. Pronto alguien traerá el desayuno para las chicas de la enfermería. Debe haberse ido antes de eso.

Es tarde para cuando llega a Melbourne. Se reunirá con Jimmy a las siete en punto, pero decide que primero debe ir a casa a refrescarse; tiene calor y está pegajosa y sus zapatos están cubiertos de polvo amarillo. La reunión con Grace la ha preocupado. No se había dado cuenta hasta entonces de lo infeliz que era su hermana y está desconcertada por su comportamiento; es como si todavía tuviera cinco años. Maggie no sabe qué puede hacer para ayudarla.

Estuvo tentada de llevarse a Grace a casa hoy, tal como estaba, con camisón y todo, pero sabía que no habría funcionado. Habrían mandado a la policía a buscarla y la habrían llevado directamente al orfanato. Gracias a Dios que su madre viene pronto. La pobre Grace ha estado allí durante casi seis años; no recuerda cómo era tener una vida normal.

—Hola, ¿dónde has estado todo el día? —pregunta Mrs. Robinson.

—He ido a ver a mi hermana —responde.

—Ven a tomar una taza de té y un brownie; están recién salidos del horno. Podrás contármelo todo entonces.

Maggie se alegra de ver la cara alegre de Mrs. Robinson; ha llegado a confiar en el apoyo de su casera. La va a extrañar cuando se vaya. Acepta el té con gratitud y se sienta a contar los acontecimientos del día.

—Así que la pobrecilla cree que ha sido abandonada —dice Mrs. Robinson sirviéndose otra taza de té.

—Sí, pero estaba un poco más alegre después de leer la carta de mamá.

—Por supuesto que sí. Verás que el tiempo pasará más rápido de lo que esperas y antes de que te des cuenta esa madre tuya la sacará de ese lugar y la devolverá a una vida normal.

El reloj de la repisa de la chimenea marca las cinco en punto.

—Oh, ¿esa es la hora? Voy a ver a Jimmy esta noche; mejor me doy prisa.

—¿Vas al cine? —pregunta su casera.

—Sí, «Lo que el viento se llevó».

—Oh, me encanta esa película, ese Clark Gable —suspira y levanta los ojos hacia el techo.

Maggie se ríe.

—Es una de las favoritas de mamá también.

Es bonito. Ahora puede hablar de mamá sin sentirse triste. Sabe con certeza que su madre está viva y que la volverá a ver pronto. Solo tiene que ser paciente.

BILLY

Billy carga la última de sus posesiones en el carro de mano y lo empuja hacia la casa. Se está mudando de nuevo a la granja con Henry y Sarah. Le han dicho que puede recuperar su antigua habitación ahora que Jack se muda. Dijo que estaba bien en los establos, pero Sarah ha insistido. Estará más caliente en invierno y más fresco en verano, le dijo, y no habrá tantas moscas. Es verdad, su casa es maravillosamente fresca comparada con la habitación de arriba de los establos y los mosquiteros que ha puesto en cada ventana y puerta impiden que las moscas invadan la casa. Dormir encima de los animales puede ser una pesadilla cuando hace calor, pero nunca se ha quejado porque disfruta del privilegio de tener un espacio para sí mismo.

—¿Necesitas ayuda? —Jack pregunta.

—No, estoy bien, gracias. Esto es casi lo último. Solo está la cama. Emily dice que la quiere para la habitación de invitados.

—Sí, eso es.

—Te echaré una mano para llevarla luego —dice Billy.

Jack y Emily se acaban de mudar a su nueva casa. Se casaron dos semanas antes. Billy ha estado ayudando a Jack a construir la casa; han trabajado en ella todos los días, cortando la madera y colocando los ladrillos ellos mismos. Ha sido un proceso lento al tratar de hacerlo entre el trabajo en la granja, pero por fin está terminada, la última capa de pintura apenas se seca. Cada vez que Billy pasa por delante del nuevo edificio con su amplia terraza de madera, siente un estallido de orgullo. ¿Quién hubiera pensado que él y Jack podrían construir una casa así por su cuenta? Emily también ha ayudado, a su manera. Se ha encariñado mucho con Emily. Antes de casarse solía montar en su viejo pony y hacer sugerencias y a veces traía a Adaline con ella. Emily tenía ideas claras sobre el tamaño de las ventanas, el tamaño de la cocina e incluso insistió en un baño interior. Esta fue la última innovación y les ha causado el mayor dolor de cabeza, pero eso era lo que Emily quería y eso era lo que Jack tenía que hacer. Las dimensiones de las habitaciones de la casa son idénticas, sin nada que las distinga, pero fue Emily quien decidió que su dormitorio fuera el que estuviera orientado al este para que recibiera el sol de la mañana y que el salón estuviera orientado al oeste. La tercera habitación fue designada como cuarto de huéspedes hasta que aparecieran los niños. Recuerda cómo se sonrojó cuando dijo eso.

Henry está sentado en su silla habitual en el porche; Billy puede ver que ha estado durmiendo. Pasa mucho tiempo durmiendo estos días. Ha llevado mucho tiempo para que su tobillo roto se cure, mucho más que el mes que el doctor estimó originalmente y desde entonces Henry no ha hecho tanto trabajo en la granja como solía hacer. En estos días está feliz de delegar la mayoría de las tareas pesadas a Jack y Billy.

—Oye, Billy, hay otra carta para ti —llama.

—Bien, jefe, voy para allá.

Sube el carro por la rampa que ha colocado en los escalones y lo empuja dentro de la casa.

—Espera Billy. No vas a entrar ese asqueroso carrito por mi cocina limpia; déjalo ahí junto a la puerta —le dice Sarah.

Tiene una fregona en la mano.

—Lo siento —dice, con fingido miedo.

Descarga la última de sus posesiones: La cama de Beth, unas botas, su ropa de trabajo y sus tallas de madera.

—Y ni siquiera pienses que Beth vaya a dormir en tu habitación. Puede dormir en la terraza con los otros perros.

—Pero Sarah, está acostumbrada a dormir conmigo.

—Tal vez, pero no le hará daño aprender que los perros duermen afuera.

A regañadientes él pone su cama en el porche.

—Puede protegerte igual de bien desde allí —añade.

—Toma —dice—. Hice esto para ti.

Le entrega una de las tallas de madera a Sarah. Es una placa de un metro cuadrado y ha grabado las palabras: «HOGAR DULCE HOGAR» en ella.

—Oh Billy, es encantador. Lo pondré junto a la puerta. ¿Quizás podrías poner un clavo por mí más tarde?

Asiente con la cabeza. Está contento de que a ella le guste; le llevó bastante tiempo tallarla y tuvo que comprobar la ortografía de las palabras con Jack primero. Cree que podría hacer una para la nueva casa de Jack también.

—¿Te gusta el canguro? —pregunta.

Ha grabado un canguro en un lado y un pájaro en el otro. Le gusta grabar animales. John T le enseñó cómo hacerlo, pero John T no hace las cosas así; normalmente corta palos, tallando extraños patrones aborígenes en ellos. A veces Billy copia los diseños y John T. le dice lo que representan.

—Sí, es encantador.

—El jefe dice que hay otra carta para mí —le dice.

—De tu hermana, espero.

—Probablemente.

—Avísame si quieres escribir una respuesta —dice.

Vuelve a meter la fregona en el cubo.

—Ahora, muévete y déjame terminar este piso.

Deja sus cosas en la cama y sale a recoger su carta.

—¿Ya has trasladado todo? —pregunta Henry.

—Sí.

—¿Entonces podemos almacenar algo de heno allí arriba?

—Sí, o los sacos de comida para el invierno.

Henry le entrega la carta. Billy entrecierra los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunta Henry.

—No es de Maggie; ella no escribe así.

—Bueno, ábrela y mira de quién es.

Billy abre el sello y saca la carta. Siente cierta aprensión. Desde que Maggie ha estado en contacto con él ha tenido esta constante sensación de inquietud, como si algo fuera a perturbar su bien definida vida.

—No estoy seguro —dice—. Toma, léela tú por mí.

Henry le quita la carta. Rebusca en el bolsillo hasta que encuentra sus gafas de leer y se las pone en la punta de la nariz.

«Querido Billy», comienza. «Te sorprenderás mucho al recibir esta carta, estoy segura, y te preguntarás por qué me ha llevado tanto tiempo ponerme en contacto contigo. Me ha llevado mucho tiempo averiguar dónde vivías. Durante muchos años pensé que tú y tus hermanas estaban muertos, caídos en el Blitz hace todos esos años. Pero ahora os he encontrado a todos y le agradezco a Dios por ser tan bueno conmigo».

Henry se detiene y da la vuelta a la carta.

—Es de tu madre —explica—. Pensé que habías dicho que tu madre estaba muerta.

—Eso es lo que nos dijeron las monjas. Dijeron que estaba muerta. Dijeron que estaba en el cielo. ¿Por qué dirían eso si no fuera verdad? —Billy pregunta.

Todavía no puede creerlo. Maggie le había escrito y le había dicho que mamá estaba viva, pero él no le había creído; Maggie siempre decía que mamá estaba viva. Había roto la carta. No tenía sentido. ¿Por qué mamá permitiría que se los llevaran a Australia si

estuviera viva? Y aquí había una carta de ella. Prueba de que no murió. No sabe qué pensar. Está muy mal. Está enfadado con ella.

—Bueno, eso es lo que dice. Tal vez las monjas cometieron un error. Fue durante la guerra después de todo —dice Henry.

Billy está confundido. No sabe qué pensar. Estaba tan seguro de que su madre estaba muerta, a pesar de lo que dijo Maggie. Ella siempre creyó que mamá y Leslie seguían vivas, pero él no. No tiene sentido. Si mamá está viva, ¿dónde ha estado todo este tiempo? ¿Por qué le ha llevado tanto tiempo encontrarlos?

—¿Debo continuar? —pregunta Henry.

—Sí, jefe.

«Cuando Maggie me dio tu dirección, estaba tan feliz e iba a escribirte de inmediato. Pero entonces me preocupó que si te escribía podría molestarte. La verdad es que cuando Maggie me dijo lo bien que te habías adaptado a tu nuevo hogar, no supe qué hacer para mejorarlo, especialmente porque no encontraba la forma de traeros a ninguno a casa. Estoy muy contenta de que seas feliz. Tienes suerte de haber conocido a gente tan agradable.

Sé que lo último que quieres es que te desarraiguen de nuevo y tener que empezar de nuevo, pero me encantaría verte Billy. Me voy a Australia a vivir».

Henry se detiene.

—Bueno, esto es toda una sorpresa —dice.

—¿Qué quiere decir con que viene a Australia? —Billy pregunta—. ¿Va a venir aquí?

—Espera. Déjame terminar de leerla.

«Me he vuelto a casar y todos vamos a emigrar a Australia para estar cerca de ti. Por todos, me refiero a tu hermano pequeño Leslie y George, mi nuevo marido. No espero que recuerdes a George. Fue el soldado que vino a decirnos cómo murió tu padre, hace todos estos años».

—Sí, lo recuerdo. Vino a nuestra casa —dice Billy.

Como una serie de fotos que pasan ante sus ojos, ve su antigua casa y la calle con las puertas marrones.

—Teníamos una puerta azul —le dice a Henry—. Era la única en la calle.

Henry le sonríe y continúa leyendo la carta:

«Hay muchos formularios que rellenar y tenemos que esperar a que haya un pasaje disponible, pero espero que lleguemos a Melbourne en algún momento de diciembre. Entonces sacaré a

Grace de ese horrible orfanato y ella vivirá con nosotros. Espero que podamos verte. Por favor, escríbeme,

Tu querida madre. Besos».

Henry dobla la carta y se la devuelve a Billy.

—No tengo que irme, ¿verdad? —Billy pregunta—. ¿No tendré que salir de aquí?

—No lo sé, hijo. No sé mucho sobre estas cosas. Mejor pregúntale a Jack.

—Tengo que ir a la ciudad ahora —le dice Billy—. Jack necesita algunas cosas.

No quiere pensar más en ella. Se siente confuso.

—Bueno, antes de que te vayas, tengo algo para ti.

Henry mete la mano en su bolsillo y saca un fajo de dinero.

—Toma, este es su salario. He estado pensando; hoy en día haces el trabajo de un hombre, así que te mereces el salario de un hombre. No vayas a gastarlo todo de una sola vez. No hay más hasta el próximo mes.

Billy no sabe qué decir. Toma el dinero y lo pone en su bolsillo trasero. Es el primer dinero propio que ha tenido.

—Gracias, jefe.

—Bueno, entonces vete. Pregúntale a Sarah si necesita que le traigas algo antes de irte.

—OK, jefe.

Más tarde esa noche saca la carta y la mira. La escritura es muy pequeña y nítida, nada parecido al garabato desordenado de Maggie. Se siente nervioso, no sabe qué hacer. Le gustaría ir a hablar con Jack, pero ahora que Jack se ha casado es imposible; pasa todas las noches con Emily. Ambos han dicho que Billy puede ir a la casa cuando quiera, pero es demasiado tímido si no le invitan. Podría hablar con John T. pero no cree que el peón ganadero tenga mucho que decir al respecto. John T no dice mucho de nada; «hombre de pocas palabras» lo llama Sarah. Henry ya ha dejado claro que no sabe qué aconsejar, así que solo queda Sarah. Él sabe dónde estará. Cada tarde, cuando el sol se pone y todo su trabajo ha terminado, se sienta en el porche trasero con su labor. Se queda allí, sus agujas entrechocando a la vez que se balancea en su silla, hasta que la luz se ha ido y tiene que entrar. Mete la carta en su bolsillo trasero y sale al porche.

—Sarah, ¿puedo hablar contigo?

—Por supuesto Billy, ¿qué pasa? ¿Es sobre la carta de tu madre?

—Sí.
—¿Fue una pequeña sorpresa?
—Sí.
—¿Quieres que te ayude a escribir una respuesta?
Asiente con la cabeza.
Sarah teje en silencio. Está esperando a que él hable.
—No sé qué decirle —confiesa por fin—. Realmente no la recuerdo.
—Bueno, eso no es sorprendente; después de todo, solo eras un niño cuando la viste por última vez.
—Pero debería recordar a mi madre, ¿no?
—Bueno, a veces la memoria es una cosa curiosa. A veces nuestra mente nos impide recordar cosas que nos causan dolor. Tal vez tu mente se olvidó de los recuerdos de tu madre porque te hacían infeliz.
—No, no lo creo. Recuerdo haber estado en el barco. No recuerdo mucho antes de eso.
—Entonces, ¿qué te preocupa? ¿El hecho de que no recuerdas cómo es ella? Podrías pedirle que te envíe una foto.
—No es solo eso. Dice que quiere verme; dice que viene a Australia a vivir.'
—Sí, Henry me lo dijo. Bueno, son buenas noticias, ¿no?
Asiente con la cabeza.
—Es normal que tu madre quiera verte después de todos estos años; debe haberte echado mucho de menos. Recuerda cuánto echamos de menos a Jack mientras estaba fuera en la guerra. Entiendo cómo se siente.
—Pero no sé qué hacer. No quiero ir. Quiero verla, pero no quiero irme de aquí.
Su voz tiembla ahora. No puede afrontar la perspectiva de dejar la granja. Solo la idea de ello le provoca dolor de estómago. Tiene miedo de que si se va de aquí nunca podrá volver.
—Billy, sabes que no tienes que irte de aquí. Henry te ha dicho que queremos que te quedes. Necesitamos tu ayuda. Y además de eso, te queremos —añade.
—Pero ¿y si me obligan? ¿Y si dicen que tengo que vivir con mi madre?
—¿Quién?
—La policía.
—¿Por qué querrían hacer eso? Ya eres casi un hombre adulto.

Tienes quince, casi dieciséis años.

—Pero podrían.

Ella sacude la cabeza.

—No creo que nadie quiera obligarte a hacer algo que no quieras, Billy. Tu madre solo quiere saber que estás bien. Ella solo quiere verte.

—Pero ¿dónde ha estado todo este tiempo? —pregunta, con la voz herida y enfadada.

—¿No lo dijo en su carta?

—Dijo que nos ha estado buscando. Pensó que estábamos muertos, pero siguió buscando.

—Piensa en lo horrible que ha sido para ella todos estos años, no saber si estabas vivo o muerto. Debe estar muy feliz de haberte encontrado por fin.

Billy se limpia una lágrima con la manga de su camisa.

—Tal vez debería ir a verla —dice—. Ella es mi madre.

Se está poniendo nervioso. No sabe qué camino tomar. Se ve dividido entre la lealtad a Henry y Sarah y la lealtad a su madre. Además, se siente culpable por ser tan feliz aquí.

—Bueno, pensé que Henry me había dicho que nadie puede ir a ninguna parte en este momento. Tu madre aún está en Londres. ¿Por qué no dejas de preocuparte hasta que sepamos cuándo va a llegar?

—Sí.

—Dice en su carta que está contenta de que hayas encontrado un buen hogar. No creo que te haga ir a vivir con ella si no quieres. Ella solo quiere verte.

—Sí. Podría tomar el autobús e ir a verla. Tengo algo de dinero ahora. Henry me pagó mi salario —le dice.

Sarah se ríe.

—Tardarás una eternidad si vas en el autobús —dice—. No. Si decides ir, Jack te llevará a Perth y tomarás el tren. Es un largo camino, ya sabes.

Sarah deja su tejido y lo mira.

—¿Todavía quieres escribirle?

—Sí, por favor.

—Entonces, ¿qué quieres decirle?

—Le hablaré de mi vida aquí contigo y con Henry, de Beth, de John T. y de las ovejas y de Lady.

—Es una buena idea. Tal vez si ella sabe más sobre tu vida,

entenderá por qué no quieres irte.

—Y sobre Jack y Emily y la casa —continúa—. Y le diré que iré a verla cuando esté en Melbourne, pero volveré aquí después.

Se siente mejor. Sarah tiene razón, no tiene sentido preocuparse por cosas que no han sucedido todavía. Eso es lo que John T. siempre dice. Solo que John T. nunca parece preocuparse por nada. Dice que no puedes cambiar tu destino; tu vida está escrita en el Sueño mucho antes de que nazcas.

—Muy bien, empezaremos cuando entre.

—¿Necesitas algo? —pregunta.

—No, estoy bien, solo me quedaré aquí un poco más y veré el atardecer.

—Iré a ver los caballos entonces.

Siempre que se siente nervioso o ansioso va a ver los caballos. Jack dice que tiene una relación especial con los caballos; siempre se calman cuando Billy está cerca y sorprendentemente ellos tienen el mismo efecto sobre él. Cada vez que Jed Sparks, el veterinario, viene a atender a uno de ellos, Jack le dice a Billy que vaya con él; así el caballo está mucho más tranquilo. No sabe por qué. No hace nada especial, pero ninguno de los caballos se pone nervioso cuando está cerca. Es como si confiaran en él para que los cuide; él los entiende y ellos lo entienden a él.

Lo que realmente le gustaría, cuando sea mayor, le confió una vez a Jack, es tener un criadero y criar caballos. Jack lo llevó a las carreras en Longton Creek el año pasado, para ver las carreras de arneses; eso fue divertido. Le gustaría intentar enganchar a Lady a un sulky y correr con ella en Longton un día. Jack dice que es una buena idea y que tal vez deberían pensar en participar en la Copa de Melbourne, pero Billy sabe que Jack solo está bromeando; no está tan interesado en las carreras de caballos ahora que tiene que pensar en la casa y en Emily.

Lady relincha a modo de saludo cuando él entra en su caballeriza. Los otros caballos mueven sus pies nerviosamente al principio, sin estar seguros de lo que pasa y luego se calman cuando se dan cuenta de que solo es Billy.

—Hola, chica —dice, acariciando su cuello suavemente—. ¿Cómo está mi belleza hoy?

Ella le acerca el hocico, dándole un empujón cariñoso.

—Supongo que quieres una zanahoria, ¿no?

Mete la mano en el bolsillo y saca una zanahoria que ha cogido

del armario de vituallas de Sarah.

—Aquí tienes entonces.

Lo mastica con avidez.

—He recibido una carta de mi madre, Lady. Quiere que vaya a verla —le dice.

Los ojos marrones del caballo lo miran, esperando más.

—Pero no me voy a ir de aquí. Ya me he decidido. No importa lo que digan Maggie o Sarah, me quedaré aquí. Iré a visitarla, pero este es el lugar al que pertenezco —le dice al caballo—. Es como dice John T., está escrito en el Sueño.

Acaricia de nuevo el cuello del caballo; su pelaje es cálido y suave. No puede irse de aquí. No puede alejarse de Lady y de Beth. Ahora lo sabe. Este es su destino.

MAGGIE

Tocan a la puerta.

—Abre, Maggie —grita Mrs. Robinson desde la cocina.

Está preparando la cena.

—OK —grita Maggie.

Abre la puerta. Un joven, con un sombrero de bosquimano, está de pie allí.

—¿Sí?

—¿Eres tú, Maggie? —pregunta.

—Billy.

No puede creer lo que ven sus ojos. ¿Puede ser este su hermano pequeño, así de alto y mayor? Sabía que vendría; le había escrito que quería ver a mamá. ¿Este es él, por fin?

—Billy, ¿eres tú realmente? —pregunta ella, mirándolo fijamente.

—¿Puedo entrar?

—¿Quién es, Maggie? —Mrs. Robinson pregunta, entrando en el pasillo.

—Es Billy.

—Bueno, entonces déjalo entrar. No lo tengas parado en la puerta. Entra, muchacho. Vaya, eres un regalo para la vista. Nunca sabrás cuánto hemos querido que llegue este día.

Billy entra en el pasillo y deja su bolsa en el suelo.

—Hola Maggie —dice.

No puede hablar. Las lágrimas corren por su rostro. Se levanta y lo abraza, aferrándose a él como si no quisiera volver a soltarlo, hasta que Mrs. Robinson dice:

—Deja que el pobre muchacho se separe, Maggie; lo estás avergonzando. Bueno Billy, ¿tienes hambre, muchacho?

—Estoy muerto de hambre. Solo he comido una manzana y un poco de pan en todo el día.

—Bueno, has llegado justo a tiempo. Estamos cenando. Una buena olla de guiso de canguro.

Billy sonríe y Maggie ve al chico que solía ser, descarado y lleno de diversión. Puede ser más mayor, más alto, bronceado y quemado por el sol, sus rizos pueden haber sido cortados, pero sigue siendo el Billy que ella conocía. El chico al que nada desanimaba.

—Mi favorito. Sarah me dio una cesta llena de comida para el viaje —les dice—, pero pronto se acabó. El viaje en tren parecía no terminar nunca.

—¿Cuánto tiempo te costó llegar aquí? —Maggie pregunta.
—Casi una semana.
—Dios mío. ¿Venías caminando? —Mrs. Robinson pregunta riéndose.
—Solo desde la estación —responde con un guiño a Maggie.
—Parece que te vendría bien asearte un poco. Maggie llévalo atrás y muéstrale dónde está el fregadero mientras termino de preparar el guiso.
—OK. Por aquí Billy.
—Hazlo pasar y preséntalo a los demás.
Billy se siente instantáneamente en casa y pronto les cuenta todo sobre su viaje y su vida en la granja de ovejas donde vive. Había dormido en el tren y, cuando la cesta de sándwiches y pasteles que Sarah le había dado se había agotado, había vivido de lo que podía comprar en las estaciones. Maggie apenas puede comer su cena; está demasiado henchida de felicidad. Lo observa parlotear sin parar sobre su nueva vida en el monte. Después de tantos años sin saber si estaba vivo o muerto, ahí está, el mismo viejo Billy. Apenas puede creerlo; quiere pellizcarse para ver si está soñando. No puede quitarle los ojos de encima. Es tan adulto y guapo; se pregunta si ya tiene novia. Habla mucho de la granja de ovejas y de la gente que vive allí; es feliz.
No puede evitar sentir envidia de él. Ha tenido una buena vida gracias a Henry y Sarah; tuvo la suerte de conocerlos. Pero ella también ha tenido suerte. Mira a Mrs. Robinson, riéndose y charlando con sus inquilinos; le dio un hogar y más que eso, amistad.
—No puedo quedarme mucho tiempo, Maggie. Tal vez una semana y luego tengo que volver —le dice mientras termina la última cucharada de estofado de su plato.
—No es mucho tiempo.
—Lo sé, pero ya ves que confían en mí. Henry me dijo que me necesitan más que nunca ahora que se está haciendo viejo. No puede hacer las cosas que solía hacer.
—¿Qué hay del hijo, Jack? ¿No puede cuidar el lugar por un tiempo? —pregunta ella, un poco malhumorada.
—Sí. Se las arreglarán sin mí por un tiempo, pero quiero volver antes de la época de la esquila.
Se siente engañada. Acaba de llegar y ya tiene ganas de volver. Espera que cambie de opinión y se quede en Melbourne, pero lo

duda.

—¿Qué pasa con mamá? Se sentirá muy decepcionada si no te quedas.

Siente que lo está chantajeando, pero no puede evitarlo. Quiere desesperadamente que todos ellos vivan juntos de nuevo.

—Mamá lo entenderá. Le escribí y le hablé de Henry y Sarah. Ella entiende cómo me siento.

Alarga su mano y toca la de su hermana.

—Estará bien, Maggie. Te tendrá a ti, a Grace y a Leslie. Sé que esto es lo que querías, pero no podemos dar marcha atrás en el tiempo. Me mantendré en contacto; lo prometo. Pero no puedo quedarme. Tengo que volver. Me necesitan.

—Pero te necesitamos —dice, con lágrimas que le nublan los ojos.

Saca algo de su bolsillo y se lo da. Él sonríe.

—Es un trozo de nuestra vieja puerta —dice—. Todavía lo tienes. Nuestra puerta azul.

Piensa que él también está a punto de llorar, pero en su lugar saca una pieza idéntica de su bolsillo.

—¿Lo guardaste? —dice asombrada.

—Sí. Tú me dijiste que lo hiciera.

Coloca los dos trozos de madera, uno al lado del otro.

—Pensé que mientras lo tuviera estaríamos todos juntos de nuevo algún día —dice Maggie.

—Y lo estaremos, Maggie, pero no todo el tiempo. Tengo que volver a la granja.

Le devuelve el fragmento de madera.

—He mirado ese trozo de madera, tantas veces —le dice—, especialmente cuando estaba en el orfanato. Me recordó que tenía una hermana y que un día ella me encontraría.

—Te he echado de menos, Billy —dice—. Te he echado mucho de menos.

—Podéis venir a visitarnos —dice—. Todos. Es maravilloso. Te encantará. Tengo mi propia habitación; puedes dormir ahí y yo me trasladaré a la casa de las literas.

—Tarta de melaza de postre —anuncia Mrs. Robinson, mientras retira los platos vacíos—. ¿Está bien Billy?

—A mí me suena bastante bien. Es como estar en casa —dice a manera de cumplido.

Maggie se da cuenta de que Melbourne nunca será su hogar. Su

corazón está allí, en el campo. No habla del orfanato y de lo que le pasó. Ni siquiera habla de cómo se escapó. Lo entiende; como ella, él quiere olvidar esa parte de su vida. Se traga su decepción. Es feliz. Ha encontrado una nueva vida para sí mismo y eso es todo lo que importa. Tiene razón, mamá lo entenderá.

No puede dormir. Sabe que solo son las seis, pero no puede quedarse más tiempo en la cama. Su estómago está agitado a causa de la excitación. Piensa en Billy, durmiendo abajo en el sofá de Mrs. Robinson y no puede creer que realmente esté sucediendo.

El barco llegará en algún momento de esa mañana. Jimmy la llevará a ella y a Billy al puerto de Melbourne para encontrarse con ellos. No puede evitar sonreír cuando piensa que hoy estará de nuevo con su madre. En su última carta, su madre le explicó que había escrito al orfanato acerca de Grace y que la recogería en cuanto llegara. Este será el último día de Grace allí. Se pregunta si las monjas ya se lo han dicho o si esperarán hasta el último minuto como hicieron cuando le dijeron a Maggie que se fuera.

Se viste rápido y baja a la cocina. Todo está en la oscuridad. Abre la puerta y entra en el patio. El cielo es negro, como el terciopelo y está cubierto de estrellas. Una, más grande que todas las demás, parece colgar justo encima de ella. Su mente se traslada de vuelta a junio y al concierto en el barco. Tararea un poco su canción. Han pasado muchas cosas desde entonces. Algunas cosas es mejor dejarlas en el olvido, pero hay otras que han sido buenas: conocer a Jimmy primero, luego todos los amigos que ha hecho, Annabel, Alice, Helen, Tom y Mrs. R. Todos ellos han ayudado a que este milagro ocurra, a que su sueño se haga realidad.

MAGGIE

Vislumbra las olas rompiendo a lo largo de la costa cuando el avión despega, luego ascienden y todo se pierde en las nubes. El vuelo durará casi cuatro horas y luego habrá al menos dos horas de viaje por la sabana. Por primera vez Maggie se da cuenta de lo lejos que vive Billy. Aún así no la hace sentir menos culpable. Aquí está, con setenta y dos años y visitando a su hermano por primera vez. Había querido hacerlo, a menudo, pero algo siempre se interponía en el camino. Al principio no había dinero para viajar, luego, después de casarse, estaban los niños y el trabajo de su marido; siempre había algo que le impedía hacer el viaje.

Se pregunta cómo será, no lo ha visto desde el funeral de mamá. Debería ser capaz de reconocer a Billy por las fotos que le ha enviado de él y su familia a lo largo de los años, pero ¿qué pasa con la persona en sí? Le entristece darse cuenta de que nunca lo ha conocido realmente. Le robaron a su hermano hace todos esos años y nunca lo ha recuperado. Sí, vino a Melbourne cuando tenía dieciséis años para ver a mamá, pero fue una visita demasiado breve. Lo único que recuerda de Billy es un niño de diez años al que le encantaba jugar al fútbol. Ha recordado muchas veces a ese chico desde entonces, siempre que sus propios nietos han venido a quedarse con ella; el más joven, en particular, es muy parecido al joven Billy.

Han pasado tantos años y todavía la ira arde dentro de ella cuando recuerda esos años perdidos. Todos han seguido con sus vidas desde entonces, pero las cicatrices permanecen. Por eso tiene que volver a ver a Billy antes de que sea demasiado tarde.

La señal del cinturón de seguridad se apaga y corrige ligeramente su posición; desearía poder fumar un cigarrillo. Como lo hace docenas de veces al día, piensa en su marido; si tan solo Jimmy estuviera todavía aquí con ella. Fue el shock de su muerte lo que la impulsó a hacer este viaje, comprender que la gente que amas no vive para siempre.

Todo el mundo sabe ahora lo de los niños migrantes. Ha salido en la televisión y en todos los periódicos; han hecho documentales sobre ellos y han escrito libros. Un reportero le preguntó una vez si culpaba a alguien por lo que le había pasado.

Ella, Billy y Grace vinieron aquí por la guerra, pero ahora sabe que había otros motivos que alimentaban la migración de los niños. Después de la guerra, el número de niños enviados a Australia

aumentó, impulsado por los incentivos financieros a las organizaciones benéficas y a las iglesias que los recibieron. La necesidad de Australia de inmigrantes era la máxima prioridad y los niños británicos, sin familia y fáciles de moldear, eran el material ideal. Se creía que a los niños se les daba la mejor de las oportunidades; se les enviaba a una tierra de leche y miel. Ahora se dan cuenta de los errores que se cometieron, el daño que podría ocurrir al separar a los niños pequeños de sus familias. Admiten que las instituciones fueron supervisadas e inspeccionadas inadecuadamente, que muchos de los funcionarios estaban mal capacitados y mal equipados para su tarea. Ha habido disculpas y ofertas de compensación, pero no tiene necesidad de ninguna de ellas. Se ha salvado a sí misma; Billy también ha hecho una vida propia. Solo Grace todavía lleva las cicatrices de esos años.

A Billy se le concedió automáticamente la ciudadanía australiana, se casó con una chica local y realizó su sueño. Ahora es dueño de mil acres de tierra de cultivo y tiene la reputación de criar algunos de los mejores caballos de Australia. Él y sus dos hijos, los sobrinos de ella, llevan la granja. Sí, Billy ha hecho una vida propia. Pero a Billy no le gusta dejar su granja. Nada lo tienta. Sabe que Billy solo se siente seguro en su propio entorno; las raíces que ha echado en esa parte de Australia Occidental son profundas. No tiene ningún deseo, y de hecho no tiene necesidad, de alejarse.

—¿Quiere algo de beber? —le pregunta la azafata.

—Un gin-tonic —dice.

—Si no hay nada más, puede que le haga bien dormir.

Le escribió a Grace, contándole sobre su viaje, esperando que aceptara ir con ella, pero Grace tiene una vida muy ocupada estos días. Dijo que no podía ir.

Como prometió, su madre sacó a Grace del orfanato tan pronto como llegó a Australia. Pobre Grace, de todos ellos fue la que más sufrió a causa de su experiencia. Al principio su madre intentó que fuera a la escuela local y luego que trabajase, pero Grace no pudo hacer nada. Ella, que había sido una niña tan feliz y alegre en Londres, se encerraba cada vez más en sí misma y no salía de casa. El doctor le diagnosticó depresión y le prescribió un tratamiento con valium, pero el progreso de Grace fue lento. Nunca se casó, prefiriendo vivir con mamá y George en los suburbios de Melbourne. Cuando mamá murió y George se enfermó, invitó a Freda, la chica de la que había sido amiga en el orfanato, a mudarse

con ellos. Fue lo mejor que pudo haber hecho. Freda se había formado como enfermera y pudo ayudarla a cuidar de su padrastro. Pero lo más importante, Freda la entendía; habían compartido experiencias, experiencias que habían quebrado sus espíritus, pero que nunca mencionaban.

George le dejó la casa a Grace cuando murió y ella y Freda abrieron una perrera para perros. Por fin, después de todos estos años, Grace es feliz. Maggie sabe que los fantasmas a veces regresan para perseguirla, pero la mayor parte del tiempo vive una vida normal y ocupada.

Maggie se bebe el resto del gin-tonic y le hace señas a la azafata para que le traiga otro.

Rara vez ve a su hermano menor, Leslie; está de vuelta en Inglaterra. Así que ahí están: Billy a un lado de Australia, ella y Grace al otro y Leslie trabajando en Londres. Las palabras de la reportera vuelven a ella. ¿Quiere culpar a alguien por lo que pasó? Sí, a ella le gustaría culpar a alguien, pero ¿de qué serviría ahora?

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web: